

ROBERTO AROSEMENA JAEN

Testigo de Libertad



*Cura Jorge Santa Rosa.
con un fuerte abrazo,
Mayo de 1990
Carlos A. Mendieta*

Testigo de Libertad

Roberto Arosemena Jaén

TESTIGO DE LIBERTAD

Caracas 1989

TESTIGO DE LIBERTAD
© Roberto Arosemena Jaén
1ª Edición Venezolana
ISBN: 980-300-583-9
Impreso por Editorial Texto s.r.l.

Caracas 1989

Dedicatoria

Hay gente que enseña a vivir
y gente que nos ayuda a vivir. Cristo ha sido uno de los que
enseña. A él dedico este libro.

Marcia es la mujer que me ayuda a vivir. A ella dedico
este libro.

Hay gente que vive e intenta vivir como yo quisiera vivir.
A esos conquistadores de espacios y tiempos de libertad
ofrezco este testimonio. Para ellos escribo estos recuerdos.
Si no hubiera sido por su presencia, siempre anónima, este libro
no hubiese sido escrito.

Indice

	<u>Pág.</u>
A manera de Introducción	9
Liberación	17
Ablandamiento	51
Preparativos	85
El Empujón Final	109
Los amigos	147
La isla maldita. Coiba	189
El año 2000	223
El calabozo	263
Domingo, 25 de octubre de 1987	303
Aconductar	335
Rehabilitación	353
Papeleo	381
Terquedad	417
Un año después	451

A manera de Introducción ¿Cómo gobernar un país ajeno?

El barco zarpó. La esclusa de Miraflores es el último escalón que baja desde el Atlántico al Pacífico. Una escalera de agua subía y bajaba barcos de uno a otro océano. Hasta cuarenta barcos diarios entraban y salían de Miraflores diariamente. Fort Sherman es la base naval americana situada a la derecha del transatlántico que se dirigía al sur.

-Panamá es un canal -dijo el capitán del barco al asumir el control del timón de manos del práctico del Canal.

-Sí lo es, pero también es un país, capitán -le contestó el práctico.

Los prácticos del canal eran avezados marinos con cientos de miles de horas de mar. Eran unos de los oficiales náuticos mejor pagados del mundo. Carlos Toral era uno de esos prácticos panameños que vivía del Canal. Tuvo posibilidad de quedarse a trabajar en la Bahía de Nueva York pero prefirió regresar a su terruño. Carlos sabía qué decía cuando afirmaba que Panamá era más que un canal. Toral siempre había estado presto a explicarles a los capitanes la realidad de Panamá pero hasta el momento nunca había tenido éxito. Ningún transeúnte le entendía. El problema del práctico era que siempre hablaba con gente en tránsito. Esta vez le respondió mecánicamente al oficial de la línea italiana.

El capitán movió la cabeza. Había visto casas viejas en Colón, chozas a la distancia cuando atravesaba el lago Gatún y bases militares a ambos lados cuando se alejaba del Canal. Ese cruce por el Canal lo había realizado seis veces por año. Ya tenía 25 años de trabajar en la Italian Line y nunca había visto de Panamá nada diferente a un Canal. Más de medio millón de dólares pagaba su barco por derecho a cruzar de uno a otro océano y prefería quedarse en el camarote antes que bajar en Colón o en la Ciudad de Panamá. Las ciudades terminales del Canal tenían todas las características de dormitorio de soldados. Las tiendas, los hoteles, los

cines, los restaurantes y los prostíbulos de Panamá parecían listos para servir a hombres peregrinos.

La economía de cuartel de Panamá y Colón confirmaba la idea de que Panamá es y sólo es un Canal. Un país no se podía forjar con una economía de soldados y comerciantes en tránsito.

-Capitán Toral -le dijo el italiano- Yo respeto mucho su país, pero en tantos años de pasar por él he mantenido la misma idea que tenía mi padre de Panamá después de la guerra. Una vez lo detuvo la Policía Militar y lo maltrataron las autoridades americanas. No tuvo a quien acudir para exigir reparaciones. Desde aquel entonces mi padre me aconsejó." Si pasas por Panamá no salgas del barco. Lo extraordinario de ese país es contemplar como entran los barcos en esos cuartos de agua llamados esclusas y como son arrastrados primitivamente por cuatro mulas de hierros para poder cambiar de uno a otro nivel. Es la subida de escalera más original que se ve en el mundo para los gigantes del mar. "

He seguido el consejo y no me arrepiento. Venecia tiene sus calles convertidas en canales, pero Panamá convirtió su canal en un país. Yo entiendo por qué la gente insiste en decir que Panamá es un canal.

-Yo que vivo del Canal, que soy un privilegiado frente a los 2.5 millones de panameños por razón del tránsito de naves, que soy un experto en pilotear naves por este estrecho canal de agua dulce, tengo que decirle, capitán, que yo, Carlos Toral, soy un panameño y no un canalero. Si Panamá fuera un canal todos seríamos canaleros o **zonians** como dicen los gringos. -A punto de descender del barco, Carlos Toral añadió con cansancio: Soy un panameño y algún día usted entenderá, capitán, mi angustia de ser ciudadano de un pequeño país.

El capitán levantó la mano para saludar al canalero que se alejaba y que quería tener un país. La situación de los panameños era dura. Para ser país necesitaban enseñorearse de su propia tierra. Ningún siervo puede ser señor sino se apropia de un pedazo de tierra. Panamá es siervo del Canal y los señores del Canal son los que determinan la tarifa de tránsito, los que se ponen a la cabeza de la fila de barcos y los que controlan militarmente los accesos al Canal. El capitán de la Línea Italiana entendía que desde la antigüedad en el mediterráneo no hay patria sino hay sacrificio y era

muy difícil el sacrificio en ciudades donde la gente transitaba bienes, servicios, drogas y vicios.

A 20 mil kilómetros de distancia Kissinger, el estratega de los acuerdos canaleros desde hacía 10 años, volvía a revisar la política estadounidense hacia el Caribe fijada con la frialdad del Imperio. Los logros se mantenían inalterables. Con cada país se había logrado hacer acuerdos bilaterales, en cada país existía un ejército y la doctrina de la seguridad nacional y la del escudo protector había penetrado la mente de la clase política de los nativos y de los mismos Estados Unidos. Ahora empezaba a resquebrajarse el sistema.

Los pueblos querían tener participación política y la economía no producía para enriquecer a una minoría y tranquilizar a una mayoría. Los ejércitos se desgastaban reprimiendo a sus pueblos y el exceso de riquezas concentradas en pocas manos los había corrompido. El deseo de participar y la angustia económica estaba a punto de quebrar el modelo de control ideado por el poderoso Consejo Nacional de Seguridad en donde trabajaban cerebros como él. Modestia aparte el personaje que revisaba los papeles de Centroamérica y Panamá era Henry Kissinger, desde 1970 cerebro y estratega de la seguridad de los Estados Unidos, el Imperio del Sol asesinado.

En Panamá se había iniciado un proceso atípico de dignificación nacional. En Centro América había violencia. En Panamá había resistencia democrática. Una vanguardia lúcida en Panamá había llamado a la movilización nacional con ruido y pañuelos blancos. Se había decidido sacar el ejército a pañuelazos.

El plan de la militarización centroamericana ya contaba incluso con un ejército enemigo e independiente del Pentágono. Ese ejército sandinista autónomo podía alimentar la modernización de los demás ejércitos en Centro América. Costa Rica, incluso, agitaba la consigna del militarismo y del armamentismo para resistir por cinco días al ejército sandinista hasta que llegasen los mariners y los países de la OEA.

En Panamá, de manera imprevista, la gente se levantaba sin armas a enfrentar a una de las brigadas nativas mejor entrenadas del área. Las cosas encubiertas empezaban a verse de manera más clara. La militarización de Panamá había sido descubierta por un pueblo que levantaba banderas blancas de justicia y libertad. No

había peligro comunista en Panamá para seguir financiando el ejército. Nicaragua y la Unión Soviética habían aceptado los tratados canaleros. Cuba se mantenía alejada de la OEA y no estaba facultada para suscribir el acuerdo. Sólo podía alabar el patriotismo de los militares panameños al servicio de los intereses de los Estados Unidos para que por reciprocidad Panamá le permitiese romper el bloqueo que ya duraba casi 30 años. El peligro en Panamá era el mismo pueblo y su vocación de defender su propia dignidad.

Los grupos guerrilleros aceptaban la mediación de los militares panameños, y los militares defendían como razón de ser los tratados canaleros. Kissinger estaba en un círculo vicioso, de esos círculos que desafiaban su genio. Meter las manos de manera diferente a como se están metiendo en Panamá puede ser peligroso. Las medidas inconsultas del Departamento de Estado contra el general panameño han creado intranquilidad entre los otros generales centroamericanos. No es recomendable seguir erosionando el liderazgo militar en Panamá. El tema de Panamá tiene que borrarse de la opinión pública hasta que logremos una salida que nos restablezca la coherencia que necesitamos con nuestros aliados.

-Hemos tenido fortuna en tener a un astuto Noriega al frente del militarismo panameño- pensó el excanciller que una ágil periodista italiana había dibujado como un cowboy con dos pistolas al cinto-. Panamá es un buen proyecto de seguridad que no vamos a abandonar por los vicios de un sistema- siguió pensando Kissinger, mientras que entraban los invitados a la reunión del Consejo-

-Dejemos correr las medidas políticas. Ya no es posible recoger velas. Qué el general de la brigada siga peleando su puesto de hombre fuerte. Si tolerar los vicios de un general es el precio de nuestra seguridad, aprendamos a ser tolerantes. Vendamos la idea de que hicimos todo lo que pudimos para la vigencia de la democracia en Panamá, pero que más podremos hacer que aceptar la validez de las elecciones panameñas -decía el ayuda memoria para la conferencia sobre el caso Panamá-.

El departamento de estado tenía informes confidenciales sobre el peligro e inestabilidad creciente en el Istmo de Panamá . El prestigio de Kissinger se impuso al final.

Las Fuerzas Armadas Panameñas tenían dos generaciones que habían dado permanentes muestras de lealtad y no es recomendable disolver un matrimonio a punto de celebrar las bodas de

oro-comentó el senador del Comité de Asuntos de Seguridad. El operativo Panamá puede resultar peligroso.

El problema del Presidente de los Estados Unidos es el actual General de las Fuerzas Armadas Panameñas. Mañana estará otro presidente y también surgirá un nuevo general. La paciencia de los intereses vitales no tiene límites. -pensó Kissinger- El ser un imperio militar y financiero a principio del tercer milenio facilita que en países pequeños como Panamá se dejen aparecer manchitas de totalitarismo que dañan sin lugar a duda a los panameños, pero que no afectan los intereses de la seguridad continental.

-Tenemos la seguridad de que generales de repúblicas del Bano como Remón, Vallarino, Torrijos y Noriega son expresiones necesarias de una guardia nacional que sustituye la función de policía que antes realizaban nuestras fuerzas -comentó el senador- para el funcionamiento del Canal y de los servicios que éste requiere.

La inteligencia estadounidense hacía una disección del paísito llamado Panamá. Paísito ignorante de su destino como nación en virtud de un militarismo que se especializaba en contrainformación y en mantener el estado de guerra psicológica.

La seguridad del Estado Panameño estaba bajo el control del general de turno. La astucia gringa unida al latino que juega vivo había encontrado en el antiguo jefe de Inteligencia de Panamá un hombre fuerte que no está dispuesto a ceder el mando aunque el país se caiga.

-El Canal no puede caer - dijo el Senador.

Mientras tanto, en un barrio cercano a la Zona del Canal vivía el autor de **Testigo de Libertad** con su familia. Los mosquitos propagadores de la Fiebre Amarilla y la Malaria ovaban en el patio de su casa y en los solares vacíos alrededor de su residencia. En su misma calle vivía un funcionario de la embajada de los Estados Unidos, un mecánico del Canal de Panamá, varios empleados del gobierno militar, vendedores de servicios, profesores de la Universidad, ingenieros, arquitectos y un viejo asesor de los negociadores de los Tratados Canaleros. La calle se cerraba en U. Los patios estaban amurallados y los niños paseaban en las tardes en velocípedos, triciclos y bicicletas. De tanto en tanto, cuando la situación política se deterioraba, aparecía un vehículo sospechoso con dos tipos raros al volante. Se bajaban del auto, caminaban entre las ca-

sas con las manos en el bolsillo listos a disparar, y preguntaban por las señas de un doctor que venían a detener. La gente en el barrio empezaba a conversar sobre la presencia de los sapos. La calle se convertía en un pantano donde croaban a su gusto los sapos y la ranitas que querían asustar la dignidad y aplastar la libertad. El rumor apagaba las conciencias. Se iniciaba la guerra psicológica contra el barrio.

El país estaba intimidado, había gente presa, destituida y arruinada.

Panamá acusaba de guerra psicológica a los Estados Unidos para desarrollar su despiadada guerra psicosociológica contra su propio pueblo. En ese contexto se terminó de escribir este testimonio de Libertad.

El barrio ya no es el mismo. Algo ha cambiado. Unos papeles mimeografiados estaban amontonados en la esquina de la calle. En esos papeles que destruía el sol y la lluvia estaban escritos los mandamientos del civilismo.

Eran diez mandamientos productos de una experiencia compartida por miles de ciudadanos. Los diez mandamientos del ciudadano panameño que fueron escritos en las Jornadas de Movilización Nacional en las décadas de los ochenta han sido olvidados y conviene que se escriban para que en el futuro se sepa que también en Panamá se tiene una historia.

El primer mandamiento es amarás la libertad y la justicia todos los días de tu vida. Si no hay amor no habrá pasión para defender la libertad y para hacerse justicia. La libertad es el problema del individuo en la sociedad, y la justicia es el problema de la sociedad frente al individuo.

El segundo mandamiento es tan significativo como el primero. El primero es de fines el segundo es de medios. **Buscarás el arma de la no violencia -ruido y bandera blanca- para derrotar a tus enemigos. Esta arma de la no violencia es aplicable desde el gobierno y desde la oposición. Desde el poder o desde la rebeldía.**

El tercer mandamiento es el inicio de la utopía, del poder en manos de todos, de la democracia, de la participación en las cosas importantes de uno y de los demás. **Formarás junto a otros la mayoría y el gobierno de todos para cada uno.**

El cuarto mandamiento es el mandamiento de la lucha diaria, de la protesta asidua, de la comunicación persistente. **Levantarás**

todos los días a las doce y a las seis -ruido y bandera blanca- para que tú y tu vecino y compañero participen de la justicia y la libertad.

El quinto mandamiento es el mandamiento del riesgo asumido, del peligro vencido. La señal de los escogidos que asumen y presumen lo inevitable para realizar lo invencible. **Dejarás tu tranquilidad, tus haberes, tu trabajo y hasta tu vida en la lucha por la justicia, democracia y libertad.**

El sexto mandamiento es un mandato de precisión. **Reconocerás la violencia del uniformado y la violencia del rebelde como formas de imponer el imperio de la injusticia y de las minorías.**

El séptimo mandamiento es un llamado de atención para mantenerse en alerta constante. **No caerás en la provocación de tomar el poder con la violencia. La violencia disuasiva más efectiva que ha creado la humanidad es la más horrenda. La violencia nuclear disuade si no se usa. Es decir la máxima violencia posible establece la condición necesaria para el dominio de la no violencia en las relaciones de las gentes y los pueblos. Tanto por conveniencia humana como tecnológica el futuro de los pueblos está garantizado por la no violencia.**

El octavo mandamiento es el de recordar que habrá perdón, pero que ningún mal será olvidado. La igualdad entre los hombres impide la impunidad. **Harás justicia sin olvidar crímenes y atropechos.**

El noveno mandamiento es la búsqueda del poder ciudadano. Es darle la ciudadanía a todos los humanos del planeta para que se mantenga despierto el sentido de la dignidad y las consecuencias del irrespeto a los derechos humanos. **Aceptarás sólo el gobierno que respete la vida, los derechos humanos y el bien de la comunidad. Este mandamiento es lo mismo que Resistirás no violentamente a todo gobierno que irrespete la vida, los derechos humanos y el bien común.**

El último mandamiento es el del refuerzo y de la esperanza. **Tendrás mañana más fe en la no violencia y más esperanza en la lucha compartida.**

Los diez mandamientos del ciudadano fueron publicados a mediados de julio y no tuvieron mucho impacto. Fue un artículo más del autor. Inicialmente llevaron el título de los Mandamientos del Civilista. Fue igualmente un apoyo para alimentar la rebeldía

del panameño al militarismo cada vez más prepotente y más astuto.

Testigo de Libertad es un testimonio personal. Tiene todas las distorsiones de un testimonio que surge en un país del tercer mundo que entró a la historia de occidente en 1502 y que desde sus inicios se convirtió en la encrucijada de los dos grandes océanos. Como testimonio personal, acentúa el ego de un individuo intrascendente que ve, analiza y reflexiona desde su perspectiva cultural sobre la situación de su país. El autor es consciente que la imagen de Panamá evoca contrabando, estafas y tráfico de armas, estupefacientes y corrupción.

Testigo de Libertad es más que un cuento una historia novelada de los hombres y de las mujeres que se han tomado a Panamá y de las hazañas de su gente para lograr el respeto de sus gobernantes. **Testigo de Libertad** es la mano extendida de uno de los hombres que nació y creció en Panamá y que sueña con vivir en un pedazo de tierra de gente libre de temores y dispuesta a compartir los anhelos de la humanidad de lograr en cada generación un mundo mejor.

Liberación

Un día asoleado. El trópico se colaba por la piel de los transeúntes. La familia Moreno había sido detenida y no se lograba precisar el sitio de su detención ni la autoridad que había ordenado el arresto.

La Fuerza Aérea Panameña -la FAP- había servido de recinto para guardar a los detenidos en la noche del día domingo. El lunes nadie sabía nada de los Morenos. En la FAP decían que ellos, como parte de las Fuerzas de Defensa, el ejército panameño, no podían detener delincuentes, menos a esos llamados sediciosos. El DENI era el sitio para ese tipo de averiguaciones. En el DENI se ignoraba todo lo concerniente a detenciones. Tanto G2, como S2 y la Cárcel Modelo estaban muy extrañados por esa desaparición.

Luisito no había ido a la escuela el día lunes. María, la niña de cuatro años, se había ido a dormir con la tía Eloisa. Un inválido en su cama esperaba el cuidado de la hermana desaparecida desde aquel domingo lluvioso en que los pobladores de la Cabuya participaron de una tribuna civilista. La República de Panam se mantenía en agitación desde hacía cinco meses. Todas las tardes se organizaba un acto de protesta pacífica con banderas blancas. Ese día le correspondía a la Cabuya, población marginal del área metropolitana extendida en las riberas del Canal de Panamá. La ropa de la gente era de polyester, los zapatos, cuando los llevaban eran viejos, algunos estaban con chancletas de caucho hechas en Taiwan. Las casas tenían servicio de hueco y el acceso eran veredas llenas de huecos y para aquellos días con agua estancada de lluvia.

Inicialmente fueron detenidas doce personas, luego se dejó en libertad a 9, reteniendo a los Morenos, familia con tradición civilista desde hacía años. El lunes recorrimos cuarteles y agencias de investigación criminal. Al caer la tarde ya sabíamos que hasta el Corregidor era tío de los Morenos y que éste le estaba huyendo a la familia para evitar hacerse sospechoso al gobierno que destituía a todo empleado público que no fuese incondicional.

Nadie daba un centavo por la vida de los Morenos. Me puse al habla con los Derechos Humanos y me enteré de que la Cruzada

no había designado abogados para estos panameños. Llamé al encargado de coordinar las acciones de la calle de los Morenos y descubrí que había salido en vuelo intempestivo hacia los Estados Unidos. Ese martes en la mañana por informe de un radiocomentarista que no permitió que hablásemos por su radioperiódico, supimos que los Moreno eran miembros de MOLIRENA, un partido político de oposición, que no era el mío. En ese momento me interesaba por los civilistas y no sólo por los miembros de mi partido.

Rápidamente ubicamos al abogado de MOLIRENA y nos informó que ya habían sido condenados por un Corregidor a seis meses de cárcel. Tenía entonces, que visitar a los Morenos, llevarles ropa y conversar con ellos en la cárcel sobre los cuidados que deberían tomarse con la familia. La casa quedaba en una loma. Bloques al descubierto y un sendero pisoteado por meses y gentes que entraban y salían. Inés tuvo confianza en nosotros y nos entregó un maletín rojo con dos mudas de ropa para la señora María y una muda para el señor. Luisito tampoco había ido a la escuela ese día. Tenía algo de dinero y ya con sus trece años podía encargarse de su hermanita y del tío inválido que veía televisión a colores desde las diez de la mañana.

Fuimos a la casa del segundo detenido. Nos recibió la mamá que rompió en llanto y lamentaciones una vez que supo la tragedia de su hijo perdido desde hacía dos días. La hermana preparó un cartucho amarillo con la ropa de Luis Alberto. Incluyó cepillo de diente y pasta a nuestro requerimiento. Una joven de 18 años nos pidió por favor que la llevásemos a la visita de la cárcel. Me negué por la incomodidad que significaba esperarla y porque no quería llevar más de cuatro pasajeros. Esa negativa la libró posteriormente de ser encarcelada.

A las doce del día salimos hacia Panamá. La meta era la sede del Partido Acción Popular, lugar donde entregaría el maletín rojo a Avelino, quien a las dos de la tarde visitaría a los Morenos. A esa misma hora sucedían una multiplicidad de llamadas. Desde las once y media, un destacamento de detectives e inspectores pateando puertas penetraron con armas desenfundadas al local del partido político. Allí dos jóvenes solicitaban el teléfono para hacer unas llamadas personales y un miembro del Partido esperaba la llamada de un cliente para coordinar una próxima cita. Mi cuñada era

informada a las doce y cuarto que me avisase de no ir al Partido, el G2 no quería detenerme. Mi esposa era informada que no debía ir al Partido. Uno de mis acompañantes en el vehículo había recibido por radio aviso de hacer una llamada. Esa llamada se efectuó una vez que lo dejé en su oficina y se refería al allanamiento y a la conveniencia de mantenerse alejado del Partido. El presidente del Partido llamaba a mi oficina para informar que no me acercase al local y mi secretaria se encerraba en la oficina cuando un amigo tocaba la puerta para avisarle que estaban deteniendo gente en el PAPO. Uno de mis socios me esperaba en la intersección de la calle para detenerme y mi esposa me rastreaba telefónicamente a medida que dejaba a mis acompañantes en sus residencias. Antes de la una de la tarde se había montado un círculo de protección para impedir mi entrada al local del PAPO.

Pocos minutos después de la una y en el momento en que mi vehículo doblaba la calle de la Lechería y entraba a la Vía España, se desmontaba el círculo de protección. Mi socio se retiró a la oficina, mi esposa y mi prima se despidieron y se fueron a atender sus obligaciones, mi abogado se alejaba del edificio del Partido.

Toqué la bocina del automóvil, lo llamé, quise penetrar su pensamiento para que me informase de los avances en los trámites para la liberación de los detenidos en Colón, desde la semana pasada y entré al estacionamiento del edificio. Un patrulla abajo llamó mi atención. Un patrulla arriba despertó mi sistema de alerta. Algo pasa. Menos mal que el Partido está abierto, pensé al bajarme del automóvil. Me dirigí al uniformado solicitándole que retirase el patrulla para acomodar mi vehículo.

-Mejor quédese tranquilo. Bajo en seguida y ya que Ud. está vigilando, dejaré el carro abierto -le dije al uniformado mientras me percataba de que varios hombres bajaban con cartuchos de las escaleras.

El momento de mi detención se acercaba y nadie había podido suspender el inexorable paso del hecho cumplido. Apresuré el paso, subí la escalera de dos en dos escalones.

-Viene el sedicioso mayor -habló un detective desde su radio portátil.

-Están allanando -dije en voz alta al encontrarme en el pasillo con un hombre cargando unas banderas blancas.

-Voy a preguntar si tienen orden legal -alzaba la voz buscando

darme seguridad y rompiendo el latido acelerado del corazón que ya empezaba a sentir dentro del pecho-. Esta gente está acostumbrada a hacer lo que le da la gana y no es posible que también jueguen con un Partido Político.

Entró al local. Un uniformado estaba sentado en el escritorio. Un detective con revólver al cinto estaba junto al archivador. Un inspector con camisilla blanca y bigote me esperaba detrás de la puerta.

-Soy el Secretario General del Partido, Roberto Arosemena Jaén. ¿Con qué autoridad se encuentran ustedes en el Partido?

Los hombres me miraron y uno se adelantó y me entregó un papel.

-La Fiscalía Auxiliar nos mandó. Yo soy el secretario.

Se me extendió un documento sellado y firmado por la Fiscalía Auxiliar, donde entendía que por virtud de una orden fundamentada en un artículo del código penal esa gente tenía autoridad para penetrar en el partido y hacer la diligencia correspondiente. Pedí copia del documento y se me entregó. Una vez apersonado de la situación tomé el teléfono y me lo quitó.

Desde ese momento se inició la lucha entre mi decisión de mantenerme dueño de mis actos y la fuerza de unos hombres uniformados y armados que se sentían facultados por orden superior a manejarme a su antojo.

Toqué el aspecto personal.-Mis hijas están en la escuela.-Deben estar esperándome. Permítame llamar a mi casa para decirles que no podré ir a buscarlas.

-No se puede. Quédese tranquilo.

Eran la una y media de la tarde. Isabel y Marcia se darían cuenta de que no iba a buscarlas. Mindi sería la encargada de ir por ellas. Marcia se enteraría como a las dos de la tarde de mi ausencia. Pensar en mis obligaciones familiares no servía para fortalecerme, por el contrario me debilitaba. Me sentía prisionero y sentirse prisionero sólo servía a los intereses de los uniformados.

Las banderas blancas preparadas para las manifestaciones de los civilistas se metían en bolsas negras y se las llevaban los inspectores. El escritorio se cayó en el momento que el hombre con revólver al cinto se sentaba sobre él.

-Muévanse, están dormidos. Recojan todos los papeles. Abran las gavetas.

Llegaron a levantar un bulto y cayó un periódico del partido en el que estaba fotografiado toda la cúpula militar y civil del régimen. El inspector armado tomó el periódico sonriente y me miró. Pensé que era muy tarde para plantear una acusación por injuria contra un partido por una publicación que ya tenía más de un año de haber sido efectuada. Lo que decía el periódico *Acción* a título informativo hoy lo decía la mayoría del pueblo en forma combativa. La foto de 32 personeros de la dictadura bajo el título de "el pueblo los busca por sus crímenes". La foto del general con anteojos oscuros, la del presidente de la Corte Suprema y otros personeros de esa envergadura sobresalían. No tenía nada que temer. En los bultos se llevaban una historia de trayectoria pública que nunca habíamos escondido.

Era política del Partido y de sus dirigentes decir en privado lo mismo que se decía en público. No sabía qué iban a hacer conmigo. En la cárcel lo importante era poder sobrevivir y sobrevivir eran satisfacer las necesidades básicas.

Por desgracia el almuerzo lo había perdido. A las 6 de la mañana había desayunado y había salido para una intervención radial con el objetivo de informar sobre los proyectos de la lucha civilista y las fórmulas de solución a la crisis de la militarización de la sociedad. La intervención no se dió. El propietario de la emisora había recibido amenazas de que permitirnos hablar significaba el cierre de las transmisiones. Entendí su decisión pero no la justificaba. Eso me mostraba que la libertad era menos importante que el medio. Sentí hambre. Recordé la úlcera. El ayuno había llegado y pensar en la comida distraía mi atención de los hechos que estaban ocurriendo.

-Voy al servicio-. Le dije al inspector y me levanté. Caminé al servicio que estaba en el otro compartimiento del Partido y me di cuenta de que no era el único detenido. Reconocí a Mingo, y a Herrera, el vendedor de *Alternativa*.

-Hola muchachos. Tengan calma, esto ya termina.

Entré al servicio. Tenía que orinar. No sabía cuando nos iban a soltar y había que estar preparado para cosas peores. Oriné.

Todavía no eran las dos de la tarde. Al salir pasé frente a la refrigeradora, abrí la puerta y saqué una botella de agua fría. Sentía la boca reseca. El estómago me empezaba a arder. Tomé dos bocados de agua. Recordé que se me había dicho que tomar agua

significaba necesidad de miccionar. Guardé la botella y cerré la refrigeradora. Caminé hacia la puerta de salida y el guardia me solicitó que me sentase.

Entró Francisco al Partido. Era el tesorero. Lo miré con lástima. El teniente le pidió la cédula y con ese gesto inocente lo condenó a una vorágine de sufrimientos que terminarían diez días más adelante.

-Es el tesorero del PAPO, -le dije al hombre inquieto que apuntaba el nombre de Francisco. Hizo una llamada telefónica para pedir instrucciones. Ellos podían hablar, yo no podía ni moverme. Lo normal es que los miembros de un partido, legalmente inscrito en los registros públicos del Tribunal Electoral, visiten su local. En esta ocasión el local del PAPO era una trampa de tormentos en la que había caído desprevenido Francisco. Se sentó junto a mí.

-Mantente tranquilo. No hemos hecho nada malo. Es un allanamiento de acuerdo con esta orden, -le dije mientras le mostraba la copia de la Fiscalía Auxiliar.

-No hablen. Esto no es un carnaval, -gritó el teniente.

-En el otro cuarto está Mingo y otra gente más. Deben soltarnos una vez que terminen el allanamiento, pues no tienen orden de detención, -le continué hablando sin hacerle caso al teniente que se movía de un sitio a otro.

-Vine a buscar un talonario para hacer un depósito. Yo no tengo nada que ver con las movilizaciones ni con la Cruzada, Ud. sabe bien que mi participación en el Partido es sólo de apoyo.

Efectivamente, Francisco era uno de esos colaboradores del Papo que cumplía fielmente con su trabajo administrativo en forma voluntaria. Los planteamientos políticos y la agitación política correspondía al Comité Ejecutivo. La represión política debería caer lógicamente en los miembros del Comité Ejecutivo. Eran casi las dos de la tarde. El uniformado hace una llamada telefónica y anuncia que a las tres llegará a comer, que lo pasen a buscar por el G-2. El inspector repite por teléfono los nombres de Roberto y Francisco.

-Todos. No tenemos carros para tanta gente. Manden dos patrullas, el Van está lleno de material subversivo.

Nuestro destino era el G-2. De nada servía ser Secretario General o tesorero del PAPO. Estábamos detenidos sin ninguna ga-

rantía de esas que mis estudiantes de Teoría del Estado repetían de memoria todos los semestres.

-Permítame hablar por teléfono si me van a llevar detenido, le dije al teniente.

-Ya tendrá tiempo de hacerlo.

-La ley establece que en el momento de ser detenido todo panameño tiene derecho a una llamada telefónica y a la asistencia de un abogado, le dije .

-Ud. quiere que le lea la cartilla, respondió el uniformado mientras sacaba de su bolsillo una cartulina impresa: "Nadie puede ser privado de su libertad, sino en virtud de mandamiento escrito de autoridad competente. Toda persona detenida debe ser informada inmediatamente de las razones de su detención..."

Se sonreía burlescamente cuando leía. Traté de leer el nombre impreso en el bolsillo de su camisa y me fue imposible. Su rostro lo recordaré eternamente. Terminó de leer y se sentó con el revólver agarrado sobre el escritorio. El policía era un cínico y tenía la ley del revólver en la mano.

-Si estoy detenido tengo derecho a llamar a mi abogado y si no estoy detenido tengo derecho a llamar por teléfono a quien deseo.

-Ud, señor Arosemena no está detenido y no puede hablar por teléfono con nadie, me contestó el uniformado de las Fuerzas de Defensa con el revólver. Junto a él estaba el teniente disfrazado de civil con pistola al cinto, como aquellos cuatreritos listos a disparar al menor movimiento.

Escapar era difícil. Estaba en un segundo piso. Un corredor de 15 metros me separaba de la escalera. De allí podía salir al estacionamiento donde estaba el patrulla junto a mi vehículo abierto. Arrancar el carro y salir en retroceso era caer en la boca del patrulla estacionado en la calle. Correr a pie significaba bajar una segunda escalera y enfrentarme a tres hombres vistos y quien sabe a cuantos más encubiertos. Estaba en forma para huir pero que ganaba si lograba mi meta. Salir del país era caer en manos de la inactividad. Abandonar a los compañeros del PAPO y a los Civilistas ya detenidos me pareció una pérdida mayor que quedarme a enfrentar a estos gorilas soberanos, que citaban la ley para violarla y para actuar de acuerdo con órdenes superiores. Mi imaginación corría sin sujeción de tiempo y espacio.

Entró un joven a empujones . Dos hombres lo traían encañonado. Le

dieron orden de sentarse junto a nosotros.

-¿Qué te pasó? ¿Por qué te traen de esa forma? -le pregunté.

-Tan valiente y te vas huyendo desde que ves el peligro, -le gritó el teniente- ¿Por qué te orinas en los pantalones? Estas muerto de miedo.

En efecto, un chorrito de orine le goteaba de la basta del pantalón. Permanecía sentado con las manos en la cabeza y con una tensión que parecía una olla de presión.

-Me golpearon en la cabeza con la cacha del revólver. Salí corriendo desde que los vi pero me amenazaron con dispararme, me dijo una vez que había recuperado el ritmo respiratorio.

Estaban cazando gente. Cualquiera que rondase por el edificio o por el local del PAPO se convertía en una presa de la Fiscalía Auxiliar y de su gente sin dios y sin ley. Se llevaban todos los papeles del partido, las listas de los inscritos, la correspondencia de los Magistrados del Tribunal Electoral, las invitaciones para formar comisiones electorales con el fin de preparar las próximas elecciones fraudulentas, invitaciones de presidentes de otros partidos políticos, volantes, libros, cultura, inteligencia y sobre todo rastreaban sin encontrar la esencia de la rebeldía del PAPO por ahora conservada no en las instalaciones físicas del Partido sino en el pecho de unos cuantos jóvenes, que sentados esperaban que las hordas del DENI terminasen de arrasar con semanas, meses y años de militancia y testimonios. El mimeógrafo del Partido, rescatado recientemente con 119 balboas, estaba dañado y la reparación fue pagada con la contribución modesta de varios copartidarios. Los agentes cargaban con el mimeógrafo como quien se lleva el cuerpo del delito. Era un mimeógrafo viejo, de las antiguas lides de los años 60. Se atentaba contra el deseo de comunicarse con toda la fuerza de la ley. El mimeógrafo era el instrumento rudimentario de comunicación con las masas cuando obteníamos tinta y papel. Se lo llevaban tranquilamente junto con papeles viejos y documentos sin importancia. El Partido sufría una pérdida difícil de subsanar dada las limitaciones económicas de sus miembros.

Días después, cuando se me llevó esposado al despacho de un Fiscal me di cuenta de inmediato que el mimeógrafo no estaba entre los haberes del Partido. Se lo habían robado. Estoy seguro que

lo tienen tirado en un depósito bajo la vigilancia de unos uniformados que saben que allí hay rebeldía y dignidad y sobre todo la amenaza en ciernes de una presunta derrota. Cualquiera que examine el mimeógrafo se dará cuenta de que es poca la vida til que le queda y sólo la orden superior sabrá que los ideales no están en los rodillos de impresión. Es un trofeo de una guerra contra molinos de vientos y el viento se escapa entre el espacio de los barrotes. La máquina de escribir no se la llevaban. La miraba con cierta preocupación. Era una máquina portátil, pequeña, con un costo de menos de 75 balboas. El inspector la tocó. Me miró y se apresuró a dar media vuelta hacia la oficina privada del Presidente y directivos del Partido.

-Pónganse las pilas. Este trabajito ya me está cabreando -dijo el inspector con el revólver a la cintura.

Ya el partido estaba casi limpio. Todo lo que se llevaban era basura para ellos. Ellos necesitaban encontrar armas y evidencias de un levantamiento armado. Habían montado un operativo legal con un despliegue militar sin resultado alguno.

-Llegaron los patrullas -informó un civil que se asomó a la puerta.

-Saquen a la gente de uno en uno y ojo. Nosotros vamos a poner un carro adelante. Vamos.

En los momentos de espera me puse a escribir en unos papelitos mis datos personales. Tenía varios papelitos con mi nombre, el teléfono de mi casa y "llame, por favor, me conducen al G-2".

No se había comunicado orden de arresto, no se había permitido hacer la llamada telefónica que permite la ley y se iba al temible G-2, hogar del actual General que dominaba el país sobre la base del terror y de la contrainformación. Pensé rápidamente en Hugo Spadafora, el decapitado que había dicho la última vez que se sabe algo de él: "soy Spadafora, esta es mi cédula", luego había aparecido con la mitad del cuerpo enterrado en un riachuelo, bajo un puente, con las piernas al aire y al ser desenterrado no se le encontró su cabeza. Había sido decapitado con un bisturí. Esas imágenes de terror habían sido interiorizadas en miles de panameños desde hacía años. Ir rumbo a lo desconocido era ir a una segura decapitación. Ese Noriega era un tipo de temer, se había preparado durante trece años hurgando en la psicología de los pue-

blos y de la gente en la mejor forma de interiorizar el miedo y el terror.

Posteriormente iba a llegar a mis manos un manual escrito hacía siete años por el mismo General, en el cual se decía que la mejor batalla era la que se ganaba sin disparar un sólo tiro.

Bajé el vidrio del radiopatrulla donde me conducían y empecé a tirar papelitos. Atrás venía otro patrulla y adelante viajaban dos vehículos privados llevando a los detectives del G-2. Pasé frente el antiguo Kinder Heidi y doblamos a la izquierda tomando la Calle Justo Arosemena. Seguí tirando los papelitos tratando de que cayesen cerca de alguna persona conocida. A todos los miraba fijamente y todos vivían momentos de intereses personales. Pensaba encontrar luz roja en el próximo semáforo y allí tranquilamente entregarle un papelito a algún peatón. Ni una luz roja se presentó cuando subíamos a la Plaza Cinco de Mayo y doblamos hacia la izquierda para encaminarnos a la Avenida Central. El tráfico estaba congestionado.

Los rostros desconocidos y despersonalizados me pasaban frente a mi cara. Los dos compañeros detenidos que iban conmigo en el asiento trasero me llamaban con gestos rígidos a la calma. Los papelitos se me acababan, solamente me quedaba uno. De pronto se detuvo el radiopatrulla. El uniformado abrió la puerta y pegó un grito.

-¿Quién está tirando papeles?

Abrió la puerta trasera del patrulla e intentó empujarme para adentro. Le impedí el paso. Estaba dispuesto a que no entrase.

Había visto a un amigo de pie, parado en la esquina de la Caja de Ahorro y Avenida Central. Lo miré fijamente en la cara y le solté el último papelito, mientras el uniformado gritaba y gesticulaba que lo dejase entrar o me golpeaba. Le dije que tomase las cosas con calma, que no cabía en el asiento trasero y me tiró la puerta con fuerza aprisionándome el pie. Empecé a decirle que me había agarrado el pie y que no podía sacarlo. No me hizo caso.

Efectivamente el zapato estaba aprisionado y no podía sacarlo. Menos mal que el zapato era grueso. Mi amigo miraba hacia otra parte. Sabía que me había visto y tuve esperanza de que una vez saliese el patrulla, mi amigo iba a tomar el papelito y mi mujer se iba a enterar de que había sido detenido por los temibles G-2 con apoyo de Panamá Policía. Los amigos se conocen en los momentos

difíciles y ese momento difícil fue más fuerte que la amistad. Para él no valió la pena arriesgarse por un conocido. Pobre Roberto finalmente le llegó su turno. Seguro que pensaba que la Guardia Nacional Panameña era un tigre de papel y ahora que sufra si es hombre. Esos pensamientos me vinieron a la mente cuando diez días después supe que el conocido de la esquina no era un amigo, sino un simple conocido viejo, que se arriesgaba por los demás.

El patrulla reanudó su marcha, llegó al final del Stadium Santa Rita, donde había debutado hacia 34 años como jugador de fútbol de la Provincia de Coclé. Enfiló hacia el Cuartel Central de la Avenida A. Estaba detenido por virtud de mi condición de Secretario General del Partido Acción Popular.

El PAPO era un partido pequeño. Un grupo de panameños con orientación nacionalista y civilista nos habíamos reagrupados después de las elecciones presidenciales de 1984 con la clara decisión de mantener el partido político. El Partido Acción Popular había ido a las elecciones presidenciales con nómina propia y había sido desconocido por el electorado panameño. El panameño votó en 1984 polarizado entre el legendario caudillo nacionalista y el tecnócrata de los militares panameños recién venido del Banco Mundial. El PAPO obtuvo 2.6% del electorado y el Presidente del Partido alegó fraude en perjuicio de la organización.

Marchaba orgulloso hacia lo desconocido, cuando el patrulla dobló a la derecha en dirección al Gimnasio y se introdujo en un amplio estacionamiento. ¿Dónde estarían los otros miembros del Partido? Me acompañaban cinco y presentía que nada o casi nada se podía hacer desde afuera. Nuestro trabajo era mantener la protesta pacífica contra la dictadura. Pensé que no conocía a fondo a la dirigencia del Partido. Sabía que el Presidente era un hombre de principios y que los había mantenido por más de cuarenta años de vida política. Sabía que un vicepresidente había sido secuestrado y arrojado en la cuneta de una carretera y que mantenía la lucha por la democratización del país. Conocía a más de cuatro miembros del Partido que a pesar de haber sido detenidos mantenían en una forma u otra su lucha contra el militarismo.

Ahora me tocaba a mí y los hechos, los duros hechos iban a manifestar cuál sería mi conducta. Me sentía preparado para enfrentarme a la brutalidad. Desde que la crisis se había iniciado el 10 de junio de 1987 y el régimen militar había decretado un Estado

de Emergencia, estuve ocupado en que el PAPO saliese a la calle , enfrentase pacíficamente a las fuerzas promotives de las Fuerzas Armadas y que pagásemos la natural factura de todos los pueblos y todos los dirigentes que se atreven a luchar por la Justicia y la Libertad.

En mis estudios de Ciencias Políticas había concluído que los grupos y los hombres sólo son reconocidos por los gobernantes cuando los grupos y los hombres están dispuestos a ir hasta las últimas consecuencias en defensa de su dignidad. Entregar la vida era la exigencia mínima para obtener el respeto de los gobernantes.

Este discurso era en mi concepto el único discurso viable para derrotar a la Dictadura Militar. Tratándose de un partido que quería ofrecerle a la nación panameña una salida democrática por la vía de la Constituyente, el camino del sacrificio personal era lo más natural para todos los que pretendíamos tener puestos de dirección. El viejo libro *El Príncipe* de Maquiavelo recomendaba a los aspirantes a dirigentes políticos a colocarse a la cabeza de un ejército propio para tomarse el poder y el viejo luchador de la no violencia, Gandhi, recomendaba estar dispuesto a poner el pecho para morir antes que matar.

Sentía que el PAPO necesitaba de hombres como Gandhi, hombres comunes y corrientes, que con facilidad podían ofrecer sus vidas. Sentía que los príncipes de Maquiavelo eran gente violenta que sólo encontraban razón de ser a su lucha al frente de un ejército o de una guerrilla y que la historia estaba demostrando en Nicaragua que los que suben por la fuerza de las armas se mantienen por la misma fuerza. La historia ofrecía raras excepciones, como el caso De Gaulle, que identificaba a Francia con la espada. La espada para mí difícilmente ofrece libertad cuando es empuñada por una minoría.

En Panamá estaba claramente demostrado que el militarismo, simbolizado en los generales de turno, había subido al poder por la fuerza y que después de 20 años de atropello intentaba mantenerse en el poder por la fuerza. Nada se había hecho para desarrollarnos y sin embargo, mucho se había hecho para formar un equipo de represión e intimidación.

Entramos al G-2. Un sitio común y corriente: Igual a una corregiduría o a un cuartel de provincia. Una gran mesa mostrador

por delante y dos o tres oficiales de turno, hablando de la lotería y de la próxima carrera de caballos. Nos hicieron pasar a un saloncito de espera. Me senté en el sofá y divisé una máquina de soda. Me levanté y metí una moneda.

-Mire oficial, ese señor del pelo blanco venía tirando papelitos. Aquí están, el patrulla de atrás los venía recogiendo,-dijo el uniformado.

Pensé que era un pobre diablo. Ir con revólver al cinto, con uniforme y con radiopatrulla a poner la queja porque venía tirando papelitos en la calle con mi nombre y mi teléfono.

Los policías y los detectives del G-2 eran pobres diablos preocupados por la hora de salida y por la mujer que con la sopa caliente los esperaba en la casa. Cumplían órdenes. Tenían que llevarnos al cuartel y ellos nos llevaban al cuartel.

-Hey, deja esa máquina. Esa soda sólo es para la gente, -gritó el oficial de turno. Lo miré y no le hice caso. Traté de sacar una soda y no funcionaba. Presioné la palanca de devolver el dinero y las monedas salieron a la cajita de protección. La abrí y tomé las monedas.

-Entren de uno en uno -vociferó un sujeto inexpresivo. Al entrar nos iban colocando contra la pared. Conté ocho personas con los seis que habíamos sido detenidos en el partido.

-Manténganse firmes, con los pies abiertos, manos al cuello, frente contra la pared -decía uno de ellos, mientras que manguera en mano empujaba la espalda de cada uno de nosotros.

No me pareció bien estar mirando la pared mientras tenía gente caminando a mis espaldas. Aflojé el cuerpo, moví las manos y volteé la cara. Un detective estaba distraído moviendo la manguera. Miré a los siete compañeros rígidos y con la frente pegada a la pared. Mingo estaba a mi lado. Le hablé y me contestó que se sentía bien y que él pensaba obedecerle a esos estúpidos que no sabían razonar. Le dije que para mí lo importante era sentirse libre. Sentí voces que venían de afuera y vi entrar a un conjunto de oficiales de alta graduación. Hablaban de nosotros, los detenidos en el allanamiento del Papo. Habían caído peces grandes y mencionaban mi nombre como parte del grupo de los que hablaban a escondidas y que ahora que había llegado el momento se la hacían en los pantalones.

-Mírenlos, tan valientes en la calle y ahora cagados de miedo.

-Esa es la gente que quiere acabar con las Fuerzas de Defensa y dejarlos a todos ustedes como desempleados.

Los miré a todos. Uno a uno. Les buscaba los ojos. Había aprendido que a los hombres y a las bestias hay que mirarles los ojos para evaluar su pobreza o riqueza de mente. Hay gente que mira con la profundidad de un perro cansado y hay gente que mira como felinos y hay gente que mira como ardillas y otros que miran con la indiferencia de un sapo. Hay gente que mira y no mira. Hay hombres que miran como mujeres y mujeres penetrantes que miran como águilas. Hay miles y miles de miradas individuales y colectivas. Uno de los tantos maestros que he tenido recomendaba mirar cuando uno hablaba al más tonto del grupo. Eso al menos lograba que uno no se sintiese tan estúpido. Mi vista cayó encima del Teniente Coronel Leónidas Macías. Lo vi como el león cansado del zoológico del Hipódromo, en nada se parecía al león de las termópilas. Vi a otro teniente coronel, grande y colorado con una cara ancha y no recuerdo la mirada que tenía.

-Coronel Macías, ¿por qué nos tratan como prisioneros de guerra? -dije levantando la voz.

Logré que todas las miradas se dirigiesen al rincón del corredor que canalizaba todas las entradas a las oficinas y a las mazmorras del G-2. Macías apresurado dijo cosas intrascendentes relativas a nuestro interés en destruir las Fuerzas de Defensa, dejarlo sin jubilación, dejarlos en estado de no deliberancia, como antes de 1968, cuando irrumpieron a lo bruto en el manejo de la cosa pública. Hablaban, se reían e insultaban.

-Nuestra lucha es no violenta. Nuestro objetivo es derrotarlos políticamente. ¿Por qué nos tratan como enemigos de guerra? -le volví a repetir.

Se abalanzó con escuadra de 9mm al cinto, con tres estrellas en el hombro y rodeado de hombres incondicionales hacia mis 145 libras de peso y 1.70 metros de altura. Lo vi venir. Levantó el puño, lo arrojó sobre mi pecho, admiré cuando al momento de golpear dobló el puño y descargó un golpe seco con la mano doblada debajo del corazón.

-Atrévete a decir, si eres hombre, que te pegué.

-Eres un cobarde. Nosotros estamos ganando la pelea no violenta -le grité mientras sus acompañantes se lo llevaban hacia las oficinas del G-2. El operativo contra nosotros se había efectuado

bajo la coordinación de Panamá Policía y el G-2. Por eso, allí estaba el Jefe de Panamá Policía, Macías, los ejecutivos del G-2 los mayores Samudio y Valdonado y el todavía teniente coronel en ejercicio, Ramiro Eros Cal. Algunos hablan que allí estaba Madrián, el jefe del DENI, quien en 1974 torturaba a un anciano panameñista sentándolo desnudo en un pedazo de hielo. Yo no lo vi.

Macías me había quitado los anteojos de un manotón. Inmediatamente se lo llevaron los miembros de la comitiva que habían visto como un débil detenido lograba provocar a uno de los miembros más calificados del Estado Mayor de Noriega. Más adelante supe que mis palabras no violentas habían sido interpretadas como signos de una gran violencia con capacidad de poner en peligro la seguridad del militarismo panameño. El violento sólo conoce el lenguaje de la violencia y no es capaz de imaginarse acciones dirigidas a las profundidades de la mente. Lo importante no es someter si no convencer con el ejemplo de una idea a los mismos agentes de la tortura que un hombre no se puede doblegar con la fuerza. La fuerza doblega bestias y esclavos. Los hombres no son doblegados ni con la muerte.

Un mayor me devolvió las gafas. Me aconsejó que no fuese bruto. No le acepté el calificativo de bruto.

-Bruto son ustedes -le dije. Yo resistía mientras ellos trataban de rebajarme a la condición de animal acobardado y sometido.

-Te conocemos, Roberto. Ya sabemos lo que dices y lo que piensas. Mantente tranquilo, estás detenido, trata de sobrellevar la situación.

-Ustedes tendrán que sobrellevarme. Si tienen orden de golpear me van a golpear, si tienen orden de matar me van a matar. Ustedes no son hombres, ustedes son autómatas y el sistema los está bestializando.

El mayor se retiró.

-Mira a la pared y déjate de pendejadas, -dijo un detective que no miraba a la cara y que golpeaba con una manguera.

-¿Qué te he hecho para que me trates así? -le respondí.

Me agarró por un brazo y me abalanzó hacia el suelo. Pude mantenerme de pie. A empujones fui conducido a un cuarto donde se llevaban a cabo interrogatorios. Un compañero sentado rendía indagatorias ante unos sujetos que escribían a máquina con dos dedos. Se me empujó y a golpes se me condujo a una galería

cerrada por una puerta con planchas de hierro. Dos detectives me llevaban, uno empujaba y el otro intentaba darme golpes en la barriga. En la esquina de la pequeña galería se me golpeó en la barriga y se me agarró de los brazos por la espalda, mientras el otro me quitaba los zapatos, el reloj y forzaba por quitarme la correa.

-Y ahora me van a quitar los pantalones. ¿Qué es lo que ustedes quieren hacer conmigo?

-Abré la puerta y mételo en la celda.

-No se puede, están ocupadas. En una hay una mujer y en la otra un muchacho.

-Mételo en la celda del muchacho. Abré rápido que este trabajo me tiene cabreado.

Se me arrojó en una celda oscura. Palpé una colchoneta y me acosté. Del fondo de la celda sentí la voz del muchacho.

-Dr. Arosemena Jaén, yo lo conozco.

-¿Quién eres tú?. ¿Cuándo te detuvieron?

-Yo soy Aguilar, me detuvieron en Calle 50 hoy al mediodía. Me puse a forcejear y a gritar y me metieron en esta celda.

-Tómalo con calma. Nuestro trabajo aquí es obtener experiencia y coger fuerza para seguir la lucha. ¿Tu familia ya sabe que estás detenido?

-Yo soy hijo de Aguilar, de la Compañía de Contadores Públicos Autorizados. Creo que ya están haciendo algo para sacarme, yo no quiero pasar aquí más tiempo.

-Roberto, soy Mery.

Una voz femenina vino de la celda contigua. Me sorprendió que en este lugar hubiesen mujeres detenidas. Por lógica las mujeres deberían estar separadas de los hombres en las celdas, máxime en estas celdas de castigos, chiquitas, oscuras y malolientes.

-Mery, ¿qué Mery?

-Mery Alfaro de Villagelíu, la chica que una vez te dijo en Calle 50 que la huelga no era para ese día.

-No recuerdo, -le dije.

-Te acuerdas de ese día que tú fuiste con un megáfono dando ánimo a la gente y avisando que el próximo paro sería para el 11 y que yo te dije que aún no lo habían decidido y posteriormente se hizo para el 17 de agosto.

-Te recuerdo Mery. ¿Qué te pasó? Pensé que estabas libre, esta mañana hablé con Laurencio, tu vecino y me dijo que habías sa-

lido de tu casa a las siete de la mañana y que no habían logrado detenerte.

-Efectivamente. Pero a las once salí de mi escondite y me agarraron. Me preocupan mis hijos que no querían que yo me metiese en estos asuntos. Sobre todo el más grande que debe estar sufriendo mucho.

-Ahora no es el momento de preocupaciones. Descansa, acuéstate en el suelo.

-No puedo, hay cucarachas y tengo unas faldas.

-Mátalas y sácalas de la celda.

-Roberto, vamos a rezar el rosario.

-Gracias, ahora prefiero pensar y descansar. No sé que me espera dentro de los próximos minutos.

-Tú eres un valiente. Me has impresionado.

-Conviene pensar y fortalecerse. Esta gente sólo cumple órdenes. La orden inicial contra todos los detenidos es: Quitarle la dignidad. Tenemos que mantenerla en la cárcel -le dije.

Empecé a descubrir bultos al fondo de la celda. Era un miserable cuartito de aproximadamente 1.75 x 2.00 metros. Un banco de cemento estaba al fondo y allí un joven sentado con las manos en la cara.

-Esto va a pasar y cada momento te vas a sentir más fuerte.

Tenía que aflojar los músculos. Me di cuenta de que tenía las manos apretadas al cuerpo y los puños estaban crispados. Respiré hondamentem, apreté y aflojé los puños. Apreté y aflojé los brazos, puse en tensión las piernas y las aflojé. Me concentré en una respiración corta, entrecortada, cerré los ojos.

El momento había llegado, estaba en manos de Noriega y él, pensé con tranquilidad puede torturarme, matarme o simplemente dejarme abandonado en un cuarto, en una celda o en un lugar inhóspito. Cualquier cosa que me haga me tiene sin cuidado. Jamás podrá quitarme ser dueño de mi propia conciencia y ser dueño de mis propios pensamientos. "De mis soledades vengo a mis soledades voy, para andar conmigo me bastan mis pensamientos". No podía descontrolarme. Era dueño de mi propio cuerpo, sentí un malestar en el pecho y pensé en el golpe bajo y cobarde de Macías. Me toqué debajo del corazón y sentí que me latía. Había sido golpeado en el estómago pero no sentía ningún malestar. Mis compañeros afuera deberían estar cansados y yo estaba tranquilo,

acostado y reflexionando sobre la lucha por la libertad y la dignidad.

De un golpe se abrió la puerta de la celda.

-Vienen, -dijo una voz de mujer.

Un detective de 1.60 mts de altura y unas 190 libras se colocó ante la verja de mi celda. Ya me sentía dueño de la celda, donde apenas tenía unos cuantos minutos.

-Maricón del carajo, párate. Aquí no se viene a dormir, hijo de puta.

Lo miré atentamente. Rostro hosco, burlón y bonachón. Nos mentaba la madre como quien saluda a un viejo amigo de escuela.

-Párate- me decía mientras movía las verjas con energía.

-No me paro. Estoy bien así. ¿Qué quieres ?

-No hagas preguntas. Párate.

Empezó a gritar una serie de estupideces y sacó un revólver 38, pongo el calibre para decir algo, podía ser de un calibre diferente.

-Párate o te disparo -me gritó ya en forma descompuesta.

Revólver en mano se mantuvo de pie ante mi cuerpo acostado en el suelo. Una puerta de hierro y barrotes nos separaba. Podía disparar entre las rejas. Tuvo tiempo para hacerlo y no lo hizo. Era un farsante que jugaba el matón con todos los pobres prisioneros que caían en sus manos. Sin orden para matar, amenazaba de muerte. Sin autorización legal para portar armas en las celdas, portaba y desenfundaba revólveres. Sin permiso para insultar, insultaba; sin permiso para golpear, golpeaba; sin permiso para matar, también podía matar. El juego era peligroso por donde quiera que se mirase. La experiencia indicaba que los militares y los policías panameños eran impunes. En 20 años de militarismo nunca se había juzgado a un policía. Crímenes habían sucedido a montones, pero ningún militar había sido juzgado y menos condenado. Morir o no morir era cuestión de suerte en manos del temible aparato de seguridad consolidado en 17 años por Manuel Antonio Noriega, el quinto general de la Segunda República.

Seguía mirando al matón con el revólver en la mano. No podía considerarlo una bestia. Era un hombre que reía, procreaba y se ilusionaba con un futuro más promisorio.

-¿Qué quieres? -le dije.

-La cédula.

-No la tengo, ya se la di cuando me detuvieron en el PAPO.

-No la tenemos y tengo que llevarla.

-Me senté y le di mi identificación de conductor.

Se retiró y enseguida regresó devolviéndome la licencia de conducir.

Me mantuve acostado. Tenía la cara mirando hacia los barrotes de la puerta de hierro. El corredor estaba iluminado.

-Doctor, hágale caso. Cuando a mí me detuvieron me volví loco. Grité, me tiré al suelo y de todas maneras me agarraron entre dos hombres y me trajeron aquí. Ya me interrogaron y me dijeron que mi papá venía a buscarme.

El joven, unos 20 años, estaba más animado. Había recobrado la confianza de moverse y de hablar en su propia celda. Más adelante descubriría que el sentimiento natural de un animal enjaulado es la de proteger su propio nido. El joven ya tenía varias horas de soledad en esa celda de castigo. La oscuridad inmensa había penetrado en sus pensamientos y al momento de abrirse la celda se había encandilado. Mi ingreso a la celda era la de un intruso. Podía conocerme y respetarme pero ahora era fuente de inquietudes para su inmediato futuro incierto. Estaba allí conmigo pero su atención no estaba en los sucesos externos ni entre la matonería que entraba y desfilaba por nuestra celda y por la de Mery. Su atención estaba en las profundidades de su alma y en la próxima salida que ya vendría de un momento al otro.

-Vienen.

Ruido de puertas de hierro y voces de gente que habla. Dos hombres se paran ante nuestra celda.

-Párate, -me dice una voz con autoridad.

Miro a un señor nervioso de unos 35 años de edad. Contextura robusta y movimientos ágiles. En pie delante de mí masticaba chicle rápidamente.

-¿Qué quieren?

-Párate y no te hagas el vivo.

Me le quedo mirando atentamente. Se saca el chicle de la boca. Hace un buche de saliva. Esperaba que hiciese un globo como hacen todos los muchachos cuando mastican chicles y de repente deja caer una inmensa baba que se precipita sobre mi cara, me cae en el ojo izquierdo. Sonríe cuando precipitadamente se retira el nuevo matón del G-2, el flamante Mayor, Ejecutivo del G-2 y posteriormente complicado en un ingenuo secuestro que nunca se re-

alizo en perjuicio de Noriega. Supe después que ese señor se llamaba Valdonado.

-Niña -grité cuando los dos matones apagaban las luces del corredor y tiraban la puerta de hierro con un fuerte estrépito. Trataba de ser no violento incluso en las palabras, pero aún no había logrado esa madurez.

Cristo, también había sido escupido. Era lo más natural para un detenido que no tiene ningún derecho y que pierde su condición de ser humano en manos de esos mercenarios.

El militar es un mercenario aceptado legalmente, pero es un simple mercenario. Qué me busquen un sólo militar que no trabaje por paga. Trabaja para intimidar durante una jornada de trabajo.

Enfrentarse a bestias es fácil. Enfrentársele a hombres es difícil y a veces penoso. Allí estuve varias horas solo. Ninguno de esos matones regresó al calabozo. Cuando me fueron a buscar dos horas después, tuvieron que despertarme. Eran otros los que habían entrado al nuevo turno. Ya se habían llevado al joven. Semanas después supe que al salir de las instalaciones carcelarias, el joven se había encontrado con mi cuñada y mi mujer que rondaban con persistencia por las diferentes salas de guardia preguntando por mi paradero. Durante 72 horas sus preguntas fueron contestadas con evasivas y con: "Ese nombre no aparece en nuestros registros". Esa tarde mi mujer supo que yo estaba detenido, que estaba en las instalaciones del G-2 y que estaba libre y protestando a pesar de estar encarcelado.

Eran como las seis de la tarde cuando me despertaron. Me llevaron al salón de interrogatorio y me dieron mis zapatos, mi correa y se me compuso el cuello de la camisilla.

-Póngase simpático que va a salir por televisión -dijo una voz y sonó una risotada.

-Apúrate, fuera que no podemos esperar.

Con calma me puse los zapatos y me amarré los cordones. No pensaba ir por allí con los zapatos flojos y sueltos. El matón siguió increpando pero ya yo, empezaba a hacer lo que quería.

Se me llevó al salón de ingreso, allí mismo donde el Coronel no había sabido argumentarle a un discurso no violento. Había más gente detenida que en el momento de mi conducción forzada a la celda de castigo. Los detenidos estaban de pie, con la cara hacia la

pared y con las manos a las espaldas. Vi a un señor vestido con saco y corbata.

Me llamó la atención el nerviosismo de los organismos de seguridad que estaban realizando un operativo a gran escala en contra de los civilistas. Había percibido en las conversaciones con Mery, con Aguilar y en las preguntas sueltas que me llegaban a mis oídos que las Fuerzas de Defensa estaban rastreando la existencia de un grupo de comandos o de violentos cruzadistas que el día de la pelea final, el 22 de octubre, iban a realizar actos de terrorismo en vista al asalto armado del poder.

Me pararon en el centro del salón. Una luz me encandiló. Me di cuenta de que no tenía mis anteojos. Soy miope pero no echo de menos los anteojos cuando actúo.

-Preparen la cámara. Hay que tomarle al sedicioso mayor una buena foto para el noticiero de esta noche.

Sabía que nos iban a sacar por televisión. Mi familia y mis amigos estarían preocupados por mi condición física y moral y tenía que darles seguridad de que nada me pasaba. Sonreí voluntariamente y aflojé los músculos de la cara. Tenía la impresión de que todos los delincuentes cuando salen fotografiados salen en hoscos y tensos. Yo tenía que salir en forma diferente. No era un delincuente, era un luchador por la Justicia y sabía que estos luchadores por la Justicia son afortunados. Miré de frente la cámara y aproveché la breve exposición al público para meter la mano en el bolsillo y sacar mi bandera de liberación no violenta. Empecé a flamear la bandera blanca del Movimiento Civilista.

-Sacó un pañuelo blanco.

-¿Qué hacemos?

-Detengan la filmación.

Me di cuenta de que había logrado obtener ventaja de lo que ellos consideraban su momento de triunfo. Entonces sonreí de verdad, el público se iba a dar cuenta de que en todas partes se puede repudiar a la dictadura y que la cárcel no es castigo como la gente se imagina sino oportunidad de resistir más y más.

La toma salió posteriormente por la televisión. Los amigos descubrieron que no me estaban tratando bien porque no tenía las gafas. Los más observadores se extrañaron de que el brazo derecho aparecía cortado y no se veía la mano. Cuando les hablé de la bandera y del pañuelo blanco, entendieron por qué se sacó la fo-

to con la mano incompleta. El aparato militar había manejado las tomas en forma tal que aparecíamos como terroristas. Mis artificios para dar seguridad y confianza a todos los civilistas que debían prepararse para la Gran Manifestación Blanca del 22 de octubre no habían sido efectivos a corto plazo.

El aparato inundó los medios de comunicación de masa con la noticia del allanamiento del Partido Acción Popular y con el descubrimiento de un grupo armado comandado por mi persona para asesinar gringos y militares el día 22. Este grupo tenía vinculaciones con chilenos, peruanos y mercenarios contratados por la División de Narcóticos del gobierno estadounidense. Posteriormente en la celda preventiva nos íbamos a reunir más de 50 personas con similares características. Supe después que una mentira repetida por radio, prensa y televisión llega a ser imagen verdadera para justificar jurídicamente cualquier tipo de medidas contra adversarios políticos. Leónidas Macías declaró a la prensa la noche de mi detención el descubrimiento de un complot que llenaría de luto y desasosiego a cientos de familias panameñas. Ese mismo día se quemó el supercentro comercial El Machetazo en una de las áreas más populosas de la Ciudad de Panamá y ese mismo día se preparó y realizó la masacre de los Condenados a Coiba en la salida de Santiago de Veraguas. La violencia cobraba nuevas víctimas y el terror se ejemplificaba en una de las figuras, llamada el Campeón de la No Violencia. Así me llamó el presidente del Partido días después. Nada de lo que sucedía en realidad salía a la luz pública y la imaginación terrorista del militarismo se apoderaba de la conciencia de un pueblo que de repente se sentía enfrentado a una institución armada al servicio de los más oscuros intereses del militarismo mundial. Ni la gente ni los bienes, menos aún los códigos y los compromisos, valen cuando el poder está defendiendo su permanencia.

Nos volvimos a quedar solos en el salón de ingreso del G-2. Eran doce personas las detenidas ahora. Se nos puso contra la pared. Habían detenidos que desde hacía 3 o 4 horas permanecían de pie contra la pared. Vi al matón que me había sacado el revólver sentado en un banquillo en actitud de vigilante. Le dije que quería orinar y qué donde podía ir .

-Voy a ver que dice el jefe -me respondió.

El jefe no dio permiso. Me puse a hablar con el más próximo a

mi persona. Era un joven de unos 20 años, hijo del Secretario General de un partido de oposición a la Jefatura de Noriega de las Fuerzas Armadas. Mi partido se oponía al militarismo y por lo tanto al papel de la Institución Armada en nuestro territorio. Este papel estaba amarrado por tres elementos jurídicos que necesariamente había que anular para erradicar el militarismo en Panamá: La ley de las Fuerzas de Defensa, el Tratado de Neutralidad Carter-Torrijos y la Constitución de 1983. Coincidíamos en la cárcel los adversarios de Noriega y los enemigos del militarismo. El muchacho había sido detenido saliendo de la empresa de su padre en el vehículo de su padre.

-No me buscaban a mí, buscaban a mi papá.

Una víctima más de la arbitrariedad. No interesaba a quién se detenía ni porqué se detenía. Lo importante para esos matones era llevar rehenes a la cárcel. Después, los corregidores, jueces nocturnos y fiscales inventarían cualquier estupidez para retener a los prisioneros, cobrarles multas o fianzas o simplemente darles una reprimenda -para que no sea apegado y no se deje coger la próxima vez-. Esa era la ley. El joven estaba tranquilo. Tenía la seguridad que pronto lo soltarían. Su madre era amiga de la gente que mandaba en Panamá y sin dificultad podía hablar con Tony o con la mujer del General.

-Soy norteamericano y mi mamá vive en los Estados Unidos.

-A los gringos los están soltando con facilidad.

-Dije que era panameño y entregué mi cédula. Yo apenas tengo poco tiempo de estar en Panamá y estoy dedicado al trabajo y no a la política.

-Cáyense la boca. Aquí no habla nadie -gritó el matón.

Lo miré y continué conversando con el muchacho. Me pareció un atrevimiento que seres humanos no pudiesen comunicarse en situaciones tan difíciles como esas de estar detenidos en manos de gente sin Dios y sin Ley. Esos matones no tenían ley, su única lógica era la lógica de la selva, del más fuerte y del aquí mando yo porque mando yo.

A los detenidos nos correspondía defender nuestra dignidad para evitar las profanaciones de ese templo que apenas en 1948 había sido declarado como el receptáculo universal de la igualdad y la libertad. El hombre era igual en todas partes y en todas circunstancias y tenía el supremo derecho a rebelarse cuando cual-

quier sujeto irrespetase su dignidad. El precio de la dignidad era la vida o la muerte y el individuo, el grupo o el pueblo que no estaba dispuesto a pagar esa factura viviría en servidumbre. El que estaba dispuesto a pagarla viviría permanentemente en el recuerdo de sus amigos, familiares y prójimo en general aunque fuese maltratado y muerto. La cárcel se la juega como la esclavitud, con el temor de la gente.

Se me quitó del sitio donde hablaba con el hijo del secretario general y se me empujó a la esquina donde había resistido a los miembros del Estado Mayor.

-Este tipo es enemigo de las Fuerzas de Defensa -dijo el matón dirigiéndose a un señor de unos 60 años de edad-. Te quiere dejar sin jubilación.

-Es falso -le grité. No tengo nada contra tí ni contra ningún militar que cumple y respete los derechos del individuo. Estoy contra los militares en el poder.

El matón se retiró. Volví a insistir que quería orinar y que dónde podía hacerlo. No se me hizo caso. Eran como la siete de la noche. Los detenidos continuaban de pie frente a la pared. Algunos llevaban cinco horas, otros iban llegando y los iban colocando como prisioneros de guerra. A mi izquierda estaba un miembro del partido.

-¿Cómo te sientes?

-Doctor, cójalo suave. Son unos brutos y le van a dar un mal golpe.

-Tenemos que resistirles en el sitio en donde estemos.

-Este no es el lugar de protestar. Aquí estamos presos, aquí se obedece.

No estaba de acuerdo con ese planteamiento. No me sentía privado de la libertad de actuar, de la libertad de comunicarme, de la libertad de disentir de la máquina de opresión. Mientras tuviese fuerza era libre a pesar de estar encarcelado. Como individuo y como posibilidad histórica de interactuar con otros era libre e igual a los demás. Para sentirme libre tenía que manifestar en actos la inmensa rebeldía de mi pensamiento. El hombre no es un pensar, el hombre es un pensamiento actuante y como tal, es un comunicador de orientaciones y de deseos.

-¿Cuándo puedo ir a orinar? -Volví a insistir.

-Usted, no puede ir a orinar. Se está portando mal.

En realidad no tenía ganas físicas de orinar. Estaba previniendo situaciones peores en el futuro. El problema de las cárceles y de las torturas es descender al nivel fisiológico.

Todo el sujeto de libertades y de orientaciones sociales convertido en una bestia que come, defeca, duerme y piensa. Si no tuviésemos conciencia del comer y defecar seríamos bestias, pero ser consciente de la conversión en bestia es algo peor. Los animales viven y casi nunca enloquecen ni mueren del corazón. Nosotros enloquecemos y nos suicidamos de angustia. Quería orinar y no orinarme. La solicitud que hacía me permitía calibrar el grado de agresividad de mis captores y sentirme dueño de la situación.

Di media vuelta y empecé a conversar con el guardia. Durante un tiempo me había quedado mirando la pared como todos los compañeros de infortunio. Llegó el matón que me había escupido, cogió mi cabeza entre sus manos y la empujó contra la pared. Me separó una pierna de la otra y me colocó como un prisionero de guerra. Me amenazó con voz de padrino sobre castigos futuros y colocando sus puños apretados sobre mi cintura los presionaba con intenciones de propinar golpes secos sobre los riñones. Una vez que me dejó, volví mi cabeza y reinicié mis gestos de independencia y libertad.

Tenía el firme propósito de no obedecer y de resistir no violentamente a las agresiones físicas. Mi resistencia tenía que ser psicológica y no violenta. En este campo manejaba cierta ventaja, en el campo de la respuesta física me doblegarían con facilidad.

Me di cuenta de que si mantenía independencia en mi posición y si insistía en seguir hablando, ellos perdían respeto acelerado entre los otros detenidos. Nada más ultrajante para alguien que se siente autoridad que la desobediencia de los que considera súbditos y esclavos. Si uno del grupo no se consideraba esclavo y no era golpeado salvajemente, por qué los otros iban a mantenerse como esclavos. Ellos estaban en un dilema con mi actuación. O me doblegaban ante el grupo para aumentar la obediencia o perdían la autoridad ante el grupo. En cada nuevo intento de someterme manifestaba mi independencia y en cada manifestación de independencia disminuía su autoridad. Golpearme a lo bruto ante un grupo de detenidos y en un recinto abierto podía desencadenar una reacción de apoyo de impredecibles consecuencias. Me sentía

seguro en medio de los matones que tenían que consultar las acciones que deberían tomar con mi persona.

Estaba convencido de que la agresión física parcial o total contra mi persona estaba en manos de una orden superior. Los matones podían matarme si recibían esa orden. Podían golpearme hasta el cansancio. Cualquiera que fuese la orden superior me tenía sin cuidado. Era la misma sensación, ya superada desde hacía años, cuando subía en un avión. Sabía que mi vida en el avión no la tenía en mis manos sino en manos de la tecnología aérea y en la habilidad del capitán. Los militares panameños sabían cumplir órdenes al igual que todos los militares del mundo.

Los matones del aparato de seguridad del estado también cumplían órdenes, eran robots programados para golpear, torturar y matar. La robotónica al servicio del poder, en el caso panameño, al servicio del poder del General de Turno, Manuel Antonio Noriega.

Más adelante, en otras circunstancias, descubrí que la robotónica o robotización del aparato de defensa y seguridad del estado produce en los esclavos la bestialización.

Vi acercarse a dos personas. Me jalaban por un brazo, me empujaron y me sentí saltar por los aires. A empujones se me arrojó contra una puerta, ésta se abrió y caí en el salón donde tomaban declaraciones. Volví a ser levantado en vilo y se me llevó a la galería donde estaban las dos celdas de castigo. En una de ellas ya había estado, en la otra estaba Mery, la señora que me había invitado a rezar. Los matones, ya en el corredor, me hicieron una llave, caí al suelo boca abajo y uno de ellos se sentó en mis espaldas.

-¿Qué hacen? La orden es no golpear.

Me pude levantar del suelo. De pie pude ver al mayor que me había arrojado baba en la cara.

-Venga conmigo. Preparen la cosa.

Pasé a un corredor y se me dejó en el pasillo entre dos oficinas. En la pared había un organigrama que no lograba leer. Podía ser el organigrama del G-2. Sabía que el jefe del G-2, Seguridad del Estado, era el Coronel Barrera y que los dos ejecutivos del G-2, la presencia de Noriega en la agencia eran los mayores Samudio y Valdonedo. Mientras estuve en esas dependencias no sabía con quién me relacionaba ni quiénes eran los que hacían el papel de buena gente ni el papel de matones, luego, conversando con otros

y dando descripciones reconocí que los dos jefes de turno con los cuales tuve que enfrentarme eran los dos incondicionales de Noriega. Meses después, el equipo de represión que nos detuvo, apareció como un equipo que traicionaba al mismo jefe a quien servían. Cuando un hombre por razones de un puesto de trabajo irrespetaba la dignidad de otro hombre y abusa de la fuerza puesta en sus manos no podrá jamás ser leal a su institución y menos a otro hombre. Son robots bestializados capaces de sacarle por intereses los ojos a sus propios familiares. Si caen en desgracia y llegan a ser prisioneros, es posible que se les despierte el hombre dormido y sea vencido el autómatas y la bestia que habían logrado imitar.

Sentí una regadera abierta. El ruido de agua llegaba a mis oídos. Alguien se prepara para irse a su casa. Se terminó el turno y en poco tiempo estará rodeado de su mujer e hijos con un plato de arroz con carne. Desde las seis de la mañana no probaba bocado alguno. Ni había sentido hambre. Estas oficinas del G-2 están bien acondicionadas pensé, mientras cesaba el ruido de agua. Voces se escapaban entre las rendijas de las puertas. Cassazola volvería a llamar para pedir instrucciones. Cassazola era un compañero del Partido que también había sido detenido meses antes. No podía ser el mismo. A lo mejor era una jugada para crearme inseguridad.

Su maquiavelismo no había llegado a tanto. Noriega era astuto pero con seguridad que no podía manejar tantas cosas simultáneamente. Además que en estos momentos me tenía sin cuidado que en el Partido hubiese agentes del aparato encubiertos. Se lo contaría a Cassazola si es que salía con vida de esta. En efecto, Cassazola, el del Partido, me dijo que era otro el Cassazola que trabajaba para los matones del aparato de Defensa y Seguridad del Estado.

La puerta de hierro de la galería se abrió. Me condujeron hasta la celda de castigo donde había cucarachas. Las cucarachas no me molestaban. Estaba oscuro. Me tiré al suelo para acostarme y tuve que levantarme inmediatamente. El suelo estaba empapado. Caminé con las manos extendidas hacia el fondo de la celda y habían charcos de agua en mis pies. Sonreí. Los matones habían abierto la regadera para mojar la celda e impedir que me pusiese a dormir.

-Arosemena se cree vivo. Nosotros somos más vivos que él - pensé que decía el ejecutivo de turno.

Calculé que en unas tres horas podría acostarme en el suelo. Un amigo español me contaba que cuando hizo el servicio militar lograba dormir apoyado sobre una bayoneta. Yo estaba mucho mejor y en mejores condiciones para dormir que ese amigo español. Recorrí la celda a punta de puntapiés y a punta de palmas. Era pequeña, al fondo una banca de cemento, al costado un canal de desage con agua abundante. La banca estaba llena de huecos. Unos con agua, otros casi secos. Empecé a palpar las paredes para ver si encontraba el grifo y la regadera. Sentía sed y era una buena oportunidad para tomar agua. Por ningún lado descubrí la regadera. ¿Cómo habrán mojado esta celda? me pregunté.

Esos matones trabajan con el único propósito de torturarnos. ¡Qué desperdicio de tiempo! Tanto desempleo en nuestro país y la gente ocupada en lugar de dedicarse al trabajo productiva se dedican a hacerle daño a los demás. El gobierno ocupaba a más de 20 mil hombres para dañar a los demás. Eran los asalariados de la represión. No podía explicarme de dónde había salido el agua. Recordé unos golpes de agua como baldazos sobre el pavimento. Me figuré a los matones cargando baldes de cinco galones de agua para lavar la celda que estaba llena de cucarachas a fin de que fuese ocupada por mi persona.

Me puse a orinar en el canal de desage. Un chorro de agua empezó a salpicar el suelo. El ruido de una cascada se sentía y no me importó que su eco llegase a los oídos de los matones. El primer deber de un animal es satisfacer sus necesidades y el deber de un hombre detenido es satisfacerla cuando se obtiene el menor perjuicio social. Habían pasado más de siete horas de la detención y a los matones no les había dado la gana de permitirme hacer mis necesidades. En ese momento la hacía con tranquilidad, estaba en mi jaula, nido y no podía ensuciar por todas partes. El canal de desage a lo mejor estaba previsto para ese tipo de iniciativa forzada pero inevitable para todo ser humano recluido por tiempo indefinido.

Hice ejercicio. Me puse en cuclillas en varias ocasiones rítmicamente. Sentí la respiración entrecortada. Me asomé al corredor entre los barrotes de la puerta y respiré profundamente en varias ocasiones. El aire estaba enrarecido afuera, el de adentro se sentía húmedo. Estaba en una celda oscura, solo e incomunicado. El pe-

cho me dolía un poco. Estaba lleno de optimismo y con mi sistema de alerta en tensión.

Ruido de llaves y puertas de hierro me hicieron fijar la vista hacia el lado derecho. Encendieron las luces. Venían dos. Uno de ellos era Blandón, el otro era el matón que había que vigilar para que no se le fuese la mano con los detenidos.

-Tu viejo comiendo del gobierno y tú dándole plomo.

Lo echaron en la celda contigua. El matón pasó delante de mí, lo miré y él no se dio por aludido. Cerró la puerta y apagó las luces.

-Blandón, soy Roberto.

-No sabíamos de usted. Creíamos que se lo habían llevado para otro parte.

-¿A tí te golpearon?

-No. Me estaban interrogando y uno de ellos empezó a insultarme porque yo atacaba a Noriega, sin importarme que el viejo fuese uno de sus principales asesores. Luego me trajeron para acá.

-Allí tienes una colchoneta y puedes descansar. Se duerme bien.

-Prefiero quedarme sentado. Afuera los muchachos se mantienen de pie desde hace horas.

-Silencio, no se puede hablar -resonó a los lejos una voz.

-Podemos hablar, aquí estamos en el máximo castigo que tienen.

-Afuera sigue llegando gente. Dicen que tienen un operativo montado para acabar con el empujón final.

-¿Han detenido más gente del partido?

- No. Detuvieron al señor Conte de la Cruzada Civilista.

- Aquí me encontré con Mery Alfaro que era la coordinadora de la Cruzada para recibir a los interioranos y con un muchacho que estaba repartiendo volantes en la Calle 50.

Hice una pausa y Blandón no me contestó.

- Acuéstate en la colchoneta, se duerme bien. Cuando se está preso hay que aprovechar todos los momentos libres para fortalecerse.

Blandón era un joven de unos 20 años de edad. Sabía que Miguel Antonio le había encargado la administración de **Alternativa**, un diario con una circulación de 2 mil ejemplares. En los buenos tiempos de la Movilización se habían editado hasta 5 mil. Blandón

era hijo de un alto jerarca del gobierno militar panameño. Este jerarca había ocupado posiciones relevantes en la burocracia estatal y tenía imagen de hombre duro e inteligente. Se le había enfrentado a los presidentes peleles de los generales de turno desde el tiempo de Barletta. Fue director del Instituto de Electrificación, empresa con más de cinco mil trabajadores y facturación mensual de varias decenas de millones de dólares. Como director de Electrificación había soportado ataques fuertes de la opinión pública anticomunista y del sector sindical con orientación marxista. En estos ataques, el padre de Blandón, había salido airoso. Tenía el apoyo decidido de las Fuerzas Armadas y del General Noriega. Cuando Blandón fue retirado del Instituto de Electrificación (IRHE) se le nombró Cónsul de Panamá en Nueva York, puesto que ocupaba el día en que su hijo fue detenido. Yo me acordaba que a principios de la década de los setenta, el otro general de turno, Torrijos, lo había nombrado *en* Reforma Agraria y que luego lo había encontrado en el Bayano como segundo de Ascanio Villalaz, organizando la conquista del Darien a través de la Cooperación del Bayano. Ese recuerdo me incomodó, este tipo de gente había permitido que el militarismo panameño derrochase los recursos naturales. El Bayano y la Reforma Agraria se habían convertido en fuentes succionadoras de decenas y cientos de millones de dólares que la Banca Mundial volteaba sobre Panamá con el afán de que el exceso de los dólares de Vietnam y del Petróleo produjesen países hipotecados en el futuro. El mismo Ascanio había contribuido en 1975 a que yo perdiese un puesto de asesoría en el IRHE cuando me le oponía, junto al sindicato, a las arbitrariedades de Torrijos. Una vez que Noriega se enterase de que el hijo de Blandón estaba detenido, iba a buscar la forma de liberarlo, pensé, cuando otra vez se encendieron las luces, abrieron la puerta, llegaron al calabozo de Blandón y lo sacaron.

-Suerte -le dije al pasar junto a mi celda.

Volví a quedarme solo. El suelo estaba casi seco. Fuí a la banca de cemento al fondo de la celda, palpé y sentí que parte estaba seca y otra parte húmeda. Empecé a frotar la banca con la palma de la mano y luego a limpiármela en la pared. Sentí una capa de lodo seco en mis manos. Me la froté entre sí y al acercármela a la nariz olí el inconfundible olor a cucarachas. Seguí frotando las manos contra la puerta de hierro y los barrotes. Luego fuí y me senté en el

banco. Ya estaba seco. Habían trascurrido cerca de tres horas y sentí que no valía nada para los demás. Ni siquiera me habían interrogado. Estaba aislado en un calabozo solitario. Lo mismo era estar diez minutos, cinco horas, un día, semanas o meses. La mente lo podía atormentar a uno infinitamente o uno podía controlar la mente y dirigirla hacia sensaciones inmediatas. El banco era incómodo. Si me recostaba contra la pared la camisa blanca se ensuciaría. ¿Qué diría mi suegra si me viese llegar todo sucio? Me di cuenta de que los zapatos no me los habían quitado como la primera vez que me metieron al calabozo. Menos mal, porque el piso estaba mojado y las medias se hubiesen empapado. El ambiente húmedo y cálido, lleno de olor a cucaracha era el más indicado para que mi rinitis alérgica hiciese crisis. Si empezaba a estornudar me debilitaría con rapidez. La vieja úlcera que había sanado con yerbas paraguayas podía en cualquier momento reventárseme. No había comido en dieciséis horas y ni siquiera sentía el más mínimo retorcijón en el estómago. Ese es el factor impredecible en toda acción humana que a veces hace fracasar los más elaborados planes de contingencia. Mi trabajo era mantenerme dueño de mi mismo. Hacía años había aprendido la necesidad del ayuno terapéutico y la necesidad del ayuno para templar el cuerpo y fortalecer los ánimos. Era, entonces, el momento de ayunar. A cada uno le llega la fecha de su cumpleaños sin buscarla. A mí me había llegado la hora de ayunar. Sabía que los heroicos irlandeses habían soportado hasta más de sesenta días y que los maestros antiguos hablaban de ayunos de cuarenta días y cuarenta noches. Visto así el tiempo apto para la resistencia, me pareció ridículo un ayuno de dieciséis horas y pensé que bien podría prepararme para un ayuno sin agua de tres días. Huelga de hambre no entraba entre mis consideraciones. Me oponía a este tipo de protesta y era un convencido de que la huelga de hambre termina con la muerte. Mi vida la podía entregar pero no pensaba quitármela. Que me la quitaran ellos. Se abrió la puerta.

Dos jóvenes se detuvieron ante mi puerta.

-¿Quién es el representante del PAPO ante la Cruzada?

-¿Qué quieren ustedes?

-El representante del PAPO, ¿quién es?

-Yo soy, el secretario general, ¿qué quieren?

-Morales es miembro del PAPO.

-No pregunten vainas que ustedes ya han publicado. Léanse *Critica* y no pierdan el tiempo.

Recordé que días antes, después de la detención de José Luis Moreno, el domingo en la noche, habían publicado los nombres del grupo de apoyo operativo a los programas de acción no violenta de la Cruzada.

-No se metan con los que son carne de cañón. Atrévase a sacar del país al embajador de los Estados Unidos. No hablen de los políticos que se aprovechan del movimiento, atrévase a meterlos presos así como lo han hecho con nosotros.

Se retiraron. Eran simples amanuenses que buscaban certificar con mi testimonio alguna declaración. Los interrogatorios se realizaban después de horas de irrespeto a los detenidos y cuando según los cálculos de los analistas del comportamiento humano, la gente ya había sido ablandada. El ablandamiento era el resultado de la sutil tortura a que eran sometidos los detenidos. Empujones, golpes de puño, manguerazos, insultos, encerronas, amenazas con revólver, desprecios con salivazos, horas de pies, sin comida, sin agua, sin reposo, sin comunicación, eran técnicas para ablandar y obtener las declaraciones que pareciesen verosímiles a la comunidad. Mi lucha no violenta me exoneraba de esas ridículas declaraciones. Al aparato le importaba un bledo lo que se dijese o se hiciese en los sitios de ablandamiento. El aparato armaba allí las celadas de intimidación.

Después supe que esa noche se me hizo aparecer ante la televisión como el jefe de un grupo armado y que al día siguiente ya era un terrorista condenado a ir al presidio de máxima seguridad de la República según declaraciones del Jefe de la Policía, Leónidas Macías. Los detenidos eran llevados al sitio de interrogatorio. Un escribano ante una máquina manual, les preguntaba las señas generales y la filiación política. Luego el puesto que ocupaba en la Cruzada Civilista y las acciones de sedición que llevaban a cabo. Las preguntas suponían el delito y la culpabilidad de los detenidos. Se llevaban de calle los principios constitucionales de presunción de inocencia y de asistencia legal para los detenidos. La maquinaria del estado marchaba contra las libertades de los grupos y de los individuos que disintían. El mero hecho de disentir de la voluntad del General y de las Fuerzas Armadas era un delito. El detenido firmaba la declaración que establecía que se había logrado sin

apremio alguno. El ablandamiento era una técnica psicológica, parte de la guerra psicológica y como tal, justificable para el militarismo. Algunos testigos mostraban las huellas de la tortura en sus nalgas y en sus caras. La tortura física había sido superada por la tortura mental en los libros de textos, pero la improvisación y la urgencia del aparato para sofocar la protesta pacífica los conducía a la utilización de las medidas más expeditas. La fuerza siempre fue el recurso de los impacientes. Noriega estaba impaciente porque el poder se le escapaba de las manos. Nosotros éramos fichas desechables del juego de ajedrez, peones que podían usarse como celadas y peones que podían sacrificarse.

La celda estaba seca. La oscuridad era densa. Podía tragármela por todos los poros de la piel. La unidad de mi cuerpo era invisible. No lograba diferenciar visualmente mis manos de mis dedos. Pensaba, luego existía. Me tocaba, luego estaba vivo. Si se olvidaran de mí, terminaría mis días tranquilamente en una celda unipersonal.

Así estuve por minutos-siglos. No hay ninguna diferencia entre la muerte de mi madre que sucedió hace dos años y la muerte de mi abuela que sucedió hace 60 años. Ambas son personas del recuerdo. Lo mismo sucede en la experiencia personal cuando aprendí hace 42 años a nadar en el charco de San Antonio en Penonomé que cuando entré al Coliseo Romano o a Las Tullerías en París hace cerca de 20 años. El recuerdo de hace cinco minutos es el mismo recuerdo de hace siglos. Allí estaba yo en una celda de castigo sin tiempo, perdido y con deseos infinitos de acabar con el militarismo que arruinaba a mi país desde mi nacimiento.

Ablandamiento

Eran las 10:30 de la noche. Se me fue a buscar al calabozo. Estaba caminando.

Dos pasos cortos hacia adelante, un paso corto a la izquierda, dos pasos cortos hacia atrás, un paso corto a la izquierda. Dos pasos hacia adelante y así una vez y dos veces y tres y cuatro hasta llegar a veinte y luego un paso a la derecha, dos pasos hacia adelante, uno a la derecha, dos cortos hacia atrás y así una vez y dos veces hasta llegar a veinte y luego a la izquierda, luego a la derecha. Así son las celdas y así se comportan los hombres en una inexorable monotonía.

Lo que sobra es tiempo, lo que falta es tiempo, el tiempo lo llena todo y el mismo tiempo lo vacía todo. Hasta el pensamiento queda vacío y hay que llenar el tiempo de sensaciones, de olores hasta lograr la síntesis magistral de pensar, sentir y respirar. Todo es pensamiento, todo es sensación, todo es respiración. Quedar sin aire en un minúsculo intervalo de tiempo y zas se acabó todo.

Los matones que me tenían encerrado me habían quitado la luz y la luz no me hacía falta. Me habían quitado la libertad de movilización por grandes espacios y yo me movía como un torbellino en el tremendo espacio de mis circunstancias. Me habían quitado la comunicación con mis semejantes y yo me lograba comunicar con las diferentes posibilidades de mi ser. Me habían quitado todo lo que podía quitarme y yo me encontraba más dueño que nunca de todos mis movimientos, de todos mis deseos y de todas mis ilusiones.

La luz me molestó por un instante. Pasé por corredores y salones sin percibir rostros y llegué finalmente al lugar donde había entrado hacía una jornada de trabajo. Me colocaron a la cabeza de la fila. No tenía mis anteojos, no tenía mi correa, no tenía mi reloj, no tenía el maletín con la ropa de José Luis, de Luis Alberto y de María Moreno. Tenía que recobrar el maletín. Por el maletín había ido a Tucumén, por el maletín había llegado al Partido y por el maletín me habían detenido. No podía dejar el maletín en ma-

nos extrañas y menos en manos de gente que trabajaban golpeando a los hijos de otros. ¡Qué extraño oficio!

Vivir para golpear a los demás y recibir un salario sobre la base del ultraje a los semejantes. Llegará el día en que estos robots se darán cuenta de que son hombres. Espero que no sea demasiado tarde.

- ¿Dónde están las cosas que me quitaron? Necesito mi maletín.

- Todo le será devuelto -dijo el jefe de turno, el mayor que escupía a los detenidos que estaban en el suelo.

Empezaron a formar la fila de todos los detenidos. Llegaban a doce.

-Van a salir de dos en dos - dijo el matón.

-Mis anteojos, ¿dónde están ?, -le dije a un señor que nos vigilaba.

-No sé a quién se los dio?

-Me los quitaron. Aquí en este rincón dejé un maletín rojo y tampoco aparece. De seguro que se lo robaron.

-Allá en el salón está el maletín. Voy a buscarlo. Lo guardamos allá para que no se perdiese -dijo el guardia de mayor edad. La sala de guardia del G2 y del S2 eran sitios inseguros. Las cosas se las robaban. Sobre todo a los detenidos. El detenido no vale nada en la cárcel panameña. Los ladrones tenían que ser la gente que entraba y salía de esos sitios. Esa gente eran policías y militares. Me entregaron el maletín. Dentro estaban los anteojos, el reloj, la correa y la ropa de José Luis, Luis Alberto y María. Me puse el reloj. Las manecillas juntas estaban en el número once. Faltaban cinco minutos para las once de la noche.

Me puse los anteojos y miré a los compañeros detenidos. Algunos eran desconocidos, otros los había visto. Allí estaban mis cinco compañeros detenidos en el Partido. Me llamó la atención que uno estuviese de saco y corbata. Un señor de unos 50 años de edad, más alto que el promedio de los panameños y con modales propios de un salón antes que de un sitio de ablandamiento. No me acordé de la cédula de identidad personal que había entregado en la sede del Partidonueve horas antes. El documento lo había entregado de buena fe y bajo la presunción de que las autoridades, una vez utilizado me lo devolverían. Falsa presunción, el documento nunca se devolvió y meses después, cuando la represión

arreció en las calles y urgía identificarse para no ser detenido como un indocumentado, tuve que pagarle al fisco cuatro dólares y medio para que se me extendiese una nueva cédula de identidad personal.

Me cuentan que la gente que ha tenido necesidad de regresar al G-2 a buscar su cédula, la hacen pasar a un depósito donde hay tiradas cientos de cientos de cédulas. En el militarismo es más importante la cédula que el cedulao. El número vale más que la persona numerada. Esa se hace un simple número de tomo, libro y folio y ahora con la computadora de rollo, imagen y record, pero en Panamá las cosas eran diferentes y especiales. Ni la cédula ni el cedulao valían. Un hombre despojado de su identificación dejaba de ser hombre para ser parte del montón, tanto el cedulao como la cédula son despreciados. A partir de ese momento sin conciencia propia anduve como un indocumentado.

En verdad que me importaba un bledo ser reconocido por autoridades violadoras de mi personalidad. Era una medida de higiene mental rechazar la usurpación de dirigir a quienes recibían un salario para ofender a los demás. Me ocupaba más bien de ser reconocido por mis compañeros.

Entramos en un vehículo privado de cuatro puertas. Se aseguraron las puertas para que fuese imposible abrirlas desde el interior.

-¿A dónde nos llevan?

El vehículo partió sin que el conductor y el acompañante nos dirigiesen la palabra. Salimos a la calle, doblamos a mano izquierda, vi el Gimnasio Neco de la Guardia. Inmediatamente doblamos a la derecha. La calle estaba vacía. Nos detuvimos frente a la Cárcel Modelo. La noche estaba fresca. El olor a humedad se colaba hasta los pulmones. Una pareja asomada en un zaguán se bebaba sin descanso.

-Bájense. Llegaron a su casa. Tengan cuidado porque los presos roban y acuchillean. Nos estremecemos. Oír la posibilidad de ser acuchillado era parte de la táctica de ablandamiento.

Entramos a la Sala de Prevención de la Cárcel Modelo. Tres guardias uniformados estaban sentados detrás de un mostrador. Nos indicaron que nos fuésemos colocando en fila. Me dirigí al subteniente de Guardia, apellido Yolí y le pedí el teléfono.

Tenía derecho a una llamada telefónica. Es el derecho de todo

detenido, comunicarse con sus familiares y abogados para avisarle de su detención. Si uno no hace uso de este derecho que establece la Constitución, no está detenido sino desaparecido y para los fines de rescate, secuestrado. Por la contestación del subteniente me sentí secuestrado. Para mis familiares estaba desaparecido. Fuí a un teléfono monedero a efectuar la llamada y se me impidió. Estabamos incomunicados por órdenes superiores. Ordenes que no podían darse porque en nuestro país no hay nada superior a la voluntad que emana del pueblo. Esa voluntad popular había establecido que todo detenido al momento de su detención, independientemente del delito del cual se le acusase tenía derecho a ser asistido por un abogado.

En la Cárcel Modelo también existía un poder superior al soberano y ese poder superior eran las órdenes del G-2. Los uniformados que actuaban supeditados a las órdenes superiores del G-2 estaban siendo desleales a la ley fundamental de la nación y como tales podían perder sus puestos inmediatamente. Sentí que entraba a una casa de pandilleros y no a una institución correccional.

-Todos suban detrás de la malla. Caminen -dijo un uniformado. Más adelante uno de esos uniformados me confesó que cada vez que se sentía con un revólver y con un uniforme la voz le salía recia y firme. Se sentía la ley y hablaba fuerte. La gente obedecía porque estar uniformado significaba ser la ley. Sin uniforme se sentía sin fuerza para levantar la voz. -Qué rico es sentirse la ley-me comentaba. Estaba seguro que así no era el mundo que queríamos vivir. La ley no puede ser un uniforme. La única ley que debe conocer el hombre es el respeto a los demás como así mismo.

Unas mesitas dispuestas en cubículos con cuatro sillas se encontraban a nuestras espaldas. Era el sitio más acogedor de la sala de guardia. Allí se reunían los abogados con sus clientes cuando deseaban hablar sobre el avance de las investigaciones y sobre las próximas audiencias. Nos colocamos de cuatro en cuatro.

-Pronto traerán la cena -dijo uno del grupo.

Celebramos la ocurrencia. Era lo que convenía en un régimen ganadero. Cuando los animales han sido transportados de un sitio a otro hay que darles agua y comida. Nosotros habíamos sido privados de libertad porque denunciábamos el militarismo y éste ni siquiera nos consideraba dignos de ser animal o esclavo. Los animales en un establo reciben comida y agua y los esclavos dan tra-

bajo porque reciben potaje. Nosotros éramos algo menos que animal y esclavo.

-Alberto Conte, cómo fue que te detuvieron- le pregunté al señor de saco y corbata.

Alberto era un dirigente del sector empresarial de la Cruzada Civilista. Había sido designado para coordinar con los partidos políticos de oposición al militarismo un programa político de salida a la crisis. Esas reuniones de coordinación nunca se hicieron. Alberto había preferido realizar contactos bilaterales con cada una de las partes. Era un hábil publicista que había colaborado en campañas de promoción del general que había sido reemplazado por Noriega. Y allí estaba preso como uno más. El militarismo se ensaña más en sus antiguos aliados. La detención de Conte era una especie de escarmiento para los que aún colaboraban con el régimen. Qué no se les venga a ocurrir disentir del poder, porque le caemos encima -me imaginaba al Comandante de turno ebrio de poder y servidumbre dando órdenes de rebajar al digno Alberto Conte que se mantuvo siempre de pie y nunca de rodilla.

- Venía de Washington. Allí estaba con los dirigentes de la Cruzada. Todos sabían que el ingreso a Panamá estaba lleno de peligros. Sabía que me estaban esperando para meterme preso y acepté el riesgo. Periodistas, amigos y abogados me estaban esperando. Me obligaron a detener la camioneta donde venía con mis hijos, me bajaron y me hicieron acompañarlos. Mi abogado y otros amigos me venían siguiendo y antes de entrar en esta zona lograron escabullirse con una vuelta en U.

-¿De qué se te acusa ?

-Una serie de estupideces. Me niego a dar declaraciones y a ser interrogado. No firmo ningún papel si no se me permite la asistencia de un abogado.

-El gobierno está buscando intimidar a la gente con nuestras detenciones porque tiene temor a la marcha del 22. No te preocupes, vamos a ver como sobrellevamos esto.

Le pregunté sobre el resto de la dirigencia de la Cruzada y no me quiso contestar. Se habían quedado afuera. Entrar al país era peligroso. Estaban amenazados de encarcelamiento y prefirieron el exilio antes que la cárcel. Alberto regresaba a su país. Sus padres vivían en Panamá y pensaban morir en Panamá, porque le vamos a dejar el país a una casta militarizada que pretende defender

el Canal junto a los gringos hasta la consumación de los siglos. Alberto había regresado para seguir peleando y lo hacía de pie armado con su verdad y con su deseo viril de luchar por Panamá.

La conversación se generalizó sobre las largas horas del interrogatorio. No habían estado todo el tiempo de pie. En una ocasión se iba a recibir una visita en el G-2 y se les hizo pasar a un saloncito donde se estaba pasando un partido de beisbol de las grandes ligas. Los guardias eran buena gente. Pudieron tomar agua e ir al servicio. Algunos hablaban de sus amistades en la Guardia Nacional y la posibilidad de ser liberados una vez que ellos se enterasen. El detective del interrogatorio era amigo de uno y vivía cerca del otro. Pronto saldrían libre porque ellos no hacían nada malo y ni siquiera pensaban hacer algo malo para la Guardia Nacional.

La necesidad de la esperanza afloró en aquellos comentarios. La gente es posibilidad y necesidad de esperanza y no se resigna a dar por perdida una situación. Cuando esto sucede se está al borde del suicidio. El suicidio sería una ventana a la esperanza después de realizado.

- Los de la primera mesa que pasen -gritó un señor sin uniforme.

Los muchachos se iban colocando en fila en la esquina de la sala de guardia. Había una mesita. Se pasaba detrás de la mesita a un saloncito que quedaba al costado de la sala de guardia. El señor los acompañaba. Habían mujeres entre los detenidos que eran acompañadas por una mujer vestida de civil. Se pasaba de uno en uno. Venía el registro y luego adelante y se pasaba ante el oficial de turno, el subteniente Yolí.

-¿Qué están haciendo en esa esquina? -pregunté.

- No sé -me respondió uno del grupo que quedaba en el último cubículo de los abogados.

Bajamos. Me dirigí directamente al oficial de guardia.

-Espere su turno -se me dijo.

Cuando se retiró el compañero supe que estaban recibiendo los haberes, dinero, documentos, prenda, valores, a fin de que no se llevaran estas cosas a las galerías. Los presos robaban. Pensé que también los secuestradores podían robar, máxime si estaban uniformados. Los uniformados eran impunes. Tenían licencia para matar cuando estaban de turno. Así había sucedido con Yito Barrantes el año pasado y recientemente con el hermano de Patsy,

Eduardo Carrera. En estos casos, gente uniformada con escopetas recortadas o con revólveres de reglamento desenfundados dispararon, cegando la vida adolescente de estos muchachos que tuvieron que ser enterrados por sus propias madres. No se podía confiar en ellos. Me paré ante el uniformado Yolí. Ví a un administrativo inexpresivo pero diligente en la ejecución de su trabajo.

- ¿Crée usted que puedo llevar cincuenta dólares adentro?

- Usted puede entrar con su plata, pero es peligroso - me contestó.

- Si la dejo aquí qué garantía tengo de que se me devolverá.

- Aquí le entregamos un recibo.

- ¿Cuándo puedo retirarlo?

- Cuando se vaya de aquí le devolveremos todo lo que haya dejado.

Saqué mi cartera y le entregué sesenta balboas. Dejé mis llaves y mi reloj. Momentos antes de bajar de los cubículos de los abogados le había entregado a Mingo, Francisco y Enrique , 40, 20 y 10 dólares respectivamente. Ese día me habían agarrado con plata en el bolsillo. Casi unos doscientos dólares. Esa cantidad era mucha plata para mí. Acostumbraba a llevar conmigo unos cinco dólares dado la poca necesidad de efectivo que requería para movilizarme. Me dieron un papel firmado y me hicieron firmar la copia donde se describía los valores entregados. Junto a mí un señor locuaz entregaba una cantidad de panfletos de turismo y un maletín lleno de papeles.

Al bajar del estrado ví a mis compañeros de grupo esperando el turno para dejar sus pertenencias.

-Estos desgraciados me hicieron agachar y saltar en cueros, como si uno llevase armas en el culo -me comentó un joven airado.

-¿Qué te pasó, te desnudaron ?

- A todos los están desnudando detrás de esas oficinas.

Era denigrante. Los hombres salían avergonzados. A las mujeres se les veía humilladas. El matón, unos 35 años de edad, con la cara sonriente y seductora, miraba a las dos mujeres que acababan de salir. El matón tenía una actitud respetuosa hacia las personas. Se me acercó. Había decidido no desnudarme.

- Ya usted fue registrado - me preguntó.

- Sí -le contesté secamente.

- Permítame el maletín, tengo que registrarlo.

Lo acompañé hasta la mesita. Revisó el maletín. Sacó la ropa de José Luis, de Luis Alberto y de María y se retiró dejándola desordenada sobre la mesita. Acomodé la ropa y me di cuenta de que iban dos pantalones, dos camisas, tres calzoncillos, un vestido de mujer y ropa interior. Ese maletín tenía que entregárselo a sus dueños. Llevaba una carta de Luisito para su mamá. Ahora que estaba en la Cárcel Modelo sería fácil.

Me engañaba, el maletín estuvo conmigo casi hasta el último día en que salí de la cárcel. El reloj de la cárcel marcaba más de las doce de la noche. Dentro de poco tendría doce horas de secuestro. No sabíamos a dónde nos iban a llevar. Se hablaba de robo, violaciones. Un letrado llamaba la atención sobre el Sida. Evite el Sida, use condón. La última vez que habían detenido a los civilistas, un joven universitario había sido violado 15 veces. Esa era la publicidad que manejaba el aparato para causar terror en la población. Nadie quería dejarse detener. Toda detención era un escarnio. Antes de ser detenidos se creaba el miedo a la detención y el sistema creaba el miedo y lo ponía en práctica.

Nos pusieron en fila. Se pasó una calle interior. Una escalera de cemento de cinco escalones llevaba a un corredor. A mano izquierda había una oficina y a mano derecha habían dos puertas de barrotes de hierro. La primera con una escalinata de cerca de diez escalones que subía y la segunda con una escalinata de varios escalones que bajaba. Se nos abrió la primera puerta. Subimos. Un sargento en camiseta nos guiaba. El matón del G-2 se había retirado a media noche, como lo hacían los traidores, a la sombra. Llegamos a un piso. Se abrió la puerta de hierro se nos permitió pasar. Se abrió otra puerta de hierro y subimos otra escalinata que nos llevó a un corredor sin mosaico. Las paredes se veían desgastadas y de color gris. Al fondo se abría una gran ventana que daba al espacio abierto. Se veía el cuartel central de avenida A. Avanzamos en dirección contraria a la ventana. A la izquierda estaba una celda con el número 43. Se nos hizo sentar en dos bancos de madera, la gente no cabía. Esos se quedaron de pie. Fuimos examinados en una camilla de enfermero. Se tomaba la presión arterial. Se preguntaba sobre las dolencias crónicas que se padecía y las medicinas que se tomaban.

Le dije que me dolía el pecho en la parte izquierda debajo del corazón. Que me había golpeado Macías. Padecía de rinitis alérgi-

ca y de úlcera duodenal. La presión estaba normal. 120-80. Se me dijo que no me preocupase que todo estaba bien y que cualquier necesidad que tuviésemos se la comunicásemos que ellos estaban allí para servirle a los reclusos. Le pedí un teléfono y no se me concedió.

Había dos médicos atendiendo. El jefe era Algis Torres y el ayudante, el Dr. Miguel Watts. El Dr. Watts era un hombre muy conocido, en Panamá. Durante meses oficiales del Departamento Nacional de Investigaciones lo pusieron en la primera plana de los periódicos como asesino de su mujer embarazada. El y su amante habían sido cruelmente utilizados como símbolos de la violencia y el engaño sexual.

Allí estaba preso, esperando el juicio que nunca llegaba para demostrar ante los hombres su inocencia o su culpabilidad. Lo miré como una víctima del desenfreno del militarismo que daba pasaportes de buena y mala conducta por el inmenso poder acumulado por encima de nuestra gente. Sentí que por primera vez se nos trataba como a gente.

Posiblemente todo un acondicionamiento preparado en la operación psicológica llamada ablandamiento. No entendía por qué nos examinaban después del trato cruel e inhumano que se nos había dispensado. Uno de los detenidos tenía la presión arterial de 180-110 y pensé que le podía dar un infarto si se mantenía tenso y nervioso. Eramos como las bestias que después de la tortura se les examina con técnicas médicas para calibrar la capacidad de resistencia diferencial. Cada individuo reaccionaba de manera diferente a la experiencia de ablandamiento.

Luego del examen arterial se nos hizo pasar a un cuartito donde se nos fotografiaba con un cartel que llevaba el número 21 en el pecho. El número 21 era el código asignado al delito de sedición. Sedición es levantamiento armado contra los poderes constituidos. Nosotros éramos sediciosos porque con ruido y pañuelazos estábamos dispuestos a controlar la represión.

-Sediciosos -nos empezaron a gritar los matones de la Cárcel Modelo.

- Pasen los sediciosos.

- Los sediciosos a la Preventiva.

- Sediciosos, sediciosos, hijo de putas. Por tu culpa tenemos

dos semanas de estar acuartelados. Ya vas a ver cómo te vamos a tratar aquí.

-Evita el SIDA si puedes, mariconcito - le dijeron a uno de los jóvenes del grupo.

Nos agrupamos de nuevo. Bajamos las escaleras. En esa celda está el coronel Díaz Herrera, dijo uno del grupo. Seguimos bajando. Pasamos por el sitio que conducía a la sala de guardia y bajamos al sótano. Nos dirigimos a la Preventiva, celda de seis metros de ancho por quince metros de largo según mis cálculos.

El techo de la celda estaba a unos cinco metros del suelo. Las ventanas casi en el techo, daban en el piso de la calle interior que pasaba entre la sala de la preventiva y la entrada a las galerías de la Cárcel Modelo. Era una celda enterrada en el suelo. Empezamos a sudar desde que entramos. Dos detenidos que nos esperaban estaban sin camisa. Uno de ellos era un civilista reconocido por los compañeros, el otro era un tico-colombiano -estadounidense que dormía como un viejo huésped de presidios. El piso se veía sucio, pavas de cigarrillo y desperdicios se notaban dispersos por todo el cuarto. En el costado derecho, al fondo de la celda y contrario a las ventanillas del techo, se abría un cuarto de 3 x 4 mts. El cuarto del aseo y del desaseo.

El piso lleno de agua, unas dos pulgadas de agua. Era el cuarto de baño, el lavadero, el orinal y el servicio para defecar. Todo junto y en el mismo sitio. Entrar a orinar significaba ensuciarse los pies con excremento. Este cuarto de inmundicias y de necesidades estaba levantado a unos 15 centímetros del piso de la celda.

Allí íbamos a pasar cuarenta y ocho horas exactas. Era la una de la mañana del día 21 cuando entramos a la cárcel. Contamos a los detenidos y éramos doce, al poco tiempo vinieron más y contamos dieciocho. Teníamos hambre e incertidumbre. Los hombres cansados han perdido el miedo y el ánimo de protestar. Sólo se quiere comer y dormir. El primer acto de un hombre en un sitio desconocido es reconocerlo y ubicarse en un punto que le ofrezca cierto grado de seguridad. Una vez ubicado el punto firme de seguridad aparecen las otras necesidades. Primero tomar agua y luego comer. La vida vuelve a estructurarse desde un territorio seguro.

-Yo puedo comprarles un bistec picado y un arroz con pollo - dijo el encargado de desnudar a los detenidos antes de entrar a la

Preventiva. A la entrada hacía el papel de fiscal, ahora hacía el papel de servidor de los presos. Allá era el duro, aquí era el suave.

-El bistec picado sale a dos dólares y el arroz con pollo a uno cincuenta.

-Tráete 3 bistec picado y cuatro arroz con pollo.

-Dos paquetes de cigarrillo.

-Un galón de soda.

-No se pueden entrar botellas a la celda - dijo el guardia.

-Compra de plástico.

El tipo se retiró. Rápidamente habíamos hecho una colecta. Reunimos quince dólares. Tony, el fumador había mandado a comprar dos paquetes de cigarrillo. La gente se iba diferenciando. Unos manifestaban un gran deseo por la comida, otros se quedaban en una esquina sentados y pensativos, otros contaban chistes y transformaban los grupos en gente animada y conversadora. Examiné la celda. Nos habíamos colocados instintivamente en la esquina más distante de la entrada. Arriba, unas ventanitas daban al patio delantero de la cárcel. Desde esa esquina, los detenidos nos abríamos en abanico pegados a la pared.

Me coloqué en el brazo derecho del abanico a unos cinco metros de la esquina. Puse el maletín como asiento pegado a la pared y me senté. Me aflojé los cordones de los zapatos y me los quité.

El piso estaba sucio. Una costra de polvo húmedo pegado al suelo y un penetrante olor a tabaco. De la parte superior caía una gota de agua, de una cañería aérea que atravesaba la celda. Más arriba de la cañería un foco encendido. La potencia del foco debería ser de 200 bujías. Se notaban telarañas en el techo de cemento. Al principio pensé que la gota de agua era agua que alguien mal intencionado tiraba desde una de las ventanillas. Pero a esa hora quién podía ser mal intencionado. A esta hora todos los hombres dormían, incluso los matones deberían estar durmiendo para el próximo día que sería muy agitado. Descubrí la gota que a veces se perdía en la pared y que otras veces se precipitaba de cuatro metros de altura.

Ya instalado en mi sitio me di cuenta de que si quería dormir tenía que echarme en el suelo duro como un borracho. A los miserables los había visto durmiendo en atrios de iglesias y en kioscos de parques, sobre cartones y trapos sucios. Aquí teníamos que echarnos a reajo limpio. El pantalón crema claro lavado y plancha-

do en lavandería se ensuciaría rápidamente y la camisilla blanca quedaría como trapo de fogón. Todos los compañeros de celda se iban echando.

Tony y sus amigos fumaban y el cenicero era su propia cama. Sentimos un ruido ensordecedor. Algunos saltaron del suelo. Un golpe seco de una puerta de hierro que se tira e inmediatamente ruido de una puerta de hierro que se abre y enseguida se vuelve a cerrar.

Esta forma descuidada de tirar puertas sin consideración de la gente es una rutina que difícilmente podíamos asimilar. Cada vez que se abría y cerraba la puerta de la celda, el ruido, el maldito ruido de hierro contra hierro, golpeaba los tímpanos profundamente. El robot que cerraba y abría la puerta de hierro se cambiaba en cada turno, el preso permanecía.

-Bistec picado.

-Llegó la comida.

-Se sirve la cena de medianoche.

Nos movimos a la puerta. La entrada de la Preventiva tenía doble puerta. La primera puerta daba al pasillo. Al venir uno del pasillo, se le abría la puerta y penetraba a un pequeño vestíbulo. Este vestíbulo era alto. Una pared de puro cemento de cinco metros de alto a mano derecha, luego una pared al fondo de tres metros de alto y verjas de hierro dejando una apertura de unos sesenta centímetros. A mano izquierda, se abría la segunda puerta de hierro. Plancha de hierro hasta la altura de la cintura y luego barrotes de hierro de media pulgada de espesor. En ese vestíbulo se paró el señor que traía la comida. Nos entregó los cartuchos calientitos. Pasó la soda en envase de plástico de dos litros y los cigarrillos se los arrancaron de la mano.

Le dejamos el vuelto, le dimos las gracias y nos fuimos a comer y a cenar. Era la primera comida que iba a realizar en dieciocho horas. La boca se me hacía agua. El ayuno había sido corto. Teníamos siete platos, éramos dieciocho personas. Había que compartir. Dos personas por plato y dejábamos a cuatro sin comer. Tres personas por plato y nos sobraba un plato de comida. Se buscó la fórmula de tres y dos personas por plato. Chabelito, Mingo y Enrique eran los encargados de distribuir los platos. La comida estaba buena. Bastante grasa en la carne y el arroz un poco aguachado. No era para fijarse en menudencias.

Teníamos hambre. No había platos para comer, ni cubiertos, ni vasos para la soda. Cada plato de comida tenía dos platos de cartón y una cucharita de madera. El cartucho sirvió de vasija. La soda nos las fuimos pasando de boca en boca. Algunos se excusaron, no tomaban soda. Si acaso uno dejó de comer. No tenía ganas. El ambiente no era para una gran cena. Echados en el suelo, con el plato en la mano o el cartucho en el suelo devoramos la comida. Unos comimos con cucharita, otros comieron con la licencia, otros con la mano.

Nos quedamos con hambre. El olor a comida y los sabores habían despertado apetitos dormidos. Algunos intentaron mandar a buscar más comida, pero ya estaba amaneciendo y no había quién hiciese el mandado. Por primera vez teníamos hambre fisiológica en la cárcel. Esta sensación de hambre no se nos quitaría durante todo el cautiverio. Hubo compañeros de celda que una semana después de haber obtenido su excarcelación, iban a los restaurantes donde se vendían pollos asados y compraban hasta dos pollos para comérselos enteros.

Me dirigí al cuarto de baño, busqué el mejor sitio para vadear las pulgadas de agua contaminada y caminando con los talones de los zapatos me subí en un escalón de donde podía alcanzar el grifo que chorreaba agua constantemente. No era un escalón. Era especie de un lavadero, lleno de pavas de cigarrillo y un hueco por donde se colaba un líquido espeso y chocolate. Líquido de este lavadero, agua permanente del chorro y orine que se colaba por un cuartito orinal completamente obstruido. Un líquido amarillo nauseabundo estaba empozado y cuando desbordaba salía por un hueco que habían hecho de mala manera para evitar que el pozo del orinal alcanzase varias pulgadas. El único orificio de salida estaba a medio cuarto de baño. La parrillita del sumidero de agua recibía agua chocolate del lavadero donde estaba encaramado, orine del cuartito y agua relativamente limpia del chorro que permanentemente fluía del grifo. En la esquina se levantaba un olor a mierda. A eso olía.

Hubiésemos querido no sentir esos olores ni decir esa palabra tan fuerte. Pero mierda es mierda y más aún cuando uno tiene que compartir con ese desecho biológico la entera convivencia.

Un tercer cuartito con una taza de porcelana en forma de excusado en el centro estaba salpicado de excremento. La taza esta-

ba repleta de mierda y no había plomería ni tanques de agua que sirviese para desalojarla. Me lavé las manos. Tomé un trago de agua empujado e inclinado desde la punta de los pies y de manera tan incómoda que casi que resbalo del borde del lavadero. Allí en ese cuarto de baño teníamos que hacer las necesidades dieciocho hombres. Aún no habíamos empezado y ya era insoportable. Me retiré a mi pared. Acomodé el maletín como almohada para tener levantada la cabeza del suelo. Me quité los zapatos. Puse uno debajo de cada brazo. Metí en un zapato mis lentes y cerré los ojos. Tenía que descansar. Me senté de nuevo y mirando a los compañeros les deseé las buenas noches. Afuera todo estaba oscuro, Panamá dormía.

-Mañana será un nuevo día. Hasta mañana.

Dormí un poco. Me desperté pensando en mi casa. Qué sería de mi familia. Ya todos estarían enterados de mi secuestro. A Conte se lo habían llevado delante de amigos, abogados y familiares. Era lo mismo desaparecer sin testigos y desaparecer en público ante cientos de testigos. Al final, también él estaba en las mismas condiciones mías. La incomunicación era aplicada tanto para los que habían salido de sus casas y no habían regresado, manteniendo en completa ignorancia a sus familiares, como los que habían sido detenidos delante de innumerables testigos cualificados. Para los militares era lo mismo secuestrar, detener y hacer desaparecer.

Lo había dicho en la Universidad: "el militarismo actúa según sus intereses con la ley, sin la ley, contra la ley, a pesar de la ley". Para ellos la ley es un pretexto que se usa y se desecha de acuerdo con las circunstancias y los lugares. La ley no es ni siquiera papel escrito, es sobre todo posibilidad de ultrajar cuando se ultraja y posibilidad de violarla cuando entorpece. La ley es un pretexto que justifica todos los excesos. Nosotros queríamos que fuese freno.

-¿Cuál es el problema si somos revolucionarios? -había dicho el rector de la Universidad en los años iniciales de la dictadura. Ellos eran la ley y eran los dioses de la revolución- Yo no aceptaba ese discurso. La única ley que existe es el respeto a la dignidad propia y ajena. Por eso valía la pena sufrir.

El proceso revolucionario había empezado en Panamá en 1968. Un grupo de militares dirigidos por Martínez y Torrijos habían da-

do un golpe de Estado. Depusieron al Presidente Constitucional de Panamá, el legendario Arnulfo Arias Madrid, porque éste había desconocido el escalafón militar.

Para los militares, la Constitución, el voto popular mayoritario, los poderes públicos, estaban por debajo del escalafón. Esta opinión había sido compartida por la Corte Suprema de Justicia cuando ésta declaró que el golpe de Estado no era inconstitucional. Luego, los amigos de Torrijos amarraron una tarde al coronel Martínez y lo mandaron para Miami con apoyo de la Embajada de los Estados Unidos.

Torrijos consolidó su poder unipersonal durante el año de 1969. A finales de este año, el Mayor Noriega estuvo dispuesto a independizar una Provincia de la República de Panamá para que Torrijos, en ese momento destituido como Comandante en Jefe de la Guardia Nacional, regresase a Panamá. Torrijos regresó como un héroe y Noriega se hizo símbolo de la lealtad de las Fuerzas Armadas y Jefe de la Inteligencia del Estado.

Ese mismo día Torrijos se convierte en líder máximo de los golpistas y Noriega en el teniente coronel más joven de la pandilla armada. Esto sucedió entre el 12 y el 16 de diciembre. Vino después la danza de los billones.

El gobierno militar dejó de contar en cientos de miles de dólares y endeudó el país para que su gente viviese como millonarios. El pequeño país adquirió la deuda por cabeza más alta del mundo después de Israel. El pueblo fue torturado, encarcelado y asesinado. Bajo el paraguas de Torrijos se mataba a estudiantes, obreros y campesinos acusados de guerrilleros. Un cura colombiano desapareció porque había organizado una cooperativa de consumo que ponía en peligros los intereses semif feudales de parientes del dictador Torrijos. El secretario general del segundo partido político más fuerte del país -el partido liberal- fue enviado al presidio de máxima seguridad después de haber sido torturado por tres días seguidos, por la simple acusación de hablar mal del gobierno. Las viudas y las madres lloraron en silencio a sus muertos. Los testigos de la libertad panameña fueron arrinconados en un espacio oscuro de la historia nacional.

El país sin más cohesión que la fuerza bruta había sido movilizado por los militares en nombre de la reivindicación que sí podía unir a todos los panameños: el control del Canal. Torrijos se lanzó

en una campaña publicitaria monstruosa. Pagó la amistad de literatos como el insuperable Gabo del *Otoño del Patriarca* y el peruano de la *Ciudad y los Perros*. También se hizo amigo de Rockefeller y de Graham Green. Le envió carta a Kennedy y con la benevolencia de Fidel Castro y de Augusto Pinochet firma la entrega del Canal a los intereses estratégicos del Pentágono y a los intereses comerciales de la Flota Mercante Estadounidense.

El mismo día que trae a Carter a la Ciudad de Panamá para intercambiar los protocolos de los tratados canaleros, asesina a un estudiante nacionalista porque protestaba contra los Tratados en los predios de la Universidad de Panamá. Once años después, el principal sospechoso de la muerte del estudiante aparece "suicidado" a la puerta de su casa. Meses antes, otro panameño se había inmolado en Estocolmo frente a la embajada de los Estados Unidos por el engaño en que el militarismo había condenado a Panamá.

Jorge Camacho y Leopoldo Aragón, dos panameños de dos generaciones sucesivas, habían sido las víctimas seleccionadas para el sacrificio en el altar de los Tratados. Carter y Torrijos habían fungido de sumos sacerdotes para humillar y engañar a un pueblo en la sangre del estudiante Camacho y del periodista Aragón. Estos tratados canaleros, como es natural, benefician a sus firmantes. Las Fuerzas Armadas Panameñas y el Pentágono.

El pueblo unido con la mística canalera añora que las riberas del canal sirvan como zonas para hacer dinero y como áreas residenciales y de turismo. Los políticos panameños piensan obtener el respeto y la consideración internacional al manejar eficiente y eficazmente la zona de tránsito pero, la realidad de los tratados es totalmente ajena al bienestar nacional y mundial. Los tratados canaleros son precisos al definir las áreas de defensa, los sitios de defensa, las áreas de coordinación militar y de junta combinadas. Nada en los tratados impide que los Estados Unidos después del año 2000 intervenga militarmente en todo el territorio panameño si a su juicio considera que hay amenaza contra el normal funcionamiento del canal, lo que incluye el derecho a poner sus barcos de guerra a la cabeza de las filas de los navíos que pretenden cruzar el canal y el fijar los peajes de acuerdo con sus intereses.

Cuando se terminó la demagogia canalera, el militarismo se enfrentó a un pueblo endeudado, a un fisco hipotecado a la Banca Mundial, a una juventud incrédula y a grupos sindicales y gremia-

les golpeados y empobrecidos. Allí dormidos en la celda estábamos dieciocho civilistas o antimilitaristas que pagábamos con nuestra comodidad el derecho a disentir. La causa de nuestra detención era la misma dictadura militar que ya estaba desgastada. Mañana se realizaría una movilización nacional que los organizadores habían llamado el empujón final para acabar con Noriega, nosotros pretendíamos cancelar la dictadura militar y la entrega del país.

La lógica del poder obligaba a Delvalle y a Noriega a lanzarse a la calle desesperados a encarcelar a todos los que actuaban en contra del gobierno.

Esperaba más detenidos. Podíamos permanecer muchos días en la celda, había que hacerla habitable. Lo primero era organizarnos. Organizar siempre es dividir el trabajo. Gente responsable de la limpieza. Gente responsable de la comida. Gente responsable de administrar la plata. El representante del Consejo Nacional de la Empresa Privada no tenía un solo real encima. Toda la plata se la había dejado a su familia. El también tenía derecho a alimentarse. Gente encargada de las áreas de fumar. No podía fumarse en todas partes. Echado en el suelo de un lado olía a ceniza y a nicotina. No era bueno ni saludable acostarse encima de pavas de cigarrillos. Había que dividir la celda en área social, dormitorio, comedor y espacios libres para transitar y hacer ejercicio.

Me dispuse a convocar una reunión a primera hora del día siguiente. Ya estábamos en la madrugada del miércoles pero para los efectos todavía era martes en la noche. Calculé que eran como las tres de la mañana. Me llamó la atención ver dormir sin camisa y tirado boca abajo al tico que habían detenido saliendo de la Embajada de los Estados Unidos. Estaba totalmente plácido y desinhibido. Un hombre con experiencia de dormir en el suelo. El chileno estaba dormido de medio lado. Era dueño de una imprenta y lo habían detenido con su mujer y sus dos empleados panameños. Uno de ellos lo acompañaba y estaba echado a su costado izquierdo. Di media vuelta y me quedé dormido.

-¿Qué pasa ?

-Hay que levantarse.

-Todos afuera. Rápido. Perezosos.

Me senté. Ya estaban todos los muchachos de pie. Dos guardias con pantalones de reglamento y camiseta blanca gritaban des-

de la entrada de la celda llamando a formar fila. Estábamos en la cárcel. Los que habían soñado se despertaron despavoridos. Era cierto que se estaba sin libertad de dormir y sin libertad de ser dueño de sus propias acciones. Primer amanecer en mi vida que pasaba en una cárcel. No creía que podía vivir esa experiencia. Había sido un amanecer largo y lleno de emociones.

-¿Qué vamos a hacer ?

-Es el desayuno. Son las cinco y media de la mañana.

Salimos en fila. Llegamos a un salón grande con cerca de diez mesas de maderas de doce a catorce puestos cada una. Se veía sucio y desarreglado.

-Afuera, que vienen los sediciosos -grito uno.

Unos seis hombres se levantaron de los asientos cuidadosamente y con pasos lentos se alejaron del comedor saliendo por las puertas laterales que daban al patio.

-Caminen al fondo. Hacia la cocina- nos gritaron al detenernos frente a la primera mesa.

Allá en el fondo habían dos ventanillas pequeñas y alambre ciclón separando la cocina del comedor. Una pared de concreto hasta la cintura sostenía el alambre ciclón . Detrás, una mesa también de concreto revestida de azulejos soportaba dos grandes ollas de aluminio de unos veinte galones de capacidad. En una ventanilla entregaban una michita de pan y una salchichita con olor nauseabundo y en la otra ventanilla, colocada en la otra esquina, entregaban un poco de agua azucarada con color a mezcla de café con leche.

-No hay taza para tomar café.

-El que no tiene recipiente no se le da nada -decía el cocinero.

-Señor sargento, ¿dónde se consiguen las vasijas? -preguntó uno de los detenidos.

-Cada cual tiene que resolver su problema. Esto es una cárcel y el que no se aviva no come.

-Yo no voy a comer un carajo.

-Yo tengo hambre y voy a conseguirme una vasija -dijo otro.

Cada cual reaccionaba de diferente manera. A mí me regalaron tres michitas de pan y dos salchichitas. Le pedimos a un aseo-dor que barría por ahí que nos consiguiera vasijas y éste llegó con tres recipientes de plástico de medio galón, que se fabrican para almacenar helados. Nos fuimos turnando los recipientes. El agua

no sabía ni a leche, ni a café, ni a té, pero estaba caliente y tenía un poquito de azúcar. El pan seco pasaba mejor humedecido y la salchichita se tragaba rápidamente sin saborearla a fin de no comprobar el sabor de un olor nauseabundo.

Para mí era importante comer. No esperaba nada de afuera. Algunos pensaban que los familiares les iban a mandar comida y otros pensaron en mandar a comprar café. Dos dijeron estar dispuestos a realizar una huelga de hambre. Ninguno de los presentes era animal pero nuestras necesidades nos hacían olvidarnos de los hábitos humanos y empezar a comportarnos como lo exigía el medio ambiente. Fue un desayuno triste. Un compañero mandó a callar a uno que decía que ni su perro era capaz de comerse esa salchicha. Casi que se van a las manos. Uno tenía derecho a comer lo que necesitaba y el otro tenía derecho rechazar lo que le incomodaba. Todavía no terminábamos de tomarnos el café cuando el guardia ordenó levantarse y salir.

Una vasija llena del agua azucarada y caliente fue traída a la celda. Las otras dos hubo necesidad de devolverla al aseador. Masticando un trozo de pan me levanté de la mesa. Había que empujarlo de saliva y degustarlo antes de poder tragárselo. Era una masa poco esponjosa y maciza. Asunto de panadero o escasez de levadura. Como estaban las cosas a cualquiera con influencia se le nombraba panadero en la cárcel aunque no supiese amasar la harina o cualquier mandamás de turno comercializaba las existencias de la cárcel. Para algo se era poder.

La mayoría de la gente admitía en Panamá que ser gobierno significaba poder nombrar a su gente en los puestos públicos. Incluso los políticos más adelantados de oposición interpretaban el gobierno como poder manejar los ministerios y las instituciones autónomas según su propio criterio. El poder en una democracia participativa es poder compartir con los funcionarios y con los ciudadanos los espacios de poder.

El problema de nuestras cárceles se hacía más agudo porque en Panamá sólo mandaba la mano del militar que tenía que castigar a cientos de ciudadanos y porque los subalternos eran guardias sometidos a la disciplina esclavista de los militares.

La corrupción que impedía la eficiencia de la administración pública, en las cárceles era el azote de los detenidos. La corrupción como azote de detenidos se iba a manifestar más adelante.

Llegamos de vuelta a la Preventiva. Al entrar, la celda se veía grande y habitada. Ya sabía donde estaba mi sitio. El ambiente se encontraba bajo nuestro control. Me atreví a llamar a reunión. No tenía ninguna autoridad sobre nadie. Tenía una inquietud que comunicar: hacer habitable nuestra nueva casa.

-Por lo menos vamos a estar aquí hasta el viernes, 23 - empecé mi intervención-. No podemos permitir que en estos dos días toda la celda se convierta en un basurero. Aquí tenemos que dormir, comer asearnos y tenemos que vivir. Unos van a tener que proteger el área de dormir, otros van a tener que conseguir la comida, otros asear y otros recibir a la gente que llega. Calculo que en esta celda entre hoy y mañana meterán a unas 150 personas. La capacidad normal es para treinta y ocho personas. ¿Tienen alguna pregunta ?

Ninguno me preguntó nada. La gente me había rodeado. Estaba sentado en un escalón que sobresalía en la pared del fondo.

-Tony y el tico con nombre de alemán son responsables de mantener las áreas de no fumar libres de ceniza y cigarrillo. El área de fumar es allá en la entrada de la celda. Tiren las colillas en un solo sitio y luego las botan en el sumidero del cuarto de baño.

El primer grupo responsable de fiscalizar las áreas de no fumar eran los que más fumaban. Me pareció un buen criterio para seleccionar los diferentes miembros de la organización.

-Mingo es el responsable de la despensa y de recoger la plata para cuando vayamos a mandar a buscar comida. Le ayudarán Chabelito y Enrique.

-Jaén y yo -continué distribuyendo el trabajo- vamos a encargarnos de limpiar el cuarto de baño. Aceptamos voluntarios en este trabajo.

Nos faltaba todavía escoger al grupo de recepción de nuevos detenidos. Este grupo que faltaba iba a encargarse de entrenarlos. El entrenamiento consistiría en conocer la organización de la celda y en enseñarles el uso del cuarto de baño. Desconocía las habilidades de los compañeros de celda y preferí dejar que la misma dinámica de las relaciones interpersonales fuese caracterizando a los futuros miembros del grupo. La reunión terminó. El grupo se disgregó y se formaron los grupos naturales que se habían venido conformando en las horas de cautiverio. Empecé a recoger las pa-

vas de cigarrillo. El tico prendió un cigarrillo en área de no fumar y lo llevé a la puerta de la celda.

-Aquí es donde se fuma. No conviene que ensucies nuestras camas- le dije .

Seguí recogiendo las pavas y fui secundado por otros entre los cuales estaba Tony. La organización de la celda empezaba. Se requería el elemento catalizador que le diese inercia a la incipiente división del trabajo. Me preocupaba la forma de asear el cuarto de baño. Solo contábamos con un palo de escoba que se encontraba en la esquina del excusado sin plomería. Como a las siete de la mañana llegó el tipo que nos había comprado la comida el día anterior y le presentamos la necesidad de asear la celda. Como a las ocho llegó un señor con un trapeador, un cubo, medio galón de kangarú, una escoba, y un recogedor de basura.

La llegada del amigo con los utensilios de aseo fue providencial.

-Entre, pase adelante -lo recibimos con una amplia sonrisa.

-Usted no va a trabajar. A nosotros nos toca- le decíamos mientras le quitábamos la escoba y el recogedor.

Se empezó a barrer con entusiasmo. Esta actividad fue apoyada inmediatamente por varios del grupo. Tomé al aseador y lo llevé al excusado repleto de mierda.

-¿Cómo limpiamos esto? -

le pregunté.

Tomó el palo de escoba y empezó a batir la mierda y a presionar sobre el fondo de la taza.

-Tráigame el cubo lleno de agua.

Busqué el cubo, lo llené de agua y se le entregué. Lo vació sobre la taza.

-Traiga otro.

Lo encontré batiendo la taza, ahora con una masa de mierda más licuada. Me dio ganas de vomitar. No era el momento para hacerlo y no lo hice. Con el segundo cubo de agua empezó a deslizarse la porquería por el hueco del excusado. Al cuarto cubo ya estaba visible todo el hueco y toda la taza. Ahora sí podíamos defecar con tranquilidad y con cierta comodidad.

-Muchas gracias. Tómese un descanso que nosotros vamos a limpiar todo el cuarto de baño y la celda.

El señor se retiró del cuarto de baño. Actuaba con tranquili-

dad. No se esforzaba mucho en su trabajo pero hacía bien lo que tenía que hacer. Cierto es que si su trabajo era asear las celdas por qué había dejado la nuestra en ese estado de abandono. Ahora después de meses de este suceso pienso que el aseador si hacía bien su trabajo de 24 en 24 horas. El problema era la corrupción de la cárcel que permitía que las cosas siguiesen su curso natural sin importarle las condiciones de salubridad de las celdas. Confirmaba mi experiencia de que en el gobierno siempre se encuentran dos o tres trabajadores excelentes y sacrificados y que el resto se apoya en las responsabilidades y el trabajo eficiente de esa minoría. Busqué ayuda entre los compañeros. Uno cogió la escoba, otro el cubo y se empezó a restregar con la escoba el cuartito del excusado y a baldearlo constantemente. El piso, las paredes, la misma taza fueron lavados. El agua corrió. Se le hechó kangarú y tomó una apariencia presentable. Pasamos al cuartito de orinar. Descubrimos que era un piso cuadrado con un hueco sin salida en el centro. La orina se empozaba y al no poder escaparse por un sumidero se escurría aprovechándose del desnivel del suelo. Esa orina venía a caer finalmente en el cuarto del baño y se escapaba por el sumidero central donde se mezclaban las aguas de todo el cuarto de baño. Le echamos un cubo y otro cubo y decenas de cubos de agua hasta que la mezcla de agua salía clara. Se barría todo el cuartito de orinar y luego nuevos cubos de agua. Restregar con la escoba y agua corriente hacían la magia de la limpieza. Luego el chorrillo de kangarú y quedaba el cuarto de orinar condenado. Para orinar había que usar el mismo excusado que para cagar. Era mucho más higiénico. Inmediatamente la orina se escapaba por el hueco del excusado. Se estableció que todo el que usase el servicio tenía que lavarlo inmediatamente. Bastaba un poco de agua para que quedase otra vez disponible para el próximo usuario. Le indicamos a cada uno como usar el servicio.

Más adelante cuando encontrábamos el excusado sucio llamábamos a reunión o le preguntábamos a los sospechosos de haber usado el servicio sin haberlo aseado el por qué de su irresponsabilidad con el grupo. Terminamos de limpiar el cuarto de baño. El lavadero, era efectivamente un lavadero de cemento de unas cuatro pulgadas de alto. El tubo donde estaba el grifo lo doblamos y con facilidad nos servía como regadera para bañarnos o como pluma para lavarse las manos y la boca. Al tercer día de es-

tar preso lo empezamos a utilizar para lavar las camisas y calzoncillos. La limpieza continuó por toda la celda. El trapeador se enjuagó como diez veces antes de que el agua saliese un poco clara. Luego trapeamos los sitios para dormir. Metro y medio de la pared. Cada tres camas se enjuagaba el trapeador varias veces para lograr un poquito de limpieza. El agua se mezclaba con kangarú. La celda estaba lista. Me sentí orgulloso.

El primer día en la cárcel se había iniciado con una mañana de trabajo. Dispuse bañarme. Ninguno se había atrevido a hacerlo. Me sentía salpicado del agua sucia. El ascador nos había ido a comprar dos pastas de jabón y dos rollos de papel higiénico. Me quité los zapatos, las medias, el pantalón. No tenía camisa. Me metí a la ducha en calzoncillo. Ya en la ducha me quité el calzoncillo y lo lavé. Luego me enjaboné y me puse debajo del chorro de agua fría. La llave de la ducha estaba en el suelo y abrí todo lo que pude el chorro. El cuerpo se estremeció. Estaba bañándome en la terrible celda Preventiva de la Cárcel Modelo. Me sentía bien, como si estuviese en mi casa. El agua con jabón corría a mis pies y el sumidero central chupaba agua que sí lograba arrastrar con el resto de las inmundicias que todavía quedaban dispersas por el cuarto de baño. El agua me corría por los cabellos. Me di cuenta de que no me había afeitado. No lo haría mientras estuviese preso. Las barbas me empezaban a salir y recordé a mi hijo que me decía: "no me pinches con las barbas". Me puse triste. Una lágrima se mezcló con el chorro de agua que me cayó en la cara. Estaba allí solo. No sabía que pasaba en el mundo exterior. De mí dependía mi futuro. Esas bestias eran capaces de cualquier cosa. Tenía que dignificar el sitio donde me movía y a la gente que me acompañaba si quería mantener mi propia dignidad. Terminé de ducharme. Me volví a poner los calzoncillos mojados pero limpios. El mismo cuerpo se encargaría de secarlos. Salí del cuarto de baño.

-El agua está deliciosa. Me siento nuevo como de paquete.

-Yo también voy a bañarme.

Varios se bañaron después de mí. En verdad que el agua es vida. Vida para los hindúes. Vida para los egipcios. Vida para los chocóes que habitan junto a los ríos. Vida para los detenidos de la Cárcel Modelo. El agua es poesía y es bienestar. Me sentía fresco y limpio.

La noche corta había sido olvidada. Estaba rodcado de amigos

que necesitaban orientación y ayuda. Sentía que estar preso es importante para uno y para los demás. No entendía por qué algunos dirigentes decían que en la cárcel no se puede hacer nada. Que mejor era estar afuera que estar adentro. Para mí en ese momento era todo lo contrario. En la cárcel podía hacer mucho más de lo que podía hacer afuera.

La medida del hacer está en relación directa con las necesidades. Yo era un orientador y un organizador de acciones. En esos instantes de desconocimiento total de los próximos eventos, orientar y organizar acciones de sobrevivencia era el bien escaso. Cualquiera que sugiriese ese tipo de acciones era bien recibido. Uno se hacía conductor sin buscarlo. La única autoridad que tenía era la de no equivocarme o al menos, la de equivocarme menos que los demás. Si me equivocaba nadie me haría caso.

No tenía ningún interés de sobresalir. Quería sólo comunicar mis reflexiones. La dinámica de organización había funcionado. Subimos a la enfermería. Apenas hacía pocas horas que habíamos sido examinados de la presión arterial y ahora de nuevo se nos sometería al mismo examen.

-Tienen servicio higiénico aquí -le pregunté al guardia que nos hacía pasar al consultorio.

-En la próxima puerta a la izquierda después de la reja.

-Gracias.

Me dirigí al sitio indicado. Un cuarto de baño organizado. Dos servicios separados con puertas y pared. Excusados con plomería y dos duchas con parrilla de madera en el piso. Un señor se duchaba. Todos los días a primera hora antes del desayuno acostumbraba ir al servicio y luego me afeitaba y me duchaba. Esta rutina la realizaba desde mis tiempos de adolescente. Rara vez había tenido que interrumpirla. Este día la rutina había sido interrumpida y aprovechaba cualquier oportunidad para satisfacer las necesidades básicas. Por más que nos habíamos dispuesto la estructura de aseo de la Preventiva no era comparable con la estructura de aseo de la Enfermería. Era mejor un servicio con plomería que un excusado de hueco que requería llevar un galón de agua para asearlo después de cada uso, a riesgo de quedar lleno de mierda desde la primera vez.

Me gustó el sitio comparativamente y pensé que todos los días cuando nos examinasen podía aprovecharlo para uso personal.

Había una ventana en el servicio que daba hacia la entrada de la cárcel. Desde allí se miraban las tumbas del cementerio Amador. Respiré aire libre y miré con cuidado a la gente que caminaba con libertad. No me daba la gana de pensar que estaban más libres que yo.

La libertad no significaba ir a la tienda, o ir al trabajo o ir a visitar a un amigo. La libertad significaba decidir sobre sus propias acciones en el medio ambiente donde cada uno se movía ¿Eran más libres los guardias que nos vigilaban que nosotros? ¿Podían ellos retirarse de su trabajo cuando les daba la gana o por el contrario tenían que cumplir inexorablemente su jornada de trabajo? Sabía que un guardia que desobedecía se ganaba un arresto. Yo no podía ser arrestado si desobedecía, después supe que la libertad en las cárceles se va restringiendo de acuerdo con la amplitud del movimiento. Libertad es movimiento. La mínima libertad es el mínimo movimiento. Un hombre amarrado a un poste es menos libre que un hombre en una celda. Un hombre en una galería es más libre que uno en su celda. Un hombre escondido en un calabozo entre sombras es menos libre que uno amarrado a un poste al aire libre. Esta libertad igual a movimiento es válida para los hombres que desobedecen. Los hombres obedientes o saco de papas en las cárceles pierden la libertad desde que se someten a la voluntad del carcelero. Para ellos la libertad es no depender de la voluntad de otros. Ellos esperan que la autoridad decreta su libertad. Es el miedo a ser libres y para ser libre en una cárcel se requiere de una dosis de audacia y de mucho atrevimiento.

La libertad no es un hecho exterior es un hecho interior. Si todo fuese movimiento, lo más libre sería la energía y la velocidad de la luz y nadie en su sano juicio va a calificar a la energía de libertad. La libertad es el deseo de plenitud infinita que sólo se da en el pensamiento. El pensamiento del pensamiento sería la plenitud y como tal sería inefable. Sólo el hombre o la mujer que piensan pueden ser libres y para serlo tienen que atreverse. Si uno no se atreve a jugar a la libertad será un esclavo de su propia vida, de sus propios dolores, de sus propias necesidades. Esa es el arma falible de los militares, la debilidad de nuestra condición humana. Sentirse libre es actuar libremente y actuar libremente no puede ser detenido por ningún animal del mundo, menos por los robotizados.

Regresé al grupo. Habían dos mujeres. La mujer del chileno y

su secretaria. Habían pasado la noche en la cárcel en una celda especial para mujeres. Un homosexual las había tratado con delicadeza y les había proporcionado unos cartones para dormir. Tremenda delicadeza la del homosexual ganar puntos con gestos de humanidad que lo hacen distanciarse un poquito de la brutalidad de la corrupción. Todos los detenidos deben tener camas y colchones, para eso hay un presupuesto y para eso se reciben donaciones de diferentes organismos asistenciales en favor de los reos.

La presión arterial la había mantenido en 120-80. El compañero de la presión de 180 la había bajado a 160 y estaba más descansado. El organismo es un servomecanismo que logra adaptarse a las circunstancias de manera admirable. Siempre se procura el menor daño al sujeto. Supimos que Díaz Herrera estaba detenido en el piso de abajo. Allí donde estaba el guardia sentado era la celda del coronel Díaz Herrera.

Roberto Díaz Herrera era un primo del general Torrijos. Ascendió lentamente en el escalafón a pesar de su parentesco. Había ingresado a la Guardia Nacional un año antes que Noriega. En el 69, cuando Noriega ganó la imagen de lealtad y preparó su ascenso a teniente coronel, Díaz había permanecido de mayor. Se cuenta que en la pantomima que se montó en el cuartel a la llegada de Torrijos, a un soldado se le escapó un tiro de rifle y Díaz Herrera se tiró al suelo. Años después lo nombraron secretario de Estado Mayor y desde allí llegó a ser el segundo, cuando Noriega ascendió a General. Díaz Herrera era un militar teórico. Le gustaba hacer análisis marxista de la realidad política allá por los años 78. A la muerte de Torrijos en 1980, el heredero político de la demagogia nacionalista fue el Coronel Díaz Herrera. LLevaba el segundo apellido mágico para el partido político de los cuarteles. Tuvo significado en la vida nacional cuando en CADE 87 regañó a los empresarios que pedían mejor administración de la cosa pública de parte del gobierno militar. Era el chico malo y duro de la Guardia Nacional. Cuando lo jubilaron, el sector militarista de la oposición consideró que había llegado el momento de negociar con los cuarteles el repliegue definitivo de los militares de la vida política e iniciar en serio el proceso de democratización.

Díaz Herrera resultó a la larga el chico bueno de la película de la dictadura militar, Noriega resultó el malo. En junio de 1987, unas semanas después de su honrosa jubilación, escandalizó a la

opinión pública mundial con declaraciones sobre la corrupción del régimen que todo Panamá sabía desde 1984.

Habló de la entrada de cubanos, habló de los millones del Sha pagados a Torrijos por su acogida en tierras panameñas cuando era un paria del universo, habló del fraude electoral, habló de corrupción, habló de secuestros y finalmente habló del crimen de Spadafora y de la responsabilidad que le cabía al general Noriega. En días Díaz Herrera se hizo noticia. Su casa se convirtió en sitio de peregrinaje. Empezó a escribir cartas mesiánicas. Su lenguaje se hizo bíblico y astrológico. Gurus, brujos y curas eran llamados a darle asistencia mental y espiritual al Coronel arrepentido. Políticos serios y oportunistas fueron a su casa. Las Fuerzas Armadas empezaron a denigrarlo y los medios oficialista a llamarle loco y traidor. Más adelante Roberto Díaz Herrera confiesa que toda la escenografía esotérica era una táctica para confundir a Noriega que se sentía el único iluminado de las Fuerzas Armadas.

Una vez pasé por su casa y lo vi saludando a la gente que pasaba. Detuve el auto donde iba y le dije:

-Coronel, estamos luchando contra el militarismo.

-No -me contestó- la lucha es contra los militares corruptos. Hay militares buenos.

-La lucha es contra el militarismo -le volví a repetir-. Los militares buenos y malos no pueden seguir gobernando el país.

-Es un mensaje subliminal -dijo mirando a otra parte.

Llamé a un joven yoga que lo acompañaba y le pedí que le explicase al Coronel qué era el militarismo. El joven yoga me respetaba mucho y sabía que podía ser escuchado por Díaz Herrera. Después de ese intercambio de palabras deduje que Díaz Herrera se sentía destinado a seguir siendo el heredero del torrijismo.

La dictadura tenía intacta su estructura militar. Lo que quería era salvar el militarismo panameño en su parte esencial y eliminar la manzana podrida que ya empezaba a contaminar a todo el cuerpo armado. A finales de julio, Díaz Herrera había sido detenido. En su detención participaron dos helicópteros, cuatro camiones de infantería, 15 patrullas y más de 100 personas entre soldados, policías y detectives. No hubo heridos y los muertos pertenecen a la leyenda. Fueron detenidos más de 20 personas. Mi amigo el yoga estuvo detenido un mes. Lo visité en la cárcel y quedé bien impresionado de la forma como se había comportado. El día antes de

salir se encontró con el Coronel en la cárcel y le gritó: Coronel estamos ganando: Anímó.

El Coronel arrepentido se sintió abandonado de los políticos. Se imaginó en sus momentos de máxima euforia que el caudillo legendario lo iba a visitar y se iba a poner bajo sus órdenes para que él comandase la nueva era del militarismo panameño hasta el año 2000. En una de sus últimas cartas afirmaba que la envidia de los políticos había hecho abortar el movimiento y que él proponía la creación de un nuevo y dinámico partido. Como prueba de su desinterés por la toma del poder él sería el último que se inscribiría en ese partido. Días después fue encarcelado. El 21 de octubre todavía no había cumplido un mes de detenido. Lo mantenían incomunicado. Luego me daría cuenta de que él mismo se había incomunicado.

-Pobre Coronel, hasta ayer era uno de los fuertes .

-Policía sin uniforme no pone boleta, dijo uno del grupo.

Bajamos la escalera y retornamos a la Preventiva. Teníamos un día por delante. Eran como las 9:30 de la mañana. No tenía reloj, lo había dejado en la sala de guardia. Cada uno regresó a su sitio. Se formaron los grupos naturales. Hacía calor y la gente se siguió bañando. El asco se iba apoderando del grupo poco a poco. El servicio se utilizaba con orden y disciplina grupal. Los que iban al excusado tomaban la vasija de medio galón, la llenaban de agua y luego retornaban satisfechos. Una cosa era ir a defecar a un servicio sucio y otra a un servicio casi convertido en un inodoro. No lo habíamos convertido completamente en inodoro porque al no existir plomería y agua corriente el asco no era completo. Además, algunos, llenas las cabezas con el SIDA y las enfermedades venéreas se paraban en la taza del excusado y allí en cuclillas defecaban. Con todas las limitaciones sentía que podíamos sobrellevar el secuestro sin grandes riesgos físicos.

El ánimo de la gente estaba alto. Mente sana en ambiente sano. Me puse a hacer ejercicio. Troté durante quince minutos en la celda. Invité a los jóvenes y a los adultos pero nadie me secundó. Sentí la respiración corta y el cuerpo caliente y me detuve a realizar ejercicios respiratorios. En las ventanas de la celda empezaron a sentirse voces. Miramos hacia allá y eran unos pelaos que lavaban los carros de los oficiales. Nos pidieron plata.

-Ahí van 25 céntimos y me traes el periódico, le dijo uno del grupo.

La moneda llegó a manos del muchacho después de varios intentos. Uno de ellos hizo señales de la última ventana colocada frente a la puerta de barrotes de entrada a la celda. Abajo había un muro de un pie de ancho y luego un peldaño que subía en plano inclinado hasta unos tres metros de altura. Por allí se podía subir y entregar o recibir cosas de adentro hacia afuera. Una pequeña ventana con barrotes y cubierta con un alambre de malla ya envejecido y deteriorado permitía el tráfico de pequeñas cosas. Uno del grupo subió y se quedó hablando con los pelaos. Se sintieron gritos y las mascotas desaparecieron del patio.

-Salimos en los periódicos de hoy. Dicen que atraparon a una banda de terroristas que iban a matar guardias.

Los pelaos no regresaron. Fue imposible confirmar el rumor. Era una mentira más. La Ciudad de Panamá se había enterado de que estábamos presos. El militarismo informaba de banda de terroristas pero la gente leía: hay civilistas presos. El gobierno decía: van a matar guardias, la gente leía: tienen miedo que la manifestación sea grande y están asustados. Tanto el gobierno como la población entraban en la dinámica de la guerra psicológica. El gobierno engañaba conscientemente y la población se asustaba inconscientemente.

La noticia mentirosa hacía mucho daño. El reflejo era instantáneo: si detienen gente importante de la Cruzada y del partido más radical que no harán con nosotros que no tenemos ninguna protección. Sin embargo, nosotros no teníamos ninguna protección. El asesor del Consejo Nacional de la poderosa Empresa Privada esperaba contra toda esperanza que los gremios empresariales se lanzasen a una huelga hasta que él fuese liberado. Sabíamos que eso no iba a pasar. La detención de un hombre se puede resolver por medios jurídicos antes que por medios de presión. Una huelga costaba mucha plata y ningún asesor valía tanto.

Lo mismo sucedía para el secretario general del Partido Acción Popular, un partido es un puñado de hombres y de mujeres sujetos a todo tipo de presión y esperar que el partido se tomase la cárcel, paralizase el país, movilizase a grandes masas era una fantasía que no convenía ni siquiera comentar. Un secretario general no valía tanto esfuerzo. Estaba seguro que tanto el hijo del otro se-

cretario general como yo por el solo hecho de ser secretario no íbamos a ser liberados por presión de nuestros partidos políticos.

En la medida en que conocía a la dirigencia de los partidos políticos me daba cuenta de que no tenían la audacia de los hombres movidos por el ideal. La única protección que tienen todos los que participan y actúan políticamente es la propia vida y la voluntad de estar dispuesto a ir hasta las últimas consecuencias para que se le respeten sus derechos.

En este sentido, todos los miembros de la comunidad estamos igualmente protegidos e igualmente desprotegidos. La acción dependía de la propia voluntad. El exjefe de la inteligencia del Estado Panameño conocía bien la psicología de las masas y su gente bien amaestrada sacaba las noticias cuando el efecto de intimidación se hacía necesario. Los detenidos ayer en la noche eramos una banda de terroristas preparados para matar guardias. Yo era el jefe macabro que preparaba la orgía de sangre y muerte.

La puerta de hierro del vestíbulo que daba a la celda fue abierta. Me acerqué a la puerta de hierro de la celda y vi a un hombre sucio, fornido, de unos 30 años de edad, 1:65 metros de altura, más de 180 libras de peso. Gritaba y se agarraba de los barrotes con ganas de entrar.

-¿Qué te pasa? ¿Cuál es la bulla? -me le encaré.

-Te violó -me gritó.

-Làrgate de aquí. No vengas con tonterías a esta celda. Aquí somos terroristas.

Se me quedó mirando con cara de bobo. El rostro lo aflojó. Dejé caer los brazos. No gritó ni gesticuló más.

-¿Quién te mandó a entrar aquí? Tú estás preso como nosotros.

Me dijo unas palabras ininteligibles y se retiró. Era un pobre hombre. Uno de esos hombres comunes tirados a la calle de una sociedad superespecializada en el servicio.

-Doctor, ese hombre está endrogado, me comentó un amigo.

Posiblemente fumaba marigüana. A lo mejor no llegaba ni a fumar marigüana, para eso hacía falta tener plata. Era un hombre rudo como esos que manejaban buses en la Ciudad de Panamá, embrutecidos por horas y horas de timón, por el ruido ensordecedor de las bocinas y las caseteras y por esas noches de cerveza y saó. De vez en cuando, un pitillo de marigüana o de bazuco o esas

profundas inhalaciones de tinner y gasolina. Era de esa pobre gente que trabaja en las riberas del Canal junto al quinto comando del poderoso ejército de los Estados Unidos. Sabía manejar bus porque lo había aprendido y porque era desinhibido en el timón. Un mal día le había cortado la cara a una pelaa, de esas que tienen que meterse con varios hombres para poder comer y el juez nocturno lo había condenado a 365 días de cárcel. La cárcel lo había embrutecido. Si tenía que violarse a un muchachito, lo hacía, pero no estaba dispuesto a meterse con un terrorista.

Hacía tres meses y once días, el 10 de julio, el repudiado Viernes Negro panameño en que cientos de miles de civilistas, vestidos de blanco eran golpeados, perdigoncados y envueltos en químicos de bombas lagrimógenas, fueron detenidos cerca de 200 personas. En esta celda que nosotros ocupábamos o en una de las cuatro galerías de la Cárcel Modelo se abusó sexualmente de un universitario. Los abusadores materiales eran gente parecida a ese pobre hombre de 180 libras. Los abusadores intelectuales en ese entonces fueron los responsables legales de la Cárcel Modelo: el teniente Coronel Eric Aguilera y el Mayor Cleto Hernández.

Leí informes de detenidos del mes de junio y julio en los que se señalaba la participación intelectual de Cleto Hernández en los abusos a los detenidos. Ese 10 de julio el jefe de los bestializados en la calle era Eduardo Herrera, un Coronel que meses después haría un levantamiento contra Noriega de volantes y paredes pintadas.

Durante ese día y los subsiguientes no conocí a ninguno de los responsables legales de la cárcel. Vi una pintura de una familia típica panameña. Mujer y tres hijos. Una niña y dos varones. Era la familia de Cleto.

-El mayor es buena gente. Con esta foto que me conseguí pinto esta acuarela -me decía uno.

Estaba en la celda preventiva acosado de un futuro incierto. Los jefes nos habían tirado en el suelo y permitían que la inercia cruel de la prisión nos cayese encima. La maldad no estaba en las personas, el mismo mayor tenía mujer e hijos, el mal estaba en el sistema de robotización y de bestialización. Los robots nos insultaban y nos llevaban al examen médico y los bestializados intentaban violarnos y se retiraban pidiendo excusas. Llegó el momento de la comida. Eran como las 10:30 cuando entraron a buscarnos. El so-

nar estrepitoso de puertas de hierro, los gritos de fuera, el conteo de los detenidos. El miedo de los guardias y el sobresalto continuo de los detenidos se volvieron a sentir en la celda preventiva.

-Vienen los sediciosos. Todos fuera.

El comedor quedó vacío. Los reos se alejaron como los perros con el rabo recogido. Las puertas se cerraron. Los cocineros se prepararon para recibir a los sediciosos. Entraron al comedor un grupo de civilistas convencidos de que el militarismo era malo para nosotros y para los demás. Pasamos frente a la primera ventanilla en la esquina izquierda y se nos entregó una bandeja de aluminio con cinco compartimientos. En el compartimiento central un puñado de arroz blanco. Los restantes compartimientos vacíos. El arroz estaba cocido y empelotado. Lo probé y estaba frío y sin sal. Me senté en la amplia mesa de 12 a 14 puestos.

-Tenedor, agua y más comida -le dije al guardia.

Me miró extrañado y me dijo que se podía repetir, que en la otra ventanilla se daba una sopa caliente y agua abundante.

-Dale vasija y cuchara al señor -se dirigió al aseador, un kuna yala de unos 40 años.

El que no tenía cubiertos comía con la cédula. El que no tenía cédula comía con la mano la comida sólida. La comida líquida, el preso tenía que absorberla o lamerla como perro cuando se la echaban en la bandeja de aluminio de cinco compartimientos. Los que logramos obtener una vasija de plástico de un cuarto o de medio galón recibíamos la sopa en la misma y podíamos tomarla de sorbo en sorbo. Los restantes humedecieron el arroz frío empelotado con una cucharón de sopa que el cocinero vertía sobre el compartimiento central de la bandeja de aluminio. Muchos años antes, cuando era estudiante de agronomía en una escuela agrícola hondureña hacíamos filas para recibir la comida como en la cárcel. En ese entonces la bandeja de aluminio con cinco compartimientos quedaba chica. En uno se echaba un arroz humeante, en el otro un bistec de carne, en el otro ensalada verde con tomate, en el otro frijol al horno y en el otro un poco de zanahoria, papa o remolacha hervida. El vaso de leche se llevaba en la mano y lo mismo el pedazo de pan o tortilla. En esa escuela también comíamos como a las diez y media de la mañana y también desayunábamos como a las 5:30 de la mañana. La diferencia era que en la escuela trabajábamos y aprendíamos en el campo entre desayuno y almuerzo y en la

cárcel nos bestializábamos en una jaula entre la michita de pan con salchicha del desayuno y el poco de arroz con agua con grasa del mediodía.

Comí masticando como un rumiante el arroz. Una vez empapado el bolo alimenticio de jugos salivales tragaba y era un sabor atractivo el que quedaba en la boca. El arroz era un alimento fácil de digerir. La sopa de este día era una capa de grasa con un poquito de sal y bastante culantro. Se sentía con cuerpo cuando se saboreaba con el arroz. El cebo de la sopa caliente estaba en estado líquido, cuando se enfriaba era una nata con pequeños grumos. Pensé que carbohidratos y grasas eran parte de una dieta balanceada y que la grasa podía mantener la sensación de haber comido durante muchas horas. Tenía la impresión que mis compañeros de celda que se rehusaban a comer en este primer día de encarcelamiento iban a pasar mucha hambre. En algunos ya se había manifestado la sensación de hambre desde la noche anterior cuando se distribuyeron un plato de comida para cada tres personas. El hambre se estimulaba crudamente como el sexo ante la presencia del objeto excitante. Un poquito de comida estimulaba las glándulas gustativas y el concierto de sabores en la boca sin poder hundir el diente en nada consistente hacía del paladar un órgano de insatisfacción. Algunos se llenaban de agua con el intento de llevarse los sabores. Era una forma de erosionar el paladar. Quedaba la imagen mental del hambre, el espejismo de que la próxima comida tenía que ser abundante. Hasta que no llegase la próxima comida la bestia no tenía otra ocupación que preocuparse de sus salivas y de sus jugos gástricos. Un animal con hambre actúa, un hombre encarcelado con hambre piensa y poco a poco se esclaviza a su propio espejismo realizable en la próxima comida.

-Si no vas a comer déjame comer. Cállate la boca que esta es mi comida. Para ti es una porquería pero para mi es la comida. Oye bien, esta es la comida mejor que he comido en mi vida.

El tipo se levantó y no habló mas del cebo, del arroz frío y de las bandejas sucias. El joven que había gritado fuera de sí se tragaba el arroz a manotadas. Tomó la bandeja abandonada del compañero quejoso y se comió la ración en un dos por tres. Pidió una vasija prestada y fue a buscar sopa. Se tomó en varios sorbos casi medio galón de sopa. La mejor salsa es el hambre, había escuchado anteriormente y ahora lo experimentaba directamente. La me-

por salsa es el hambre pero también la desesperación del espejismo de la próxima comida.

Me sentí conmovido. Había visto perros con sed. Había visto gatos con celos, ahora empezaba a ver los efectos de la bestialización de los hombres. Los días venideros iban a depararnos nuevas sorpresas. El Panamá de los 40 mil millones de depósitos bancarios y de los 34 navíos diarios que transitan por el Canal anidaba en sus entrañas perversidades que ningún presidente del mundo se imaginó cuando suscribía los tratados canaleros en favor de las Fuerzas Armadas. Las Fuerzas Armadas Panameñas eran los garantes secundarios de la defensa militar del Canal. Panamá era más que un canal porque empezaba a ser sometido por sus Fuerzas Armadas. El jefe de estas fuerzas era Noriega y los detenidos que estábamos en la cárcel estábamos allí porque habíamos decidido echar a Noriega y al militarismo del Poder.

Noriega era más que un general, ya era un sistema que llegaba a calcular el ablandamiento necesario para que un hombre perdiese su dignidad. Y allí habían muchos que no estaban dispuestos a perderla.

Preparativos

Dormí durante varias horas. Pregunté la hora y apenas era mediodía. Continuaba en la Celda Preventiva. El tico de apellido Strassenberg o algo parecido había sido conducido fuera de la celda. Luego nos dijo que lo habían llevado al G-2. Lo acusaban de ser espía de los gringos porque lo detuvieron cuando salía de la embajada de los Estados Unidos de Norteamérica. El no salía de la embajada, sólo pasaba por allí y los detectives del G-2 se confundieron.

-¿Cuándo es el atentado contra Noriega?, le preguntaron.

-¿A qué hora te vas a encontrar con Jonny?

-¿Qué Jonny?

Lo golpearon en la cabeza. Lo metieron en el calabozo. Lo amenazaron con pasar toda su vida en prisión.

-Van a llamar a mi papaito en California. Pagué cinco dólares para que lo llamen por teléfono. -Te están engañando, no te puedes confiar de los guardias -le dije.

Era un hablantín que estaba preso porque iba a participar en un atentado contra Noriega. Tenía amigos en los fuertes de los Estados Unidos en la Zona del Canal. Un capitán lo había dejado en la pensión, pero él no vivía en la pensión, él vivía con el capitán, su amigo de varios años, en una base militar estadounidense en la Zona del Canal.

Temía que se diesen cuenta de que él tenía la doble nacionalidad tico-estadounidense. Hablaba a ratos como colombiano del Cauca. Me hacía recordar a Rincón, un amigo de la escuela agrícola Panamericana. Otros compañeros de celda me contaron cosas e impresiones que no calzaban ni en rompecabezas. Decidí relacionarme con Strassenberg bajo la hipótesis de que era un espía-provocador de intenciones violentas. Recordé al amigo de José Alberto que llegó a ser compadre de uno de los hermanos de Spadafora, que tenía un bar en Panamá Viejo, que entraba y salía de la embajada y de los fuertes gringos y que siempre le decía que los problemas de Panamá no se arreglan con marchas sino con balas. Un día ese amigo de José Alberto tuvo que huir de Panamá.

Noriega había descubierto que simpatizaba con la oposición y le estaba haciendo la vida imposible. El cuento se le creyó, y el plan conjunto Panamá -Pentágono siguió su camino.

-Tu amigo me dijo que no había tenido tiempo de despedirse - le decía un teniente uniformado a José Alberto- Mi nombre es Rodríguez y estoy asignado a Fort Clayton.

Rodríguez lo visitaba de tanto en tanto en su puesto de trabajo. José Alberto trabajaba en Fort Clayton. Un día le habló de las ideas locas que tenía el amigo común de sacar a balazos a los militares panameños. Otro día le dijo que no era difícil obtener armas si se tenía plata. Otro día le ofreció dos pistolas a bajo precio para ayudarle a un amigo con problemas económicos. El día que le llevó las pistolitas en un cartucho de papel manila le había avisado a la Inteligencia Militar de la Brigada 193 acantonada en el Istmo de Panamá y a los detectives de Noriega en el DENI. Ese mismo día nosotros nos lanzábamos a la calle a exigir su libertad y José Alberto era investigado por atentar contra la seguridad del estado panameño y preparar un atentado contra Noriega.

Se le investigó por los contactos con las guerrillas Farabundo Martí, M-19, Alfaro Vive, carajo, y por la decisión del Partido Acción Popular de sacar a los gringos de las bases militares de la Zona del Canal. Esta celada terminó en una ridícula bufonada del militarismo panameño. Después del escándalo del atentado y de los supuestos actos de terrorismo, el fiscal envió el expediente a un corregidor y todavía a la fecha está en apelación en la gobernación de la Provincia de Panamá por una multa de 600 dólares por portar armas sin permiso. Verificamos la idea de que los gringos eran los jefes de los militares panameños y que Noriega y su gente eran meros amanuenses. Eso sucedió el 7 de noviembre de 1985, estábamos en octubre de 1987.

Tenía dos años de estar observando la forma de proceder de los servicios de inteligencia estadounidense en Centro América y Panamá. Las cosas se repetían de manera ya casi estúpida para ser productos de la inteligencia. Había sucedido en el Salvador para una economista que trabajaba en la Embajada de los Estados Unidos; víctima de una celada había sido detenida sin razón. Ahora podía suceder en la cárcel modelo con la celada que nos tiraba el presunto espía internacional. A lo mejor era un sencillo hijo de vecino, víctima de la represión militar. El comportamiento extraño

del tico tomó mas relevancia cuando me dijo que era agente del Departamento Antidrogas de los Estados Unidos (DEA), que no tenía pasaporte de entrada a Panamá, que había viajado por barco de Barranquilla a Colón, que un amigo necesitaba reparar un barco. Su actitud era cambiante. Al principio no quería comer y luego era el que más comía. Declaraba huelgas de hambre sin honrarlas posteriormente. Se disgustaba con gran facilidad, gritaba y luego se echaba a dormir sin camisa en el piso de la celda. Dormía sus horas y llegaba a roncar con las manos debajo de la cabeza. Era un individuo corpulento de más de 200 libras y 1:70 metros de altura. Su edad no llegaba a los 30 años. No miraba fijamente a los ojos y decía en cada frase hijo e puta.

Lo escuchaba y lo dejaba hablar. Me dirigía a él para llamarle la atención cuando gritaba y cuando se ponía como un niño malcriado retacado detrás de un palo afirmando que nadie podía ayudarlo y que moriría en esta cárcel abandonado porque ni su padre se iba a enterar de que lo habían metido preso. Esa misma tarde se habían llevado a todos los detenidos para ser afiliados e informados de que habían sido condenados a 200, 365 días y 3 años de cárcel. A mí me dejaron en la celda. El tico también se había quedado. Después de contarme que al día siguiente iría a Migración para ver como había entrado a Panamá.

-Voy a ducharme, hijoeputa. Qué calor.

Se baño y salió en cueros a correr por la celda. Gritaba que todos eran unos hijoeputas y que él era loco.

-Pronto vendrán los compañeros. No te conviene que te vean así. Entra. Uno se asusta, llaman a la guardia y te van a cocinar a palo. Aquí hay una celda para locos que está llena de mierda y ratas muertas, le dije casi a gritos mientras trotaba delante de mí en cueros diciendo que estaba loco y desesperado.

Me confesó que él podía hacerse pasar por loco. Qué conocía las técnicas del demente furioso y que le daban resultado con los guardias.

-Mañana, en Migración me pasaré por loco, hijoeputa.

-Vístete y déja de hablar tonterías.

Se vistió con la ropa mojada. Se fumó un cigarrillo y se echó a dormir. Cuando los compañeros regresaron continuaba durmiendo.

La gente llegó triste. Se les había comunicado "condena" sin

haber sido juzgados. A los compañeros del partido le dijeron que se les iba a levantar un expediente y que el fiscal los llamaría a declarar. De seguro que la condena iba a ser de 5 años. A los otros lo habían juzgado los corregidores y el juez nocturno. Se habló de enviarlos a Coiba. Me estremecí. Coiba es el presidio de máxima seguridad y los condenados en Coiba son gente peligrosa.

Algunos del grupo se habían negado a firmar el papel en el cual se aceptaba la condena. Era inadmisibles aceptar ser un delincuente sin serlo. Otros habían aceptado firmar la condena. Se les dijo que era un requisito y que más arriba la cosa se podía arreglar. La esperanza de arreglo futuro era suficiente para aceptar ser un delincuente hoy. En Panamá las cosas siempre se arreglan con una palanquita. No se puede tomar en serio ni siquiera una condena. Además la firma de uno no puede ser tan importante como para convertir a un inocente en un delincuente. La realidad no puede cambiarse con firmas ni con papeles. La incredulidad es grande en Panamá. No se cree en el gobierno, no se cree en las autoridades, no se cree en los contratos, no se cree en la justicia, no se cree en la amiga ni en los amigos.

Una de las grandes mentiras del panameño a nivel de broma es: préstame un dólar, que te lo pago mañana. Por qué entonces darle importancia a la firma de un papel. Para esa gente el mismo valor era firmar que no firmar. Para algunos el valor era no firmar aunque esto signifique palo y más tiempo en prisión. Los valores de un pueblo caracterizan los valores de su gobierno, pero en Panamá los valores del gobierno caracterizaban los valores de la mayoría de los ciudadanos. Yo tampoco pensaba firmar. Por algo no se me había llamado. Pensé que se habían olvidado de mí. Era consciente de que la rutina carcelaria había caído sobre todos nosotros. No se nos trataba peor que a los demás pero tampoco se nos trataba mejor. La orden superior era : ahí van esos sediciosos, ténganlos vivos hasta segunda orden.

Si aparecía en la lista de los que tenía que salir de la celda, salía. Como no aparecí me quedé en la misma con ese tico que podía hacerse pasar por loco. Unos compañeros no regresaron. El chileno, dueño de una imprenta, no regresó. Su empresa había sido allanada simultáneamente con el local de mi partido. Hubo orden de allanamiento porque se decía que allí estaba el cerebro diseñador de las volantes de la Cruzada. En el partido estaba, según

los informes de los sapos, el centro de distribución. En realidad se buscaban las oficinas de una señora de apellido Arosemena, a quién después o antes -no lo puedo decir con seguridad- confundieron con mi señora. Los chilenos fortuitamente, por cosas del azar, compartían un local contiguo a las oficinas de la señora y fueron arrastrados en la marea represiva de los robots.

Tener imprenta y ser chilenos era una combinación explosiva en momentos de levantamientos armados y sedición. No se encontró en la imprenta de los señores Blumenberg ningún rastro de impresión de volantes. Al momento de salir de la imprenta azarosamente le habían encontrado a la señora del chileno un periódico Alternativa, de esos que distribuían Enrique y Blandón. Todos fueron llevados a la cárcel. Los habían tenido agrupados por sexo. La chilena y la secretaria habían sido recluidas con las mujeres, y el chileno y el rotulista con nosotros. Era gente decente y bien educada. Hablaban en voz baja, con tono persuasivo. Tranquilo y sereno en las tormentas. Lo encontré sentado en el escalón donde organicé la primera reunión en la celda. Estaba pensativo.

-¿Cómo se siente ?

-Bien.

-¿Tenía tiempo de estar en Panamá ?-le pregunté mientras me sentaba junto a él.

-Tenemos dos años.

Habían montado un negocio de impresión. Trabajaba con otro socio panameño y hacían trabajos varios. Se interesaron por los acontecimientos de Panamá y estaban al tanto de las actividades de los civilistas. En la imprenta se leían las volantes.

El rotulista, rompiéndose la cabeza, pensaba que la causa de la detención podía ser aquel montaje que revisó en su tiempo de café para una de las tantas publicaciones de los civilistas. La gente normal que actúa de buena fe siempre busca razones para analizar los comportamientos de los demás, esa actitud de la gente es válida en la mayoría de los casos, pero no es válida para los robots. Estos siguen instrucciones arbitrarias del que está arriba.

El que está arriba, el superior, el dios enloquecido, no tiene parámetros lógicos sino psicológicos. Tráigala inmediatamente y no pidan instrucciones, es una orden común para poner a funcionar un robot. Es mucho más excitante llevarse a una sencilla mujer que no atemoriza a nadie, acompañada por una banda de chilenos

con una imprenta , que llevársela sola. Concluí que eran víctimas de la improvisación del aparato militar. La inversión era cerca de 20 mil dólares y los detectives se habían llevado todo de la imprenta. Me imaginaba la limpieza que habían hecho en el partido con todos los megáfonos, equipos de sonido e impresión encontrados. Los robots eran enemigos jurados de los instrumentos de divulgación del pensamiento hablado o escrito. Pensé que sería deportado con su mujer. La noche anterior habían deportado a Mery y a su esposo estadounidense. En efecto el Chileno no regresó más.

Se quedó el rotulista sin su jefe. El negocio de imprenta sería quebrado sin consideraciones. La aplanadora estatal podía destruir impunemente bienes, propiedades, y vidas y futuras promesas. La aplanadora ya había cobrado 3 vidas, ¿qué era llevarse por los cachos una imprenta de extranjeros? Los chilenos aparecieron en el periódico como parte de la banda de terroristas que coordinaba el PAPO para matar gringos y policías. Al llegar a Chile fueron detenidos e interrogados por más de dos horas. Sus compañeros de evangelio protestaron por el atropello que el gobierno de Pinochet cometía con sus misioneros llegados recientemente de Panamá.

Extraña paradoja la de protestar por un interrogatorio y guardar silencio por un desalojo, encarcelamiento y finalmente un destierro. El nombre de la pareja chilena tenía un apellido alemán que sonaba a montañas de flores: Blumenberg .El militarismo hacía escarmientos directos contra ciudadanos chilenos. Meses antes detuvieron a un exilado chileno que pasó cerca de 45 días en la cárcel. Luego lo soltaron de la misma manera arbitraria que lo habían detenido. El exilado recibió protección de un organismo de refugiados de Naciones Unidas y finalmente no fue enviado sin retorno al Chile de Pinochet.

Meses después iba a ser desterrada una chilena panameña por simpatizar abiertamente con el movimiento civilista. En estos tiempos ningún país es seguro. La vida de un político es como el capital de un empresario, riesgo y peligro de pérdida total. Al menos es lo que se dice, que el capitalista arriesga su fortuna y que por ese riesgo es por lo que se le paga. Letellier , ministro del presidente social demócrata chileno había sido asesinado en los Estados Unidos. Había pagado con su vida la visión de un mundo mejor para los chilenos y no había recibido la recompensa de la ma-

yoría de los empresarios, dinero, por el riesgo asumido. Había recibido la muerte, lo mismo que el Presidente Allende. El político latinoamericano vivió el riesgo de pérdida total por la toma del poder. Eso sucedía cuando la política era el riesgo del príncipe por controlar el estado. Era la época heroica de los héroes asesinados con la bandera del triunfo en sus manos.

Ahora el militarismo era un fenómeno de total control de la sociedad. Así pasaba en Panamá, en Centro América, en el Cono Sur, en África y en Polonia. El militarismo es totalitarismo con su doctrina de seguridad y defensa nacional. Por eso el político que se proyecta agónico contra el militarismo tiene que asumir riesgos sin esperar poder. Su premio no es controlarlo sino supeditarlo a la voluntad agónica de todo un pueblo. Por eso el militarismo sin dificultad llega al genocidio. El político de esta época no es violento, pero está preparado para recibir toda la violencia del aparato. Su objetivo es controlar el poder existente y ejercer el poder ciudadano. Su objetivo no puede ser eliminar el poder y sustituirlo por otro poder similar.

El objetivo de los revolucionarios de principios de siglo fue la militarización del poder. Eliminar el aparato burocrático-militar y sustituirlo por un nuevo aparato de soldados-contadores-obreros, es perfeccionar el militarismo. Es pasar de la institución militar a la sociedad militarizada. En la sustitución de un poder por otro poder la vida del político vale la promesa del triunfo. Es la natural transacción del mundo capitalista-socialista el que asume el riesgo y se queda con el poder económico y el poder político.

La política es una cuestión de riesgos. La técnica del riesgo a futuro se paga mucho mejor que la técnica del plazo fijo. La lógica de más plata es la lógica de más riesgo. Así el capitalista se lleva el poder económico entre sus piernas y el revolucionario violento se lleva el poder político y el poder económico en la punta de sus metralletas.

Estos políticos todavía existen, son la mayoría. El aparato jugaba con la imagen del chileno revolucionario como parte de una estrategia de provocación mental. Nos proyectaba a un mundo de recuerdos históricos. En la reciente Nicaragua sandinista el papel informal de los chilenos a nivel de orientación ideológica jugó un papel significativo. Los ideólogos que no pudieron hacer la revolución en su espacio nacional venían a justificarla en Centro Améri-

ca. El sandinismo como fenómeno de insurgencia democratizadora se le encuadró en el vanguardismo leninista y en el centralismo marxista. Una vez más, formas culturales extrapoladas seducían a las mentes de los políticos inquietos de poder. Recuerdo cuando los revolucionarios sandinistas procedieron a desarmar al pueblo insurgente y a crear el ejército profesional. El militarismo asentó sus nalgas.

La tarde se hacía intolerable. El cuerpo sudoroso y pegajoso nos incomodaba. El sol de las cuatro de la tarde metía entre los barrotes de la ventana más radiación que iluminación. El foco de 500 bujías de la celda se mantenía encendido. Todos echados en el suelo dormitaban. Allí había un peruano preocupado por la salud espiritual de los encarcelados. Hablaba como dando el perdón en un confesionario. Nosotros éramos los malos. El mal no estaba en el sistema sino en la conciencia de cada pecador. El que está libre de pecado que tire la primera piedra. Una vez que el pecado personal sea perdonado el pecado social desaparecerá misteriosamente.

La fe evangélica aparecía como una justificación de la cárcel merecida por nuestros pecados. Esa visión tiene la virtud de olvidar los pecados del sistema y concentrarse en los pecados del hombre. Una vez que uno se introduce en sus propios pecados se hace víctima propiciatoria. También ellos son pecadores y si no lo fueran no nos tendrían injustamente encarcelados. De pecado a pecado, nosotros seríamos pobres pecadores y las columnas del sistema serían grandes pecadores. Aparecieron dos posiciones: la resignación y la resistencia. Ellos, los resignados, se hundían en las profundidades de dios y del alma humana. Nosotros, los no violentos, no podíamos soslayar las limitaciones propias y ajenas, pero debíamos resistir como lo hacía Cristo y Pablo. Si me juzgas de acuerdo con la ley del militarismo por qué me encarcelas en contra de esa misma ley. Se puede aceptar la propia irresponsabilidad para actuar responsablemente, pero no se puede aceptar la responsabilidad del sistema para que actúe irresponsablemente. El camino no era la resignación institucionalizada del cristianismo sino la resistencia activa de los seguidores de Cristo. La discusión se detuvo. Se escuchó ruido de llaves y de puertas de hierro.

-Haraganes para afuera. Traigan las vasijas.

La hora de la cena había llegado. La próxima comida era asun-

to de salir de la celda, caminar una veintena de metros y sentarse en el comedor. Formamos fila y bajo la dirección de un sargento salimos.

-Vienen los sediciosos -dijo un guardia.

Ya se nos había hecho rutina la cárcel. No teníamos ni 24 horas de haber llegado a la Modelo cuando ya sabíamos qué se iba a encontrar en el comedor. La gente que estaba en el comedor salía con pereza, esta vez uno permaneció sentado en la punta de la silla y otro se quedó parado en la puerta que daba al patio. Todos los detenidos llevaban su vasija de plástico y sus cucharitas de madera y sus cucharas de plástico. Uno comía lo que encontraba. Esta vez se nos ofreció una sopa de plátano con rabo de puerco. El plátano verde había que bucearlo pero cuando se encontraba, uno sentía que era puro plátano verde lo que masticaba. Como los bueyes rumié el pedazo de plátano. Lentamente sentía que no era tan duro y que era un buen alimento. Los trocitos de rabo de puerco le daban el ingrediente salado tan necesario en un ambiente sudoroso y pegajoso. Unos compañeros no podían comer grasa y regalaban los pedacitos de rabo de puerco. Otros no comían para nada esa sopa infrahumana y entregaban a los deseosos de la próxima comida las vasijas llenas de sopa. Recordamos que ya el equipo de despensa había comprado pan, galletas y queso y que la sopa en la celda podía servir para bajar más fácilmente el pan. El líquido caliente caía bien en el estómago, pero puro líquido fastidiaba a los mismos protagonistas de la próxima comida.

Se llevaron en plena cena a dos compañeros. Uno era el asesor del

Consejo Nacional de la Empresa Privada que esperaba de un momento a otro el paro para exigir su libertad y el otro el hijo del colega secretario general de un partido político de oposición. Imaginamos que lo iban a liberar.

Cada vez que a un detenido se le llama se piensa que es para liberarlo o para eliminarlo. Lo de la eliminación no había empezado a funcionar públicamente para el militarismo panameño. La liberación parecía lo más lógico. Se dispuso preparar varias listas con los nombres de los compañeros y los teléfonos de la familia para intercambiarlos entre nosotros. El primer liberado se comprometía a llamar a los familiares para decirles donde nos encontrábamos. Estábamos convencidos de que nadie sabía de nues-

tra condición física ni de nuestro paradero. Posteriormente supimos que el aislamiento mayor era el sufrido por los familiares y que dicho aislamiento era el terreno más fértil para el desarrollo de los rumores.

Los rumores eran las armas más efectivas para garantizar la efectividad de la guerra psicológica. Dicha efectividad consistía en paralizar al enemigo sin disparar un solo tiro. La paralización se obtenía con el rumor de golpes y torturas. A uno le habían sacado todos los dientes de arriba de un culatazo, al otro le habían vaciado un ojo de un cachiporrazo, al otro lo levantaban cada media hora y lo metían bajo una ducha. Lo importante del rumor es crear el miedo, mucho miedo en todas partes, en todos los lugares. La psicosis del miedo es el triunfo de la guerra psicológica y Noriega se cree el brujo de esas operaciones psicológicas. Era necesario hacer muchas listas y entregarle a la gente de confianza una con los teléfonos de las hermanas, los padres, las esposas y los amigos íntimos porque necesitaban estar informados correctamente.

Dejamos el comedor después de media hora. Se comía con rapidez. Nosotros éramos los presos que primero íbamos al comedor. No querían que nos mezcláramos con los demás. Los sediciosos querían tumbar al gobierno, y la mayoría de los detenidos lo repudiaban pues los había condenado injustamente y los obligaba a una vida de indignidad. Cada preso se sentía inocente. Un sistema correccional que no logra interiorizar el sentido de culpa social a un delincuente es un fracaso. Los presos consideraban que más delincuentes que ellos mismos eran los guardianes. La precaución de la administración de la cárcel nos mantenía aislados del resto de los detenidos.

Reingresamos a la celda preventiva. Comimos un poco de pan y galletas para completar la dieta. Lavamos las vasijas de plástico. Al lavar la mía con un poco de agua sentía que la grasa se quedaba pegada. Es desagradable tomar agua en una vasija grasosa. Tomé un poco de jabón y fui con la palma de la mano llena de jabón untando los bordes de la vasija y el fondo de la misma. Esa vacija luego servía para llevar agua y desalojar el servicio de excremento. Para un detenido la vasija era un instrumento vital. Me fui acostumbro a llevarla a donde fuese. Era parte del equipaje. El detenido vive con las alforjas puestas y con la correa al cinto. El chi-

leno había dejado una camiseta secándose y no había regresado por ella.

Una vez que uno sale de la celda no sabe si podrá regresar, es la condición del estar privado de libertad. Conte tenía como objetivo salir siempre con el saco azul marino. Decía que su dignidad estaba simbolizada en el vestido. Por la noche el saco azul le servía de almohada y cuando salía de la celda le servía para pasear su dignidad por los corredores de la cárcel.

Los monos aunque se vistan de seda mono se quedan, pero los presos vestidos de gente afirmaban que aún no habían perdido el respeto a sí mismos. Mi dignidad exterior estaba en la camisilla blanca y esta ya estaba sucia y con olor a cárcel. Moje la camisilla y la camiseta. Era incómodo lavar de pie montado sobre el lavadero, que a pesar de estar aseado no ofrecía las garantías de una adecuada limpieza. Me desnudé y me metí a la ducha. Era la mejor forma de lavar la ropa con agua y jabón abundante sin preocupación por mojarse los zapatos. La ducha me reconfortó y la camisa quedó limpia. No la torcí para evitar que quedase arrugada. Preferí guindarla mojada y chorreando agua para que conservase la forma de camisa aplanchada, Era una vieja técnica que utilizábamos en Berlín occidental para ahorrarnos el tiempo de aplanchar la ropa.

En realidad en los dos años que viví en Alemania no recuerdo haber planchado nunca la ropa que me ponía. Busqué un lugar adecuado para colgar la camisa y la camiseta y encontré sobre la puerta de entrada a la celda entre un tubo eléctrico y un pedazo de alambre que salía de la pared una cuerda de aproximadamente un metro de largo. Sitio ideal para colgar la ropa mojada. Con ayuda logré extender mi camisa, camiseta y pañuelo blanco recién lavados. En caso de salir debía estar preparado con la ropa lista y en caso de permanecer más tiempo en la cárcel la limpieza era la expresión de que el respeto a uno mismo continuaba. Me quedé sin camisa en la celda. Todavía era de día y el sol mantenía el fogaje de un día caliente y húmedo. Octubre es un mes lluvioso en Panamá y la humedad relativa del ambiente suele ser alta para esta época.

Aparte de las características generales del clima, la celda hundida en la tierra, con ventanas altas y pequeñas y el constante chorro de agua que caía en el cuarto de baño se mantenía con un alto

grado de humedad en el ambiente. Cosa extraña era que no tuviese ninguna reacción alérgica. Habitualmente suelo reaccionar con estornudos e intensiva mucosidad nasal cuando me encuentro en un ambiente caliente y húmedo; cuando me quito la camisa estornudo tres, cuatro y hasta diez veces. Durante todo mi cautiverio no estornudé ninguna vez. Un psiquiatra me explicó que la istamina que segregaban mis glándulas estaban dirigidas a mantener el sistema de alerta despierto y a la defensiva y que no había sustancias para producir alergias y otros aspectos colaterales del mecanismo inmunológico del organismo.

Creo que la explicación tiene un fondo de hipótesis que requiere demostración. Un solo caso no establece la veracidad de una conclusión. El fenómeno pudo ser cierto. Una alergia desaparece en situaciones de tensión integral del organismo. Mi istamina me mantenía alerta y pendiente de lo circundante. En este caso la alergia es una consecuencia de un mundo sin dificultades que regresa enormes cantidades de energía sobre el mismo sujeto que la produce. He escuchado que casi la mitad de los humanos padecen de alergias. La tarde se nos vino encima.

Reingresó en la celda el joven que había sido detenido en lugar de su padre. Era un muchacho tranquilo y práctico. Había estudiado su segundo ciclo en los Estados Unidos junto a su madre, quien es ciudadana estadounidense.

-Mi mamá ya sabe que estoy preso. Viene para acá a sacarme. El fiscal me hizo salir de su despacho y creo que habló con el mismo Noriega .

Recordé que su familia tenía amistad con la familia del general Noriega. Existía un distanciamiento entre ambos, dadas las posiciones políticas irreconciliables. El partido del padre exigía la inmediata salida del General del puesto y del país como prerequisite para reestablecer el orden social. Era un partido antinorieguista y Noriega es el tipo de dictador que se toma a sí mismo en serio. Tomarse en serio es sentirse ridículamente importante. Es ser un dios enloquecido. Un autócrata que se siente absoluto y teme al ridículo no tiene consideración con los hijos de los dirigentes de los partidos que lo adversan. El muchacho estaba preso y veía con dificultad que la madre pudiese sacarlo. Sin embargo, Noriega se resistía a distanciarse de la realidad y de sus compromisos.

-Mi mamá discute con Felicidad y con Tony con plena libertad.

Le habla abiertamente y se tienen mucha confianza. Yo tengo que salir hoy mismo si no mañana no se le aguanta en estos cuarteles.

Le dimos la lista de los detenidos y los teléfonos de nuestros familiares. Pensamos que podía ser el primer panameño en salir. Otro que también tenía buenas perspectivas era Blandón, hijo de un alto jerarca del brazo político de las fuerzas armadas, el Partido Revolucionario Democrático -PRD. Se presentaba una coyuntura muy práctica para examinar las profundas motivaciones de Noriega en esta lucha. ¿Tenían los enganches afectivos más fuerzas que los enganches políticos? Ambos muchachos eran hijos de gente que le interesaba a Noriega. Un padre era su adversario político y antiguamente un amigo personal. El otro padre era su amigo político y el hijo, adversario político del militarismo.

Esa noche a las siete fueron a buscar al hijo de la gringa para excarcelarlo. La amistad personal o el temor al sentimiento de una madre ofendida por la detención de su hijo inocente pesaron más que la vinculación política. En este caso la actitud de los muchachos hicieron la diferencia. Blandón se definía antimilitarista mientras el hijo del político era un ejecutivo orientado al negocio. Liberar a uno iba a pasar inadvertido a nivel nacional y liberar al otro hubiese sido un bajón en la campaña de intimidación. Sobre todo en el caso de las protestas civilistas las familias de los militares y civiles afectos al régimen se estaban dividiendo. El caso del hijo contra el padre se repetía en el caso de la hija del coronel y de la hermana del ministro, y de los hermanos entre sí. Padres contra hijos, hijos contra padres, hermanos contra hermanos por causa del militarismo.

Los militares en el poder habían empezado a dividir a la familia panameña. No tenían razones para justificar su poder. El poder político en mano militar era causa de escándalo y de vergüenza para la gente decente tanto si fuese de oposición como de gobierno. Estábamos en el mes de octubre de 1987 luchando contra el militarismo y su gobierno de turno presidido por Delvalle, el mismo Delvalle que meses después, asustado por la suspensión de su cuota de azúcar a los Estados Unidos, destituye por video al general Noriega y solicita la guerra económica y militar contra Panamá.

La excarcelación de Jonny fue considerada como una liberación. Una buena señal de que podía aflojarse la represión. Era posible que se manejase su excarcelación como un destierro. De se-

guro que su madre quería llevárselo conociendo la situación de incertidumbre y zozobra por la que atravesaba la sociedad panameña. Su marcha a los Estados Unidos iba a fortalecer la creencia de que la gente de plata y con influencia una vez que se encontraba en peligro huía de su país. Pensé que la sumisión de Noriega a los gringos era tan grande que en todas sus excarcelaciones había un componente de nacionalidad estadounidense. El marido de Mery era gringo y ahora Jonny también lo era. Ambos habían sido liberados y ambos de seguro que marcharían al exilio. El papá de Blandón podía ser muy servicial a Noriega pero Blandón es panameño. A los amigos nativos el militarismo los maltrataba .

Cayó la noche. Hicimos una colecta y mandamos a comprar comida. La plata que tenía se me había acabado y el sargento me permitió subir a la sala de Guardia para hacer un retiro. De 60 dólares que tenía retiré 20. Dejé 40 para retiros posteriores. Me sentía cada vez más confiado en que el trato a los detenidos tendía a humanizarse. El ambiente de la celda ya lo controlábamos. Todos los detenidos seguían las normas establecidas, y la convivencia era tolerable para no caer en el síndrome de Estocolmo y decir que era agradable. El hombre en 24 horas puede adaptarse y logra adaptarse a los ambientes más hostiles si tiene fortaleza mental.

El medio ambiente carcelario estaba controlado con la población actual de civilistas; si esta aumentaba podíamos perder el control. Teníamos que prepararnos. Mañana era el día. A Mery, la joven del calabozo, que me había invitado a rezar, la habían detenido porque era la coordinadora de la gente que venía del interior. El interior de Panamá es todo lo que está del otro lado del canal. La ribera occidental del canal es el inicio del interior. Mery tenía que buscarle alojamiento a toda la gente interiorana que venía del otro lado del Puente de las Américas. Esa era la información "sediciosa" que tenían los organismos de seguridad del estado.

No se había encontrado ni una sola arma y se hablaba de sedición y sediciosos. Nosotros los civilistas, así le decíamos nosotros a los que el militarismo le llamaba sediciosos, estábamos preparados para realizar una manifestación más de protesta contra el régimen. La coordinación de Mery consistía en tener una lista de la disponibilidad de alojamiento ofrecido por los civilistas de la capital y el requerimiento de alojamiento de los civilistas del interior. Una mera transacción de oferta y demanda a fin de que la protesta pu-

diese mantenerse unos tres días en la calle. El empujón final era una maniobra propagandística montada por la Cruzada con una perversa asesoría.

Personalmente denuncié en el seno del Partido que no podíamos hacerle propaganda a una actividad desorganizada con el nombre de Empujón Final. La estrategia seguida por mi organización a fin de liquidar el militarismo es la movilización nacional. Todo el pueblo a través de todos los sectores de la nación tenían que movilizarse. Movilización significaba salir de las comunidades y de los centros de trabajo hacia un centro de protesta previamente establecido. Cuando salga uno y luego otro, cuando salgan todos hacia la plaza para constituir un nuevo gobierno, entonces tendremos la movilización nacional. Esta movilización tenía dos aspectos que había que desarrollar. Primero fijar el objetivo de la salida de todo el pueblo y luego, buscar la forma de que todo el pueblo saliese al unísono.

El Empujón Final para la movilización nacional era fijar el día de la salida para constituir nuevos poderes públicos. La organización del Empujón Final exigía que la nación, el pueblo organizado basado en un objetivo común, conociese que el objetivo común en ese momento era constituir nuevos poderes públicos, porque los poderes militares estaban corruptos. Este objetivo se estaba consiguiendo parcialmente. Se sabía que vivíamos bajo una dictadura militar y muchos estábamos sintiendo la represión y la opresión de dicha dictadura. Faltaba sentir que la dictadura era institucional. Una campaña feroz antinoriega había querido vender infructuosamente que si Noriega salía se acababa la dictadura.

Nosotros afirmábamos que Noriega era el símbolo de turno de la dictadura, pero que este proceso de militarización del estado panameño había empezado desde 1941. Acabar con la dictadura era acabar con Noriega y con todos los Noriegas que podían surgir en el futuro. Con los Noriegas del pasado se había acabado en forma violenta, Remón con fuego de metralla y Torrijos en un accidente aéreo. Esas formas voluntarias o fortuitas habían acabado con hombres pero habían mantenido la dictadura institucional por virtud del escalafón. Después de los años de 1977 dicho escalafón institucional se amarraba con la defensa conjunta del Canal en forma permanente, incluso después del año 2000. Los tratados cana-leros condenaban a la República de Panamá a desarrollar unas

Fuerzas Armadas que pudiesen defender los derechos estadounidenses de paso privilegiados y casi gratuitos por el Canal.

Los gringos conociendo la posibilidad de cambio en las Fuerzas Armadas después del año 2000 se garantizaron el derecho de intervenir militarmente cuando las Fuerzas Armadas Panameñas dejasen de garantizar el normal funcionamiento del canal. Acabar con el militarismo panameño significaba denunciar los pactos canaleros e instaurar un régimen de neutralización. Estos objetivos no eran compartidos por la totalidad de los dirigentes civilistas. Hacía falta madurar más la idea antes de irse a un Empujón Final para la movilización nacional.

El segundo aspecto para garantizar el éxito de la movilización nacional era la voluntad de las mayorías de salir a la calle y permanecer en la misma hasta lograr el objetivo. Lo del objetivo estaba oscuro pero independientemente de la salida de Noriega o la liquidación del militarismo, faltaba pulsar la voluntad de la gente para sacrificarse. Pensar que la movilización era un éxito seguro era desconocer la acumulación de represión en las fuerzas armadas.

Este grupo armado había incursionado contra la voluntad civil en varias ocasiones. En 1968 y 1969 se asesinaron decenas, quizás centenas, de campesinos y trabajadores urbanos bajo el mote de guerrilleros, es decir auténticos sediciosos. Desde 1970, todos los esfuerzos autónomos del militarismo para solucionar problemas sociales y económicos eran reprimidos con violencia o con el desarrollo de campañas de guerra psicológica. En 1972 se asesina a un cura cooperativista en las montañas y se desarrolla una campaña de intimidación y guerra psicológica contra los que piden justicia. El arzobispo de Panamá y la iglesia son objetos de una campaña virulenta por sumarse a esta demanda de justicia. En 1973 y 1974 al buscar los sectores antimilitaristas agruparse en un frente común, se inicia una persecución que termina con el arresto y posterior tortura de dirigentes políticos. Un anciano de más de 70 años es detenido y torturado en enero de 1974 por presunta participación en un movimiento violento para derrocar a la dictadura y en el mismo mes el secretario general del segundo partido mayoritario del país es torturado durante tres días en las mazmorras de la dictadura, condenado administrativamente a tres años de prisión y posteriormente enviado a Coiba como un reo de alta peligrosidad. Leopoldo Aragón, un adversario del militarismo en el tiempo de To-

rrijos fue detenido, torturado, llevado a Coiba y posteriormente desterrado allá por 1975. Jorge Camacho, un muchacho de 18 años, de la izquierda nacionalista fue liquidado de un balazo por oponerse a la firma de los tratados canaleros en 1977, el mismo año en que Leopoldo Aragón, con 47 años de edad, se inmola en Estocolmo frente a la Embajada de los Estados Unidos para repudiar la venta del Istmo a los intereses del militarismo.

El martirologio de los civilistas-antimilitarista y nacionalista-panameños era largo y tendido durante el tiempo de Torrijos cuando Noriega era la inteligencia del estado. Constantemente en nuestro país la oposición al militarismo coincidía con la oposición al intervencionismo estadounidense. Los mejores aliados para los militares panameños -artífices de opresión y represión- eran los Estados Unidos y los Estados Unidos tenían como sus mejores aliados locales a los militares.

Ese matrimonio habían hecho posible el nacimiento en 1983 de las Fuerzas de Defensa de la República de Panamá. Estas fuerzas se habían proyectado con su tropa de élite, el batallón 2000, como fecha esotérica de su papel cipayo de defender el normal funcionamiento del Canal para beneficio de los intereses geoestratégicos estadounidenses. Llamar a un Empujón Final era estar listo a sacrificar a cientos de panameños en las calles.

El militarismo iba a dar la pelea con las armas que conocía y que tenía en las manos. Las detenciones empezadas desde el domingo en la tarde e intensificadas el martes eran parte de los preparativos para encarcelar mentalmente a los civilistas. El éxito del empujón estaba garantizado si existía una dirigencia de cincuenta a cien personas que a la cabeza de la movilización en todos los pueblos y ciudades del Istmo estuviese dispuesta a dar el ejemplo de sacrificio. En la movilización nacional el ejemplo de sacrificio era dejarse golpear, dejarse encarcelar, dejarse matar pero mantenerse en la protesta hasta que el militarismo acobardado abandonase las calles a favor de los civilistas.

Sentí que esos dirigentes todavía no estaban preparados. Si no estaban preparados, el segundo elemento para garantizar el éxito de la movilización faltaba. Por consiguiente era una falsa movilización y como tal una trampa para permitir el triunfo de la fuerza sobre la razón. Estaba bien consciente de esta situación. Por eso al allanar los locales del Partido se habían encontrado las cajas de

volantes del Empujón Final que nuestros militantes no habían salido a repartir. La movilización nacional no era el vanguardismo de un puñado de héroes que asaltan el poder y sacan a sangre y fuego a los opresores y explotadores. La movilización nacional es el pueblo en la calle en busca de su propio destino. Si éste no está en la calle, entonces, todavía no está a la altura de su destino histórico ni en la capacidad de construir su propia democracia.

Nadie puede construir la democracia, esta es la particular creación de todo un pueblo. Días después, un fiscal me preguntaba que si yo reconocía haber llamado a la movilización nacional para deponer el gobierno malconstituido y le respondí afirmativamente. La democracia no es asunto de llamados, llega cuando uno primero y todos después salen de la casa a la calle con voluntad de ejercer el poder.

Esta noche, mientras nosotros nos preparábamos en la celda preventiva a recibir a los detenidos del día de mañana y a imaginarnos una forma de participar en la protesta nacional, las fuerzas de defensa traían a su batallón élite para tomarse las calles de la ciudad de Panamá desde tempranas horas de la madrugada.

Nos trajeron la comida en platos de cartón. El presupuesto de comida para once personas era aproximadamente de unos quince balboas. Hicimos un arqueo de caja y para el día de mañana hacía falta retirar más dinero. Tony tenía más de cien dólares y Mingo podía retirar los 40 que le había dado. Teníamos plata hasta el día lunes 26 de octubre en caso de que nos mantuviesen incomunicados. Habíamos calculado que en la celda podían meter una treintena de personas.

Ese día tomamos leche, soda y café. Si uno tiene plata puede conseguir lo que necesita en una cárcel. La cárcel era el reflejo de la sociedad. En Panamá, usted con plata obtiene lo que desea, lo mismo sucedía en la cárcel. Los muchachos fumaban un cigarrillo detrás de otro, pero mantenían las áreas de no fumar libres de ceniza y colillas. Le pedimos al vigilante que nos compraba lo que pedíamos que nos llamase al sargento para que Tony y Mingo pudiesen retirar dinero.

-Mañana, podrán hacerlo. Tengan calma y a dormir - nos mandó a decir el sargento.

La puerta se abrió estrepitosamente. Llegaron dos personas. Uno era conocido mío.

-¿Qué pasó ? - le pregunté.

Lo habían detenido en calle 50. Los dos habían salido a pintar consignas civilistas. Escribían Justicia-Democracia-Libertad. Eso no es ningún delito. El patrulla los había rodeado con un carro particular con cuatro hombres armados. Los habían llevado al Juzgado Nocturno y el juez los había condenado a 90 días inconmutables. La condena debía ser de 180 días pero por amistad de los tiempos universitarios el juez había disminuido la condena 50%. Uno de los detenidos era abogado, el otro un trabajador de servicios.

-Bienvenidos a su nueva casa. Aquí se come, se duerme y se hacen las necesidades. Si nos ayudamos, todos la pasamos mejor. Busquen un sitio para dormir y vengan conmigo para enseñarles el servicio donde se orina y se hace todo lo demás.

Hicimos un recorrido. Se le mostró la forma de lavar el servicio y mantener la ducha presentable. Uno de los dos nuevos detenidos fumaba y fue asignado al grupo de fiscalización de las áreas de no fumar.

-Los periódicos informan que serán enviados a Coiba.

-A usted doctor lo sacaron en **Crítica** como el cabecilla de un grupo armado con contactos internacionales.

-Allí está el chileno Blumenberg y allá está el peruano y más allá el tico.

En realidad era todo un grupo que solamente le faltaban las armas y la voluntad de matar para convertirse en el grupo armado del cual hablaban los periódicos de la dictadura. Le presentamos a los compañeros.

-¿Hay entusiasmo afuera como para asegurar la movilización de mañana?

-La ciudad está desierta. Nosotros recorrimos toda la calle 50 y el primer carro que nos encontramos fue el de los sapos.

Sapos son los civiles paramilitares que actúan en forma encubierta y que en algunos casos se hacen pasar como civilistas.

-Hay mucho miedo. Hoy todos están hablando de los allanamientos. Se dice que ustedes habían sido golpeados y torturados.

La guerra psicológica estaba dando frutos. El país estaba paralizado de miedo. A menos que la cárcel se llene esta noche podemos anticipar el fracaso de mañana. Nuevo estrépito de puertas y dos hombres más detenidos llegan a la celda. Era Newman. Un

viejo amigo que participaba de todas las actividades contra la dictadura militar. El otro muchacho era su hijo. Toda la familia había sido detenida regando papeles blancos por las calles de la Ciudad de Panamá. La señora Newman, la hija de 14 años, el hijo de 19 y el señor Newman habían sido conducidos por la fuerza primero a la corregiduría de turno y luego a la Cárcel Modelo. La niña había sido enviada al tutelar de menores.

-Llamé a mi hermana para que pague la multa de la niña y la saque esta misma noche.

El tutelar de menores tenía fama de no poder tutelar la sexualidad de los menores. Allá se daban casos de abuso y de proxenetas de ambos sexos según comentarios. La preocupación del padre de la niña no dejaba de tener sentido. Estábamos presenciando la represión a nivel familiar por el simple hecho de salir pacíficamente con las banderas de los civilistas. El color blanco era la bandera. Se había empezado con pañuelos blancos, luego con pintura blanca, luego con papel blanco. La huella de la liberación en Panamá se escribía de blanco. Había dicho que todos los países en el mundo sacaban la bandera blanca para rendirse pero que la imaginación panameña la enarbolaba para empezar la lucha.

Cal Barría y su cuñado primero y ahora la familia Newman eran detenidos por dejar las huellas de la bandera blanca en las calles y las paredes de la Ciudad de Panamá.

-Esta celda es nuestra casa. Aquí dormimos, comemos y nos aseamos. Hay que mantener el cuarto en orden. Cada persona que llega debe interiorizar estas normas-, le dije al amigo.

Newman fue uno de los mejores relacionista de la celda. Asumió el papel de maestro en el uso del servicio. Llevaba a los nuevos inquilinos de la celda y les enseñaba donde recoger el agua, como vaciarla en el excusado, como asearlo, donde bañarse y otros detalles que toman una enorme importancia cuando cincuenta hombres se mueven en una jaula de casi 90 metros cuadrados y se ven obligados a utilizar un solo excusado sin plomería.

Como a las once de la noche llegó un ejecutivo de unos 35 años de edad, gerente de una fábrica de ropa. Había sido detenido con su esposa en el momento de retornar a su residencia. Celebraban su cumpleaños y al retirarse los invitados habían decidido dar una vuelta para sembrar algunas banderitas blancas en las calles. La barriada estaba desolada, la gente no había salido esa noche del

miércoles de sus casas. La misma avenida Tumba Muerto, una de las principales arterias de la Ciudad de Panamá tenía aspecto de un día feriado. Una camioneta los siguió y cuando ya pensaban que estaban a salvo fueron interceptados y detenidos. El juez los condenó a 300 días incommutables.

Esa noche el número de civilistas había aumentado en la celda. Estaba detenido uno de los sectores más activistas de la sociedad. Los rostros de muchos eran los mismos rostros de la gente que estaba en todas las protestas contra los militares. Eran de la movilización nacional que estábamos esperando. El día había terminado. En pocas horas iba a amanecer. La celda permanecía con la luz encendida toda la noche y todo el día. El chorro de agua de la ducha caía ininterrumpidamente toda la noche y todo el día. En la cárcel se podía hacer mucho más de lo que se podía hacer afuera. Este pensamiento contrastaba con el dicho de políticos y dirigentes civilistas que era mejor esconderse y no dejarse detener porque en la cárcel nada se podía hacer. Afuera siempre se puede hacer algo, me decían. Panamá dormía llena de miedo. Decenas de dirigentes de partidos políticos y de la Cruzada Civilista se ponían a buen recaudo para no dejarse coger. Conte me había comentado que los muchachos, dirigentes de la Cruzada, le habían alertado sobre el peligro de retornar a Panamá. Conte se vino y en Washington y Miami se quedaron los muchachos esperando el desenlace.

En verdad nadie esperaba. Todos hacían esfuerzo de acuerdo con sus posibilidades para acabar con el militarismo o para acabar con Noriega. Los muchachos refugiados en los Estados Unidos hacían una campaña de divulgación sobre la realidad panameña. Nosotros en Panamá éramos parte de esa realidad panameña que el mundo empezaba a conocer.

Me eché en el suelo. Puse el maletín como almohada. No pude usar la camisilla para dormir ya que estaba mojada. Extraje una camiseta con manga del maletín y me la puse. Blandón me pidió unas medias para dormir, las suyas estaban recién lavadas. El maletín tenía prendas necesarias que debía darle el mejor uso. Los intentos que hice durante el día para hacerle llegar el maletín a los Morenos fue infructuoso. Ningún guardia me supo dar razones. Nosotros estábamos incomunicados tanto para la población reclu-

sa como para la gente de afuera. Se nos había puesto en cuarentena. El único mundo accesible era el mundo de la celda.

Si mis pensamientos me bastaban en mis soledades, el grupo de compañeros era más que suficiente para darle sentido social a la permanencia en la celda. Podía sacarle ventaja a las circunstancias. El día de mañana es un día de manifestación del repudio nacional contra el militarismo. Teníamos que hacer algo en la celda. Se me ocurrió proponerle al grupo adornar con papel blanco la celda y luego a la hora de la comida protestar durante quince minutos enarbolando pañuelos blancos y haciendo ruido con las cucharas, mesas y vasijas. Esa era la señal de que si el pueblo se movilizaba en la calle enfrentándose pacíficamente a los militares, también nosotros podíamos enfrentárnosles en la cárcel. No había diferencia. Los de afuera y los de adentro corríamos igual riesgo. Quizá el riesgo nuestro era menor. Porque estábamos bajo la protección de autoridades ya identificadas socialmente. La consecuencia de nuestra protesta podía ser el aislamiento, la supresión de la comida, los golpes, enviarnos a las galeras de los locos o de los violadores, o cualquier tipo de tortura que se les permitiese a esos robots por virtud de la orden superior.

Estaba bien eso de organizar la protesta. Tendríamos reunión mañana temprano. Me puse de medio lado, y el costado derecho me dolía. Respiré hondo y sentí un agudo dolor en las costillas, debajo del corazón. Intenté toser y pensé que no podía tolerar el dolor. El golpe propinado por el Coronel me estaba saliendo. Mañana le diré al doctor que me tome una radiografía. De seguro que las costillas están rotas. Me coloqué boca arriba. Aflojé los hombros y respiré pausadamente. El dolor no se sentía en esa posición. Recordé dos años antes cuando el secuestro de Mauro Zúñiga, sus costillas rotas. Con golpes le habían fracturado tres costillas. El ortopedista decía que el peligro era una perforación del pulmón. Lo mío no había sido como lo de Mauro. Mauro había estado secuestrado durante tres horas. Había recibido golpes y culatazos con la pistola en forma reiterada. Lo habían cortado con cuchillo detrás de las orejas y a lo largo de la nuca debajo del cuero cabelludo. Luego lo habían tirado como un cerdo del auto en movimiento en una carretera lateral de poco movimiento. Ese secuestro nos había impactado mucho, pues era el primero que se hacía con un vicepresidente del Papo y con un dirigente gremial

que adversaba a las Fuerzas Armadas. La denuncia de Mauro, cuando fue secuestrado en Santiago de Veraguas viniendo de Chiriquí, consistía en presentar fotografías del deterioro de los hospitales y fotografías del confort de los cuarteles. El doctor Zúñiga concluía en señalar la necesidad de reducir drásticamente el presupuesto militar y orientar esas partidas a la atención de las necesidades básicas de la población. Visité a Mauro la misma madrugada después de su secuestro. Estaba casi inconsciente. Fuera de su cuarto encontré al Mayor de Zona de Chiriquí, Papo Córdoba, íntimo de Noriega. No me impresionó con su discurso reiterativo de la migración centroamericana- la bomba migratoria.

-La bomba migratoria es explosiva. Viene de Centro América y hay que detenerla.

-No entiendo cómo las fuerzas armadas han permitido el recorrido del automóvil de los secuestradores durante tres horas por una sola carretera sin detenerlo. Si ustedes no averiguan eso, mayor, todos vamos a seguir creyendo que fueron ustedes los que secuestraron al doctor. El mayor Trujillo voló en el helicóptero y de manera sospechosa reportó no haber visto nada. Para nosotros si no se descubren los secuestradores, han sido ustedes.

-La bomba migratoria- dijo moviendo la cabeza hacia ambos lados-. Tengo que dejarlo. A las nueve llega mi general y lo acompañaré a Paso Canoa.

23 días después era decapitado Hugo Spadafora y su cuerpo encontrado cerca de Paso Canoa. El caso de Mauro nunca fue esclarecido. Los gremios se movilizaron, hicieron paros de 48 horas, se recibieron comunicados internacionales de solidaridad y el gobierno empezó con una campaña de operaciones psicológicas: No había sido un secuestro sino un autosecuestro. Mauro era un ególatra que deseaba proyectarse políticamente. Por otra parte insinuaron la presencia de damas médicas que tomaban aviones sorpresivamente para abandonar la provincia. Las investigaciones se hacían para descubrir los indicios que sabíamos y desvirtuarlos con contra información, según información difundida por el personal encargado de la investigación.

Lo sencillo y simple, el militarismo en el poder lo hacía terriblemente complicado. El vehículo utilizado para el secuestro era uno, sin embargo, tenía varias marcas para los informantes infiltrados entre el público presente. Testigos presenciales del secuestro

a mano armado, a la una de la tarde, en un restaurante concurrido, quedaron confundidos e intimidados por la cantidad de información que se generó en el mismo lugar de los hechos. Los secuestradores tenían barba y no tenían, eran blancos y eran negros. El mayor de la zona, experto piloto de helicópteros, partió en raudo y razzante vuelo a detectar a los secuestradores y en una sola carretera, casi en línea recta pierde los rastros del vehículo gris, o blanco o plateado. Minutos después de su regreso, los secuestradores pasan por un cuartel de policía, burlan dos patrullas que los seguían y unos kilómetros más adelante arrojan el cuerpo del doctor secuestrado y autosecuestro. Me quedé dormido. Desperté en el momento que nos llamaban para ir a desayunar. El día decisivo había llegado.

El Empujón Final

Amaneció lloviendo. Al principio pensé que era la cascada del chorro del grifo. El murmullo del agua penetraba por las ventanas de la celda. Todo el cuarto era un reguero de gente y de murmullos. La noche la habíamos pasado tirados en el suelo húmedo, directamente sobre el piso sin nada que poner debajo de nosotros. Así como duermen nuestros vagabundos y borrachos en las plazas, así también nosotros trascurrimos la noche del 21 al 22 de octubre. Afuera se veía oscuro. Nubarrones cubrían toda la ciudad. Un típico día de octubre lluvioso en la Ciudad de Panamá que se extendía a lo largo de la Bahía.

-Hoy es el día que todo Panamá espera -mencioné en voz baja- y es un día triste para la acción.

-No importa. La protesta tiene que hacerse con aguacero o con sol-pensé, sentado en el suelo y estirando los músculos adoloridos. El pecho me dolió al respirar y recordé el golpe que me había dado ese impaciente coronel días antes.

El agua tiene que lavar las impurezas de los barrios y de las calles. Inmundicia hay ahora por todas partes en Panamá. Recordé el año de 1986, cuando la emisora Radio Mundial tenía clausurada la frecuencia de FM. En ese entonces, sería el mes de septiembre, la basura estaba regada por todas partes. 70 o 700 o 7000 toneladas de basura diaria producía la ciudad de Panamá. El olor a podrido se metía por las sábanas y los platos de comida. Uno salía huyendo a la playa o a las montañas y allá llegaba el olor a basura descompuesta. La ciudad estaba podrida y los gringos tuvieron que regalarle al gobierno panameño dieciséis carros recolectores de basura. Cada carro podía aplastar 70 toneladas de basura. Protesté por la radio que transmitía en ese entonces desde Pedregal, por la incapacidad del gobierno de recoger la basura y por la falta de dignidad nacional de recurrir a los gringos para solucionar un problema tan cotidiano como el de la basura.

Una vez más, el país amanecía lleno de basura, pero hoy la basura sí iba a ser sacada por iniciativa de los panameños, al menos así lo percibía esa mañana. Qué llueva, mucha agua es mucha lim-

pieza, pensé. El diluvio purificó una vez el universo, un aguacero era suficiente para limpiar un pequeño país como Panamá. Después de cada aguacero las avenidas quedaban inundadas y llenas de lodo. Las alcantarillas y los desagües se reventaban y el Matanzillo se salía de madre. El aguacero de gente del día de hoy no puede servir de pretexto para que los militares ensucien la Ciudad. Tiene que ser un diluvio que purifique el país, que arrastre las inmundicias fuera de las calles y se las lleve a alta mar. Una repetición de anteriores manifestaciones de protestas sería terrible para los que habían ingenuamente confiado en que el triunfo era asunto de un día.

Años antes sucedió un hecho parecido al Empujón Final. Fue el día de las primeras elecciones presidenciales después de dieciséis años de dictadura militar. Todos habían salido a terminar con la dictadura. La mayoría ciudadana salió de su casa a depositar el voto contra el militarismo. Lo hizo en la persona de un joven de 82 años y se retiró a su casa al caer la tarde. Arnulfo tenía que gobernar, era el caudillo vivo, más viejo del continente americano. Ha sido depuesto tres veces por los gringos con ayuda de civiles interesados en botines políticos y de militares deformados por un escalafón de humillaciones y reiteradas servidumbres. Los militares panameños triplican el presupuesto del Estado por la ayuda directa que se embolsan de los gringos y del raimundo y todo el mundo que necesite la zona de tránsito para sus actividades comerciales.

Tres veces el joven presidente, muerto como anciano indomable, había ocupado la presidencia de la república y era natural que el pueblo votase por él para que él le resolviese el problema de los militares en el poder. Todos estábamos seguros que el triunfo de las urnas favorecería al legendario caudillo. Para el pueblo el triunfo era votar y no pelear por el voto. "A caballo regalado no se le mira el diente" y la democracia representativa había sido un regalo que se aceptaba y se perdía de acuerdo con el que tenía más fuerza para darla o para quitarla. Arnulfo, como caudillo, había acostumbrado al pueblo a que él sólo podía resolver los problemas. Así fue en 1931 cuando se tomó la presidencia de la república, liquidó la república de los próceres e inició la época de las reivindicaciones nacionalistas. Así fue en 1941 cuando somete una constitución a *referendum* y decide poner en marcha las tareas del desarrollo nacional como fueron el establecimiento de moneda

propia, la banca central, la seguridad social y la nacionalización de los servicios de tránsito internacional.

Así fue en 1949, cuando baja de las tierras altas chiricanas y se toma el poder de manos del militarismo a punto de caer. Arnulfo se había identificado con el pueblo, actuaba como el pueblo y el pueblo se sentía representado en Arnulfo cada vez que le daba el voto. El voto se daba y no se peleaba. La pelea debía darla quien recibía el favor popular.

Habíamos sido un pueblo enajenado en el líder. En esta ocasión la enajenación ya no sólo era en un líder sino que era en un sistema. Así, cuando el militarismo empezó a sufragar los votos a su favor, un puñado de ciudadanos protestó. Dos muertos, unas cuantas cabezas rotas y un local allanado bastó para que se consumiese el fraude del 84. La gente repudió la falta de ganas de pelear del joven de los 82 años. Los ancianos de menos años se quedaron en sus casas en espera de que el tiempo arreglase los problemas de la patria. La Patria no es consciente de esa delegación que hizo en un hombre, que ya por desgaste cronológico está imposibilitado a llevar adelante la derrota del militarismo. Cuando tuvo su oportunidad no la aprovechó. Tomó la renuncia de los coroneles, se la metió en el bolsillo y dos años después cuando quiso ponerla en práctica, ya era muy tarde. Le dieron un segundo golpe de estado.

Eso sucedió una tarde de 1949. En esa fecha, organizaciones populares de empleados públicos, maestros y estudiantes se lanzaron a la calle a exigirle la renuncia al Comandante en Jefe de la Policía Nacional, el único cuerpo armado de la nación panameña. Había un vacío de poder. Acababa de morir el presidente titular de la República y el Organismo Legislativo reconocía al Vicepresidente, mientras que la Policía reconocía a otro. El conflicto entre civiles y militares llegó a las calles y el país paralizado por gremios y organizaciones populares exigía el retiro inmediato de los tres Jefes de la Policía Nacional. Los policías proclamaron a Arnulfo Presidente, y el pueblo se tiró a la calle a festejar la presidencia de Arnulfo.

No se tenía una democracia sino un militarismo caudillista. Los militares ponían a los presidentes, se cobijaban bajo la manta del poder civil que ellos vapuleaban cuando les venía en gana o cuando se lo sugerían la gente rubia que les daba armas, entrenamiento y condecoraciones, mientras que el pueblo manifestaba su

aprobación o su rechazo. En el caso de Arnulfo, el reconocimiento fue un delirio. Los líderes de las organizaciones populares fueron desbordados y sumergidos por la apoteosis del caudillo. Los policías se mantuvieron en el poder y se quedaron arriba y dos años después, derrocaron por segunda vez al Presidente Arnulfo Arias antes de que terminara su período.

En esta ocasión, Arnulfo pretendía una vez más llegar por votos a la Presidencia. Esta vez tenía como adversarios a los militares, al departamento de estado y a poderosos sectores financieros y económicos dentro y fuera del país. El fraude a la voluntad popular podía encontrar múltiples canales de conducción. La historia de Panamá es muy accidentada, pero siempre se encuentran esos tres elementos decisivos en el destino de la sociedad. El militarismo era el árbitro y en esta ocasión no necesitaba de caudillos para contener al pueblo. Bastaba un triunfo discutido y apretado, represión, balas y si fuere necesario, muertos. El poder mejor se programa en América con sistemas antes que con caudillos. Los caudillos criollos vienen a dañar el mejor de los sistemas.

La tarde de mayo era seca. Todavía la época lluviosa no se había hecho sentir. Cientos de personas en la plaza gritaban: Arnulfo Presidente. En el recinto donde se debían contar los votos se discutía si la función era escutar o sumar los votos de las actas. Minutos antes del tiroteo en la plaza, alguien entró al recinto donde se escrutaban los votos y avisó que afuera había enfrentamientos. Teodocio y yo éramos miembros de la Junta Nacional de Escrutinio y peleábamos a todo grito para que las cosas se hiciesen en orden y para revisar todas las actas de mesas que fuera necesario. La aplanadora del gobierno quería que nos dedicásemos como contadores a sumar las actas de 40 circuitos electorales y a proclamar al presidente ya designado. Cuando la discusión adentro la teníamos ganada, el escrutinio que estaba siendo transmitido por radio y televisión dejó de serlo. Nos aislaron de los medios y en la calle la masa estaba siendo rodeada por bandas de militares vestidos de civiles. En ese momento abandoné el recinto. Moví mi carro que estaba en plena plaza entre los gritos de la gente y ya no pude regresar más ese día. Las balas eran el lenguaje que el militarismo utilizaba para silenciar la voluntad popular expresada en las urnas. Ese día con dos muertos se impuso a un Nicolás Ardito Barletta, presidente de a dedo que no cumpliría el año en el poder.

En ocasiones, a pesar del agua y de los aguaceros que caían, la ciudad se mantenía llena de malos olores y peores sabores, pensè mientras miraba lo que sucedía en la celda. El mal olor que llegaba hasta las mazmorras era la del presidente desechable Eric Arturo Delvalle y la del Comandante Noriega. Un hondo sentimiento de impotencia personal me inundaba al analizar el comportamiento de los grupos sociales. No se reflejaba confianza en el propio valer del grupo.

Habíamos vividos como gente subvencionada políticamente y nos habíamos convertido en una especie de sociedad parásita. El caudillo salva, no nosotros. Por eso no hay interés en dedicarse a una obra que exija sacrificio. Nos faltaba madurar más el deseo de ejercer espacios y horizontes de poder. La balacera había llenado de temor al pueblo y el presidente del militarismo había caído desde el dedo de un general que apretaba un gatillo y mordía una bomba. De un grito me sacaron del recuerdo y me empujaron a la cárcel.

-Haraganes, a levantarse. Hoy es un día de pisa y corre-, dijo el guardia que acababa de entrar.

Todos estaban uniformados. Eran varios. Llevaban una gorra con el nombre de Noriega. El sargento amable estaba hosco. En su camiseta decía: Comandante de la Paz. Las botas estaban limpias, el pantalón planchado. Se habían preparado como si fuese un día de revisado de orden, aseo y limpieza. El jefe de los robots era un bribón consumado, de la jerarquía del padrino de la camorra sarda o de la mafia siciliana. Estaba dándole la ambientación de un día de gala a las Fuerzas Armadas y de Policía para enfrentarse al civilismo el día del Empujón Final.

Las tormentas llegan de manera desapercibida: "poco ante de la ítempestad hay silencio en los cielos -decían los griegos y continuaban- la masa de densas nubes permanece inmóvil, los vientos fuertes y temerarios yacen muertos cual la muerte y de improviso un trueno espantoso rasga el aire". Me desperté ese día viendo los uniformes del sinvergüenza comandante de la paz y permanecí durante todo el día esperando que llegase el trueno. El aire no se rasgó y la tempestad se fue dando de manera imperceptible. El trueno había estallado días antes y el aguacero ya había sido controlado. Me encontraba atrazado con el volumen escaso de información que procesaba. El militarismo tenía y producía informa-

ción y nos llevaba una enorme ventaja. Antes, información era poder, ahora, producir información es más poder.

-Hubo un motín en un viaje a Coiba. Murieron tres- dejó escapar un robot en un buche de palabras.

Me puse tenso. Percibí que estaban preparados para que ese día sucediese algo. La naturaleza lluviosa y oscura, como presintiendo los planes demenciales que se preparaban, intentaba sofocar con su inmensa sabiduría la agitación de los robots.

-Necesito plata. Voy a la sala de guardia después del desayuno- le mencioné al sargento al pasar junto a él en el comedor.

-No se puede -me respondió secamente.

Había gente nueva en el comedor. Los presos que se retiraban desde que entraban los civilistas, permanecieron en sus puestos como si ese día no estuviésemos incomunicados. Los detenidos de la noche anterior no deseaban desayunar. La michita de pan les pareció vieja y con moho.

-El café no se puede tomar. No sé que estoy tomando, dijo uno de los nuevos detenidos.

-En la cárcel se toma lo que viene y como viene. Tú no sabes qué pasará en los próximos minutos.

-Yo prefiero no desayunar.

-Tienes plata para mandar a comprar café.

-Tengo unos tres dólares.

-Tómalo con calma, como a las ocho cuando venga el aseo mandamos a comprar café. Quédate con la michita de pan.

-No me gusta esta clase de pan. En el desayuno sólo tomo café.

Desayuné abundantemente. Me comí tres michitas de pan y una vasija de agua azucarada tibia. Ese segundo día de presidio no nos dieron el choricito. Me quedé mirando el comedor. Examiné los sitios donde se podía hacer un poco de ruido. Habían unos tubos de metal que harían una buena vibración con las hebillas de las correas. Dentro de unas cuantas horas iba empezar el Empujón Final en la Ciudad y el nuestro en el comedor de la Cárcel Modelo. En cuanto retornásemos a la celda presentaría la moción a los compañeros. En el patio de la cárcel siempre había gente deambulando. Ellos se podían sumar a la protesta y si no por lo menos se enterarían de que los civilistas eran personas que no se amilanaban por estar privados de libertad en una cárcel de la dictadura.

Ese día en todas partes, si la Cruzada Civilista era la voluntad

del pueblo, se debería estar preparando la salida a la calle. Nos retiraron del comedor a la celda. El aseador con su cubo, trapeador, escoba, recogedor de basura y kangarú barría la celda. Me lo imaginé una cucarachita mandinga que barría su casita los domingo y días de fiesta. Barría y barría y no había limpiado nada. Barría distraído y la escoba iba de un sitio a otro en forma desordenada y dejando basura a su paso. Le pedimos la escoba y empezamos la operación aseo de nuestra celda preventiva. Ya la celda era nuestra, de jaula empezaba a ser nido. Posteriormente leí que los animales y los hombres detenidos manifiestan el instinto de territorialidad. Ese instinto de espacio vital es común a todos los seres que se mueven. El hombre desea controlar todo sitio en el que tiene que dormir y comer. Este puede ser su casa, su caverna, su jaula y hasta el propio matadero para las bestias que van a ser sacrificadas. Barrimos la celda, trapeamos los dormitorios, desinfectamos las esquinas del cuarto de fumar y de las áreas sociales y aseamos por segunda y última vez el espacio vital en el que hacíamos la ducha, lavabamos la ropa y hacíamos nuestras otras necesidades. Al quedar solos hicimos la reunión. Me senté en el doble escalón donde el chileno rumeaba el desconcierto de su injusta prisión, y llamé a reunión.

Hoy es el día de la movilización nacional. La Cruzada le ha puesto el día del empujón final y no comparto este título porque mañana y pasado tendremos que seguir dando empujones, la pelea es larga. Cumplimos aquí el tercer día y nosotros también podemos protestar. Propongo decorar la celda con papel blanco para recibir a los civilistas que hoy serán detenidos y propongo a la hora de la comida sacar banderas blancas y hacer ruido en el comedor. En este día cada cual debe hacer lo que puede para repudiar al militarismo.

La gente que al principio estaba distante se fue acercando. La voz alta retumbaba en las cuatro paredes de la celda y las ondas sonoras se confundían entre sí. Sin considerar el tono bajo de voz nasal que me caracteriza cuando hablo, el mensaje se entendió.

-Piensen en la protesta y en las consecuencias que puede traer. Dentro de dos horas nos reunimos para tomar la decisión. La mayoría manda en esta celda aunque la minoría oprima al país.

Se me acercó Mingo.

-Doctor, no sea loco. Estamos presos. Esto no es relax. Esto

es cosa de hombres. Aquí no se puede jugar. La teja nos va a caer con mucha fuerza.

-La mayoría va a decidir, Mingo -le dije y corté la discusión.

No quería que el temor inducido ni la audacia contagiosa orientase un tipo de decisión que comprometía la seguridad de cada uno de nosotros. Sabía que protestar podía traer consecuencias previsibles y ninguna de esas consecuencias eran lo suficientemente fuerte como para dejar de participar en el día del empujón final, al menos para mí. Reconocía que algunos tenían miedo y ya algunos otros me habían dicho que ellos no se iban a dejar coger presos y que no estaban dispuestos a dejarse matar por un criminal ya reconocido. Desde el día que empezó la movilización, el 9 de junio, tomé conciencia de que el militarismo era fuerte y tenía represión suficiente como para enfrentarnos en muchas ocasiones.

Desde el primer día que salimos a protestar estaba consciente que se arrisgaba la vida. En ese día se recibió al contingente del Partido, casi doscientas personas concentradas en Vía Argentina, frente a Radio Mundial, con bombas lacrimógenas. Nosotros nos retiramos en tres ocasiones y en tres ocasiones nos reagrupamos y retornamos a la Vía España frente el INTEL. En esas escaramuzas y en ese ir y venir nos dividimos en dos frentes de gentes espontáneamente. Un frente disgustado por las bombas lacrimógenas y por los manguerazos recibidos se dirigió a empujar a los policías promotores del motín con piedras fuera del área de la concentración. El otro grupo, decidido a movilizar políticamente a la gente en la calle bajo las banderas del partido y bajo la dirección de su comité ejecutivo se encargó de caminar en la Vía España para recoger a los dispersos.

La gente estaba entusiasmada. Los rostros enrojecidos por los químicos de las bombas lacrimógenas, los gritos de adelante, el ondear de las banderas y el caminar incesante de un puñado de hombres y mujeres convirtieron a la masa en una organización de voluntades. De improviso llegó el líder, el joven de 86 años, de pie en una camioneta. Lo acompañaba el heroico Mojica de Piedra Candela y de las guerrillas diezmadadas del noroccidente chiricano. Sentado como el indio oteador de trampas y celadas el chiricano de 36 años daba su rostro y su pecho por estar junto al viejo. En su familia habían héroes y mártires en la lucha por la democracia representativa de nuestro país. Las huestes arnullistas irrumpieron con

su grito: "llegó el hombre", pero ya la calle no les pertenecía a sus consignas. " Arnulfo Presidente" fue sustituido por el "pueblo está presente", "abajo el militarismo" y "sólo el pueblo salva al pueblo".

Se empezó a dar un fenómeno que tendrá que seguir desarrollándose en el país, como ha sucedido en la mayoría de los pueblos. La gente iniciaba la separación de su propio caudillo. No quería seguir más a la cola de la historia sino que caminaba como protagonista de su propio destino. Esa tarde llevaba un megáfono en mis manos y la mayoría de las consignas que se coreaban salían de dicho megáfono. Retornaron las bombas lacrimógenas. Las masas apiñadas avanzaban y logramos llegar hasta donde el grupo que enfrentaba los perdigonazos del ejército de Noriega, mostraba las huellas de su valor en los rostros y pechos ensangrentados. Un compañero furioso y animado sudaba copiosamente y la sangre caía de sus párpados y de su frente. Arnulfo llamó a Carlos Iván, presidente de nuestro Partido, y le solicitó que en su nombre hablase al pueblo convocado para llevarlo a la Presidencia de la República que le había sido quitada fraudulentamente hacia tres años.

El mitin se hizo corto. Los oradores se dispersaron. Carlos Iván había emergido como la figura de un posible caudillo. Sus actos subsiguiente, le iban a dar la asignación que él mismo les asignaba. Ser caudillo de un pueblo es tener la suerte de abrir el pecho y no recibir la bala asesina. Si alguien quiere que la gente lo siga, tiene que colocarse a la cabeza de la masa. Los caudillos son de esa raza de gente que quiere que los demás caminen detrás de ellos. Esos puestos se ganan. El Presidente del PAPO en reiteradas ocasiones nos decía que mientras que Arnulfo viva, la gente va a seguirlo y eso de poner el pecho y arremecer el palo del descontento popular para que Arnulfo recoja los mangos del suelo era el destino de todos los políticos.

Los mangos del patio seguían siendo de Arnulfo y Carlos Iván podía servirle de vocero en los momentos difíciles. La sustitución de los caudillos son fenómenos incompatibles con la herencia. Arnulfo no creía en la herencia política. Por lo demás, ya el tiempo de las monarquías hereditarias había demostrado su incoherencia histórica. Por el momento, Carlos Iván se proyectaba como un

político a quien Arnulfo tomaba en cuenta y a quien daba misiones por encima de la gente del Partido Panameñista.

Las fuerzas represivas atacaron una vez que los oradores terminaron. La multitud se dispersó y los intentos que hice con un megáfono en mi mano fueron inútiles. La gente corría. Los perros de la policía disparaban. Los patrullas avanzaron. Casi de último, el antiguo secretario general del partido me agarró e hizo que me retirase de las calles donde se empezaba a obtener la democracia.

Habían pasado cuatro meses y varios días desde aquel día en que los movimientos de calle no solamente repudiaban el militarismo sino que además establecían la presencia del hombre que ocuparía la presidencia de la república y dirigiría el gobierno de salvación nacional para erradicar la peste del militarismo.

Ese tipo de lucha toma su tiempo. No se puede terminar con un sistema laboriosamente edificado desde 1941, con casi medio siglo de desarrollo, en un día de 24 horas. El día apenas se iniciaba y los recuerdos de las jornadas civilistas me venían ininterrumpidamente. Ese episodio del nueve de junio fue superado por el episodio del día siguiente. El 10 me levanté ronco. No podía hablar. El día anterior con el megáfono del partido había gritado más de la cuenta. Las consignas, las arengas improvisadas en la calle para reagrupar a la gente y volver a la Vía España, el humo de las bombas, el sudor, las retiradas y las avanzadas habían silenciado fisiológicamente mi garganta. Hice unas gargaras con limón y miel de abeja y me dirigí a Radio Mundial que ya para ese entonces estaba instalada en Vía Argentina. Tenía que empezar a conversar con los oyentes. El día anterior se había silenciado la emisora antinorieguita debido a la intimidación realizada contra sus dueños.

Intuía que debía estar en mi puesto de radiocomentarista desde temprano, las consignas civilistas no violentas y antimilitaristas tenían que cobrar fuerza antes que la lucha se desviase a promover el odio contra una persona. Nuestro objetivo no era sustituir un general por otro. Nuestro objetivo era movilizar a la gente para sustituir el sistema. Los individuos desaparecen, los sistemas permanecen. El militarismo como sistema tenía que ser liquidado por la movilización nacional. Empecé a hablar. Al poco tiempo llegó don Oscar y luego de decirme que su mujer lo enviaba, que echase para adelante y que me ofrecía su chorro de voz para cuando la mía no pudiese más. Empezó a llegar más gente.

La emisora ese día se mantuvo en el aire, conversando con la gente sobre la movilización durante trece horas. Había iniciado la transmisión a las 6:30 de la mañana. Ese día se fué estructurando la consigna de ruido y bandera blanca, feliz inspiración de Carlos Iván, presidente del partido. Valientes tribunos se hicieron cargo del programa bajo mi dirección y responsabilidad legal. Yo tenía de esas licencias que daba el Ministerio de Gobierno y Justicia para poder ser locutor y radiocomentarista. La ciudad fue prendida con las consignas de Movilización y con el ruido y la bandera blanca. Los universitarios, avanzada de la movilización desde el día 8 de junio, entraban a su tercer día de protestas pacíficas en las calles. Los estudiantes habían sido dispersados en varias ocasiones y a raíz de la violencia engendrada por la policía, procedían a protegerse con piedras y palos. Los trabajadores bancarios y del resto del sector servicios y comercio salieron a la calle ese día a las doce del día. Los militares reprimieron. Aplausos y pañuelos blancos enardecieron a los hombres de uniforme y a punta de golpes y bombas de gas intentaron acallar la protesta.

Unidades autocalificadas de antimotines se comportaron como unidades promotoras del motín. Los promotines desencadenaron una ola de indignación que fluía de casa en casa y de barrio en barrio. La emisora se convirtió en la emisora de la movilización capitalina. El teléfono repicaba y la gente informaba entusiasmada que la gente salía a la calle. Las Fuerzas Armadas estaban paralizadas frente a la insurgencia de los pañuelos blancos.

El tigre empezaba a correr de un sitio a otro y en lugar de acallar el ruido, éste aumentaba. Inconscientemente el pueblo había encontrado un arma poderosa que en los tiempos bíblicos había derrumbado muros y que en los tiempos modernos era un instrumento insustituible de la guerra psicológica. El ruido fatiga y paraliza al tigre de bengala. Hasta los niños se mofan de un tigre paralizado. Nosotros no presentíamos lo que estaba sucediendo, hasta que a las ocho de la noche, cuando se abandonó la emisora, vimos a Panamá como una Ciudad defendida por infinidad de pequeñas barricadas.

Las barricadas de Panamá me hacían recordar las barricadas de mayo en París y las barricadas de Nicaragua al entrar los sandinistas a Managua. La diferencia era la forma como se defendían las barricadas. En otro sitio se han defendido con metralhas, en Pa-

namá se defendían con hombres y mujeres que empuñaban una bandera blanca.

El pueblo en la calle, la emisora en todos los hogares, y nosotros ignorantes de lo que había sucedido en Panamá, invitábamos a los civilistas a organizar en sus barrios y en sus trabajos Núcleos de Movilización. El llamado que hice a la Movilización Nacional serviría de pretexto al fiscal para justificar el arresto que padecería posteriormente.

Ese mismo día se reunían los gremios que dos años antes habían luchado como Coordinadora Civilista Nacional (COCINA), constituían la Cruzada Civilista y bajo la coordinación del nuevo liderazgo de la Cámara de Comercio declaraban una huelga indefinida hasta que se separasen de su cargo los militares y civiles acusados de crimen, fraude y corrupción.

Al mismo tiempo, los estrategas del gobierno declaraban un estado de emergencia, suspendían las garantías constitucionales y tiraban el batallón 2000, encargado con los gringos de la defensa del canal, a las calles de la Ciudad de Panamá.

De un solo golpe, la defensa del Canal era la agresión contra los intereses de los panameños y las Fuerzas de Defensa eran las fuerzas de agresión. El batallón 2000 en las calles con M16 apuntadas contra manifestantes vestidos de blanco hacía caer las ilusiones de los incautos en la buena fe de los torrijos y noriegas, fieles soldados de intereses antinacionales. El 11 de junio el país se empezaba a movilizar y dos fuerzas aparentemente en conflicto decidían paralizar el país. Una, con una huelga y la otra, con el ejército en la calle. La gente de la capital salimos ese día con bandera y con ruido y sobre la base de disparos, detenciones masivas en corrales improvisados, robo y destrucción de vehículos fuimos sintiendo la represión en carne propia. La emisora fue clausurada y un destacamento armado del batallón para la defensa del canal nos impidió entrar a sus instalaciones. La batalla por la democracia en Panamá se había dado en las calles en tres días seguidos.

El problema de esos días era el militarismo y la ilegitimidad del gobierno, Delvalle. Un pueblo con sus líderes, sus partidos políticos, su juventud, sus estudiantes, sus empleados públicos y privados, repudiaron el sistema de gobierno que había entregado el país a la defensa conjunta del canal.

Cuando los militares se tomaron el poder político en 1968, la

economía panameña estaba saneada, las bases militares estadounidenses eran ilegales y el pueblo había dado a sus gobiernos el mandato de negociar un tratado con los Estados Unidos que resolviese las causas del conflicto histórico entre ambas naciones.

En los momentos actuales, la economía panameña está hipotecada a la Banca Mundial, el fisco se ha convertido en el mejor saqueador de las riquezas nacionales y somos un exportador neto de capitales. Por otra parte, las bases militares estadounidenses se han legitimado y todo el Estado Panameño, bajo la propaganda de la seguridad pública y la defensa nacional se prepara para que las Fuerzas Armadas defiendan el Canal a partir del 31 de diciembre de 1999.

Ahora que meditaba sobre las consecuencias de nuestra protesta en el comedor de la Cárcel Modelo y en la Celda Preventiva, en esta fecha llamada, quién sabe por quién, Empujón Final. Sonreí. Los fenómenos sociales de insurgencia para sustituir un sistema por otro no se realizan en un sólo día. Los empujones deben ser sistemáticos, constantes y organizados. En un pueblo acostumbrado a enajenar su poder en la representación de un caudillo o de un sistema la tarea más importante era reconocer su propio poder.

Cuando la nación despierte de su sueño de cocaína y reconozca que sólo el pueblo salva al pueblo, se iniciará la época de los empujones para sacar a los viciosos del poder y para practicar la democracia. Junto a estos pensamientos también crecían los pensamientos de quienes quieren mantenernos sometidos al militarismo. En los Estados Unidos empezó a mediados de junio de 1987, a pesar de la voluntad del Pentágono, una campaña para denunciar los abusos del General Noriega. Los abusos del sistema militar eran simplificados en los Estados Unidos como los abusos de Noriega. El Pentágono había neutralizado con Noriega el ataque público contra el militarismo.

En la medida en que la movilización nacional contra el militarismo se intensificaba, se intensificaba en el extranjero la movilización contra los vicios de Noriega. Nosotros en Panamá luchamos contra la causa, en los Estados Unidos se luchaba contra uno de los efectos. El militarismo tonificado por los ataques externos desarrolló la tesis de la agresión imperialista para mantener la presencia imperialista. Atacó a quien lo denunciaba en los Estados

Unidos y defendió todas las entregas que le había hecho a los Estados Unidos en Panamá. Se hizo la conversión de la realidad a ideología.

Ese es el problema de enmascaramiento propio de toda ideología. Disfrazar la realidad para mentenerse en el poder. Nosotros teníamos una misión nacional y diría continental que desarrollar en los próximos años: desmilitarizar el país, neutralizar el territorio y nacionalizar la plataforma de servicio para ponerla a disposición del bienestar nacional. La crisis panameña era muy seria y lo que nosotros podíamos hacer en la cárcel era mantener viva la rebeldía no violenta.

En estos momentos podía hablar pero no tenía emisora, ayer no podía hablar y se habló mucho por la emisora. Mi voz no contaba. La voz mía junto a las de muchos otros era el trueno que podía anticipar una tormenta. Otras veces se daba la tormenta con truenos desconocidos. En Panamá pueden sonar truenos con orígenes múltiples. Somos un istmo, un paso y un estrecho entre los mundos y los océanos.

Las fortificaciones que se recuerdan como monumentos históricos están a la entrada y a la salida del Istmo. La violencia siempre ha sido el rasgo dominante para el control de la estrecha garganta que permite el paso entre los océanos. Siempre hemos admitido la seguridad garantizada por otra potencia. Así pasó cuando la Gran Colombia, así pasó con Colombia y así pasó con los próceres oligarcas y con los generales militaristas.

El fatalismo histórico nos conducía a ser siervos de nuestros defensores. Quien garantiza la seguridad se queda con los beneficios del territorio garantizado. Hoy en día Panamá es un atractivo mundial. El país se continúa prostituyendo o el país reencuentra y afirma su propia dignidad. Por eso la lucha contra el militarismo tiene que ver con la lucha por la propia dignidad y por la fuerza de las circunstancias, la lucha por la dignidad se enfrenta a los intereses del país que tienen las manos sucias metidas en Panamá. Por todas partes se ven en Panamá manos de gringos detrás de las manos criollas de los uniformados.

Ese día amaneció con la voz de la intimidación en las calles. Sucieron cosas raras. En la celda se fué la luz. El bombillo de 500 bujías se apagó por primera vez en 48 horas. La celda se refrescó inmediatamente. Una penumbra se extendió por todos los

rincones. La celda era casi un calabozo enterrado. No habíamos percibido que los días trascurrían bajo tierra.

-¿Qué pasó ?

-Es el ruido de una planta eléctrica - dijo Tony, que era electricista del Canal de Panamá.

El bombillo se encendía con luz tenue mientras la turbina cogía velocidad.

-Tiene mal mantenimiento.

La planta se apagó. Volvió a sentirse el ruido y el bombillo se encendió de manera estable. La Cárcel Modelo tenía autonomía eléctrica. Los militares no estaban relegados al subdesarrollo, eran la parte más previsor de la nación. La planta estaba instalada a un costado de la Celda Preventiva. El ruido se metía por las paredes y el piso retumbaba. La vibración era permanente. Si la planta explotaba, nos íbamos todos con la planta. Poco a poco nos acostumbramos al ruido, la lluvia seguía ininterrumpidamente.

Días después supimos que la luz se había ido en toda la ciudad. Tres torres de tendido eléctrico habían sido voladas por terroristas urbanos, se informaba al público que permanecía pegado a la radio y al teléfono para informarse de la evolución de los acontecimientos. Ninguno de mis informantes había visto las torres voladas, se lo habían dicho otros informantes que tampoco habían visto las torres pero que estaban convencidos que era totalmente cierto. Un capitán de la Fuerza Aérea había llegado como a las seis de la mañana del Ecuador. Se le comunicó que tenía una misión especial en Tocumen o en Cáceres. Por sus estudios en electricidad era el más indicado. La misión era desconectar una torre eléctrica. Tenía desperfectos menores y había informes que la misma gente del IRHE estaba realizando autosobotajes. Tres hombres y el capitán se dieron a la tarea encomendada. Desconectar una torre eléctrica no era mayor problema si el fluido eléctrico había sido interrumpido en el área. Al primer contacto con el cable de alta tensión se precipitó un aluvión de corriente estancada. El capitán fue incorporado dentro del circuito y con una rapidez extraordinaria los otros tres hombres entraron dentro del arco eléctrico como hierros atraídos por un poderoso imán. La electrocución se produjo en segundos. Cuerpos vivos se convirtieron en pedazos de carbón. El sistema eléctrico se descompensó y fueron

saltando circuitos uno detrás de otro hasta que la ciudad quedó sin luz.

Al instante se apagó el bombillo de la Celda Preventiva y Tony diagnosticó que la planta eléctrica de la cárcel recibía un mantenimiento defectuoso. El Empujón Final empezaba siendo un día desafortunado para esos tres o cuatro agentes disciplinados que cumplían órdenes. El retiro de esa pobre gente se hizo sin publicidad, se habló con la familia para que mantuviese en silencio el accidente en fiel cumplimiento del deber. No convenía darle ninguna concesión a la sedición sobre la desaparición de estos valientes agentes. La familia recibiría una pensión permanente de las Fuerzas Armadas y el entierro correría a cargo del Estado. La opinión pública tomó nota de lo sucedido a título de rumor. Más adelante la Iglesia Católica solicitaría una investigación exhaustiva sobre el sabotaje en los torres de alta tensión.

El gobierno dejó correr el rumor y se hizo cómplice de un posible autosabotaje como medida para intensificar los efectos de la guerra psicológica. El sólo pensar en sacrificar a sus mismos soldados para lograr un efecto en las mentes de los ciudadanos, nos indica una racionalidad de guerra psicológica que escapa a los parámetros conocidos. La Convención de Ginebra para las guerras es el derecho aplicado a los violentos mientras que están en capacidad de ser violentos, pero en el caso de la guerra psicológica del nuevo militarismo es la violación del pacífico y la destrucción de los mismos combatientes que han rehusado ser violentos.

Cerca de las nueve de la mañana se nos condujo a la enfermería. Allí encontramos a un grupo de señoras detenidas la noche anterior y en otras fechas. La celda de las mujeres tenía cartones y material suave para echarse en el suelo. Con facilidad se podía mandar a buscar comida a cualquier hora del día. A una joven, sobrina de un presidente desechable de la república, le di cinco balboas. La tenían incomunicada y a su mismo tío no le reconocían sus servicios al militarismo y no permitían verla. Allí estaba María, la dueña del maletín rojo, que me había conducido, inexorablemente, hacía dos días a manos de la seguridad del Estado.

-Mañana te traigo el maletín. Tu hijo te manda saludos. Permanece en casa para cuidar al tío, la muchacha va a trabajar todas las mañanas.

-Mi cuñado me mandó un mensaje. Pude escribirle con la mujer de la Galería, me contestó María.

-¿Tienen una señora que las cuida?

-No. Es un homosexual que nos trata con mucho respeto.

-Si puedes, manda a buscar a la Preventiva el maletín. No he podido mandarlo, todos allá abajo dicen que no se puede. Tengo ropa para José Luis y Luis Alberto. Hasta cepillos de diente y pasta de diente.

-No se preocupe, doctor. A José Luis no lo he visto, pero me dicen que está en Galería.

-Sin falta, mañana te traigo el maletín. Por ahora lo uso como almohada y como asiento.

Se llevaron a las mujeres. Había tres matrimonios completos. Los Morenos, los Newman y los Bermudez. Sentía que los dos en la misma cárcel recibían un mayor maltrato psíquico. Se veían por azar por unos breves minutos y no sabían nada de los niños abandonados en casa. La modalidad de la media naranja dividida una en casa y otra en actividades civilistas podía aceptarse socialmente con mayor facilidad. Los dos en la casa o los dos en la cárcel trae problemas familiares y problemas que impactan a parte de una comunidad. Ese era el objetivo de arrastrar sin consideraciones con el automóvil de toda la familia. Se había dado el caso de llevarse hasta a menores de edad a la cárcel. No tenía ningún conocimiento de arrestos de abuelos y nietos pero podían darse de un momento a otro.

Cuando el sacrificio por la justicia y la libertad alcanza a familias enteras podemos concluir que el camino de la liberación adquiere un sentido más serio y más profundo. Ese camino se alimentará en las almohadas y en los sueños. Las ilusiones compartidas se multiplican de dos en dos y a la larga nada ni nadie podrá detenerlos. El militarismo puede aterrorizar con técnicas novedosas y eficaces, pero las parejas descubrirán acciones y tomarán iniciativas que desconcertarán a los equipos de guerra psicológicas y mecanismos de disociación.

Bajamos a la celda. Pasamos frente a la celda donde un guardia sentado vigilaba al coronel encarcelado Díaz Herrera. Me le quedé mirando, tenía unos ojos de sueño y aburrimiento que preguntaban en cada parpadeo cuántas horas faltaba hasta las tres de la tarde para el cambio de guardia. Ese guardia contrastaba con

mantenía con una intranquilidad de fondo. La Cruzada Civilista no tenía a sus dirigentes originales en Panamá. Los muchachos se habían refugiado primero en embajadas y residencias de embajadores para evitarse una presunta detención. Luego habían dejado el país y viajado hacia el exterior para no ser detenidos y no enfrentarse a la injusticia del régimen militar.

Los dirigentes no querían ser detenidos y la Cruzada llamaba ese día al empujón final, empujón que suponía millares de gente en la calle dispuestos a dejarse golpear, detener o al menos dispuestos a pasar hambre, sol y agua hasta que la dictadura abandonase el poder. Quería protestar en la cárcel. Sentía la necesidad de ser fermento y grano de mostaza. Una pequeña levadura insignificante fermenta y fermenta masas y quintales de harina. Una chispa de fuego puede encender un bosque. La sociedad panameña era un bosque y una masa que con una chispa y con un fermento podía encenderse o empezar a crecer, crecer y crecer. Me ofrecía a la protesta, estaba dispuesto a encabezar la protesta. Ellos sabían que si la protesta era aprobada, yo iba a iniciarla en el momento que acordásemos.

Hacía tiempo que había decidido no solicitar nada que no estuviese dispuesto a hacerlo. No mando a hacer nada que no haga yo primero, se le decía a mis copartidarios. Mi lucha es pacífica, porque el hombre es un ser inteligente y con mucha imaginación. Los demagogos son violentos porque asaltan el poder. Ellos sí mandan a correr riesgos a los demás, riesgos que ellos no corren porque son los jefes. No tenía interés de conducir manipulando o sugestionando a nadie. Le daba tiempo a la gente a reflexionar. Los peligros anticipados y digeridos se convierten en estímulos para la lucha. Hombres y mujeres convencidos son audaces y realizan con tranquilidad hazañas que hombres mandados son incapaces de ejecutar. Los primeros se realizan, los segundos ejecutan y son ejecutados por las decisiones antojadizas de los demagogos. Demagogo es el que conduce mediante engaños. Por eso la suprema prueba de la política es realizar uno mismo la acción junto a otros.

Acepté no manifestar en el comedor. Tomé un rollo de papel higiénico blanco y arrojé unas cuantas tiras sobre la cañería que atravesaba el techo de la celda. Quería que los próximos detenidos se sintiesen como en su casa al entrar a la celda preventiva. Espe-

raba que muchos panameños, en especial la gente de mi partido, fuese ese día a parar a la cárcel. La cárcel iba a ser ese día la prueba de combatividad. Una cárcel llena significaba mucha voluntad de combatir contra el militarismo. Una cárcel vacía era poca combatividad. El fenómeno de la desidencia si es aislado se transforma en un desequilibrio individual. si es colectivo se transforma en una revolución. El acto que realiza uno solo si es peligroso es una locura, si lo realizamos muchos es heroísmo y patriotismo. Se hizo un silencio tenso. La planta eléctrica se apagó y el bombillo se mantuvo encendido. Se había reestablecido el fluido eléctrico. La lluvia se iba y venía de acuerdo con el viento. El día estaba húmedo y nos sentíamos pegajosos en la celda. Me dispuse a trotar. Me quité la camisa.

-Contrólame el tiempo, veinte minutos -le dije al joven Newman que era de los pocos que tenía reloj en la celda.

Troté en la celda. Quince metros de un extremo al otro y media vuelta casi en flanco. Respiraba pausada y lentamente. El aire se inyectaba en mis pulmones. Empecé a sentirme el sudor en la frente. Invité a otros compañeros y se excusaron. No tenían ánimo ese día de hacer ejercicio. Uno de los jóvenes, karateca, empezó a hacer pechadas. Hizo muchas, mientras que continuaba mi trotar acompasado. El tiempo se escapó entre el ir y el venir. Había recorrido unos 2500 metros sin moverme de la Celda Preventiva. Un ejercicio aeróbico que muchos necesitan hacer sin poder hacerlo por estar subordinados a una complejidad de compromisos inevitables. Me sentí libre junto a los miles y miles de trotadores que recorren los jardines y plazas de las ciudades diariamente. También un detenido de las cárceles norieguistas podía ejecutar sus ejercicios aeróbicos en la más plena de las libertades mentales posibles.

El día del Empujón Final transcurría y uno tenía que estar preparado para cualquiera eventualidad. Me dí una ducha refrescante. El agua limpió y se llevó el sudor pegajoso de todo el cuerpo. Me lavé los recuerdos de la pobre María con su hermano inválido, su marido preso y sus dos hijos abandonados con una empleada que no dormía con ellos. Terminé de lavar la ropa que me faltaba. El pantalón crema con el cual había dormido dos días quedó empapado, limpio y con la raya de la lavandería. Lo colgué en el sitio disponible encima de la puerta de entrada a la celda. Del maletín rojo tomé un pantalón chocolate de rayas. Me quedaba corto co-

mo los pantalones pasa río que usabamos los campesinos de Penonomé.

Esperé el anuncio para ir al comedor. Lástima que no podía protestar. Imaginé el escenario de nuestra entrada al comedor, los detenidos alejándose al ver entrar a los civilistas, la larga fila ante una de las ventanillas para recoger la bandeja con arroz blanco, luego la otra ventanilla donde se repartía agua grasosa caliente y los compañeros con las vasijas de plástico pidiendo un poco de verdura. Ya todos sentados comíamos con rapidez y a una señal nos levantábamos en una mano la bandeja, en la otra el pañuelo blanco y al unísono un ruido de bandejas contra la mesa y contra los tubos de las mallas de alambre. El Empujón Final se iniciaba en la cárcel. Los oficiales extrañados no sabrían que hacer. Tendrían que pedir instrucciones. Los presos entusiasmados imitarían el ruido ensordecedor. Los muros de Jericó con la voluntad ejemplar de los civilistas se rajarían y con un empujón se vendrían al suelo. La puerta se abrió. Entraron cuatro guardias uniformados y dos empleados empujando unos carritos llenos de bandejas y con la olla de sopa.

El escenario de la entrada al comedor se vino al suelo. Hoy comeríamos en la misma celda. Las salidas estaban prohibidas. Si queríamos comer bien, si no queríamos comer la comida de la cárcel no había posibilidad de mandarla a comprar. Estaban duros. Nos consideraban sus prisioneros de guerra. Las bandejas las tiraron al suelo. El que quería que las recogiese. Nadie se movió. Luego nos hicieron formar fila y nos entregaron a cada uno la bandeja. La sopa la sirvieron, como era tradicional, en las vasijas de plástico. La gente nueva sintió repugnancia. Apenas pudieron comer. Me senté a comer solo y un guardia me miró agresivamente.

-Usted es el líder del grupo.

-Aquí nadie necesita líder -le dije. Necesito ir a la sala de guardia a retirar plata, déjeme ir ahora.

-No se puede. Dígale al sargento.

Nos habían sapeado o nos habían escuchado o estaban asustados. De cualquier modo la situación de hoy, no es la misma de ayer. Se notaba hasta en los uniformes. Esta gente es capaz en un momento de desesperación de venir aquí y eliminarnos a todos. Debe ser penoso morir el día del triunfo en manos de un guardia que no ha comprendido lo que pasa afuera. Recogieron las bande-

jas y se retiraron de la celda. Tres guardias habían muerto en un motín.

Dos buses llenos de presos eran conducidos a Coiba en la madrugada y un bus tuvo que detenerse para cambiar una llanta que había explotado. Un ex-sargento que iba entre los presos le quitó la escopeta a un guardia y empezó la balacera. Esa historieta quedó en el aire después de la comida.

Todo me sonaba muy extraño: guardias muertos, motín, ex-sargentos, Coiba, buses. Me parecían parte de los cuentos naturales de una cárcel que se dedicaba profesionalmente a torturar mentalmente a los detenidos. Los compañeros detenidos la noche anterior nos habían informado que los periódicos señalaban que todos los terroristas y sediciosos serían enviados a Coiba. El coronel Macías había dado esas declaraciones que había publicado *La Estrella de Panamá* en primera plana. María y las otras señoras dijeron que la noche anterior salió un viaje para Coiba. Las galerías debían ser desalojadas para recibir la gran cantidad de detenidos que se esperaba para el día de hoy. María no sabía o no quiso decirnos que en ese viaje iba su marido, José Luis Moreno.

José Luis es un contador. También corre maratones de 300 kilómetros para protestar por la Injusticia. En 1984, cuando el país organizaba las elecciones presidenciales, José Luis decide tirarse a la interamericana, recorrer parte de la provincia de Veraguas, atravesar la provincia de Coclé y llegar hasta la Ciudad de Panamá. Maratón por la Constituyente es el lema de José Luis. Lo detienen en el camino, lo sueltan posteriormente y atraviesa el Puente de las Américas una tarde acompañado por un grupo de copartidarios. José Luis tiene dos hijos y una mujer que sabe defender y luchar por lo suyo. María tiene una voz de pasionaria. José Luis también es un fogoso agitador. En las caminatas de la Cruzada, en agosto y septiembre, José es el que controla el micrófono. "Sólo el pueblo salva al pueblo, sólo el pueblo salva al pueblo. Qué es lo que quiere el pueblo. Justicia.

Qué es lo que quiere el pueblo. Justicia. Justicia. Justicia. Justicia..." Con esas consignas José Luis enciende las calles y la gente camina y levanta los brazos y alza los puños y aplaude y enarbola banderas blancas. José Luis es un trabajador desafortunado. Es un político. No tiene nada de demagogo. No pretende engañar a nadie. Dice lo que siente y lo que piensa. Se pelea con todos por

mantener sus puntos de vistas y sus opiniones. José Luis no cree en gente importante. Irrespeta a los demagogos de todas las tendencias y sobre todo, es un antiautoritario de marca mayor. Su prestigio de luchador no lo regatea con nadie y nadie le hace propaganda.

Estuvo antes que yo en el Partido Acción Popular y lo dejó cuando sintió que fuera podía pelear mejor contra los militares. José Luis siempre va hacia adelante. Organiza a la gente y da la cara. Me llamó mucho la atención que en Cabuya, en una casa encastrada en un cerrito y con una vereda de lodo y piedra para acceder a la misma, sobresaliesen las banderas y los listones blancos. Pasar por la carretera e impactarse por el civilismo de José Luis y de María era una misma cosa.

La decoración civilista había sido peligrosa en Panamá desde el tiempo de la suspensión de las garantías constitucionales. Llevar una bandera blanca en el maletero de un automóvil era un riesgo calculado a perder los parabrisas, los cristales de las ventanas y los plásticos de los focos. Una bandera blanca costaba hasta mil doscientos dólares de daños a los vehículos. Muchos habían sido golpeados por la misma audacia y algunos habían sido encarcelados. José Luis despreciaba en estos momentos el cálculo timorato de miles y miles de criptos civilistas. Su familia daba la cara. Los colores de lucha estaban visibles para sus amigos y enemigos. Siendo la lucha no violenta, la cara había que exponerla al sol. Esa era la emoción y la ilusión de la familia Moreno que esa mañana no tenía conciencia que uno ya había viajado a Coiba y que el aparato le estaba montando una sórdida fantasía que daría al traste con la convivencia de una lucha democrática.

José Luis había sido programado por el aparato para convertirlo en un chivo expiatorio de la sedición. De víctima de la represión, de honesto civilista iba a ser acusado de artífice de un motín que había aterrorizado a los pobladores de la periferia de Santiago de Veraguas hacia el camino que conducía a Puerto Mutis. Esa mañana, veintena de cadáveres acribillados fueron arrojados en vehículos cerrados de carga. Testigos desconcertados contaron muertos ensangretados en grupos de cinco y ocho. Los quirófanos y las salas de urgencia de Santiago de Veraguas fueron militarizadas esa mañana fatídica en que nosotros amanecíamos en la cárcel

Meses después, el Presidente Títore de Noriega y la Asamblea Pelele del Militarismo iba a decretar un indulto y una amnistía.

Por extraña casualidad de esas que ocurren en novelas de crimen y misterio, cientos de panameños fueron perdonados de delitos que nunca habían cometido, pero José Luis no fué perdonado. Su nombre no apareció en ningún listado. Se pensó que había sido un olvido, sin embargo, cuando posteriormente volvió a ser detenido y acusado de reincidente, descubrimos que el régimen de Noriega deja cabos sueltos para atarlos cuando necesita hacer daño. José Luis es un lobo solitario, no tiene recursos propios. Vive en una zona donde se tienen servicios sanitarios primitivos y sin desagües. Sus hijos van a pie a la escuela pública, se empapan bajo los aguaceros, se asolean bajo el sol. La mayor parte del tiempo José Luis es un desempleado. Continúa siendo un hombre creyente en la democracia. Me preguntó: "Hasta cuándo". El aparato tiene programado manipularlo y fermentarlo hasta que este listo para el horno de la violencia.

El odio se siembra de la misma manera que el amor. Así como hay especialistas en el arte de amar, hay especialistas en el arte de odiar. El militarismo no es una improvisación en ningún país, es una programación. La razón de ser de su existencia no se encuentra ni en la izquierda ni en la derecha, se encuentra en sí mismo, en la gente uniformada y en un sistema con pocas llaves de apertura.

Llegó el mediodía. El sopor del trópico lluvioso se precipitó sobre nuestra imaginación. Un aburrimiento pesado nos impedía hacernos ilusiones sobre los acontecimientos externos. En las ventanas de la celda se escuchaba la algarabía de una pandilla de adolescentes que lavaban los automóviles de los mayores y tenientes coroneles que entraban y salían de la cárcel.

Alberto fue retirado del grupo por unas horas. Me contó que lo habían llevado a una oficina refrigerada. Tres oficiales de Inteligencia lo habían interrogado. El comportamiento fué cortés y comedido. Sólo uno de ellos hacía el papel del despótico. Se habló de los tiempos de Torrijos y de Paredes, los viejos generales, que mantenían relaciones cordiales con él. El objetivo de la conversación, entendí, era saber que distanciamiento había entre Alberto y las Fuerzas Armadas y descubrir que posibilidad existía de llegar a un acuerdo. Alberto fue claro en señalar que no tenía nada en contra de la institución, que su decisión era luchar por la democracia

y por la sustitución de Noriega por otro oficial que aceptase la autoridad de los civiles. Desconocía que Alberto había sido viceministro de Torrijos y encargado de las relaciones públicas de la Guardia Nacional. En un tiempo tuvo el rango de Capitán de la Guardia y cuando el General Paredes se retiró de la Comandancia para optar por el puesto de Presidente de la República, Alberto había sido llamado para dirigir la publicidad de la campaña electoral. Cuando Paredes vio frustrada su carrera política por falta de apoyo gubernamental, ya Alberto se había puesto varios a kilómetros de distancia de los militares. Hacía cuatro meses que Alberto coordinaba la estrategia política entre la Cruzada y los Partidos Políticos de Oposición.

Había visto a Alberto en varias reuniones de coordinación tratando siempre de preguntar sobre los planteamientos de los demás antes de exponer sus puntos de vista. Era un moderado. Trabajaba como relacionista del Consejo Nacional de la Empresa Privada y una vez que se llegaba a un acuerdo, Alberto le daba forma a la comunicación. Recuerdo que el día que invitó a nuestro partido al Consejo se concentró en la posibilidad de llegar a un acuerdo que respetase la ley orgánica de las Fuerzas Armadas, la Ley 20. Le dije en esa ocasión que nada podía acordarse con los militares porque las causas del militarismo panameño eran los tratados canaleros sobre la defensa conjunta del Canal y la Ley 20 que colocaba al Comandante de las Fuerzas Armadas como único intérprete de la defensa nacional y de la seguridad de todos los panameños.

Alberto parecía ser de los panameños que toleran el militarismo pero que pelean y asumen riesgo para destituir a Noriega. Respetaba sus convicciones y admiraba el riesgo que corría para mantenerlas, pero no compartía su enfoque de que Noriega fuese el problema. Con él y sin él, el uniformado en el poder es un grito de indignidad y el inicio de la indignación.

-Te van a dejar preso, Alberto. No les diste alternativa. Ellos no se ocupan de cosas difíciles. Ellos defienden al jefe.

-Lo sé -me respondió.

Eramos dos compañeros de celda que nos habíamos acostumbrado a sobrellevar las penurias. Existía un profundo distanciamiento ideológico entre Alberto y yo. El lo sabía. Para mí los militares, más que hombres con sus intereses y angustias, eran fichas

de un tablero de poder, condenados a someternos y exterminarnos en cuanto tuviésemos oportunidad de poner en peligro la estabilidad del sistema. Por eso mi lucha era de principios, contra un sistema. Las personas, para mí, eran víctimas que se sumaban y se restaban dependiendo de la conveniencia o inconveniencia que ofreciesen al Sistema.

Noriega era hombre muerto para el Sistema, pero mientras que fuese atacado era hombre vital para la sobrevivencia del Sistema. La habilidad de Noriega era confundirse y hacerse el mejor intérprete del Sistema. El no era la ley 20, pero sin él, la ley 20 sería derogada, Noriega no era las Fuerzas Armadas, pero sin él, las Fuerzas Armadas serían desmanteladas; Noriega no era los Tratados Torrijos-Carter, pero sin él los tratados serían violados. Por eso, atacar a Noriega y salvar el Sistema era un juego, un puro juego de niños que se agota en el mismo juego y que no pretende alcanzar ningún objetivo. Atacar el Sistema no dejaba puerta abierta para los Noriegas ni para los Torrijos del pasado o del futuro.

Atacar el Sistema militarista es atacar la presencia de los intereses demasiado grandes de los Estados Unidos en Panamá. Y ese ataque pocos se atrevían a compartirlo conmigo. Yo estaba dispuesto a mantenerlo en mi tiempo de existencia como obligado por mi propia conciencia. Era mi intencionalidad. Los días de vida demostrarían si eran palabras o si eran verdades. Ningún militar es mi enemigo. La institución que formaba robots para moverlos al antojo de la defensa del Comandante y con la lógica de la seguridad del Canal era mi adversaria. La sangre de esa institución, la ley y los tratados, debía ser coagulada. Esa sangre no nutría a la nación panameña, era una sangre de serpiente que permitía que nos arrastrásemos como sangüijuelas de un fantasma que vivía en tierra extranjera. Cada militar merecía mis respetos si se comportaba como hombre, cuando se comportaba como robot, entonces, era un enemigo que tenía que destruir con la mente y la guerra psicológica.

Alberto tenía unos 52 años, su ascendencia era italiana, era el segundo detenido más alto. Se mantenía pensativo y a la espera de que sus abogados y de que los gremios de la poderosa empresa privada, pudiesen, si no doblegar a los militares, al menos conseguir de Noriega y de su Presidente Delvalle, su pronta excarcelación. Hasta el momento Alberto, era el único dirigente de primera

línea de la Cruzada detenido por más de una noche . Luego vinieron otros. Pero Alberto mantuvo el record de días de cárceles de los dirigentes de primera línea de la Cruzada Antinorieguista.

Los restantes detenidos éramos ciudadanos civilistas convencidos de la necesidad de acabar con la dictadura. Los militares manejaban a los detenidos a su conveniencia. Sabían que los que estábamos en la cárcel teníamos diferentes grados de oposición al militarismo. Unos se oponían por principio a toda forma de autoritarismo y otros se oponían a la autoridad máxima que en ese momento ejercía el poder arbitrario en Panamá. Atendí las incomodidades que estaba pasando Alberto junto a todos nosotros y sentí simpatía por la forma suya de resistir. Habíamos desarrollado una atmósfera de hermandad en la celda que sin restricciones compartíamos con Alberto lo que teníamos. Recuerdo que le dije a los compañeros que por casualidad asalariados y desempleados estábamos alimentando al miembro del CONEP. Nos reímos de la broma. Creí que era conveniente el momento para que Alberto reflexionase sobre los objetivos y sobre el resultado de la lucha de la que todos éramos partícipes. Si muchos participamos y muchos nos esforzamos en el camino, entonces muchos teníamos que llegar a la meta y compartir el triunfo.

El triunfo iba a ser el triunfo del pueblo. Ningún sector podía argüir representar a toda la nación y llevarse los trofeos para su casa. El proyecto político de salida a la crisis elaborado por la Cruzada parecía uno de esos proyectos militaristas que los últimos presidentes de a dedo de la República se encargaban de divulgar en los momentos de dificultades.

-Nosotros no vamos a aceptar ningún arreglo con los militares. Tenemos que derrotarlos políticamente. El país está saturado de dictaduras. Ni aceptaremos una dictadura de Noriega ni vamos a consentir una dictadura del CONEP -le dije de forma intempestiva a Alberto.

En efecto, la Cruzada tenía elaborado un documento de salida política a la crisis con un claro tinte de intereses concentrados. La Cruzada proponía formar un gobierno con plenos poderes durante 18 meses de duración. Ese gobierno, especie de triunvirato, iba a ser nombrado, dos por la Cruzada y uno por los partidos políticos de oposición. Las decisiones se tomarían por mayoría y jefe es el que manda en todas partes del mundo. La Cruzada mandaría en

Panamá y en la Cruzada mandaban los hombres de las asociaciones empresariales. Aquí terminó la conversación.

Uno de los muchachos vino a preguntarme por el jabón de lavar y a solicitarme que le prestase un par de medias. En el maletín tenía dos pares de medias de José Luis y de Luis Alberto y le presté un par al muchacho. José I. Blandón era el joven que necesitaba las medias.

El plan político de la Cruzada no correspondía a los objetivos de la lucha. El objetivo de la lucha era la justicia, la democracia y la libertad. Tener un general dictador o un triunvirato dictatorial era cambiar a uno para poner a otro. Los que estaban detenidos por causa de la justicia y la libertad eran ajenos de ese intercambio de palabras que se había dado entre Alberto y yo. El peso del debate político se daba entre dos personas cuando la realidad política exigía la participación de todos. Se repetía el drama de la mayoría de las revoluciones: muchos tenían que participar para lograr el éxito y pocos se quedarían con el poder. La revolución era obra de los proletarios, pero la conducción del Estado era patrimonio de los dirigentes. En este caso, la Cruzada tenía como cabeza a la Cámara de Comercio. Los tiempos de COCINA con una dirigencia gremial habían sido desacreditados expresamente por una campaña de rumores que tenía su fuente en sectores de la democracia cristiana.

La Cruzada éramos todos en el momento del sacrificio, pero al momento de formar el triunvirato aparecían los poderosos gremios empresariales. El triunvirato se comprometía por lo demás a defender las mismas relaciones con los Estados Unidos que defendía el general, el mismo escalafón y la misma ley orgánica hecha por el general. No había diferencia en los objetivos, había diferencia en la persona que realizaría los objetivos. Era un conflicto de ambiciosos. El militarismo estaba bien amarrado, quien quiera que subiese al poder tenía primero que arrodillarse ante los ídolos del sistema de fuerza. Algunos no aceptábamos esos amarres y pensé que por eso estábamos detenidos. Pero Alberto si los aceptaba y también estaba preso.

Noriega era un problema autónomo del militarismo. Actuaba con independencia. De este hecho recibía su fuerza. Con habilidad representaba la entrega de la soberanía nacional y el margen de independencia que ésta concedía. Esa independencia era lo

que sorprendía a los Estados Unidos. Nosotros, el pueblo panameño, queremos la total soberanía y no márgenes de relativa autonomía para la corrupción, como había logrado alcanzar Manuel Antonio Noriega, cerebro gris detrás de la oropéndola de Torrijos.

El problema, si bien es cierto, era del sistema, también era un problema de personas. El acierto del general había sido identificar el sistema con su persona. Eramos víctimas de un plan y no sabíamos cuando se iba a detener el plan sobre nuestras cabezas para aplastarnos. Me quedé dormido sobre el concreto del piso de la celda.

Soñé con un sitio abierto al cual concurrían mucha gente. Vi una multitud caminante que se acercaba, se acercaba y no llegaba. Entre la multitud y mi persona existía una distancia muy corta. Yo corrí hacia ella que se acercaba y corrí, corrí, corrí. Me pasé una vida corriendo hacia la multitud y siempre había un punto que nos distanciaba. Al despertarme el chorro de agua caía y caía. Me estremecí. Estaba en el día del Empujón Final.

Entraron los guardias a la celda, otra vez con el carrito lleno de bandejas y de comida. Todos seguían uniformados como en día de fiesta. Pegaron unos gritos de alerta. La gente y yo entre ellos comimos un arroz con patita de puerco. Eran como las tres y media de la tarde, hora en que muchos están almorzando. Nosotros terminábamos de cenar. Nos llenamos con agua y con pan que teníamos de reserva. Los muchachos encargados de la despensa tenían programado mandar a buscar comida como a las siete de la noche.

A esa hora, la manifestación debía haber terminado y los detenidos deberían estar entrando al interrogatorio en el G-2. Esperaba que al menos mi discípulo fuese detenido. Habíamos establecido que ese día, desde las diez de la mañana, ocuparíamos el atrio de la Iglesia del Carmen con el letrero grande de seis yardas de tela que decía "Militarismo No." El día de la Marcha del Sector Privado mi discípulo había subido a un edificio de varios pisos y había desplegado la tela. Desde Calle 50 se leía el mensaje con entusiasmo.

No sabía que estaba pasando afuera. No me imaginaba que ese día desde el amanecer el ejército estaba en la calle. De cuatro en cuatro se apostaron en las bocacalles. A las nueve de la mañana

camiones militares, chotas de la policía, patrullas, jeeps artillados, grúas de autopista y ambulancias de las Fuerzas Armadas iniciaron un recorrido lento por la ciudad. Motos del tránsito escoltaban el convoy de la intimidación.

Juan estuvo parado en la Iglesia de Guadalupe hasta las 9:57. Le vino unas ganas locas de irse para su casa. No se contuvo un momento más. Caminó y se apretaba el estómago. Una rara sensación inundó su cuerpo. Sudó y tuvo que echarse en el césped. La casa de Juan está a varias cuadras de Calle 50. No podía llegar con las ganas de ir al servicio y esos militares que hacían en la calle tan temprano. El estómago le crujió, como si tuviese un ratón roiendo desesperadamente para salirse del hueco. La sensación de pánico se le había metido en el centro del estómago y sólo llegando a casa podía liberarse de tal incomodidad. El miedo se digiere y Juan lo estaba digiriendo sentado en el césped y con una cara de tormento que pone en corredera a la más avezada enfermera.

-A la una me voy a la calle. ¿Qué se creen esos militares con tanto carro y tanta bulla? Soy civilista, qué carajo, si esta vaina va pa' bajo- se fué repitiendo Juan caminando hacia su casa.

Todos los teléfonos civilistas empezaron a sonar.

-Los vistes, son miles.

-Nosotros somos más.

-Va a ser otro Viernes Negro. No vamos ni a poder salir.

-Hay gente importante presa. A tí y a mí que no somos nadie nos matan sin asco.

-Yo así no salgo.

-No se puede ser pendejo eternamente. Si tuviéramos armas con dos disparos los ponemos a correr. Ellos son unos cobardes.

-Supiste de los presos que fueron asesinados.

-Son bolas que echa el gobierno.

-No creas. A mi me lo dijo la hermana de la secretaria del Jefe del Comando.

-Anoche se llevaron al vecino por estar regando papeles blanco en la Tumba Muerto.

-Supiste que llegó Blandón de Nueva York esta mañana temprano. Está furioso porque le golpearon al hijo.

Los teléfonos sonaron y no dejaron de sonar en todo el día. El convoy del ejército de ocupación no solamente había recorrido las calles sino que ocupaba las mentes y los corazones de los hablado-

res y de las habladoras que como loros en estacas difundían el miedo y la impotencia de casa en casa. La movilización nacional empezaba a ser paralización nacional.

El gobierno había inventado un plan sedicioso y tenía una lista de cincuenta panameños enemigos de las Fuerzas Armadas. Todo aquél que en algún momento tuvo un mal pensamiento contra los militares se veía en la lista y el que no se sentía importante, el amigo o la amiga le recordaba que un amigo bien relacionado con el gobierno le había comentado que su nombre estaba al final de la lista. Si estaba él, lo más seguro es que también él se encontraba.

-Yo no creo en esas tonterías. Ya tenemos cuatro meses de protesta, siempre me dicen lo mismo y nunca me han cogido preso.

-No te hagas el valiente. Eso mismo decía el otro y ahora han sacado a la gente hasta de locales políticos.

-Yo no soy político.

-Tampoco lo era aquel señor. A la policía no le importa quién eres tú.

-Hay mucha gente escondida. Las calles están vacías. No hay nadie. Mejor me quedo en casa. Estas bestias detienen a cualquiera que tenga pinta de civilista.

-Y le dan de golpe. A un médico le rompieron tres costillas.

-¿Cuándo?

-Eso me dijeron. Lo atendieron en una clínica privada. A mí me llevan al Seguro y me dejan morir.

-Los Pía Vestas están en la Iglesia del Carmen y en la Mansión Danté.

-¿Tú los viste?

-Acabo de venir de hacer un recorrido y hay soldados del batallón 2000 por todos lados.

Mi mujer no había dormido nada. Tenía dos días sin saber nada de mí. En todos los cuarteles me negaban. La última vez que me vio fue por la televisión. Me vio sin gafas y pensó que me las habían roto. Los periódicos de hoy no decían nada sobre los detenidos el día martes. La noticia era sobre los nuevos detenidos y sobre las evidencias de que habían muertos y asesinados. Se decía que un grupo de cubanos y de colombianos se iba a infiltrar entre las multitudes para crear el caos. La oposición necesitaba muertos en la calle para justificar la intervención de los Estados Unidos. La sed

de poder de la oposición tenía que mancharse de sangre inocente, decían los comentaristas radiales, autocalificados de las pirañas. El día anterior, mi mujer se había apostado frente a la Cárcel Modelo desde la mañana. No estaba en la lista de los detenidos. El teniente de turno le informó que no se preocupase, que si estaba detenido tenía que estar bien porque la Fuerza de Defensa es una institución seria y responsable.

-Sí está detenido. La televisión y los periódicos informaron que era el jefe de un grupo armado. Yo deseo verlo para ver cómo está.

-Señora, le he dicho que aquí no está. Venga esta tarde que en cuando sepamos algo le informamos.

-Ustedes son los responsables de cualquier cosa que le pase al Doctor.

-Vámonos Marcia, regresamos esta tarde, -le dijo mi hermana para evitar una escena lamentable.

-¿A qué hora son las visitas?

-De una a cuatro. Vaya por la puerta de atrás.

La trataron con descortesía y en forma mentirosa pero al menos, le dejaron la puerta abierta para alimentar una relativa esperanza. A la una de la tarde regresó a la cárcel y recibió la misma respuesta. No estaba preso. Mi nombre no aparecía en ninguna lista. Se cerraron como una concha descompuesta a pesar del agua hervida. Esa tarde se volvieron descorteses y atrevidos con amigos y familiares. A un amigo que había preguntado por mí, lo amenazaron con meterlo preso y a una amiga le pidieron sus generales y la largaron con la frase si-la-vemos-otra-vez-va-presa. La Oficina de Derechos Humanos hizo unas cuantas llamadas de urgencia para dar con mi paradero por asuntos humanitarios y fue desalentada por la forma grosera como se le contestaba. Las embajadas internacionales recibieron misivas de Marcia, protestando por la injusticia del arresto y por el desconocimiento de mi paradero. La Iglesia Católica en varios estratos empezó a movilizar sus contactos para dar con mi ubicación y ofrecerme auxilio espiritual. Todo esto se realizó sin respuesta satisfactoria. Estaba incomunicado. No podía hablar con el exterior. Marcia supo de mi condición en la cárcel por el muchacho que me acompañó la primera hora en la celda de castigo del G-2.

-El Doctor está golpeado. Dijo que fue Macías, pero no es nada malo, yo lo vi bien.

Por pura casualidad, la tarde de mi secuestro, Marcia iba hacia el gimnasio Neco de la Guardia, frente al cuartel del G-2, y vio venir a Xenia con un joven. El joven era su sobrino. El sobrino de Xenia reconoció a la señora que acompañaba a Marcia, quien trató al momento de su detención de obtener su libertad inmediata hablando con el capitán encargado del operativo en Calle 50. Panamá es bien chiquito. Mi compañero de calabozo había sido detenido y mi cuñada había intercedido por él, era sobrino de una amiga de la familia y además se tropezaba con mi mujer en el momento en que ella más necesitaba saber dónde estaba y en qué condición estaba. El bajo mundo de la incomunicación es el efecto psicológico que trae sobre las personas.

El hecho de estar incomunicado es no hablar y no poder ser visto, pero el impacto de estar incomunicado es dejar en libertad la fantasía de terror que golpea indiscriminadamente a los individuos socialmente condicionados. El aparato por rutina nos mantenía incomunicado. Los sargentos, tenientes, capitanes y hasta mayores eran ejecutores de la rutina y del reglamento, pero la maldad hacía su trabajo solapadamente en los familiares y en el grupo de relación del detenido. Incomunicación es una orden superior con un impacto tremendo. Quien da la orden sabe las consecuencias de la incomunicación. El Consejo de Europa declara que estas órdenes deben ser desobedecidas por la policía. Nadie puede ser recluso clandestinamente a excepción de los civilistas, parecía ser el criterio de las Fuerzas Armadas Panameñas. Todos los detenidos del mundo tienen derecho a ser presentados ante las autoridades judiciales al momento de su aprehensión, pero en Panamá no existía diferencia entre autoridades judiciales y militares. La incomunicación pretendía romper todo vínculo entre el preso y sus familiares. Lo común entre dos personas es la comunicación, es hacerse uno en el otro. La in-comun-icación es impedir la presencia del nosotros. Los lugares comunes se disgregan. La búsqueda eterna de la pareja es crear los lugares y los recuerdos de comunicación. Vivir en común es la ilusión y la necesidad de la especie humana para permanecer en el universo.

Una orden de incomunicación es una orden de matar el nosotros, asesinar la pareja y dispersar al núcleo social, la familia. Es una forma de crueldad que está prohibida por todas las naciones del mundo en el seno de las Naciones Unidas. Los detenidos de

conciencia estábamos en manos de la crueldad social, mucho más devastadora que la crueldad individual. Lo malo no es golpear el cuerpo, lo malo es golpear el alma. El militarismo panameño sabía golpear a los dos.

Este día Marcia había salido de la casa temprano. En la noche se había preparado un *Habeas Corpus*, recurso legal que obliga al gobernante a presentar en público el cuerpo de los detenidos. Se llamó al secretario de la Corte Suprema de Justicia. Se denunciaba al General Noriega como responsable del secuestro y se le exigía a la Corte que ordenase inmediatamente mi libertad. Ese recurso tenía fuerza constitucional para ser recibido a cualquier hora del día o de la noche, día feriado o de trabajo y dársele respuesta en dos horas.

Marcia habló con el secretario de la Corte Suprema de Justicia y éste dejó de oír. Se puso sordo al identificarme como beneficiario del recurso. No oyó más. El teléfono se dañó, se desconectó y se incomunicó voluntariamente de la ley para actuar amparando la ilegalidad. Esa noche, primer día de mi desaparición, no fue posible entregar el recurso de *Habeas Corpus*, recurso que los antiguos nobles ingleses habían arrancado al rey. Yo no era un sujeto de la ley. Ninguno de los civilistas tenía categoría de ciudadano, éramos piltrafas sociales apartados en la práctica de la protección social y en manos del antojo de un hombre poseído y poseedor del poder.

Marcia llevó a los muchachos a la escuela y salió para el trabajo. Tuvo que hacer en el cruce de la Transísmica y la Fernández de Córdoba un alto prolongado. El día lluvioso derramaba tristeza sobre la gente y las calles. Un convoy largo de carros militares, patrullas y motocicletas, recorría lentamente la avenida. La lentitud del convoy era saboreada por los tomadores de café que tragaban sorbo a sorbo la intimidación que regaba el militarismo por la Ciudad. Poco a poco entró a la avenida principal. Marcia pensaba en las próximas acciones para lograr contactarme. El capellán de la cárcel había dejado entrever cierta posibilidad de entregar ropa y alimento. El mismo teniente, responsable de la sala de guardia, no supo dar seguridad en sus respuestas. Sonaban a falsas todas las razones que daban para esconder nuestra presencia en la cárcel. A mí nunca me llegaron las gestiones que se venían haciendo afuera. Sólo llegó en la tarde de ese día las gestiones personales que hacían los amigos de Felicidad y los amigos de Tony. El país se ma-

nejaba con amiguismo y así se impartía justicia por amistad o por enemistad. La gente nuestra en lugar de dedicarse a organizar el empujón final se dedicaba a buscar rendijas para penetrar en la cárcel.

Un abogado de la Cruzada decidió irse para la Corte ese día a poner un *Habeas Corpus* en favor de nosotros. La Corte estaba ocupada militarmente. Cada despacho de cada magistrado tenía una escolta armada de dos o tres hombres. No se sabía si los hombres armados amenazaban y chantajeaban a los magistrados, o si los magistrados intimidaban a los ciudadanos para que no utilizaran los recursos que le concedía la ley. El tocayo abogado entró a la Corte. Tuvo que identificarse ante varias custodias. Subió al piso de los magistrados y finalmente pudo acercarse a Camilo, el hermano indio, que frecuentemente manifestaba su desacuerdo con el pleno de la Corte. Camilo, el magistrado independiente, estaba ruborizado de ese despliegue inusitado de fuerza. Le pareció razonable y conveniente la aplicación del recurso de *Habeas Corpus*. El negocio debía repartirse y cuando le tocase el turno de emitir criterio, lo haría exigiendo la comparecencia de los detenidos en la misma sala de la Corte Suprema de Justicia. Una golondrina no hace verano en Panamá, por aquí las golondrinas pasan todo el año, buscando el verano del norte y retornando al verano del sur. El militarismo se había acostumbrado a una o dos golondrinas disonantes en la Corte. Las restantes permanecían encerradas en verano en un permanente invierno. Su habilidad era congelar todos los asuntos. El *Habeas Corpus* se hizo hielo y cuando resolvieron estudiarlo seis días después fue para entorpecer y retardar el proceso de excarcelación.

Marcia tenía que ir a la cárcel al medio día. El Empujón Final empezaba a las once de la mañana y no se sabía que iba a suceder. En la oficina, la centralita no dejaba de sonar. Coincidieron las llamadas en que el ejército en la calle no permitiría protesta alguna. La sangre correría si los civilistas se atrevían a salir. Poco a poco se fué decidiendo que no valía la pena ir a la calle. Los dirigentes del movimiento están escondidos. Les tienen unas ganas de encontrarlos que lo mejor es ponerse a buen recaudo, parecía ser el consenso de múltiples comentarios. Además, de qué sirve sacrificarse con un pueblo tan indolente como éste, se conversaba en los sitios

donde dos o tres amigos se reunían para analizar los últimos acontecimientos.

-Yo no voy a la calle. Qué vayan los dirigentes de la Cruzada.

-Ellos están en Miami y el que vino lo agarraron preso en el aeropuerto. ¿Cómo quieres que vayan?

-Acuérdate de julio. El viernes negro metieron preso a medio mundo y luego nadie le agradeció a la gente los golpes recibidos.

-Verdad que ese día en la cárcel violaron a unos muchachos.

-Así dicen. Yo mejor me voy para mi casa. Tranquilo, me tomo una cervecita y a ver qué pasa.

Cerca del medio día, Marcia consideró que el momento de ir a la Cárcel había llegado. Los compañeros del trabajo pensaban que era una locura. Un amigo le recomendó que no llevase su carro.

-Mejor toma un taxi. Te pueden estar siguiendo y desde que entres a tierra de ellos te pueden destruir el carro. Basta que lo estaciones en una esquina para que cuando regreses de la cárcel ni lo vas a encontrar.

Lola estuvo dispuesta a acompañarla. Era una mujer de unos 65 años, robusta, fuerte y llena de optimismo para realizar acciones de protesta. En varias ocasiones la habían golpeado en los muslos y en la cintura con mangueras y bastones. Los hematomas se habían curado y Lola mantenía en alto su espíritu de protesta.

-Doctora, yo voy con usted a donde sea.

-Vamos -le dijo Marcia.

Tomaron el taxi. Las calles estaban vacías. El taxista sólo manifestó entusiasmo por la carrera hasta la Avenida A cuando se le entregaron diez dólares y se le dijo que esperase a las señoras. La Avenida A había amanecido con retenes. Las Fuerzas Armadas estaban en alerta roja. La ciudad era su cuartel. Se habían movilizado tropas de diferentes puntos del país. Las fronteras se dejaron a cargo de la policía aduanera y el grueso de las tropas abandonaron sus campamentos y se trasladaron a los barrios y avenidas de la Ciudad. La entrada a Panamá se vigilaba y algunos sospechosos de ser civilistas fueron detenidos una vez que se bajaban de los busitos en las mismas piqueras. Gran despliegue de tropas desalienta a la población a protestar, le habían dicho los estrategas que conocían las técnicas israelitas en los territorios ocupados.

En Panamá se experimentaba ese día una modalidad específica de guerra psicológica. Después de cuatro meses y medio de ex-

perimentación se conocía con bastante precisión las reacciones de las masas y de los dirigentes. Los consejos de Maquiavelo de desarticular a las masas con la eliminación de treinta a cuarenta tribunos era una forma brutal y sangrienta de acabar con un movimiento pacífico, pero era una tentación para abrir frentes de resentimientos que desembocarían en una lucha armada o en acciones de terrorismo urbano. Esto era lo menos aconsejado en un sitio como Panamá donde transita gente de todo el mundo y en donde los Estados Unidos tienen un sistema militar acondicionado a garantizarles sus intereses vitales en el Istmo. Mejor era mantener el experimento de guerra psicológica ya que los resultados obtenidos hasta el momento podían aplicarse en otras naciones.

Al llegar el taxi a la Cárcel Modelo se encontraba la calle desolada. Con facilidad encontraron estacionamente en el edificio diagonal a la entrada principal. Marcia y Lola se bajaron del taxi y caminaron hacia la puerta de la cárcel. Cuatro soldados con metralletas y en traje de fatiga franqueaban la puerta lateral por donde entraban los vehículos a la Modelo, y otros cuatro apostados a lo largo del muro daban la impresión de estar custodiando una fortaleza. Sin detenerse, caminaron hasta la entrada principal. Tocarón la puerta sin tomar en cuenta a los soldados, quienes distraídos las miraban como dos objetos que venían a darle movimiento al paisaje. El guardia les preguntó que querían.

-Vengo a ver al doctor Roberto Arosemena Jaén, soy la esposa.

El guardia la hizo esperar y se dirigió a consultar al oficial de turno. La portezuela que abrían en estos casos la cerraron en forma que no podían oír lo que hablaban en el interior. Pasaron unos diez minutos. El taxista las vio paradas frente a la torrecilla de control y se tranquilizó. Había decidido irse si las señoras eran detenidas. Después vendrían por él. El guardia no regresó. El vigilante desde la torrecilla de control les hizo señales y les comunicó que el doctor no estaba en la lista de detenidos. Las visitas hoy están prohibidas y bajando la voz les dijo:

-Señora, váyase y no regrese más, hoy es un día muy feo.

-Yo quiero saber dónde está el doctor Arosemena. Tengo tres días de estar preguntando por él. Regresaré más tarde.

El guardia no respondió. Se quedó callado. El cumplía órdenes. La señora no podía entrar y tampoco podía quedarse moles-

tando frente a la cárcel. El taxista puso en marcha el motor de su vehículo y salió del estacionamiento. Marcia y Lola vieron el movimiento del taxi y cruzaron la calle. El taxi salió lentamente. Los soldados continuaron distraídos mirando el taxi que se alejaba hacia la Avenida de los Mártires. Las aguas volvieron a su nivel en la cárcel, en ese momento el grupo de presos dormitaba bajo el sopor de una tarde calurosa y pegajosa. En Panamá todos esperaban el resultado del Empujón Final. El pueblo no sabía que había llegado la hora, mientras la hora transcurría con angustia en las oficinas de los dirigentes del Empujón Final.

Los amigos

Las visitas están prohibidas. Nadie podía entrar a la cárcel. Los pases quedaban suspendidos hasta segunda orden. Los únicos audaces que llegan a la cárcel son los familiares. La madre de Jonny debió llegar al país a las siete de la mañana. Venía de los Estados Unidos en un vuelo de urgencia. Jonny había salido de la cárcel el día anterior, doce horas antes de la llegada de su madre. Tenía razón. Noriega u otro más poderoso que él había ordenado su libertad. A estas horas ya debería Jonny estar con su madre rumbo a los Estados Unidos. La experiencia de un día en una cárcel norieguista era suficiente aliciente como para salir del país, máxime cuando se tenía la doble nacionalidad y cuando se sabía que en Panamá pagan justos por pecadores. Lo mismo daba participar en las luchas antimilitaristas como no participar. El interés de Jonny por Panamá era trabajar y montar un pequeño negocio de venta de piezas usadas para automóviles. Ya tenía los contactos, y, una vez que consiguiese el local, empezaba. Ahora las cosas habían cambiado. Se lo habían llevado preso por estar trabajando en la fábrica del padre. Se le responsabilizaba por los actos de otros y él no era un niño para que la policía lo llevase arbitrariamente de un sitio a otro.

En los Estados Unidos las cosas se hacen de diferente manera. Se le permite llamar a un abogado y ponerse en contacto inmediatamente con su familia. Jonny se había ido y otros jóvenes permanecían presos. Era el primer panameño detenido por motivo del Empujón Final y liberado de la Cárcel Modelo. Los otros liberados eran extranjeros. Con nosotros permanecían detenidos familiares muy bien vinculados a gente amiga del militarismo. Entre esos estaba Blandón.

El padre de Blandón sí era un hombre importante entre la gente del gobierno. Tenía fama de ser el hombre de confianza de Noriega para asuntos de estrategia política. Meses después, de estos sucesos, Blandón se había convertido en un enemigo de cuidado de Noriega. Hasta el mismo Fidel Castro había intervenido para preguntarse quién era ese Blandón que hablaba con tanto despar-

pajo de él y que sin embargo, él, Fidel, no lo conocía. Yo sí lo había conocido en Chepo hacía más de diez años cuando, junto con Ascanio Villalaz era el responsable de iniciar la organización de la Corporación de desarrollo del Bayano.

La cuenca del río es una de las más ricas de la República de Panamá. Se ubica al oriente del Canal y es la entrada del desconocido Darién al área metropolitana, plataforma de servicio de la zona de tránsito interoceánico. La Corporación tenía como objetivo desalojar a los grupos indígenas que vivían en la Cuenca a fin de construir una presa hidráulica para la generación de electricidad. La presa produciría un lago de unos 300 kilómetros y ya se sabía para la época que el área de embalse tendría filtraciones. De tres turbinas programadas sólo instalaron dos. La Corporación velaría por la conservación de la cuenca, el uso y la explotación de la foresta y la adjudicación o explotación de la tierra disponible.

Blandón era un ingeniero agrónomo con experiencia en la primera y única reforma agraria que iniciaron los militares después del golpe de 1968. Desde allí, logró impresionar a la oficialidad que rodeaba a Torrijos y fue utilizado en diferentes urgencias que se les presentaban al militarismo. La primera vez que lo escuché hablar me pareció un individuo preciso, seguro e innovador. Sabía en cada momento cuál era el problema, cuáles las alternativas de solución y cuál era la más viable. Era el perfecto burócrata.

El poder en ese entonces, lo tenía Ascanio. Así, meses después, cuando trabajaba en el IRHE en una Clasificación de Puestos para la Administración y el Sindicato tuve oportunidad de ver actuando a Ascanio-Blandón. En ese entonces, el Sindicato había declarado una huelga porque Torrijos ordenó la incorporación de quince técnicos e ingenieros, que venían de una comisión que controlaba las tarifas de luz en las planilla del Irhe. Como director del programa de clasificación apoyé la medida del sindicato. El problema se solucionó con la llegada de Ascanio. Me fue imposible retornar a la dirección del trabajo. Con habilidad se me hizo asesor hasta que el sindicato abandonó la prioridad de tomarme en cuenta para la realización del proyecto de clasificación. La imagen de ese incidente me evoca la presencia de Blandón y es posible que para ese entonces ya Blandón actuaba independientemente de la sombra de Ascanio.

Después Blandón se hizo importante cuando liderizaba el mo-

vimiento del partido del militarismo, el Revolucionario Democrático -PRD-, para incidir y controlar el gobierno de Nicolás Ardito Barletta. Estos últimos años fueron de ascenso vertiginoso. Llegó a ocupar el puesto de director del IRHE, la Empresa más fuerte del país después del Canal. Ascanio sólo había logrado ser Subdirector del IRHE. Durante su período, el Sindicato se levantó en huelga exigiendo su destitución y acusándolo de mala administración de los fondos de la institución. Se comenta que varios legisladores del oficialismo recibieron apoyo de Blandón. Este superó las presiones del sindicato y de parte de la opinión pública adversa al gobierno. Al retirarse del IRHE, Blandón se propuso renovar las filas del partido revolucionario democrático y luego fue nombrado Cónsul panameño en Nueva York. Ocupaba este puesto el día que fue detenido su hijo mayor. El consulado de Panamá en Nueva York es un puesto que según se dice, produce mucho dinero.

Blandón hijo estaba en la sede del PAPO cuando fué allanado. Mantenía vínculos con los grupos políticos y estudiantiles antimilitaristas. El profesor Bernal de la Universidad dirige un periódico civilista, *Alternativa*, que propugna por la desmilitarización y por la neutralización del Canal de Panamá. Ese periódico estaba bajo la coordinación del joven Blandón cuando Bernal salió a usufructuar de un intercambio de becas con universidades estadounidenses. La gente de *Alternativa*, a la que pertenecía Blandón, había sido hostigada por las autoridades en varias ocasiones.

En el mes de septiembre habían sido detenidos tres distribuidores de *Alternativa*, y a principio de octubre las casas de Bernal y de amigos impresores habían sido allanadas con el pretexto de que se tenía informe que allí se hacían de impresiones clandestinas llamando a la violencia para derrocar al régimen. Blandón rechazaba las acciones políticas de su padre. Es un muchacho independiente, con criterio propio y dispuesto a forjarse su propia vida sin el aval político de su progenitor. La detención de Blandón era casual, porque, la orden de allanamiento de las oficinas del Papo se hizo dentro del contexto de la guerra psicológica para derrotar a los civilistas en el Empujón Final. Si era casual, ¿por qué una vez que la seguridad descubrió que el hijo del amigo estaba preso, no lo liberaron? Ya habían liberado a Jonny, que era hijo de un

enemigo político, ¿por qué entonces mantenían retenido al hijo de Blandón que era un buen amigo político del régimen?

- Si sigues con tus ideas te vas a pudrir en esta cárcel -le habían dicho a Blandón en el momento de su interrogatorio. Lo identificaban como un activista del PAPO y Blandón se mantuvo firme en sus pronunciamientos civilistas y antimilitaristas. Mantener firmes los propósitos y las decisiones en una cárcel requiere convencimiento. Algunos de los muchachos, yo diría, que un grupo significativo, renegaban de sus propósitos. No habían hecho nada, eran inocentes, no les interesaba la política. A Blandón sí le interesaba la política y se sentía digno de manifestar su descontento y su rechazo a la dictadura militar.

-¿Quién es Blandón? Tiene visita.

-Voy -gritó el muchacho.

-Venga con todo -le respondió el guardia.

Nos miramos las caras. Si Blandón se iba, ya tenía la lista para comunicarse con la gente de afuera. Ya tenía tres días de estar preso con nosotros y se había comportado como un buen compañero. Compartía sus haberes. El dinero que tenía lo había puesto en la bolsa común y pertenecía a la comisión de abastos de la celda preventiva. No lo ví quejarse ni lamentarse de su suerte en ningún momento. Era consciente de que la cárcel es el precio natural que paga cualquier individuo que lucha por su libertad. Salió contento.

Era la primera vez que dejaba al grupo. Tenía un grupo natural con otros tres compañeros que habían sido detenidos con él en la sede del partido. Mingo, Ernesto y el Flaco hacían con Blandón un buen cuarteto contando chistes, analizando el comportamiento del grupo y conversando sobre los planes futuros.

-Flaco, Blandón te dejó las medias que le presté?

-Se las llevó, doctor, pero no se preocupe, él es buena gente y después las regresará.

Las medias eran de José Luis. No me preocupaba que me las regresase en el futuro, necesitaba tenerlas porque, el maletín lo entregaba mañana. La tarde ya había caído. Oscurecía y no sabíamos nada del resultado del Empujón Final. Esperamos mucha gente presa el día de hoy y nadie había llegado. Según nuestros cálculos la gente detenida debería empezar a llegar a la celda después de las diez de la noche. Así sucedió el día de ayer. Nosotros

no habíamos hecho ninguna protesta y sentía que si nosotros nada hacíamos, tampoco podíamos esperar que los demás hiciesen algo.

Nuestro miedo es el miedo de todos. Ya ni siquiera debo hablar en plural. Mi miedo es el miedo de todos. El rechazo de la dictadura debe ser un rechazo colectivo para que sea demoledor, pero antes tiene que empezar a ser un rechazo del individuo. El único individuo que yo controlo, soy yo mismo, por lo tanto, no podía esconder mi miedo en el miedo de los demás. Si los demás no querían protestar por prudencia o por considerar inocua la protesta, yo podía protestar. El hombre es la medida de todas las cosas y yo soy un hombre. La protesta podía significar el aislamiento del grupo y también podía generar un movimiento digno de imitarse. Este día he tenido miedo de protestar solo y ese miedo que sentí se generalizó a miles de individuos que tampoco se atrevieron a protestar solos. Todos dijimos: "No vale la pena, si ninguno me acompaña para qué voy a protestar". La imagen del ser protagonista la rechazaba instintivamente. Protestar sólo era un rasgo de desear sobresalir sobre los demás. Así podía interpretarse. Pero, protestar solo, no es ningún afán de sobresalir.

El protestar es un deber de aquel que se siente responsable de defender hasta el final su dignidad y, al mismo tiempo, es el derecho que le asiste a todo hombre que no desea ser esclavo. El sobresalir es el efecto de protestar cuando los demás creen que no hace falta. El salir a protestar a pesar de los demás, cuando ellos aceptan quedarse por cálculo o por miedo, es necesario. En ocasiones, esos mismos que no salieron, reconocen después que era la mejor opción. Quedarse callado cuando uno necesita gritar contra el miedo es contribuir a ser pusilánime y fomentar la idea entre los demás de que nosotros no podemos.

Estos pensamientos rondaban la cárcel cuando la noche avanzaba con fuertes indicios de que Noriega había ganado la batalla del día con sus operaciones psicológicas. Los detenidos, echados en el suelo, dormitaban y empezaban a preparar el pedazo de concreto que les serviría de cama. Unos habían conseguido un cartón de cajeta lo suficientemente grande como para cubrir la espalda y la cabeza. El cartón evitaba que la frialdad penetrase por los huesos y la humedad se alojase en los pulmones. El guardia de la Celda Preventiva había empezado a vender cartones que serviesen de

cama. El precio empezó siendo de cincuenta centésimos, cuando fui a comprar el mío costaba un dólar. Era un cartón grande y lo dividí en dos partes. Me sorprendió el interés del guardia en conseguirnos cartones para pasar la noche. Era la tercera noche en la cárcel.

Se abrió la puerta de la celda y regresó Blandón. Venía contento. Así como había salido, regresaba. Traía un plato de comida. Lo rodeamos.

-Hablé con el viejo.

-Cuándo te vas.

-Me dijo que eso lo está arreglando.

-Reparte la comida Flaco- Le entrega los dos cartuchos de comida y la botella de bebida. Blandón estaba tranquilo. Mostraba un adecuado control de sí mismo. Diría que incluso estaba contento de haber conversado con su padre y haber retornado a la cárcel con sus compañeros. Con toda la influencia de su viejo, él se manifestaba dueño de sus propios actos y sin ninguna señal de debilidad que demostrase estar avergonzado de lo que estaba pasando.

-¿Qué te dijo de la detención ? Debe estar emputado.

-Se vino directamente de los Estados Unidos. Lo supo el mismo día que me metieron preso y habló con la gente de arriba. Le contestaron que yo era un rebelde y que estaba buscando acabar con los militares junto a los resentidos del PAPO.

-Esos militares son vengativos. Quieren humillarte a tí y se niegan a hacerle un favor a tu viejo.

-Yo estoy tranquilo. Si no me quieren sacar, que me dejen con ustedes. No estoy acostumbrado a llorarle al viejo.

Venirse de los Estados Unidos para conversar con un hijo detenido manifiesta interés real por la suerte del muchacho. El cónsul de Noriega en Nueva York, el otrora poderoso director del Instituto de Recursos Hidráulicos y Electrificación -IRHE- no pudo sacar a su hijo de la cárcel. Su influencia estaba por debajo de la influencia de la madre del hijo del Secretario General de la Democracia Cristiana, uno de los partidos políticos más vapuleados por los militares panameños. Debía sentirse como un perro visitando al hijo que estaba arrestado por orden de su propio jefe. Blandón sabía que la libertad se obtenía si Noriega la ordenaba. No le había pedido el favor al general. Estas cosas se manejan

de hombre a hombre. A Chabelito le convenía unos días de cárcel.

Los dirigentes en América Latina se forjan en las prisiones y no convenía hacer de su hijo un pelele que se agita en política para que el papá le saque las narices del fuego. El que la busca la encuentra. Estas cosas las entendía, Blandón, pero la mamá y la familia del muchacho no las entendían. En Panamá, ser amigo del general es tener influencia. Si Chabelito no salía libre era porque el papá no hacía esfuerzos por sacarlo. La gente de la calle respondía: "Blandón está en nada. Tanto piquete con el Man y ahora que lo necesita con el pobre pelao, le da la espalda. Eso no se hace".

No sabía lo que estaba pasando. El mundo de las relaciones del poder son intrincadas. Lo sencillo es la relación paternal y la relación filial. Si estas relaciones no funcionan en su simplicidad tampoco van a funcionar las relaciones del poder en su complejidad. El general era un ser distraído que no percibía el latir acelerado de un padre que dedicaba tiempo a visitar a su hijo y a dejarle un plato de bistec picado y arroz con pollo. No valía la pena ningún sacrificio ante la ingratitud del poder. Se repetía en las sesiones de educación política que el que compra el pan al panadero nada le debe al panadero. El poder compraba todo y nada le debía a nadie. Los generales panameños compraban a sus funcionarios y estos al cobrar, reconocían que ya estaban bien pagados. El poder convierte en mercancía todo lo que toca. El cónsul de Nueva York es un funcionario del General y venía como funcionario ante otros funcionarios que lo más que harían por el compañero sería romper la incomunicación. Y esto era bastante en esas circunstancias en las cuales todavía no se conocía el resultado del Empujón Final. El General ese día estaba aislado. Cuando el viejo está en su despacho nadie puede entrar si él lo prohíbe. Cuando se abra la puerta se le dirá que Blandón vino a ver a su hijo que está preso por sedicioso en la Cárcel Modelo.

-Los días de Noriega están contados. Se va con siete más en la primera vuelta y, antes de las elecciones se va el último de los miembros actuales del Estado Mayor -dijo Chabelito en un aparte que hizo conmigo.

-Noriega no se va, hay que echarlo -le respondí instintivamente. El conocimiento que tenía de los hombres fuertes y generales

del militarismo panameño era que esto salían muertos, cansados o empujados. Remón y Torrijos, los dos más fuertes del militarismo, habían salido muertos. Uno ametrallado, y el otro explotado en un accidente aéreo. El caso de Vallarino era el del general que se cansó de serlo y, rechazó en reiteradas ocasiones dar el salto a la Presidencia de la República. El escalafón de los militares panameños termina en la Presidencia de la República. No había ninguna razón para creer en lo que me decía Blandón. Sentía que era el mismo cuento que contaba Alberto al venir de Washington y el mismo cuento que me diría posteriormente la asistente de un senador estadounidense. Esa gente no conocía la psicología del poder y la forma inesperada de amarrarse a sus halagos.

-Mi viejo asegura que Noriega se va. Los gringos no lo quieren, el pueblo no lo quiere y a los militares no les conviene un general que nadie quiere. Se está negociando, y hasta la oposición está de acuerdo con ese retiro programado.

-Nosotros queremos que Noriega y los militares se vayan del poder.

-Yo lo sé, pero los gringos quieren que se queden por los tratados.-El viejo dice que nos mantengamos tranquilos, que nada nos va a pasar y que ya las cosas se han arreglado.

También en la cárcel se filtraba información de primera fuente. Uno se mantenía activo y las conversaciones podían interpretarse como una negociación. Si el experimentado Blandón soltaba esa información era con algún objetivo. ¿Cuál? No lo sabía. Se me ocurrió pensar que era una forma de sondeo para calibrar la reacción. Por otra parte, era una noticia que invitaba a la inactividad. Si los gringos van a sacar a Noriega, ¿para qué nos estamos sacrificando nosotros mismos?. La pelea es entre gente grande, los chiquitos aquí están colados y, en el peor de los casos sirven de carne de cañón. Blandón utilizaba a su hijo para colar información a la oposición más radical o por el contrario Blandón tranquilizaba a su hijo anticipándole una carta de triunfo.

Concluí que Blandón trataba de recuperar prestigio ante su vástago. Para un padre, es doloroso que su ser más querido lo rechace. Un padre se siente paradigma y causa ejemplar de sus hijos. Un rechazo del primogénito es un rechazo de su identidad por su propia identidad. Lo importante es ganar imagen ante el hijo. Con

tal de quedar bien consigo mismo uno puede cometer imprudencias.

-Acuérdate de las medias- le dije a Blandón anticipando una segura excarcelación para el día de mañana. Estaba totalmente equivocado. El militarismo nos preparaba una jugarreta para el filo de la medianoche.

Los cartones para dormir sin la frialdad del concreto estaban dispuestos en aproximadamente 15 camas improvisadas. A Blandón se le consiguió su cartón para que pasase la noche.

Me reuní con un grupo para organizar la recepción de los detenidos de esa tarde. Calculé que podían aceptarse una treintena de presos y acomodarlos en sus cartones. A lo máximo meterán cien personas y debemos decirle a cada uno cómo se usa el baño y el servicio. Si dejamos que cada cual haga lo que se le ocurra, volveremos a nadar en el excremento y en la orina. Sólo hay un sitio de fumar, fuera de él hay que hacer respetar los sitios de no fumar. La gente cuando llega a un lugar está dispuesta a someterse a las reglas imperantes, después, cuando se hayan establecido modalidades propias de acción es difícil cambiarlas.

El 10 de julio, el viernes sangriento producido por Delvalle contra el pueblo, las reglas en la celda eran conducidas por impostores. Hoy, 22 de octubre, las reglas debíamos imponerlas nosotros. El 10 metieron en esta celda a más de trecientos civilistas y unos 8 robots dominaron a todo el grupo, lograron robar, golpear y hasta violar. Cada vez que uno, dos o tres civilistas enfurecidos protestaban fueron atemorizados con gritos y amenazas de cortarlos con un cuchillo.

Al joven que violaron aquel lamentable viernes negro primero fue golpeado y nadie protestó. Luego, empezaron a acariciarlo y todo aquel que miraba lo empujaban y le gritaban. Cuando lo metieron en el cuartito del excusado y lo subieron de espaldas sobre la tasa del servicio al que se atrevió a preguntar qué van a hacer le dieron un bofetón y amenazaron con mandar a Coiba a todo el que se moviese hacia el cuarto de baño. La pandilla de robots sació el afán de exhibicionismo excitados por el temblor de un hombre humillado que como una palomita asustada sollozaba bajo el impulso sexual de militares acuartelados. Ese día los robots tenían orden de abusar y decenas de civilistas se dejaron usar.

Un grupito había dominado a una mayoría inconsciente de su

potencial. Los civilistas no pudieron establecer normas de conducta para la autodefensa. Se sentían arrojados a un ambiente desconocido y caían en manos de gente que dominaba el territorio y que gozaba de impunidad. Horas después, cuando todo detenido tomaba conciencia de su condición y cuando la interacción permitía la existencia de una mínima coordinación de acciones, los robots huían con la seguridad de que eran impunes y que estaban desquitándose de los enemigos que pretendían dejarlos sin trabajo. Nosotros no permitiremos que sucedan estas cosas esta noche. La gente que van a traer está llena de incertidumbre. El miedo es un mal consejero en la primera noche de prisión. Hay que darles ánimo y el mejor ánimo es una acogida cordial. Que se sientan que están entrando a una casa que se les espera y en la cual ellos mismos son los dueños.

Las precauciones que se tomaban eran las mínimas que se podían tomar para recibir a los luchadores de la libertad. Nuestros preparativos no incluían medicinas, médicos, ni hospitales. Nuestra guerra no está produciendo inválidos porque nuestra guerra es no-violenta. Nuestra lucha consiste en salir a caminar con una bandera blanca en la mano y con una lata en la otra para hacer ruido. Todos podían hacer ruido. El mejor ruido es el de los postes eléctricos de metal y el de las alcantarillas porque empieza a vibrar la calle. El repudio se siente en las orejas y penetra bien adentro. Los luchadores de la no-violencia llegarían de un momento a otro. Ya era de noche. El interrogatorio en el G- 2 había pasado. El traslado a la sala de guardia era breve y el registro en la sala tomaba unos diez minutos.

Y si no han detenido a nadie, entonces somos un pueblo cobarde, como decía el letrero que Mingo llevaba a las manifestaciones: "Pueblo cobarde no tiene Patria". El letrero no me gustaba. Los pueblos no son valientes ni cobardes, los pueblos se mueven cuando sienten la necesidad de moverse y cuando esa sea la única opción para salvarse. Mientras tanto, tienen que moverse los que sienten esa necesidad y ven su conveniencia. Nadie tiene el derecho de llamar cobarde a otros porque uno si se arriesga o porque uno se encuentra en sitios de riesgo. Cuando llegue el momento cada uno sabrá que tiene que moverse.

-Viene la gente -gritó uno de los muchachos.

La puerta de hierro se abrió, entraron ocho muchachos. La

puerta hizo un gran estruendo al estrellarse con el marco de hierro. Ruido de llaves que giran y los esperados compañeros de pie, rígidos y con ojos saltones fijos en nosotros.

-Bienvenidos. Los estábamos esperando.

Nos miraban sorprendidos. Nos presentamos. Les hablamos.

-Salió mucha gente.

-¿Cómo quedó la cosa por allá afuera?

-Ya saben que estamos presos.

-¿Cuándo te agarraron?

-Aquí se puede fumar. El líder no permite que se fume en otro lugar.

-Prepárense para estar en este sitio noche y día. Aquí se duerme, se come, se caga y se camina. La casa hay que cuidarla. Ahora, vamos a realizar un recorrido.

Se iban llevando de uno en uno o en parejas que no se separaban por el cuarto de baño y por el dormitorio, pedazos de cartón tirados en el suelo, donde ya algunos compañeros dormitaban. Se les recomendó que escogiesen un sitio libre y pegado a la pared para pñiasar la noche.

-Aquí se duerme como perro. Todos somos civilistas y pueden andar con confianza.

Poco a poco los muchachos empezaban a ganar confianza. Nos reconocían. Uno había visto la televisión, otro había leído el periódico, el otro estuvo junto a nosotros en una caminata, otro estuvo en la charla del Tecnológico. Uno estuvo muy pendiente de la detención del señor Conte. El hijo de Blandón fué identificado por varios. La familia empezaba a crecer. Siguieron llegando toda la noche. Hasta con el número 51 establecí contacto. Cada uno tenía diferentes historias y diferentes motivaciones. Al principio, todos me parecieron civilistas convencidos y decididos a la pelea. Después los fui escuchando en las conversaciones en grupos.

-No sé por qué me detuvieron. Yo no me meto en política. Venía en el bus de Río Abajo-Chorrillo suave con la salsa a toda mecha. En la parada del Ingenio en Vía España un guardia paró el bus y ¡cono! cuando estaba adentro se enamoró de mí.

-Baja de aquí y espérame allá abajo en la parada -me dijo el guardia.- Yo, agüebao, lo espero a que se baje. Si me doy a la fuga no me pilla. Otro pelao también bajó, cruzó la calle y se perdió por Calle 48. Es la primera vez que me meten preso. El corregidor me

condenó a 180 días. Yo le dije que no soy sedicioso y me dijo que me callase la boca y que firmase el papel. Si no lo firmo me condena a un año en Coiba. La vieja me esperaba, pobrecita va a pensar que me arranque otra vez.

El muchacho tenía como 25 años. Le faltaban dos dientes. Vivía en el Chorrillo. Los zapatos rotos, la ropa deteriorada y la forma descuidada y desprevenida de actuar me indicaba pocos ingresos familiares. Venía de lo suyo e iba a los suyo cuando un guardia decidió arbitrariamente detenerlo. Se le había establecido una cuota y tenía que cumplirla. Lo habían detenido a la una de la tarde cuando los buses transitaban normalmente por todas las avenidas. En ninguna parte había disturbios.

-Yo bajaba del edificio que cuido, -decía un guardia de seguridad de unos 50 años- cuando me detiene un detective. Me pide la licencia de portar arma. Mi jefe no me ha dado ningún permiso de portar arma. Me quita el arma, me empuja y me mete en un carro acusándome de que saqué un pañuelo blanco.

-Sacar pañuelo blanco no es ningún delito.

-Yo no había sacado ningún pañuelo blanco. Yo hago mi trabajo y no me meto en lo que no me importa. No me hicieron caso. La gente corría por Vía Argentina y de algunos edificios la gente hacía ruido y sacaba trapos blancos. Yo creo que el detective se equivocó.

-Qué va a equivocarse, ellos siempre tienen la razón. Te metieron preso porque te metieron preso. Olvídate de que no eres sedicioso. Esta celda es para los sediciosos y dale gracias a Dios de que no te hayan tirado en las galerías. Allá te quitan el reloj, las botas, el pantalón y finalmente te cogen.

-Yo soy un guardia de seguridad y no puedo estar contra el gobierno. La culpa la tiene el jefe que no me consiguió la licencia de portar armas. Se la pedí hace como seis meses.

-Calma, no hay apuro. Cuando se necesite te la vamos a dar - me contestó el jefe y hasta hoy la estoy esperando.

Mucha gente presa por pura casualidad. Estar en la calle hoy se ha vuelto riesgoso. Las bestias están sueltas y cualquier caminante es enemigo que debe batirse. Me quedaba escuchando las conversaciones y pensaba en la forma descontrolada en que actuaban las autoridades de mi país. El poder no tiene freno. Todo lo frena menos a él mismo. La ley del poder es la ley de la selva. El

más fuerte se lleva a los más débiles. Pero no es lo mismo selva que poder. La selva es naturaleza y es sobrevivencia. El poder es delegado y es convivencia. Corría de una idea a la otra.

Me imaginaba la selva llena de animales hambrientos en busca de comida y, cuando una de las bestias caía o se hería todas las demás se abalanzaban sobre la bestia trasmutada en comida. Un animal que no puede defenderse se trasmuta en comida. Esa es la selva, su ley es inexorable. Se vive con la vida de los demás. El sumo sacerdote de la ley de la selva es la fuerza, la violencia sin freno es el absoluto. La violencia es libre y es anarquía para ella misma pero es jerarquía para todos los débiles. Por eso, el león fue el rey de la selva hasta que llegó el cazador. Los reyes se miden por el tamaño de los colmillos o por el alcance de las balas. El poder no es la selva, pero el poder tiene mucho de selva.

En Panamá el poder se había hecho pura selva. Era poder hecho selva pero poder humano. Poder que no tenía colmillos y poder que no tenía que matar los cuerpos porque podía doblegar las mentes. El militarismo panameño no necesitaba bombas ni aviones, el militarismo panameño tenía la ley, la administración de justicia, los medios de comunicación, el presidente, los tratados canaleros y todos los símbolos del poder a su servicio. Los muchachos que están entrando a la cárcel son víctimas. Las autoridades son los profanadores de la dignidad humana y cuando los pueblos son profanados, recurren al supremo derecho de la rebelión y el poder intensifica el supremo recurso de la barbarie. La barbarie y la rebelión contra el poder si regresan a la selva se convierten en holocausto. Es destruirlo todo. Es reducir la vida a ceniza. La barbarie del poder y la rebelión contra el poder de regreso a la selva obtienen los mismos resultados del equilibrio del terror. El que se aterroriza primero y trata de evitar su propia destrucción y la de su especie pierde y tiene que aceptar los términos del que no ha sentido el terror.

El equilibrio del terror es un juego macabro, es la ruleta rusa del poder. Es barbarie contra barbarie. En el momento en que tú me destruyes, yo te destruyo. Es la ley de la selva ejercida por gente que razona. No se trata de eliminar para vivir, se trata de eliminar para ser eliminado. La estrategia de disuación inventada por los violentos más astutos y más valientes llega a su término. La violencia no es la fuerza que todo lo obtiene. La fuerza de la violencia

se relaciona con el terror que genera en el contrario y cuando el terror se autogenera entre los contrarios, entonces se comprende la inutilidad de la violencia. El león se convierte en cordero y las bombas atómicas se convierten en comida, salud y bienestar para los pobres y oprimidos. El problema del universo, pensé esa noche rodeado de muchachos dispuestos a renegar de sus convicciones y de otros muchachos dispuestos a rebelarse, consiste en encontrar la forma de controlar el poder con la no-violencia y ejercerlo con el consenso. El equilibrio del terror es un diálogo entre violentos y como tal es un equilibrio de ocasión. El reto que tiene la humanidad, ya estaba soñando sobre el cartón que me servía de lecho en la cárcel, es el equilibrio del amor. Es el diálogo de los no violentos.

Junto a mí dormía Mario, el de los canaleros. El otro Mario era un estudiante de derecho. Sus apellidos son de procedencia antillana. Tenía el pelo rapado. Hablaba poco. Rostro serio como el de una persona que agitado por sus pensamientos se olvida de sonreír.

El Movimiento Civilista Canalero acordó el día de ayer reunirse frente al MacDonal d . La consigna era definida. Pase lo que pase a las once frente al Mac Donald. Cinco compañeros de trabajo se habían puesto de acuerdo en encontrarse previamente y caminar juntos al sitio de la cita. Caminaron sorteando policías, soldados y detectives que venían como oleadas por las playas de Panamá Viejo. Dejaban pasar a los militares y avanzaban unos pasos más. Frente a la Iglesia del Carmen estaban estacionados unos camiones con unas insignias de enanos llamados Pitufos. El despliegue policiaco era impresionante y como gente acostumbrada a respetar a los demás para que lo respeten a uno, continuaron con serenidad hacia la meta establecida. La experiencia de julio había sido parecida, en ese entonces se caminó desde múltiples puntos dispersos hacia el punto de la concentración en la Iglesia del Carmen y las Fuerzas Armadas empezaron a disparar, golpear y tirar bombas desde que veían a grupos de tres o cuatro personas reunidos. Ese viernes negro de julio, los civilistas habían insistido en llegar al punto desde la una de la tarde hasta las seis. Ahora la cosa era diferente.

Ellos caminaban frente a los militares y los militares los dejaban caminar. El despliegue de fuerzas militares era para desalen-

tar la protesta y para paralizar a la gente con miedo en sus casas. El miedo lo sentían el grupo de trabajadores canaleros que avanzaban, pero era un miedo digerido. Si no golpeamos porqué nos van a golpear, si no tiramos piedra porqué nos van a tirar gases químicos, si no agredimos porqué nos van a agredir, si no matamos porqué nos van a matar. El grupo llegó hasta el Mac Donald. Vieron a unos cuatro legisladores de la oposición de pie que conversaban con un oficial. Los legisladores gozan de inmunidad y posiblemente estaban seguros que a ellos no los iban a golpear. Cámaras de televisión, fotógrafos y periodistas rondaban las cercanías. Había más uniformados dando vueltas por todas partes que civiles en las aceras. La mayoría de la gente y de turistas que acostumbra a deambular por esas áreas ese día no lo estaban haciendo. Pocos comían una hamburguesa y se tomaban un refresco en las bancas casi vacías del Mac Donald. Los legisladores y otra gente desconocida se habían retirado cuando un oficial se acercó al grupo.

-Desfilando muchacho, aquí no hay sitio para los mirones.

El grupo fue rodeado inmediatamente. Uno intentó entrar al restaurante.

-No tengas miedo, porqué sales huyendo, le dijo un detective que le interceptó el paso.

-Muévase rápido. No quiero ver negros por estos alrededores, le dijo uno a Mario.

Mario no dijo nada. Los compañeros no podían moverse y el oficial continuaba dando órdenes de desalojo. De repente, cayó un golpe sobre uno, a los otros los empezaron a empujar. A Mario le pusieron esposas, lo metieron en un carro. A los otros les dieron manguerazos en las piernas y en la cintura. A los cinco amigos se los llevaron secuestrados en plena vía pública. Se tomaron algunas fotos. Los fotógrafos fueron correteados y se les obligó a entregar los rollos de película. A uno que se resistió se le destruyó la cámara. El vandalismo de los militares en la calle es irrespetuoso. Dos señoras, casi ancianas de setenta años, que gritaron justicia cuando sacaban a empujones a dos muchachos que desayunaban en el MacDonald, fueron golpeadas y tiradas al suelo.

Mario pertenecía al único colectivo que le habían detenido a cinco miembros en la calle.

El Movimiento Civilista Canalero era una cantera de activis-

tas. Cuando llegamos, allí estaba Tony, luego el señor gordo de Chilibre y finalmente los cinco del Empujón Final. Los otros colectivos no estaban organizados. Un solo detenido se identificaba con el proyecto dominante de la Cruzada, cuatro detenidos pertenecían al PAPO de los cuales uno apareció días después como un elemento infiltrado del G-2 en el partido. Dos detenidos estaban vinculados al periódico *Alternativa*. Los otros detenidos no mostraban militancia en ninguna de las 120 organizaciones que formaban parte de la Cruzada Civilista Nacional.

Reconocí que el día del Empujón Final era un simple motivo publicitario. Una propaganda costosa, financiada quién sabe por que turbio interés mercantil, había llegado a las manos de gente decente, dispuesta a luchar por la civilidad. Ningún grupo se había organizado para permanecer en la calle hasta que cayese la dictadura. Al menos, esperaba contra toda esperanza que este grupo llegase a compartir nuestra celda para de allí organizar la resistencia final contra la dictadura. Desde el principio supe que era una estrategia equivocada en el frente interno y que tal grupo ni existía ni estaba dispuesto al sacrificio por la libertad. El pueblo deseaba cambiar de sistema de gobierno, pero el pueblo no estaba organizado ni contaba con la dirigencia necesaria para resistir la reacción del militarismo.

-Mario, los dejaron solos. ¿Qué pasó con la movilización nacional y con la propaganda de que la Cruzada se quedaba en la calle hasta echar a Noriega?

-La llamada era salir. Nosotros nos comprometimos y nosotros salimos.

-Pero la dirigencia se quedó en su casa.

-No hay dirigencia desde que los cinco jefes de la Cruzada se mantuvieron ocultos durante semanas y luego decidieron abandonar el país para no ser detenidos.

-Están haciendo una buena labor de divulgación.

-El puesto del jefe es al frente de su grupo. La divulgación la hacen los periodistas pero no los directivos de un movimiento.

Los directivos de la Cruzada, en verdad, habían sido hostigados tenazmente. Inicialmente los metieron presos por unas horas y se les torturó con gestos y con palabras. Se les puso un revólver en la sien y se le apretó el gatillo en varias ocasiones. Se les encapuchó y dice que fueron desnudados. Luego vinieron los insultos

diarios, las amenazas telefónicas, las injurias por periódicos, las llamadas al fiscal y finalmente la orden de captura que ya venía, venía y nunca llegaba. En la calle donde vivían los dirigentes máximos había gente sospechosa. Patrullas perdidos portaban orden de captura y visitaban a los vecinos pidiendo información y dando el nombre del dirigente. El pánico penetraba en los hijos, en la esposa, en los hermanos, en los padres, en los amigos, en los conocidos.

-Cuidate, te andan buscando.

-Son unos salvajes, si te agarran te destrozan.

-Tengo información de primera mano, de bien adentro, que estás encabezando la lista y que tienen orden de matar.

Un día, una semana, todas las semanas del mes, un mes y otro mes, hasta que finalmente el dirigente tiene que optar por esconderse. Preso nada puede hacer, escondido puede moverse y mantener la llama encendida. Luego viene la posibilidad de irse del país. Lo dice el Embajador de los Estados Unidos, lo dice el Nuncio de la Santa Sede, lo recomiendan los embajadores de los países democráticos del continente. Todo el mundo habla del exilio, se dan facilidades. Internamente se niega la fianza de excarcelación y se decide dejar el país. Cuando llega el peligro se abandona a las ovejas.

En este caso no se trata de dejar solas a las ovejas sino de cambiar de trincheras de lucha. Los muchachos se fueron y los que se quedan tienen que mantener la movilización. Así sucedió y no es hora de lamentarse. Los pueblos que empiezan a despertar no necesitan que se les oriente, necesitan tiempo para aprender de los sufrimientos y de los reveses. Cuando me dormí ya era medianoche. La celda estaba con 58 detenidos. Cada uno durmió donde pudo, algunos no durmieron. Mario se pasó la escasa hora de sueño que nos permitieron pensando que, atreverse a luchar es comenzar a vencer.

Sentí ruido, gritos y golpes.

-¿Qué pasa?

-Hora de levantarse. Todos arriba.

La celda estaba iluminada noche y día. Tenía la sensación de que afuera estaba bien oscuro.

-¿Qué hora es? Deben ser la cinco y media, hora del desayuno. ¡Qué noche más corta!

-La una y media.

-No puede ser. Vamos a desayunar.

Vi a varios guardias uniformados. Sus rostros me eran desconocidos. Me quedé sentado encima del cartón y con calma me amarraba los zapatos.

-Fila. De dos en dos empezando frente a la puerta.

El maletín tenía que llevármelo. Si lo dejaba no se lo podría entregar a María. Pero lo de María es : las nueve de la mañana. No importa, en la cárcel hay que llevárselo todo. Busqué las medias mojadas, la camiseta mojada y las metí en el maletín. La camisa blanca y el pantalón crema estaban húmedos. Toda la celda estaba húmeda con más de cien huecos de narices respirando y millones de poros traspirando. La madrugada estaba llena de neblina, porque en realidad apenas era la una de la mañana. Me metí en la fila. Le pregunté al guardia si podíamos dejar las cosas en la celda y me contestó que ese era mi problema. No tenía interés en darme ningún dato adicional.

El preso de conciencia siempre debe estar listo con los pantalones puestos y los zapatos amarrados. Todas sus pertenencias debe portarlas consigo. Metí el jabón, el cepillo y un rollo de papel higiénico. La camisa la dejé cruzada sobre el maletín para que no se ajase. Debía mantenerme con mi ropa presentable. Alberto tomó la chaqueta del vestido y se la puso. Era el único detenido que parecía un ejecutivo que se retiraba de sus oficinas en un banco. Salimos de la celda. Subimos las escaleras de dos en dos bajo la enumeración de un guardia que no sabía contar. Contó 60. En la celda había contado 58. Nos alejamos de la entrada al comedor y entendí que no íbamos a desayunar.

-¿Para dónde vamos?

-Silencio.

En el primer piso, frente a la celda de Díaz Herrera, con un vigilante haciendo guardia, nos fueron esposando de dos en dos. Algo raro estaba sucediendo. Por primera vez nos esposaban dentro de la cárcel. Nos hicieron bajar una escalera y nos colocaron en una gran hilera en el patio delantero de la cárcel. A nuestros pies distinguí las ventanas de la celda donde habíamos pasado tres noches. Arriba habían retenido a la familia Newman y a tres detenidos que inicialmente vi con mucha suspicacia.

Tengo la costumbre de conocer a la gente por la seguridad en

la respuesta de dónde trabaja. Si trabaja es más seguro que si no trabaja. Si trabaja independiente es más seguro que si trabaja de dependiente. De los tres, dos no trabajaban y me hablaban constantemente de tener clavos en sus casas y una escopeta vieja. Si los dejaban fuera del grupo tenían consideraciones especiales. Mi suspicacia se hizo sospecha de que no eran gente en la cual se podía confiar. El caso de los Newman era otro. Había una hija menor de edad en el tutelar, el hijo mayor acompañaba al padre en nuestra celda y la mujer estaba presa arriba con las otras mujeres civilistas. Por lo menos en este caso se notaban rasgos de inteligencia de parte de los robots. No todo podía ser malo. Nos quitaron las esposas. Las metieron en sacos de henequén. Dos guardias se llevaron los sacos arrastrándolos. El ruido de hierro arrastrado me daba la impresión de condenados infernales. ¿Qué iban a hacer con nosotros? Sentí frío. La madrugada húmeda y llena de neblina se pegaba a nuestras cabezas descubiertas y los brazos descubiertos se humedecían con el rocío. Nos íbamos a serenar. Mi mamá nos cuidaba mucho del sereno. Somos ocho hermanos, de los cuales cuatro sufrimos de alergia al sereno, al frío, al calor, al polvo y a cualquier cambio de temperatura. Me puse la camisilla blanca sobre el sueter chocolate que había tomado del maletín de los Morenos. Me estremecí, la camisilla traía la frialdad de la madrugada pero al poco tiempo me sentí confortable.

-Tengan calma, muchachos -dije en voz baja a los compañeros más cercanos y tratando de darme ánimo- la guerra psicológica se recrudece. Nos sacan de la celda a penas con una hora de sueño y nos ponen a la intemperie como ranas en charco de agua. Su objetivo es fastidiarnos y nuestro objetivo es mantenernos tranquilos y con buen ánimo.

A los extremos de la hilera dos soldados en arreos de combate se movían en estado de alerta. En la puerta que daba a la Sala de Guardia un grupo de militares intercambiaban palabras. Regresaron los guardias con los sacos de henequén cargados con las esposas. Un cabo nos volvió a poner las esposas en parejas. No entendía los cambios repentinos de disposiciones. Pensé que estaban jugando con nosotros en ese proceso de ablandamiento permanente. Un oficial llegó a la columna de los 53 detenidos.

-Una esposa para cada sedicioso -gritó.

Volvieron a quitarnos las esposas y volvieron a ponernos las esposas. El juegoito continuaba.

-A caminar. Avancen despacio.

La columna de hombres esposados avanzó. Regresamos a la sala donde habíamos estado tres noches antes. Salieron 26 compañeros de la cárcel. Los otros 27 nos quedamos adentro. Esta gente actúa a la medianoche. A esta hora nos traen, a esta hora nos llevan. Cuando todos duermen los robots inician la tortura. Se los llevaron y no sabíamos que pasaría ni con ellos ni con nosotros. Apenas si se podía reflexionar en estas profundas horas de la noche y con un día de sobresaltos a cuesta. Era una noche negra. Salieron los compañeros de uno en uno y me fui quedando atrás. Franqueé la puerta de dos paños de la Cárcel Modelo. Me tropecé con un gigantesco bus pegaso que calentaba los motores.

La cárcel estaba rodeada de soldados con metralletas y con fusiles de largo alcance. Entré al bus rodeado por dos soldados y jalado de la esposa por un tercero. Me senté en la tercera banca delantera a la mano derecha del conductor. Era el único detenido que fue sentado solo en la banca. Los otros iban en pareja. Nos conducían a dar un paseo. Me asomé por la ventana y vi soldados. Me esposaron la mano izquierda al tubo respaldar del asiento delantero. Sentía que me aprctaba y le dije que me aflojase las esposas de la muñeca. No me hizo caso y se bajó del autobus. Soldados armados subieron una cuerda de amarrar barco de casi dos pulgadas de espesor y la entretejieron entre la hilera de asientos en los que estábamos sentados los civilistas detenidos. Se reducía la capacidad de movimiento de manera impresionante. No bastaba estar esposado al respaldar de los asientos. Se nos obligaba con esas amarras a permanecer dentro del espacio comprendido entre una y otra banca. Para salir del asiento había que saltar encima de los cordeles y además el tiro que permitía las esposas era hasta la mitad del tubo sellado de los respaldares.

Nos están colocando en un camión de la misma manera que se coloca a los bueyes cuando se les lleva al matadero. Me sentía impotente, una gran pereza inundaba mi alma. No descubría cuál era el motivo de semejante madrugonazo a la decisión pacífica de terminar con la dictadura. Los militares se sentían eufóricos del triunfo del día de ayer y hoy al iniciarse el día querían castigar implacablemente a sus enemigos. El bus se movió. Un señor y dos

señoras se habían acercado a vernos partir. Desde un balcón alcancé a ver un matrimonio pendiente de la salida de los dos buses de transporte de las Fuerzas de Defensa. Defensa de qué sí nos atropellaban con toda sus fuerzas.

-Muchachos a dormir- me atreví a decirles a los que estaban cerca de mí y cerré mis ojos. Los buses tomaban la dirección del Puente de las Américas. Nos llevan a realizar un paseíto. Era lo único cierto que logré descifrar en esos momentos de incertidumbre. Ibamos fuertemente escoltados. Dos soldados atrás y dos soldados adelante. Un conductor uniformado de policía. Un busito de diez pasajeros repleto de soldados. El bus tomó la velocidad del expreso de medianoche que recorre el trayecto entre Panamá y David, casi 450 kilómetros en menos de cinco horas. Viajamos hacia el occidente a una velocidad endiablada. A estas horas de la noche las carreteras están vacías y nadie se enteraría del viaje de los presos de conciencia. Pensé en la posibilidad de atropellar a un animal en soltura. Cualquier piedra en el camino o cualquier desliz del policía nos mandaría derecho a la otra vida.

Veía el bus ardiendo y a los presos desgarrándose las muñecas para poder librarse de las esposas y luego, enredados en las gruesas sogas, una pila de hombres hechos carbón y cenizas. El hombre planea el futuro, los militares planeaban la seguridad de una muerte segura para nosotros. El convoy de los condenados rumbo a lo desconocido mantenía su marcha incontenible. Veintisiete presos sin hablar, silenciosos, contemplaban la conducción de una máquina potente en manos de gente armada dispuesta a empezar a disparar metralhas, granadas, fusiles. Los no-violentos viajaban llenos de peligro dentro de las más estrictas medidas de seguridad diseñadas por las fuerzas de la represión.

El ejército panameño se desgastaba entre la pereza de los campos de entrenamiento y la imaginación afiebrada de la guerra psicológica. Mantenía los ojos cerrados tratando de conciliar el sueño. Apretaba las manos, los codos y los hombros y los aflojaba. Cada dedo de la mano esposada fue presionado contra el pulgar. Empecé a controlar mi pensamiento controlando mi cuerpo. Respiré el aire puro y frío que se colaba entre las rendijas del camión de medianoche. El destino del viaje no me interesaba. Me interesaba el viaje, el movimiento, la velocidad. Me sentía vivo.

El cuello tenso se aflojó y poco a poco sin darme cuenta me

confundí con el momento, con el tiempo y con el espacio que ocupaba mi cuerpo. Mi mente se liberó de la angustia de lo desconocido. La desorientación, la falta de rumbo, la incertidumbre que agrieta la racionalidad de la persona humana, son poderosos auxiliares para existir aquí y ahora con toda la plenitud del ser pensante. La vibración del bus sobre la carretera me daba la sensación de ir conquistando territorios. Estaba enajenado en el sentir para mantenerme libre en el pensar. No era posible hacerle ninguna concesión al enemigo, ni siquiera en el momento en que nos llevaban como bestias al matadero. Mi pensamiento no podía encadenarse a la tortura de la desorientación. A toda velocidad existía y devoraba distancias. La falta de sueño se hizo sentir y me quedé dormido en la inercia del movimiento.

El bus se detuvo. Estábamos en un aeropuerto. Todavía era de noche. La oscuridad estaba densa. Los postes que alumbraban la pista y el contorno de la carretera y de los árboles me indicaron que estaba en Farallón, en la base militar de Río Hato. El sitio me era familiar. Mi suegro durante años tuvo una segunda casa de verano y muchos fines de semana los pasábamos en Farallón. Cada vez que llegábamos a la base militar nos detenían. En algunos casos revisaban el automóvil. La mayoría de las veces sólo nos detenían por puro formalismo. Nos dimos cuenta de la progresiva militarización de la base. UNA compañía, creo que los Diablos Rojos, tenía su hogar en la base. Luego tuvieron unas doce tanquetas al servicio del general Torrijos. Se hizo la escuela militar Tomás Herrera para jóvenes de 15 a 18 años. Helicópteros y aviones pequeños llegaban con frecuencia y en la playa los pobladores y pescadores hablaban de la llegada de Fidel Castro y generales estadounidenses, amigos del General.

El sudor en el campo de entrenamiento es ahorro de sangre en el campo de batalla. Decía una de los lemas del hogar de la compañía. La base, que había sido concedida a tropas estadounidenses por el gobierno militarista que derrocó a Arnulfo Arias en 1941, hoy había sido ocupada por tropas panameñas al servicio de la defensa del canal, sede de la brigada 193 y del Comando Sur de los Estados Unidos de América. El pueblecito de Farallón se dedica a la pesca y al servicio de los militares. Ayer eran soldados que hablaban inglés, hoy son soldados que hablan español. Los militares pueden ser gringos o pueden ser cholos pero manejan el

dólar y les gusta el güaro y las mujeres, exclamaba Jacinta, una de las putas del pueblo, cuando se discutía si era mejor el gringo o el mestizo. Las cosas no habían cambiado para la gente del pueblo. La plata corría pero así como corría se gastaba en la orilla del mar. El general Torrijos tenía una casa en el centro del pueblo.

La familia de pescadores, vecinos del general, fueron a parar a la casa contigua de mi suegro. El general tenía la plata y tenía el uniforme. Esa familia era muy escandalosa y no tenía horario de gente civilizada, se comentaba en la mañana cuando los amigos del general procuraban dormir después de una noche de borrachera. En el otro extremo de la playa de Farallón, Noriega había adquirido una lujosa casa que competía con la antigua casa del General Torrijos.

La base militar de Río Hato, en esta madrugada en que nos detuvimos los presos de conciencia, ya no era más el símbolo de la afirmación nacionalista de los años 47 cuando la juventud panameña se tiró a la calle para sacar a los gringos que la ocupaban, ahora era el símbolo de las residencias de Torrijos y de Noriega. La pista de aterrizaje de esta base militar sirve para aviones grandes. En 1973 aterrizó un vuelo internacional procedente de Santiago de Chile con más de cien exiliados por el militarismo chileno de Augusto Pinochet. Años después, mi suegro decidió vender su casa en la playa de Farallón. Me la ofreció casi regalada y no la quise. Siempre he sido persona que rechaza tener cosas que requieran seguimiento. El seguimiento de una propiedad termina por esclavizar al propietario. La casa se le vendió a un guardia. Este fue donde Torrijos, le narró sus necesidades y el General llamó a un lugarteniente. Torrijos abrió el maletín y le entregó un fajo con 50 billetes de cien dólares. La transacción se hizo. Meses después me tocó ir a retirar unos muebles. Hablé con la señora del guardia. Ella no sabía nada, qué regresase para hablar con el señor que vivía en la base. Poco a poco nos olvidamos del asunto y los días de playa de Farallón formaron parte del recuerdo.

Ahora el sitio tenía el aspecto de ser un campo de concentración y nosotros podíamos ser esta misma noche sus primeros habitantes. Tenía la impresión de que los prisioneros judíos viajaban en las noches para que la población no fuese consciente de su exterminio. Nosotros estábamos allí fuertemente custodiados. Cualquier cosa que nos sucediese sería responsabilidad de nuestros

captoreos. Estábamos en las manos de una orden superior totalmente desconocida. Los 53 hombres de los buses, como si fuésemos dignos exponentes de una raza de hombres estoicos, permanecíamos callados. Ninguna queja, ningún lamento. Hombres serios, silenciosos, en espera de los acontecimientos. ¿Cuál era el objeto de nuestra permanencia en las pistas de aterrizaje de Río Hato? El paseito de esta noche incluía también un vuelo en avión. Los buses estaban rodeados de soldados armados. El ambiente externo era de campo de batalla. Yo sabía que la guerra de Noriega contra nosotros era una guerra psicológica y estas batallas psicológicas se ganan cuando uno muere sin rendirse y se pierden cuando uno vive paralizado por el miedo. Mientras me dejen hacer lo que yo quiera en esta banca del bus, duermo o me hago el dormido para acumular energía. El día aún no ha empezado y no sabemos hacia dónde vamos. Ninguno debe desesperarse. Nuestra obligación es mantenernos serenos y con fuerzas suficientes como para resistir y vencer las incomodidades futuras. Todo lo que nos había pasado hasta el momento habíamos logrado controlarlo. Lo que venga, como venga y cuando venga no puede sorprendernos. En una cárcel no hay sorpresas, hay sorprendidos. El detenido de conciencia no puede ser sorprendido y en estos momentos de incertidumbre en lugar de desgastarse se fortalece para enfrentarse con dignidad a lo que venga. Es una locura querer ir a la cárcel, pero si nos encontramos en ella, hay que dignificarla, pensé en el momento en que los soldados subieron al bus.

Los buses se pusieron en marcha. Calculé que serían como las tres de la mañana. Cerré los ojos. Dispuse no ver hacia donde nos dirigiáramos. Teníamos la alternativa de regresar a la Ciudad de Panamá y terminar el paseito nocturno a las cinco de la mañana sin que la gente de la cárcel hubiese notado nuestra ausencia. Cualquiera información de paseos nocturnos sería analizada como rumores y bolas para desacreditar el profesionalismo de las Fuerzas Armadas Panameñas. El viaje podía seguir hacia el oeste. Al final se pasaba a Costa Rica o si se cortaba a medio camino íbamos para Coiba. No tenía ningún conocimiento de la ruta para Coiba. Además no ganaba nada pensando en Coiba. Coiba era sinónimo de castigo cruel para asesinos y fascinosos. Nosotros éramos hombres de Justicia, Democracia y Libertad. Si ciertamente estábamos detenidos, a mí no me habían interrogado, no me

habían llevado a ninguna autoridad competente y por lo tanto no me habían juzgado y mucho menos podían condenarme y aplicarme un castigo.

Ir a Coiba es imposible, pensé inmediatamente. Deseché la alternativa y volví a enajenarme en el movimiento, en las vibraciones del vehículo, en el ruido del acelerador. Recosté la cabeza sobre el brazo esposado. La esposa me servía para mantener el brazo adherido al respaldar del asiento. Si me duermo no tengo peligro de perder el equilibrio. Estaba casi metido en una jaula. Me acomodé, en plena confusión sensorial y respiratoria, con el medio ambiente y dormí profundamente. Tuve un sueño.

Los buses pasaron por el pueblo, Penonomé. Mi padre dormía. Mis hermanos y amigos también. Los pueblos del interior se apagan a las diez de la noche y se levantan a las seis de la mañana. Menos mal que mi madre murió el año pasado. De otra manera estaría destruyéndolo su frágil cuerpo con el dolor de padecer injusticias. Mi mamá siempre fué una mujer fuerte. Nunca llegó a pesar más de cien libras pero era una mujer peso pesado. El ideal de vida para ella es el sacrificio. Regaló una imagen del Corazón de Jesús, que se hizo leyenda con el Cristo de Chigoré. Un Cristo que lloró con lágrimas que le caen al corazón. Cuando se fue para siempre hasta en el último segundo estuvo peleando por su vida. Cuando le hablé sólo tuve que secarle una lágrima que humedeció su ojo derecho. Luego expiró.

Mi madre no tuvo necesidad de hablar para darnos su mensaje de despedida. Su vida había sido su mensaje. Su resistencia a morir lo confirmaba.

Me desperté junto a la carretera. Los buses estaban en un patio cercado de malla ciclón y con dos pies de alambre de púa en la parte superior de la cerca. Amanecía. La claridad se apoderaba de los rincones del cielo. Los nubarrones del cielo de octubre se veían grises al amanecer. Al mediodía caerá un fuerte aguacero. La tierra olía a húmedo. Observé dentro del bus y no había un solo militar. Fuera del bus dos soldados conversaban. Me levanté del asiento. Estiré como pude los brazos, uno de los cuales se mantenía esposado al asiento trasero. Bostecé. Los pulmones se llenaron de aire puro.

-Buenos días, compañeros. Pronto nos servirán el desayuno -dije en broma.

Nadie contestó. Tenía el brazo esposado dormido y un cosquilleo doloroso se fué apoderando del mismo.

-¿Dónde estamos, muchachos?

-Santiago. Viaje a Coiba.

Efectivamente estábamos en Santiago. La carretera interamericana se veía al frente de nosotros y a un costado el edificio del Cuartel de Policía. Habíamos viajado toda la noche para evitar que fuésemos vistos en el camino. Por la Interamericana pasaban vehículos de pasajeros que miraban hacia nosotros. Saludaba a la gente que pasaba. Nadie responde a los saludos de un detenido que viaja a Coiba. Les había dicho a los compañeros al salir de la Cárcel Modelo que nos llevaban a dar un paseíto y que al amanecer seguramente nos devolverían al sitio de partida. El paseíto había sido largo y por el sitio de llegada todo conducía a pensar que realmente nos llevarían a Coiba. No podía admitir que Coiba fuera nuestro destino final, pero tenía que empezar a prepararme para un viaje a Coiba.

-Es pérdida de tiempo para ellos llevarnos a Coiba. El lunes tendrán que regresarnos -comenté en voz alta.

Un robot se me acercó por la ventanilla. Se detuvo. Me le quedé mirando.

-Siéntate. No se pueden parar.

-Estoy descansando -le contesté.

Permanecí de pie. Empecé a girar la cabeza de un lado al otro, mientras aspiraba e expiraba. No le iba a hacer caso a los antojos de un guardia. Ya nos tenían esposados y amarrados a los asientos, nos tenían encerrados en un autobús gris, amanecidos y sin perspectivas. Mi libertad para sentarme y pararme no la iba a ceder, si me la querían quitar tenían que arrancármela. Se alejó y me quedé dueño de mi espacio de libertad. Poco a poco los compañeros del bus fueron despertando. La soledad del viaje de incertidumbre cayó como una palma desgarrada por un rayo. Nos comunicamos. La tertulia estaba bien animada cuando regresaron los soldados al bus. Por primera vez les pude ver el rostro a los robots. Eran personas que venían de desayunar. El café los reanimaba. Ellos también nos descubrieron el rostro. Los sediciosos dispuestos a matar soldados y a privarlos a ellos de sus salarios eran personas que saludaban, reían y se portaban bien.

El silencio oscuro que se metió en el bus con el ruido de las es-

posas y las amarras de las sogas de barco era sustituido por la comunicación iluminada de un amanecer que venía a nuestro encuentro a toda prisa. Los buses salieron del cuartel y se metieron hacia el centro de Santiago de Veraguas. Años antes, en agosto de 1985, a tres semanas de la decapitación del viceministro de Torrijos, Hugo Spadafora, en el restaurante Quo Vadis de esta misma ciudad, se había secuestrado a un médico. El médico era amigo mío y vice-presidente del PAPO. El secuestro del médico, Dr. Mauro Zúñiga, desencadenó una protesta masiva que llevó a los gremios de la salud y de la docencia a un paro de desagravio de cuarenta y ocho horas. En Santiago, en el mismo cuartel que acabamos de abandonar, se encontraba el mayor de zona, que sobrevoló en helicóptero la carretera interamericana sin resultado alguno. Aquí, en esta zona los civilistas tienen pocos simpatizantes y es difícil que al vernos pasar por la calle nos manifiesten apoyo. De los innumerables testigos que vieron el secuestro del médico ninguno después pudo testificar consistentemente ni acerca de la marca ni sobre el color del vehículo utilizado en el secuestro. Los secuestradores y el vehículo desaparecieron al medio día. Ahora es seguro que estos dos buses cargados de civilistas, sean ignorados por la población. Pasamos frente a la casa del párroco. La reconocí. Era muy temprano para que hubiese gente en la calle y en las plazas. Perdí la esperanza de que alguien nos reconociese cuando los buses enfilaron por una carretera angosta rodeada de potreros para la cría de ganado.

-¿A dónde vamos? -le pregunté al conductor.

-Puerto Mutis.

-¿Cuántas horas de viaje? -le repregunté.

-Una hora -entendí que me respondió.

Los buses se orientaron hacia sur. Mantenían la misma alta velocidad de la noche anterior. El peligro de una vaca o un caballo en soltura aumentaba por esos parajes. El lugar era completamente rural. Pocas casas se veían en el camino y la gente apenas lograba esconderse cuando los buses pasaban. No sabía en ese momento que pasaba por una tierra recientemente ensangrentada y que veía gente aterrorizada por los camiones de las Fuerzas Armadas.

-Hoy es 23 -decía la gente-. Hace tres días, en el último viaje de los infelices a Coiba, un bus se detuvo en el camino. Una llanta

había explotado. Cuando se acercaron a cambiar la llanta, la gente que iba en los otros carros, empezó la balacera. Los guardias corrían y los presos empezaron a saltar por las ventanas. Un preso huyó con un fusil seguido de diecisiete que se dieron a la fuga. Luego vinieron otros carros de la policía y un helicóptero sobrevoló por las fincas y matorrales. Se metieron disparando por todas las casas. El mismo bus donde un preso desarmó a un soldado, fue asaltado con ametralladora en mano. Los presos que estaban adentro fueron heridos, algunos murieron.

Un trabajador contó más de diez cadáveres antes de que la guardia se tomase el hospital y vecinos contaron del reguero de muertos que iban dejando a lo largo de la carretera. Se aplicó la ley de fuga y se le dio licencia para matar a todo los soldados que participaron en el operativo. Yo mismo conté ocho cadáveres en el suelo y todavía las manchas de sangre empapan la ruta. La gente está asustada. Fue una guerra corta. Los presos se metían por las casas buscando refugios y llorando porque los iban a matar. La guardia los siguió y creo que sólo lograron escaparse tres personas.

Esas noticias llegaron a la Cárcel Modelo, el día 22. Allí se filtró que habían muerto tres guardias. No tenía idea de que los sucesos que habían trascurrido días antes, se iban a manejar el día de hoy, como eventos en los cuales nosotros mismos participábamos y nosotros mismos serviríamos de víctimas. La misma prensa oficialista del día de hoy traía la noticia del Motín de los presos que viajaban a Coiba y registraba los nombres de tres personas muertas. Los vientos de intimidación se concatenaban hasta llegar al huracán diabólico que paralizaba de horror a los mismos activistas dispuestos a liquidar al militarismo.

La guerra psicológica profundizaba sus técnicas y armaba el rompecabeza de cientos de acontecimientos aislados que planificadamente servían para doblegarnos. Llegamos a Puerto Mutis antes de las ocho de la mañana. Una sola calle tenía el pueblo. El bus avanzó casi hasta el mismo embarcadero y nos pusimos paralelos a los compañeros del otro bus. El estero estaba sucio. Las aguas marrones con color de arcilla indicaban que la influencia de los ríos era más significativa que la influencia del mar. Después se me dijo que allí no había agua salada. Era un río que penetraba lentamente en el mar. Una plataforma de cemento al costado del

embarcadero, terminaba en las oficinas de la Autoridad Portuaria. Esas oficinas servían para alojar al gobierno. El gobierno podía tener varios nombres, como Centro de Salud, Corregiduría, Autoridad Portuaria, Aduana, Telegrafía, Intel; al final era lo mismo. Gobierno en Puerto Mutis es Fuerzas Armadas y las Fuerzas Armadas estaban conscientes de ser las dueñas de nuestro destino.

Rápidamente el sol calentó la carrocería de los buses. El sol me daba directamente en la mejilla. El este estaba sobre los manglares y a medida que trascurriese el día nos íbamos a asolear más y más. Empezamos a sentirnos incómodos. La camisilla blanca que me había puesto en la madrugada para protegerme del frío ahora aumentaba el fogaje sobre el cuerpo y evitaba que el mismo sudor, que ya empezaba a traspasar, sirviese para refrescarme.

-Señor -le dije al soldado- que había aflojado las esposas minutos antes a los compañeros que tenían las muñecas hinchadas- quíteme la esposa un segundo para sacarme la camisa.

-No se puede.

-Es sólo para quitarme la camisa antes de asarme de calor.

-No.

-Usted es un desconsiderado. No me la quite que ya yo veré como me las arreglo. Cuando usted se encuentre en mi lugar, tenga la seguridad de que yo sí lo voy a ayudar.

No me contestó. Como pude me quité la camisa de un hombro, de un brazo y luego del otro hombro. Me sentí aliviado del calor. Valía la pena el esfuerzo. Empecé a sacar la camisa entre la muñeca y la esposa. Tenía tiempo para tal operación de tira y jala. Si la camisa se rompe o se queda trabada ya veré que hago, por ahora sigo trabajando. Después de varios minutos, la camisilla blanca estaba afuera. Me pareció un absurdo haberle pedido un favor a un robot. Ellos sólo obedecen órdenes. No están preparados para que se les trate como personas cuando están de turno. Hay que saberse manejar con ellos, porque aunque sean robots se comportan como hombres cuando uno menos se lo espera. Además, si uno les hace entrever que los respeta, al final terminarán respetándolo a uno.

Esta consideración la hacía de manera espontánea. Estaba convencido ya casi por connaturalidad que nadie es más que yo pero tampoco es menos que yo. Todo hombre y mujer se igualaban a mí desde el primero momento. La igualdad no es el derecho de

los demás, es el deber que impide que la discriminación sea fuente de interacción humana. No sólo existe el derecho de exigir igualdad, existe el deber de tratar a los demás como iguales. Todo robot que llegue a mí, como todo militar que se me acerque, será tratado como un igual. Ni como superior ni como inferior. Al final no pretendo dominarlo, al final pretendo convertirlo en él mismo. Cuando todos los robots se den cuenta de que ellos son ellos mismos, el militarismo se quedará sin gente. Sus jefes se enfrentarán a nosotros y no podrán dominarnos.

Ellos tienen la fuerza cuando tienen a los robots, pero su fuerza es sólo la obediencia. La desobediencia activa que nosotros practicamos los va debilitando. Ellos podrán asesinarnos, pero no podrán vencernos.

Se pasó una vasija de plástico para que las bestias amarradas orinasen. Yo no tenía ganas de orinar. Las horas que habían pasado sin comida, sin bebida, sin descanso, habían inhibido mis deseos de ir al servicio. La poca agua que había sudado era suficiente excreción. Estaba preparado para quedarme días enteros sin comer, sin beber, sin defecar ni orinar. Todo el bus latía con el mismo pulso de inhibiciones. Supimos horas después, que un compañero del otro bus se había orinado a chorritos durante el viaje y durante la espera

-Aguantá hasta el final -le había dicho el sargento al mando de la vigilancia al llegar a Santiago.

-Si te orinas en el bus, lo vas a lavar con la lengua -le dijo el conductor.

La orina había sido retenida en los calzoncillos, en el pantalón en las medias y en los zapatos. Luego se había evaporado y se había ido ante la masa de aire y viento que fluía por el bus. La vasija de plástico se llenó de orine en varias ocasiones y un guardia la vaciaba contra el talud junto al bus. Los detenidos se mantenían atados a sus bancos y esposados al respaldar de los asientos. Casi al mediodía se movió el bus. Se colocó en un sitio donde no le pegaba el sol. Inmediatamente el ambiente refrescó. Quedé cerca de la oficina de la Autoridad Portuaria. Podía escuchar cuando el teléfono, pienso que el único del Puerto, sonaba. Si ponía atención escuchaba parte de las conversaciones.

-Mí mayor, la bacha llega a las once. Trae quinientos palos y una cosechadora.

-La mando enseguida . En cuanto llegue la mula.

-La marea está buena.Como a las tres.

-Esta misma noche. Van doce hombres.

La bacha debía ser un barco grande que hacía la travesía entre Puerto Mutis y Coiba. Venía cargada con una cosechadora y con una madera. Lo importante no era la llegada del barco para salir de nosotros, lo importante era la carga que venía. El mismo mayor había llamado por teléfono preguntando la hora de llegada. No entendía qué cosechadora podía venir de Coiba. Me imaginé un barco oscuro que entraría al puerto con las sirenas bien puestas. La gente del puerto pasaba cerca de los buses y se quedaba mirando con curiosidad a los detenidos esposados que de un momento a otro embarcarían hacia la Isla Maldita. Cerca de ocho soldados estaban en la plataforma mirando hacia el estero.

-Viene. La bacha viene.

Un niño salió corriendo hacia el embarcadero. LLevaron unas carretillas con unos tanques. Un camión de seis ruedas bajó en reversa hacia el embarcadero. La bacha entró al estero. Era una barcaza que apenas sobresalía en el agua. El timonero y el puente estaba ligeramente subido y cargado sobre la misma popa. Todo el barco era una gran proa abierta como si la misma bodega del barco estuviese al descubierto y penetrase dentro de la misma línea de flotación. Era una barcaza diseñada para cargar y descargar. El ejército de los Estados Unidos había regalado tres bachas a sus empleados panameños y una de ellas se utilizaba para hacer negocios con Coiba. Eran material de desecho de la Segunda Guerra Mundial.

Esas mismas barcazas fueron diseñadas para los rápidos desembarcos de los *mariners* sobre las islas del pacífico infectadas de japoneses. La configuración de la gran popa abierta casi debajo de la línea de flotación permitía penetrar hasta la playa y descender con tanques y gente disparando simultáneamente. Me fijé en las esposas. Habían sido fabricadas en los Estados Unidos. Creo que en Illinois o Pensylvania. Los uniformes de los soldados, los fusiles y las metralletas eran también *made* en USA. Lo único que había sido comprado era el bus Pegaso que nos había conducido a velocidad mortal desde la Ciudad de Panamá. Los Pegasos fueron producto de un negociado, allá por los años en que el hermano del General Torrijos fungía de Embajador y se orinaba en las recep-

ciones como el Coronel Closeau de la serie de la Pantera Rosa. Confirmaba en el terreno que las Fuerzas Armadas Panameñas son lo que son y siguen siendo lo que serán por decisión del Pentágono. No era posible la existencia de generales como Torrijos y Noriega fuera del amamantamiento de los Estados Unidos.

Los gobiernos de hombres fuertes de América Latina, como los de Europa a principios del siglo XX se debieron al gran apoyo que recibieron en un momento de los grupos económicamente fuertes y del natural atractivo que imprimieron en las masas. En Panamá, todos los generales, desde el famoso general nombrado post mortem, Remón Cantera, habían adquirido el epíteto de hombres fuertes. El escalafón era la mejor forma de trepar hacia las alturas y a las alturas del poder en Panamá se reptaba a través de la servidumbre de años al servicio del cuerpo armado. La mejor muestra de un excelente discípulo fue Omar Torrijos, que entró a las filas de los uniformados en 1952, y sólo después de 16 años de formación al servicio de los gringos estuvo en capacidad de aspirar a un generalato.

Lo mismo sucedió con el precoz de Manuel Antonio Noriega. Entró a las Fuerzas Armadas en 1962 y solo después de 21 años de servicio llega a ser general. En estos momentos, todo el poderío acumulado por los uniformados gracias a la dedicación y a los favores del Pentágono se volteaba contra nosotros. La habilidad suprema de los militares era acusarnos de agentes de los Estados Unidos y golpearnos con todo el poder de los Estados Unidos puestos al alcance de sus manos. Lograban manejar la violencia, vivir de la violencia y, cuando la sociedad estaba a punto de rechazar la violencia, se colocaban en contra de sus aliados para quedarse con el santo y la limosna. La bacha atracó en el puerto. Venían doce descamisados, curtidos por el viento y el sol. Hombres delgados y ágiles que terminaban una pena y retornaban a la Ciudad para ser liberados. Los pusieron a trabajar. Luego de una hora lograron bajar la cosechadora. Era una cosechadora de arroz. Una Massey Ferguson potente de cientos de caballos de fuerza. Pasó frente a mí como un caballo con su cuello erguido. Regresaba después de años de la Isla Maldita. Era un patrimonio del Estado que se manejaba y que después supe se usufructuaba como un bien particular orientado al máximo lucro. Los doce hombres empezaron a bajar las astillas, los quinientos palos de fi-

na leña. Hicieron una cadena desde la bacha hasta la plataforma y trabajaron por horas. Sin descansar y la leña no se acababa. Allí vienen más de quinientos palos, pensé. Esta gente va salpicando desde el jefe de la cuadrilla hasta el mayor, el coronel o el general. El dominó del salpique se produce porque si las cosas no nos cuestan, hagámosle fiesta. El ojo del amo engorda el caballo, decía mi abuelo para obligarnos a supervisar el trabajo de otros. Aquí, el trabajo era supervisado por varios amos y todos lograban engordar un poquito al caballo.

Llamé a un muchacho que pasó junto al bus. Tenía hambre y le pregunté si se conseguía pan en el pueblo. Ya habíamos conseguido con los soldados que nos diesen agua en sus cantimploras. Hice una colecta y mandamos a comprar seis dólares en fritura, pan no se conseguía. Se había acabado temprano. Las frituras, apenas dos por cabeza, nos dieron más hambre. Un guardia leía *Crítica* y le solicité que me la prestase. Me la entregó y en primera plana se leía el asunto del motín y la muerte de tres presos que se habían dado a la fuga. Le pregunté al soldado qué sabía del motín del día de ayer y me respondió que él estaba en Panamá cuando eso sucedió. Ellos venían escoltándonos y una vez que nos embarcásemos regresarían a Panamá. El no sabía nada de política y las órdenes eran precisas. Entreguen esa gente en Puerto Mutis y regresen en el mismo viaje. Supe que los presos conducidos a Coiba el 20 o el 21 venían sin esposas y sin las sogas de barco amarradas a los asientos. Las medidas extremas de seguridad eran producto de la experienciar eciente.

-¿Su nombre soldado? -le pregunté.

Logré establecer una buena relación. Yo estaba en la primera banca ocupada, que era la tercera después de la puerta de entrada.

-Manténgase con los ojos bien abiertos, soldados. Somos sediciosos y nuestro compañeros en cualquier momento pueden venir a liberarnos.

Se sonrió y tocó su M-16. En la cintura tenía unas especies de granadas o de bombas químicas. Le vi en los ojos la seguridad de un soldado entrenado para la pelea. Nunca había tenido la oportunidad de pelear y el entrenamiento recibido le daba mucha confianza en sí mismo y en su jefe.

-Soldado, ¿sabe usted por qué estamos presos y por qué nos

llevan a Coiba? El Estado Mayor y el general nos tienen miedo. Nosotros combatimos en las calles con banderas blancas y vamos a derrotar políticamente al militarismo.

-Yo no me meto en eso. Si Noriega se va, nosotros nos quedamos. Los jefes pasan y los ejércitos permanecen. Yo cumplí órdenes.

-¿De dónde eres?

-Del Darién.

-¿Cuántos años tienes de estar con la Guardia?

-Ya voy para quince años -me contestó.

El soldado conversaba con tranquilidad. Hablando, el tiempo se le hacía más llevadero. Le noté en su dentadura blanca un diente de oro. Tenía los ojos chiquitos, la frente amplia y una quijada salida hacia afuera. Era un negro darienita con apellido latino. Sus padres eran colombianos y vivían en la Costa. Había nacido en Panamá. Pensé que las Fuerzas Armadas Panameñas al igual que todos los ejércitos del mundo son material dispuestos a seguir órdenes. Lo difícil era tomarse el Comando y una vez tomado era fácil mantener el orden y ganarse la fidelidad de las clases y tropas. Maquiavelo decía que los estados dictatoriales son difíciles de derrocar, pero fácil de controlar.

Pensé que un grupo de gente dispuesta a tomarse el poder a sangre y fuego podía eliminar al Comando. Así lo había pensado y lo había hecho Fidel con Batista, Hitler en el pusch de Munich y Pinochet con Allende. El vanguardismo es la tentación de las minorías audaces para hacerse con el poder. Todo poder tomado, sin importar las razones que se aduzcan para hacerlo, por una vanguardia armada se mantiene violentamente. El vanguardismo se fundamenta en el escenario de una mayoría dispuesta a obedecerle a los fuertes y audaces. La toma del poder es sustituir a la minoría gobernante por la minoría ambiciosa de poder. Este no era el caso panameño. No se trataba de una minoría violenta en busca del poder, se trataba de una mayoría no violenta dispuesta a controlar el poder y desmilitarizar la sociedad. Esto tenía que hacerse por la vía de la democracia participativa. El camino era lento pero era duradero. El poder controlado no tenía forma de utilizar la obediencia debida de la mayoría, la minoría en el poder le deberá la obediencia a la mayoría.

Ese ideal de democracia impedía la tentación de utilizar la

guerra santa o la justificación de la guerra justa para iniciar una lucha por el poder. La guerra es la lógica de la violencia. Esta lógica puede ser santa si utiliza la motivación religiosa para destruir, puede ser justa si utiliza la violencia para destruir un mal mayor, puede ser una guerra de liberación o una guerra nacional. Siempre la guerra es destruir al enemigo antes que el enemigo lo destruya a uno. La democracia participativa es controlar a la minoría que ejerce el poder con la no violencia. El soldado armado hasta los dientes hablaba conmigo. Yo estaba esposado, amarrado, hambriento, mal dormido. El llevaba el fusil y el uniforme como medio de ganarse la vida. Su trabajo era obedecer. Otros veinte hombres también eran asalariados de la violencia. Una planilla y un presupuesto para portar armas y para golpear a sus hermanos.

-Ustedes son antisociales -me había dicho. Mi discurso había sido calificado de subliminal por, Díaz Herrera, el Segundo Comandante en Jefe de las Fuerzas de Defensa, hoy compañero de celda, allá en la Cárcel Modelo. El militarismo preparaba respuesta para todos. No adiestra hombres sino que prepara robots. Esos robots, obedientes a la doctrina de seguridad pública y defensa nacional, que manejan sus jefes locales y sus jefes extranjeros no entienden nada sino que reaccionan a todo. El adiestramiento consiste en formar actitudes, es decir respuestas instintivas a situaciones concretas. Recuerdo en Farallón, un batallón de 80 hombres trotando y gritando que ellos eran unos hijos de perra pero que su comandante era la divina persona. El general de turno no es un hombre, es Dios. El general es su padre, el general es su madre, el general es su hermano, el general es la patria.

Ese discurso repetido sobre la nulidad, la servidumbre y el anonadamiento de la propia personalidad y la exaltación y la grandeza del jefe hace mella. Va creando actitudes y totalizando la fe y la esperanza en ese ser superior que es el general de turno. Detrás de la hojarasca de los robots sobresalía siempre la humanidad. La humanidad de la no violencia es el instrumento que desconcierta al soldado y lo invita a la reflexión. Me tocó una vez enfrentarme a tres soldados armados con M-16. Protestaba frente a la Iglesia de Don Bosco con una bandera blanca y haciendo ruido al golpear con un hierro un poste eléctrico. Los soldados llegaron y los vi venir. Continué tranquilamente en mi protesta. Los compañeros que me rodeaban se retiraron.

-Retírese- me dijeron.

-¿Qué van a hacer con tantas armas contra una bandera blanca?- les contesté.

Me fueron empujando. Mis amigos se reagruparon y pudimos retirarnos protestando por cerca de ocho cuadras. Ese día hicimos un bonito experimento de manifestación no-violenta. Los soldados no dispararon y la gente se dio cuenta, además de que éramos audaces, que sí es posible oponerse a las armas con el pecho descubierto.

Llegó el jefe de la custodia. El soldado hizo silencio. Era un teniente. Lo saludé. Los buenos días se los daba a todas las personas que se me acercasen. Incluso si lo consideraba un robot programado a golpear.

-Muchachos, si tienen hambre se puede comprar comida- dijo el teniente.

Era la primera frase humana que escuchaba espontáneamente de un oficial desde que me habían detenido. Nosotros sí teníamos hambre y se nos presentaba la posibilidad de comprar comida. Ya habíamos mandado a un muchacho y lo único que nos había conseguido fueron unas frituras y unos pedacitos de pan.

-¿Qué comida se puede conseguir ?-le pregunté.

-Una señora se ha comprometido a freír unas salchichas y hacer un poco de arroz.

-¿Cuánto sale el plato ?

-Hagan una colecta y díganme cuánto tienen. Yo trataré de arreglar un buen precio con la señora.

-Quieren comer -les grité a los compañeros- vamos a hacer una colecta. Yo pongo un dólar.

Se hizo la colecta y empecé a sospechar que el teniente quería sacar unos cuantos reales con la comida que el gobierno tenía que darnos para no matarnos de hambre. Habíamos pasado en el aire el desayuno y el almuerzo y lo más seguro es que nos pasaríamos el resto del día esperando que descargasen la bacha de madera.

-Necesitamos una bebida, teniente. Cada bebida cuesta quince centésimos, somos 27. Hemos recogido ocho cincuenta. Se lo vamos a dar si usted busca la fórmula de darnos comida y darnos bebida a los dos carros.

El teniente se retiró haciéndonos promesa que haría todo lo posible para convencer a la señora. La bebida que pondría sería

koolei con un poco de limón y azúcar. Fue sincero, al poco tiempo llegó un soldado con una olla llena de arroz y una paila con choricitos picados en un poco de salsa de tomate. En un sólo plato comimos todos. El *koolei* lo tomamos parte en cantimplora y parte en la vasija de metal que acompaña la cantimplora de los soldados. Nos mantuvieron esposados y amarrados durante el almuerzo improvisado que logró mitigar el hambre dormida que ya habíamos despertado con la fritura del mediodía. Teníamos cerca de trece horas de haber salido al paseíto nocturno.

El teléfono sonó. Llamaron al teniente. Era otro diferente al que nos había sacado ocho cincuenta por la comida; en el otro bus habían recogido cerca de 12 dólares.

-A sus órdenes mi coronel.

Me concentré en la llamada. A pocos metros de la ventanilla un oficial en arreos de soldado se paraba firme ante el teléfono.

-Repito los nombres, señor. Alberto Conte, Blandón y Puerta Calvo. Si señor. Enseguida señor. A las cuatro señor.

Empezó la corredera. Dieron orden de acelerar la bajada de los palos. En media hora hasta donde llega ajusta. Preguntaron en el bus por Conte, Blandón y Calvo. Ninguno de los tres viajaba con nosotros. Venían en el otro bus. Rápidamente le dije al soldado que estaba con nosotros en el bus que me comprase un cuaderno y una bolígrafo. Le dí un dólar. Empecé a escribirle una carta a Marcia.

-Querida Marcia. Dentro de poco viajaré a Coiba. Estos días he puesto en práctica lo aprendido en mis años de juventud. El zamorano, los jesuitas y el trotamundo de Europa me enseñaron a soportar y superar las dificultades que estoy encontrando. Ten confianza, si sigo así esta gente nada podrá contra mí.

No le pidas favor a nadie para sacarme, ni pagues un sólo real de multa o fianza. De la misma manera arbitraria que me tienen secuestrado, me soltarán. Noriega está con nosotros escarmentando a todos sus enemigos. Dile a los amigos que la pelea es peleándola y que el adversario está débil si nosotros actuamos con fortaleza.

Sigue haciendo la vida normal. Hay que mantener la seguridad de la familia y la ilusión. Sé que tu eres una mujer del presente. Calculo que regresaremos de Coiba el lunes y que pasaré con ustedes las fiestas patrias. Tengo asuntos pendientes. Las notas de la

universidad. La libreta está en la oficina. Si para el día 29 sigo preso toma la libreta y allí encontrarás la nota de un trabajo y de un parcial. Suma los dos promedios y el resultado es la nota semestral. La experiencia me dice que el porcentaje de estudiantes que mejora con el examen final es muy reducido. Las listas pídelas en la Escuela de Administración Pública. La compañía que me espere, se que los clientes van a comprender.

Pon un recurso de *Habeas Corpus* contra Macías. Hay que luchar en todos los frentes en que se pueda luchar. Aquí hay gente valerosa y valiosa. Un muchacho de los Canaleros llamado Patmore, Conte y Blandón. Podrás enterarte de más detalle con quien te entregue la carta. Ponte en contacto con Romero que ya fue liberado. Me saludas a mis hijos, a mi papá, a mis hermanos y a la familia y amigos que te acompañan en estos momentos de crisis. Sé que están haciendo todo lo que se puede hacer y comprendo que es infructuoso. Este es el costo de vivir sometido a un militarismo. Tuyo. Beto. Puerto Mutis, 23 de octubre a las 3:45 de la tarde.

Blandón, Conte y Calvo tenían relaciones con gente del proceso. Calvo era hijo o hermano del Embajador en Japón que había sido Ministro de Salud, Conte había dicho que el Presidente Delvalle lo conocía bien y Blandón era el primogénito del estratega político de Noriega. El descuido de haber llevado a Chabelito hasta Puerto Mutis era imperdonable. Me imaginé ese día, cuando el padre de Blandón se levantó y preguntó si su hijo ya estaba libre. No lo estaba. Habrá hecho varias llamadas hasta que supo que a la una de la mañana la aplanadora militarista lo arrastraba hacia Coiba. Ya eso era demasiado. Noriega se había excedido con su hijo y nada justificaba que el muchacho fuese tratado como un delincuente de la peor calaña. Gritó, se disgustó, tiró puertas, hasta que el Comando ordenó.

-Manden a buscar al carajito de Blandón. Inmediatamente que llegue se lo entregan al padre.

Así se estaba haciendo. Con los otros dos la orden era más simple.

-Conte y Calvo que no vayan a Coiba. Ya veremos que hacemos con esos dos.

Bajaron a los tres del autobus. Les quitaron las esposas. Los dejaron de pie en la plataforma de concreto cerca del embarcadero. Tenía el problema de cómo hacerle llegar la carta a Blandón.

Decidí que el más seguro de los tres era Blandón. Con los otros no conocía la fuerza de las palancas para obtener su libertad. Además, Alberto era una figura significativa de la Cruzada y Noriega no iba a debilitar su posición de fuerza intimidatoria dejándolo libre. Calvo era un muchacho alegre y sincero pero apenas lo había conocido en la celda por unas cuantas horas. Cuando descendí del bus y vaya al embarcadero me desvié del grupo, le doy la mano a Blandón y le dejo escurrir la carta. La maniobra era posible pero dependía de que me dejaran hacerla. Tenía en contra la posibilidad de que me llevaran esposado y que no me dejaran apartarme de la ruta. La otra posibilidad era ordenar al soldado que le llevara la carta a Blandón y si no quería, cómo iba a persuadirlo tratándose de escasos minutos. Ya los compañeros del otro bus empezaban a descender, formaban fila de dos en dos y se dirigían a la bacha.

Noté que ninguno saludaba a los tres que retornaban a Panamá. Es posible que no sientan la necesidad de hacerlo. Los detenidos no tienen libertad de decidir sus actos y los guardias están en capacidad de mantenerlos en orden para eso portan fusiles, bombas y bastones.

-Soldado- mencioné su nombre-entréguele al muchacho que está sin camisa este papel.

La carta la doblé en varias partes y ocupaba un pequeño cuadrado que podía esconderse con facilidad en la palma de la mano.

-Dígale. Blandón, aquí te manda el doctor.

El soldado tomó el papelito, se dirigió hacia Blandón que estaba como a 15 metros de distancia y le entregó la carta. Blandón miró hacia el bus tratándolo de encontrar mi vista y apenas lo logró. Yo estaba con la cabeza salida en una de las ventanillas de las lanternas. Nos bajamos la cabeza y me volví a sentar en el bus. Tres soldados empezaron a desamarrar las sogas de dos pulgadas de diámetro para permitirnos transitar por el pasillo del bus. Nos quitaron las esposas. El teniente de la plata para comprar la comida nos dijo que él había decidido trasportarnos sin esposas, que fuésemos directamente a la bacha y que el barco saldría para Coiba a las cuatro en punto. Ya faltaban pocos minutos.

-Teniente quiero ir al servicio, le dije.

-Allá en la bacha tienen comodidad para todo eso. Yo mismo los voy a custodiar hasta la Isla.

Bajamos del bus. Las piernas y músculos estaban entumecidos. Habíamos estado 15 horas esposados y sentados en un bus. Menos mal que durante el viaje había logrado conciliar el sueño. Los que habían participado del Empujón Final tenían más de 36 horas que no se aseaban, que casi no comían, que aún no se acostumbraban a la velocidad endiablada de acontecimientos que se iniciaron desde el momento que optaron por salir a la calle a protestar no obstante las recomendaciones de todo el mundo para que se mantuviesen tranquilos en sus casas o en sus trabajos. Los primeros pasos los di flotando en el aire. Me sentí mareado. Me detuve. El estero me daba vuelta. Respiré, bostecé y seguí caminando. El declive del terreno era prolongado. Bajábamos hacia el embarcadero. Al pasar junto a Blandón, Conte y Calvo me separé del grupo. Le di la mano a cada uno con calor y entusiasmo y les deseé suerte.

-Recibiste el papel-le dije a Blandón. No dejes de entregárselo hoy mismo. Tu vas para afuera. Suerte

Los tres estaban sorprendidos y desconcertados porque a última hora, cuando ya la esperanza había concluido y estaban preparados anímicamente para ser conducidos a Coiba, había llegado la orden del regreso a Panamá. Nuestro viaje para ellos era más doloroso que para nosotros mismos. Se sentían que nos abandonaban cuando el barco estaba a punto de hundirse con tres salvavidas que ellos no podían compartir. Aunque decidiesen acompañarnos a Coiba no estaba en sus manos tal decisión. Era lo mismo que uno de los cuarenta y nueve se rehusase ir a Coiba. Estábamos condenados injustamente a ser castigados en la Isla Penal.

No había retorno ni para ellos ni para nosotros con las decisiones antojadizas del Comando. Entré a la bacha. Los muchachos se apresuraron a ayudarme. Había que subir como dos pies de plancha y luego bajar unos tres pies hacia el piso de la bacha. Todo era metal. El piso de una bacha es de hierro y la superficie es dentada. Como a dos metros de la punta de la proa se abre una compuerta que divide la bodega en dos partes. Un pie de agua se remolina entre una y otra parte. Por esa apertura teníamos que hacer nuestras necesidades. Unas tarimas de madera estaban tiradas sobre el piso y otras recostadas a uno y otro costado de la bacha. Al fondo, junto al puente de la bacha y casi llegando hasta la altura del timonero, un cúmulo de palos se amontonaba. Los doce presos no habían logrado descargar en casi cuatro horas ininterrumpidas de

trabajo toda la leña que cargaba una bacha. Los palos medían como ocho pies y tenían un diámetro de cuatro por cuatro. Una vez que todos los presos de conciencia habíamos embarcado, es decir subíamos a la bodega y nos tirábamos al suelo o nos colacábamos sobre una de las tarimas, subió el destacamento de cuatro a seis soldados y un jefe al barco. Estos se apostaron en el puente y dos de ellos en el borde de la proa en la parte superior de una plataforma de dos pies de ancho que rodeaba todo la bacha a excepción de la parte delantera de la proa que era la compuerta levantada que permitía una apertura por donde entraba agua a toda la bodega. Cuando bajaba esa compuerta sobre la playa por allí podía descender una tanqueta o un tanque sin dificultad y podían salir corriendo y disparando los *mariners*.

La bacha empezó a salir del puerto.

-Muchachos, vamos con banderas blancas a despedir a nuestros compañeros y a decirles que vamos a Coiba a triunfar. La protesta civilista llegará a Coiba esta noche.

Me levanté, saqué del maletín un pañuelo blanco lavado para el efecto y ondeé la bandera blanca de la civilidad en la bacha del grosero militarismo que ultrajando y profanando nuestra dignidad de ciudadanos nos llevaba esa tarde hacia la Isla Maldita.

Se levantaron voces de Justicia y Libertad. Brazos y manos airoso se batían al aire con entusiasmo y con el color blanco de la no violencia. El teniente que estaba en el puerto levantó su metralleta y empezó a dar órdenes y gritos para acallar nuestra señal de libertad. Su fuerza bruta sirvió para manifestar su debilidad. Nosotros, los condenados al máximo castigo que permite la justicia militarista, actuábamos de frente a un comando del batallón 2000, con la dignidad eterna que siempre ha caracterizado al hombre que defiende su libertad. Nos alejamos con los trapos blancos al aire bajo la hosca mirada del teniente que levantaba su metralleta sin atreverse a disparar.

En el puerto, de pie, permanecían Blandón, Conte y Calvo en espera del retorno a la libertad. Nosotros íbamos hacia la espantosa fosa del militarismo octubrino.

La isla maldita -Coiba

Es un largo estero rodeado de manglares. El barco viaja hacia el sur a todo motor. Su destino, la Isla Maldita. Se está saliendo de Puerto Mutis. El recorrido es largo. El Golfo de Montijo tiene un conjunto de islas que lo protegen contra las tormentas del Pacífico. Cuando se abandone el Golfo y se entre en alta mar es probable que el barco sea presa del mal tiempo. El capitán observó el día y maldijo el retraso por la descarga de la madera. Esos presos perezosos me van a meter en problema, Hubiese preferido la otra marea para salir del estero. Es imposible retrasar el viaje un minuto más, la carga es peligrosa y el capitán dio orden de llegar antes de medianoche. Si no hay inconvenientes el viaje será de unas seis horas, pensó el piloto de la bacha, un guardia a punto de jubilarse.

Allá quedan dos buses que regresan a la Ciudad de Panamá con 12 presos que retornan después de haber pagado una dondona de 3 a 16 años. La costa de ambos lados está sembrada de árboles que se tuercen sobre el agua sucia. La estela que deja el barco es una espuma cremosa que apenas brilla con el sol. El sol de la tarde es ardiente. Cuarenta y nueve presos de conciencia tirados en la bodega soportan directamente sobre sus cabezas los rayos calcinantes del sol tropical. Nubarrones blancos caen pesados sobre la parte oriental del firmamento. Una fila de gaviotas marchan hacia el noroeste dibujando la v de la victoria. Soldados armados con metralletas y fusiles custodian a los hombres echados en el suelo. Todos se notan sometidos a la tensión y a la fatiga de jornadas de maltrato. No llevan equipaje. Visten ropa variada y propia de empleados de oficina. La bacha adquiere una velocidad constante.

Acomodarse en la bacha que viaja a la Isla es difícil. Los soldados se metieron en el puente donde había una litera después de diez minutos de viaje y los volví a ver cuando descendimos de la bacha nueve horas después.

-Soldado -le pregunté cuando todavía se mantenía en la parte alta de la proa- ¿donde está el servicio de la bacha?

Esperaba que al menos las necesidades básicas podían hacer-

se en un sitio reservado. En el hueco donde estábamos, la bodega a cielo abierto de la barcha no tenía sitio. Sólo subiendo al puente y en la popa, la parte de atrás de la barcha que no podíamos ver, era posible encontrar un sitio para el sanitario. El soldado, que ya me conocía desde la madrugada en que viajamos juntos en el bus, me miró y me señaló la abertura dejada en la bodega del barco por el empuje de la compuerta de desembarco. Agua cremosa se movía en nuestros pies.

-Allí se orina y allí se caga, doctor.

El sitio era inseguro para ponerse en cuclillas. Una ola y un movimiento en falso tiraba un sifón de agua de abajo hacia arriba suficiente como para golpear a un hombre, tumbarlo y revolcarlo en el agua. Por la apertura de la compuerta se veían unos dientes de acero que soldaban la compuerta con el piso de la bodega. Esos dientes de acero impedían que un hombre fuese engullido por los borbotones de agua que brotaban de su seno. Las necesidades en el barco teníamos que resolverlas como las bestias, en el suelo y para evitar pisar excremento lo más recomendable era seguir la indicación del soldado. Ningún animal ensucia su jaula.

Instintivamente los desechos del cuerpo hay que distanciarlos de los individuos que los producen. Los muchachos empezaron a utilizar como sanitario improvisado lo que el ingeniero gringo había diseñado para hacer descender rápidamente la compuerta de la barcaza de desembarco. La imaginación puesta al servicio de las necesidades es asombrosa. Se orinaba y se defecaba con relativa maestría y hasta el agua abundante y en continuo movimiento se utilizaba para asear el cuerpo. Los más audaces y menos inhibidos pudieron darse una ducha refrescante. Las circunstancias transformaban los hábitos sociales de manera sorprendente.

En el viejo continente, Europa, se necesitó una revolución cultural de posguerra para que el malestar de la cultura del cual charlaba Freud empezase a destruir sus mitos. Cubrirse el cuerpo frente a extraños es algo natural tanto en Oriente como en el Occidente. El Occidente, más inquieto y aventurero, después de cubrirse el cuerpo, empezó a descubrirse. La mini falda y los campos de nudistas son trofeos de esta revolución cultural. En la barcha todos los que sentían la necesidad, se asearon. Defecar en público y desnudarse ante los demás para bañarse es normal cuando las circunstancias lo exigen. Todo hábito social innecesario salta en pedazos

cuando un grupo de individuos lo decide. Cualquier cosa que se invente y que se imponga a una generación deja de ser eterna cuando surjan otros hombres y se susciten otras circunstancias.

El militarismo panameño nos conduce esta tarde a la fuerza a la Isla Penal de Coiba. Estoy solo con 48 compañeros que también están solos. Ellos están allí por obedientes.

-Soldado, va contento a Coiba.

-No, nadie va voluntariamente a la Isla.

-Yo quería conocer a Coiba desde hacía tiempo, pero no tenía plata para hacerlo. Ahora, ustedes me llevan gratis.

-Yo no lo llevo, nos llevan.

-¿Cuándo regresan?

-Mañana.

-Se va a pasar dos días viajando.

-¿Cómo dice?

-Digo que mañana viajará lo mismo que hoy todo el día para regresar a Panamá.

-Regresamos en un avión especial, este viaje se decidió a última hora. La orden era dejarlos en Puerto Mutis y regresar en el mismo bus.

-¿Qué pasó entonces? soldado.

-Orden superior. Vigilen a los sediciosos hasta la Isla. No vaya a ser que un loco de estos se tire al agua.

-¿Qué van a hacer?

-Por aquí hay tiburón por todos lados.

-Mantengan los ojos abiertos, soldado, nosotros somos sediciosos porque tenemos armas para acabar con el gobierno. Pelen el ojo porque cuando menos se lo esperan, viene un comando en un bote de alta velocidad y nos rescata.

El soldado se reía. No me creyó el cuento del comando. Yo tampoco le creí el cuento del tiburón. Tirarse al agua no es difícil, el estero es estrecho y los árboles se ven a unos cincuenta metros de la bacha. Qué hay en esos esteros, no lo sé, pero de seguro el riesgo de morir no es alto. Escaparse es caer en el juego del militarismo. Es violentar los acontecimientos y poner al ejército a buscar. Noriega pensaría que si uno se escapa, es porque viene la lucha violenta y nuestra lucha es no-violenta. Si no me escapo, qué razón voy a dar cuando me agarren. Diré que tuve miedo de ir a

Coiba. Los compañeros pensarán que me asusté o que tuve un rasgo de locura. Las consecuencias de tirarse al agua son previsibles.

En la mejor de las hipótesis llego a nado al manglar, cuando la bacha de la vuelta y empiecen a buscarme ya estaré metido en el manglar; salgo a un potrero antes que oscurezca, encuentro gente civilista en el paso, me ayudan, llego a Panamá y tengo que desaparecer porque si regresó a mi casa me vuelven a coger preso. La mejor de las hipótesis conduce a la lucha clandestina y a un estar escondido mientras se lucha. Todo lo contrario a lo que aspiro. No puedo imaginarme una vida humana vivida como una rata casera, escondiéndose hasta que le llega el momento de la muerte. Un hombre libre que deja de ser libre voluntariamente para huir, escapar, esconderse, no es la calidad de vida que busco ni para mí ni para nadie. La lucha clandestina en Panamá se va a dar un día si las autoridades mantienen la profanación de la dignidad ciudadana. Ese clandestinaje es la barbarie que le responde a la barbarie.

Prefiero morir dando la cara en Coiba que vivir la ley de la selva. La peor de las hipótesis conduce a la muerte en la alternativa escapar y en la alternativa Coiba. Nadie se puede enfrentar al militarismo sin estar dispuesto a la muerte. Temer a la muerte es dejar de vivir, es morir en el instante del temor, es dejar de luchar. Si quieres ser libre no temas el morir. Nuestro grito no es morir, es vivir. La muerte ni se ama ni se teme. Tampoco se le busca ni se huye espantado de las tumbas ni de los cementerios. No se le da valor. Ese es el problema insoluble, valorizar la muerte más que la propia dignidad y la ajena. A la muerte hay que desvalorizarla para vencerla. No es fin ni es término, sólo es el paso a la libertad, a la inmortalidad y a la historia. El grito es libertad y dignidad después y más allá de la muerte.

El agua se deslizaba ante mis ojos que estaban fijos. Masas y toneladas de líquido cremoso iban quedando atrás y miles y miles de metros cúbicos de agua se abrían en el horizonte interrumpido por un pedazo de montaña. Al salir del estero se contemplaba tierra y esa Isla no podía ser Coiba. Nadie supo decirme su nombre. Pensé que podía ser la Isla Cébaco, nombre que se me había quedado grabado cada vez que evocaba a Coiba. Estar recostado sobre las tarimas es incómodo. Permanecer de pie, cansa. Dispusimos tirar sobre el suelo las tarimas que cupiesen para sentarnos y acostarnos sobre las mismas. Como cajas nos arrojamos sobre

ellas. Así, logramos separarnos de la frialdad del piso de la bacha y de la eventual corriente de agua que oenetrase por la apertura de la compuerta.

El sol nos hacía sudar. El aire puro llenaba nuestros pulmones. La naturaleza abierta y momentáneamente estática, nos trajo la sensación de que la bacha era nuestra, de que el capitán era nuestro compañero, de que los soldados nuestro brazo armado y, con los pechos exultantes hicimos una experiencia de libertad. Presentíamos que los soldados podían ametrallarnos como bestias en una fosa común. La bacha de los condenados a la Isla Maldita se trasmutó en el barco de la liberación.

-Si este no es el pueblo, ¿el pueblo dónde está? El pueblo viaja a Coiba exigiendo libertad. Libertad, libertad, libertad.

Estábamos unidos en un solo objetivo los cuarenta y nueve ciudadanos civilistas, los presos de conciencia. El destacamento del batallón 2000 se refugió en la litera y colocó a un vigilante en la parte alta del puente, listo para disparar si nosotros atacábamos. Los gritos se le hicieron familiares y prefirieron ahogar su monotonía en un juego de dominó y en una botella de seco que traían para el efecto. El barco nos lo habíamos tomado. La bodega era nuestra.

-¿Quién mató a Dorita Moreno? -y la gente contestaba- los militares. ¿Quién mató a Floyd Britton? ...los militares. ¿Quién mató a Jorge Camacho? ...los militares. ¿Quién mató a Hector Gallegos? ...los militares. ¿Quién mató Heredio Amaya? ...los militares. ¿quién mató a Hugo Spadafora? ...los militares. ¿quién mató a Yito Barrantes? ...los militares. ¿Quién mató a Eduardo Carrera? ...los militares. ¿Quién mató a Armando Morán? ...los militares, ¿quién mató a Carlos Efraim Guzmán? ...los militares.

-¿Qué es lo que pide el pueblo? -gritó finalmente el vocero y la gente se levantó de pie y empezó a gritar: justicia, justicia, justicia, justicia, justicia, justicia, justicia, justicia -hasta el cansancio.

Me acosté en la tarima boca arriba mirando el cielo. La bacha se deslizaba sin producir oleaje y casi sin balancearse. El cielo está empedrado con nubes apuñadas en una cascada que se precipitaba sobre el horizonte. La parte superior de los copos de nube brillaban con un blanco espeso y en la parte inferior se oscurecían como nubes cargadas de agua. Esta noche lloverá. El sol me molestaba la cara y me puse la camiseta sobre los ojos y la frente.

-¿Cómo mueren los héroes? -me pregunté.

-Esto no se puede quedar así -decía una joven recién graduada. Era la hija de Carlos Efraín Guzmán Baule. Esa tarde se realizaba una Tribuna Civilista en la calle donde está el Instituto Panamericano, IPA, colegio en que estudian los hijos de Carlos Efraín.

Carlos Efraín tiene 3 hijos. El mayor de los cuales no llega a los 20 años. Como todo hombre libre tenía que trabajar para poder vivir y para mantener a su familia. Trabajó como dependiente y vendedor en comercios de la Ciudad de Panamá. Amigos que lo conocieron, tanto compañeros de trabajo como dueños de las empresas coinciden en que Carlos Efraín era un trabajador responsable. Ganaba lo que producía y al tener conciencia de que podía producir decide trabajar por cuenta propia. Se acostumbró a ganarse su vida y la de sus hijos con su propio esfuerzo. No jugaba a vivo como el típico maleante panameño que vive de la vieja mientras que está en casa, luego vive de los servicios que le presta ocasionalmente al jefe, luego vive de la toalla que le tira el gobierno y finalmente vive del sindicato o del partido. Ese tipo de trabajo embotellado lo rechazó Carlos Efraín cuando se decide a producir tortillas. Era el negocio que él controlaba. Sabía buscar el maíz, preparar la masa, moldear las tortillas, mercadear el producto, hacer las entregas, realizar los cobros. Cuando dominó el ciclo completo, empezó a ampliar el negocio, dividió el trabajo, lo supervisó y ya hecho un pequeño empresario, se incorporó al gremio de la Pequeña Empresa. La división entre capital y trabajo no fue un conflicto en su empresa. Ella era de una familia donde se valoraba más el trabajo que el capital, como los primeros pioneros de las cooperativas de consumo y producción.

Carlos Efraín tomó conciencia que valía por él mismo, por su propio esfuerzo. Reconoció su dignidad de hombre y puso sus habilidades a producir para él y para su familia. No se quedó al nivel del individualismo productivo. Su potencial empresarial no se agotó en la ambición de más y más dinero. Para sus hijos proyectó una adecuada formación sin miramientos de gastos. Les enseñó que lo primero es prepararse para el trabajo y que más importante que el dinero y la vida es la patria. Pensó que la mejor herencia que se les podía dejar a sus tres hijos y a los hijos de todos los panameños, era una sociedad sin represión y sin opresión.

Carlos Efraín estaba preparado para la lucha cuando la ma-

yoría de los panameños reconocieron que estaban gobernados por una casta militar. Toda casta es corrupta. Siempre se encuentra al servicio de sus propios intereses. Cuando un grupo es privilegiado por virtud del uniforme y de las armas, todos sus adversarios están sujetos a la violencia que el uniforme y las armas puedan desatar. El militarismo, la casta militar en el poder, por satisfacer de manera descontrolada sus intereses, empobrecieron al país. Panamá, uno de los países con economía más próspera, fue arruinado en la medida en que los militares y sus socios fueron saqueando las riquezas nacionales.

La opresión es el inicio de la represión. Sólo se reprime para mantener un sistema de opresión que favorece a la casta dominante. Así, los cientos de millones de dólares que recauda el Estado anualmente se envían en remesas al exterior para pagar el derroche de los últimos veinte años. Este derroche es llamado por la Banca Mundial y sus amigos de la oligarquía militar deuda pública, como si nosotros hubiésemos invertido esos billones para el desarrollo del país. El fisco se empobreció y así se empezó a deteriorar la salubridad pública, la educación, y el empleo. El militarismo derrochador le cobró al pueblo lo que sus jefes se habían gastado en parrandas. El dinero que era para invertir el gobierno militar lo convirtió en jugosos plazos fijos. Cuando llegó el momento de cobrar no tuvieron miramientos en disparar y en asesinar gente como Yito Barrantes.

El sistema de opresión se acentúa cuando se le quita a la mayoría los beneficios que le corresponden. El pueblo panameño sabe históricamente que los beneficios del tránsito internacional son suyos. Por tal motivo apoyó la Independencia de Panamá cuando los Estados Unidos se la garantizaron en 1903 y por el mismo motivo salió a la calle a exigir la salida de los gringos de la Zona del Canal en enero de 1964. La mayoría nacional desposeída sabe que su dignidad se relaciona directamente con el control de sus propios recursos. Tradicionalmente, en Panamá el grupo dominante es el grupo que ha controlado la zona de tránsito. Primero los españoles que entraron en conflicto con cimarrones y piratas ingleses, luego los granadinos que entraron en conflictos con los oficiales bolivarianos y posteriormente, las tropas estadounidenses que desde 1846 hasta 1968, lapso en el cual controlaron directamente la zona de tránsito, entraron en conflicto con los Istmeños y final-

mente, el militarismo dependiente que desde 1968 hasta el presente sustituye el concepto de Zona del Canal por el concepto de defensa conjunta y entra en conflicto directo con el pueblo panameño civilista.

Las causas de conflicto de la nación surgen de la imposibilidad de armonizar el control foráneo de la zona de tránsito con las necesidades crecientes de su población. El militarismo panameño profundiza este conflicto. Los tratados canaleros negociaron la sangre de los mártires de enero del 64 y produjeron mártires en junio del 78 para imponerle al pueblo la militarización de la sociedad hasta el año 2000, para luego institucionalizarla. Defender el Canal es defensa nacional y seguridad pública. El batallón que ocupa las calles, golpea a los civilistas y destruye sus bienes y propiedades se llama despiadadamente batallón 2000. El militarismo no oculta sus pretensiones de mantenerse en el poder para hacer efectivo el Tratado de Entrega Permanente del País y la Zona de Tránsito a los intereses estratégicos de los Estados Unidos de América.

Este doble sistema de opresión neocolonialista tiene una vertiente que toca la corrupción de la casta dominante pero sobre todo convierte al Estado, primero, en una agencia de recaudación para el pago del derroche (deuda pública) y segundo, lo debilita a favor de una fuerza armada que asume unilateralmente la defensa nacional y la seguridad pública para garantizar el fiel cumplimiento del Tratado de Entrega Permanente del País y la Zona de Tránsito.

Este sistema de opresión desarrollado con ayuda de los resultados de las ciencias sociales y humanas produce un sistema brutal de represión que indiscriminadamente asesina al obrero (Yito Barrantes) que exige garantías laborales, asesina al estudiante (Jorge Camacho) que exige soberanía, asesina al médico Spadafora que exige cambio de Comandante y finalmente asesina a Carlos Efraim que exige erradicación del militarismo.

Panamá es un país adulto. Las reivindicaciones nacionales ya no son juego de niños. El militarismo se acostumbró a cometer accidentes mortales con los jóvenes de nuestra patria desde sus inicios hasta la fecha. Los rebeldes del 68 no llegaban a los treinta años. Las montañas guaymies volvieron a regarse de sangre y a sembrarse de tumbas. De Coclé a Chiriquí marcharon impetuosas decenas de jóvenes a la lucha por la democracia. Fueron asesina-

dos. La guardia no creía en los prisioneros, no tenía nada que investigar pues conocía de la improvisación de los rebeldes. Familias enteras cayeron cazados y sapeados ante un aparato militar adiestrado para la represión. Una vez asentado el militarismo en el terror masivo de los años 1968 y 1969 empieza la operación cosmético. No interesaba quién fuese el Comandante en Jefe, ese era un puesto que creaba el escalafón después de 15 o 20 años de obediencia y servidumbre.

La casta militar renueva sus jefes con el escalafón. Selección natural y artificial que conjuga todos los vicios de los cuarteles criollos y todas las oportunidades de viajes y turismos que ofrece el Pentágono. Los Torrijos, los Florés, los Paredes, los Noriegas, son hombres de escalafón, los Boris Martínez, los Sanjures, los Botitas, los Díaz Herrera y los Macías son gente impacientes, violadores del escalafón y por lo tanto eliminados por los guardias revolucionarios del escalafón. Esa es la historia científica de los ridículos hombres fuertes del Proceso. Pocos estados modernos han logrado experimentar una sucesión programada de sus gobernantes. Ningún imperio conocido por la historia de la humanidad ha logrado burocratizar la sucesión del poder con base en puntajes. Esta manera eficiente, no efectiva, se viene practicando ante los ojos de la Patria desde 1941. La burocratización del poder es un resultado del sistema de opresión que tenemos y una necesidad para mantener la racionalidad de la represión.

Hugo Spadafora en 1985 despliega una campaña de denuncia contra el Jefe de Turno del Militarismo panameño. La campaña logra su máxima efectividad cuando Hugo es decapitado y su familia grande promueve y apoya movilizaciones nacionales. La denuncia de Hugo le costó su vida y debido a esos imponderables de la historia, al morir su denuncia de personal se torna nacional y mundial. El militarismo panameño en su símbolo-de-ocasión, Noriega, es reconocido con rostro propio en todos los países del mundo. Spadafora, de guerrillero en Africa y Nicaragua se hace activista político no violento en Panamá. Entra el 13 de septiembre por la frontera, sabía que venía al país en que mandaba el General de Turno con las fuerzas de sus armas y horas después, al ser decapitado, recobra la dimensión de hombre profundamente libre con la frente en alto. Entró sin armas al país, en son de paz, como hombre político y como ciudadano que no se arrodilla ante nadie. Dio

su cara y se la quitaron porque no pudieron resistir la persistencia de su voluntad y la penetración de su mente.

Le tocaba su turno a otro adulto panameño, Carlos Efraín Guzmán.

Era un señor como Hugo. Para los romanos se deja de ser joven a los 47 años y se empieza a ser señor. Carlos Efraín denunciaba la dictadura militar, el gobierno y el sistema que oprimía al pueblo desde hacía décadas y los reprimía desde 1968. Cuando un hombre está dispuesto a perder su vida por una causa no se trata de pasiones ni de odios personificados. Cuando un hombre perjudica a una nación, se le elimina. Eso lo sabía Carlos Efraín. Un señor llamado Rigoberto Pérez se inmoló para llevarse la dictadura de Somoza, se murió el viejo Tacho y el somocismo continuó oprimiendo y reprimiendo a la nación.

El problema en Panamá, a pesar de la propaganda militarista, no consiste salvar al militarismo eliminando a Noriega, el problema es derrotar políticamente al militarismo y liquidar la burocratización del poder que produce generales como Noriega y presidentes títeres como Delvalle.

Carlos Efraín sabía que su lucha civilista era sacrificada. Y que el máximo sacrificio cristiano es dar su vida por sus hijos y por sus amigos y por su patria. Llegó el 13 de septiembre del 87 y los civilistas organizamos una caminata por la justicia desde las Cumbres. Teníamos preparados 85 cartelones con el nombre de los asesinados por la dictadura militar. Llovía a gota lenta. Una tela negra con letras blancas encabezaba la caminata, cubriendo ambos paños de carretera con el grito de JUSTICIA.

Carlos Efraín se incorporó a la caminata desde el principio, cuando apenas los manifestantes llegaban a 200, luego fueron quinientos, mil, dos mil y la multitud creció a lo largo de la carretera Transistmica. La gente bajó de los cerros, salió de sus barriadas, llegó de Panamá y cuando el civilismo preparaba su segunda entrada triunfante a San Miguelito, movimientos mercenarios de cobardía se envalentonaban en la sombra para matar. Desde las diez de la mañana un camión tanque con el nombre de Lucho-Gómez-legislador bañaba con mangueras a un grupito de culecos que no llegaron a ser nunca durante todo el día más de cien. Montar una farsa carnestoléndica el 13 en el mismo sitio donde se pediría justicia por el asesinato de Hugo es de mal agüero para sus promoto-

res y para sus participantes. El militarismo provocaba la confrontación entre inocentes. Los civilistas desconocimos la intimidación de este día y seguimos avanzando. Hacia las tres de la tarde nos avisaron que habría problema, nos lo estaban diciendo desde días antes cuando los representantes del corregimiento de San Miguelito, en actitud de capataces de finca, prohibieron la caminata.

Gubernamentales armados se concentraban en oficinas públicas y municipales. Un grupo entrenado militarmente formó un equipo de softbol para ese día ante la falta de calor popular de los culecos. Junto a sus bates llevaban sus escopetas recortadas y sus metralletas, junto a sus manillas, sus pistolas. Los civilistas teníamos nuestras banderas blancas, nuestros lemas de justicia, nuestros mártires y lo que es más importante, teníamos en nuestras filas a Carlos Efraín dispuesto a entregar su vida para eliminar el militarismo y su casta militar que oprimía a la nación y reprimía a los ciudadanos.

Ciudadanos son los hombres y mujeres que se sienten iguales entre sí y libres de exigir justicia cuando se les atropella. Esta función ciudadana es indelegable. Se tiene y se ejerce o no se tiene.

La bestia actuó cuando ya no era necesario. Ese día Carlos Efraín no tenía porqué morir. Era un día de vida. Pero las bestias están condenadas a hundir a sus patrocinadores. Tu propio halcón te sacará los ojos, decían los juglares del medioevo. Un grupo de muchachos culecos penetraron en la masa civilista y empezaron a tirar botellas de cerveza. Un asesino vio a Carlos Efraín y se dio cuenta de que ese es el tipo de hombre que los va a echar a pañuelazos cuando llegue el día y se asustó. LLeno de miedo sacó el arma, la cargó y tuvo que sostenerla con ambas manos, se agachó para pasar desapercibido como hacen los cobardes, y apuntó en el punto más brillante de Carlos Efraín, su frente.

El héroe civilista caminaba como lo hacen los valientes de frente y dando el pecho. Sonó el disparo, desapareció el cobarde y hubo un estrépito nacional cuando cayó Carlos Efraín. Esa tarde fue derribado como los grandes árboles de los que salen las vigas de los templos.

El militarismo precipitó su violencia para manifestar al mundo dos cosas: primero que el sistema de opresión-represión que representa está en capacidad de llegar a un genocidio y segundo que lo único que los detiene es la no-violencia. La no-violencia que nos